Fantasmas del pasado



Yasmina Soto

Fantasmas del pasado

Yasmina Soto

Copyright © 2025 Yasmina Soto
Todos los derechos reservados.

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de la autora. Esto incluye, sin limitarse a ello, la reproducción mediante fotocopia, escaneado, grabación o cualquier método de almacenamiento y recuperación de información.

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, nombres, lugares, organizaciones y acontecimientos descritos en este libro son producto de la imaginación de la autora o han sido utilizados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

Safe Creative: 2512234099876

Twitter: @sotoyasmi

Instagram: yasmina.soto.escritora

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23

Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Epílogo

Capítulo 1

Marta

La pantalla de mi ordenador muestra cifras que para cualquier otra persona serían incomprensibles, pero para mí cuentan una historia: el cliente está sobreestimando sus proyecciones de crecimiento en un 17,3 %. Suspiro mientras hago los ajustes oportunos. Es la tercera *startup* esta semana que confunde optimismo con planificación realista.

—Si la tendencia continúa así, solo el 26 % de estas empresas seguirá operativas dentro de tres años —murmuro, mientras termino el informe.

Cuando acabo, cierro el archivo, lo envío por correo electrónico y apago el ordenador. Mi oficina está en el paseo de la Avenida Marítima de Las Palmas de Gran Canaria. Se puede ver el mar, pero casi nunca me detengo a mirarlo. Recojo mis cosas, iré a casa con tranquilidad como hago siempre, cena saludable, revisar algunos informes y quizá leer un capítulo del libro sobre gestión de riesgo financiero que estoy leyendo.

Mi vida está perfectamente estructurada. Me gusta así. El orden me ayuda a mantener la paz interior.

Cuando salgo de mi despacho, la mayoría de mis compañeros se dirigen a las terrazas a tomar algo, aprovechar el buen tiempo. Me

invitan por cortesía, aunque saben que casi siempre declino.

—¿Te vienes a tomar algo, Marta? —pregunta Diego, un analista *júnior*—. Vamos al muelle, han abierto un sitio nuevo.

—Gracias, pero tengo trabajo pendiente —respondo.

—Siempre tienes trabajo pendiente —dice, y puedo ver lástima en su mirada—. Un día de estos tendrás que aprender a relajarte.

—Tengo programados perfectamente mis momentos de ocio —respondo, sabiendo que sueno como un robot—. Disfruta de la tarde.

Me dirijo al ascensor mientras escucho a Diego murmurar con otro compañero. Prefiero fingir que no los oigo, que no me molesta, que mi rectitud sea algo que no entiendan. No me importa. Estoy acostumbrada. Prefiero ser conocida por mi profesionalidad que por ser el alma de la fiesta.

En el aparcamiento, mi teléfono vibra y miro la pantalla.

Clara: Este sábado voy a firmar los papeles de la compra de la librería. Gracias por esto.

Sonrío al recordar cómo hemos llegado a este momento, en el que vi la oportunidad que mi hermana necesitaba. Tener algo propio, estar al lado de la persona que ama, aunque los miedos siempre estén ahí, pero ella sabe controlarlos, es algo que siempre le he envidiado. Al igual que envidio la libertad de mi hermana, la pequeña, incluso la de Leire…

Sacudo mi cabeza para sacarme a esa mujer de mis pensamientos, la prima de Maite, la mujer que más me saca de quicio, la que no es capaz de comprometerse con absolutamente

nada, pero a la vez me desconcierta tanto, que me encantaría descubrir qué es lo que ha pasado para que sea así.

Yo: Te lo mereces, y yo voy a ir a revisar bien ese contrato. No es que no me fíe de Helga, pero prefiero ser precavida.

Clara: Me imaginaba que vendrías conmigo. ¿Solo el fin de semana?

Yo: Sí, la vuelta el domingo por la noche, después te hago Bizum de los pasajes.

Clara: No hace falta, me estás ayudando.

Yo: Sí que hace falta, necesitas ahorrar hasta el último euro.

Clara: Pesada.

Sonrío y guardo el teléfono en el bolso para entrar en el coche y me dirijo a mi apartamento, una inversión que hice siendo muy joven y que ahora sería una locura hacerla. Pero vi la oportunidad y, aunque me dijeran que estaba loca, la hice. Un ático en el paseo de las Canteras.

Me preparo una ensalada mientras le pido a Alexa que me dé las noticias financieras del día. La rutina me calma. Saber exactamente qué viene después me proporciona una sensación de control que siempre he necesitado.

El miércoles por la tarde, mientras preparo un informe en mi despacho, Irene Navarro, la directora de desarrollo de negocio, asoma la cabeza por mi puerta.

—Perdona la interrupción —dice con una sonrisa—. ¿Tienes un momento?

Mi cuerpo reacciona de forma inesperada: mi pulso se acelera, siento un cosquilleo en el estómago. Sé que no ha venido a hablar de lo que pasó en la cena de Navidad, ha pasado demasiado tiempo para eso, pero algo dentro de mí quiere hablarlo, que me diga que no fue algo de una noche, pero sé que eso no va a pasar. Sobre todo, porque la mujer que tengo delante está casada con un hombre, solo fui una aventura de una noche.

—Claro —respondo, señalando la silla frente a mi escritorio—. ¿En qué puedo ayudarte?

Irene entra y cierra la puerta. Lleva el pelo recogido en una coleta baja, va vestida con una blusa y una falda que parece hecha a medida. Todavía me pregunto por qué me escogió aquella noche.

—Estoy preparando el análisis para Nautilus Ventures —explica, tomando asiento—. Veo que trabajaste con ellos el año pasado. ¿Crees que podría consultar tu informe anterior? Me ayudaría a entender su estructura organizativa.

—Por supuesto —respondo, buscando el archivo en mi ordenador —. Es un cliente peculiar. El CEO tiene una visión muy personal de cómo interpretar los datos.

—¿Te refieres a que ignora lo que no le conviene? —pregunta expulsando el aire por la nariz.

—Exactamente. Tendrás que ser diplomática, pero firme.

—Mi especialidad —dice, y hay algo en su tono, en la forma de mirarme, que hace que mi piel se erice.

Le envío el archivo por correo y hablamos un poco más sobre el cliente. Es una conversación estrictamente profesional, y, sin

embargo, siento que hay algo más. Cobarde debería decirle, por no afrontar lo que pasó, pero es que yo hago exactamente lo mismo. No querer saber por qué lo hizo.

—Por cierto —dice mientras se levanta para irse—. El viernes salimos a tomar algo, ¿vienes?

Miro a Irene, no puedo creer que me esté preguntando si voy a ir. ¿Querrá repetir? Noto cómo un cosquilleo se instala en mi pecho.

—No —respondo y veo cómo la decepción está en su mirada—. Tengo un viaje temprano el sábado —me justifico sin saber muy bien el porqué.

—¿Vacaciones? —pregunta.

—No, solo es un viaje familiar.

Ella asiente, sabe perfectamente que no doy explicaciones sobre mi vida y mucho menos en el trabajo. Antes de salir, se gira y me mira fijamente.

—Si cambias de opinión y decides ir… —hay una pausa que me mata—. Creo que no te arrepentirás —suelta.

—Nunca me arrepiento de nada —aseguro sin apartar la mirada.

Irene simplemente asiente mientras aprieta los labios. Se marcha, cerrando la puerta tras ella. Suspiro mientras me recuesto en la silla, y el recuerdo de la cena de Navidad vuelve.

Flashback.

Cojo una copa de vino mientras me coloco cerca de una columna. No he tenido excusa para llegar tarde como en las cenas anteriores, esta vez somos los de la isla de Gran Canaria, quienes nos hemos

desplazado a la isla vecina, Tenerife. Así que tenemos una habitación en el hotel donde se celebra la cena de Navidad.

Poco a poco el salón se llena. El murmullo de la gente, las conversaciones, las risas, todo me abruma. Nunca me he sentido cómoda en estos eventos. Prefiero las reuniones pequeñas, estructuradas, y con un propósito claro.

—Pareces tan entusiasmada como yo en estas fiestas —dice una voz a mi lado.

Me giro y veo a Irene, con un vestido azul oscuro y está espléndida. Lleva el pelo suelto, y me sorprendo recorriendo su cuerpo con mi mirada.

—Solo cumplo con el protocolo —respondo, intentando no mirarla fijamente—. ¿Tú tampoco disfrutas de estas reuniones?

—Depende de la compañía —dice, y hay algo en su sonrisa que hace que mi estómago se encoja—. ¿Te importa si me quedo aquí contigo? Así parecemos que sociabilizamos mientras evitamos al resto.

—Ya tenemos que sentarnos —digo señalando las mesas.

—Mejor si nos sentamos juntas, ¿no crees?

Asiento, mientras camino hacia la mesa. La cena transcurre entre conversaciones con Irene. Ella ha llegado a la empresa hace apenas dos meses y la verdad es que nunca habíamos tenido una conversación. Me encanta lo inteligente que es. Hablamos de trabajo, pero también de libros, de viajes, incluso de filosofía económica. Descubro que tiene una visión del mundo muy similar a la mía.

Después de la cena hay un baile, como cada año. Normalmente, es el momento en que me despido, pero esta vez me encuentro aceptando otra copa de vino, continuando nuestra conversación, esta vez en un rincón tranquilo.

—Nunca te había visto así —comenta Irene.

—¿Así cómo? —pregunto, ya que hace muy poco que nos conocemos.

—Relajada, sonriendo. La temible Marta Rivas mostrando su lado humano.

—¿Temible? —pregunto sorprendida—. ¿Esa es mi reputación?

—Brillante, pero intimidante —responde sin rodeos—. La mayoría te admira profesionalmente, pero te teme como persona.

—¿Y tú? —la pregunta sale de mi boca antes de poder contenerme.

Irene me mira directamente, y siento que algo ha cambiado entre nosotras.

—Yo veo más allá de tu fachada —dice guiñándome un ojo—. Siempre lo he hecho.

En el salón parece que hace demasiado calor de repente. El vino debe de estar afectándome, porque siento un ligero mareo, y unas ganas incontrolables de besarla.

—Necesito un poco de aire —digo, poniéndome de pie.

—Te acompaño —dice Irene, y aunque sé que necesito alejarme de ella, no digo nada.

Salimos a la terraza. La noche es más cálida de lo esperado para ser diciembre. Estamos a solas y respiro intentando controlar todo el deseo que me invade.

—Mucho mejor —suspiro, apoyándome en la barandilla.

Irene se coloca a mi lado, tan cerca que nuestros brazos se tocan.

—¿Puedo preguntarte algo? —dice después de un momento.

Normalmente diría que no. Pero esta noche, con el vino recorriendo mis venas y el contacto de Irene, parece que las reglas son diferentes.

—Adelante —respondo.

—¿Por qué nunca te permites soltarte? Eres brillante, atractiva e interesante. Pero es como si te mantuvieras alejada, detrás de esa pose profesional.

La pregunta me coge por sorpresa.

—El control es importante para mí —respondo—. Las emociones son impredecibles. Ineficientes.

Irene se gira para mirarme, y yo hago lo mismo, casi involuntariamente.

—¿Y si la eficiencia no lo es todo? —pregunta en voz baja—. ¿Y si te estás perdiendo algo importante por mantener siempre el control?

No tengo respuesta para eso. O quizá la tengo, pero no me atrevo a pronunciarla. Porque en este momento, mirando a Irene, siento algo que no puedo descifrar, algo que desafía todos mis ideales.

Ella da un pequeño paso hacia mí. Tan pequeño que podría ser accidental, pero no lo es.

—Siempre he querido conocerte mejor —dice casi en un susurro —. La verdadera Marta, no la analista perfecta.

Mi corazón late con tanta fuerza que temo que se pueda escuchar. Sé lo que está pasando aquí, pero estoy tan perdida, que no sé qué hacer.

Y entonces Irene se inclina hacia mí, lentamente, dándome tiempo para alejarme si quiero. Pero no lo hago. Me quedo paralizada, sintiendo cómo mi pulso se acelera, cómo mi piel se eriza por lo que va a pasar.

Cuando sus labios tocan los míos, es como si un interruptor se activara dentro de mí. Un calor repentino, un deseo que nunca había sentido con esta intensidad. Sus manos encuentran mi cintura, y mi espalda se apoya en la barandilla.

El beso es suave al principio, pero cuando mis manos se mueven para acariciar su pelo, se transforma en algo más intenso. Siento cómo mi cuerpo responde de una manera que jamás había experimentado: siento cómo palpita entre mis piernas, un deseo que recorre todo mi ser, una necesidad que no puedo controlar.

Nos separamos cuando escuchamos voces acercándose. Me siento aturdida, como si hubiera bebido mucho más de lo que lo he hecho.

—Mi habitación es la quinientos trece. Por si quieres continuar esta conversación más en la privacidad —dice Irene, mirándome fijamente.

Se aleja justo cuando un grupo de compañeros se acerca. Me quedo allí, intentando recuperar la compostura, sintiendo mis labios hinchados, mi cuerpo todavía ardiendo, por lo que acaba de pasar.

Durante la siguiente media hora, actúo como si nada hubiera pasado. Hablo con algunos compañeros, para poder quitarme esa sensación que me ha dejado Irene, pero no puedo. Mi mente está en la habitación quinientos trece.

—Esto es una locura —me digo a mí misma—. Es una compañera de trabajo. Soy su superior, aunque indirectamente. Hay miles de razones por las que no debería ir.

Pero ninguna de esas razones parece importante cuando me encuentro en el ascensor, presionando el botón del quinto piso. He perdido el control, guiada por un deseo que no había sentido de esta forma.

Cuando llego a la puerta de su habitación, golpeo con los nudillos. Irene abre casi inmediatamente, como si hubiera estado esperando justo detrás de la puerta.

No hablamos. No es necesario. En cuanto la puerta se cierra, sus labios están de nuevo sobre los míos; esta vez no hay contención, no hay dudas. Mis manos recorren su cuerpo con urgencia, mientras las suyas descienden por mi espalda, encontrando la cremallera de mi vestido.

Por primera vez pierdo el control. No hay análisis, no hay cálculos, no hay planificación. Solo sensaciones, deseos, necesidad…

Cuando llegamos a la cama y hace que me tumbe, su boca recorre mi cuerpo y se contrae al tacto. Hunde su cara entre mis piernas y un grito que no puedo controlar por el placer se escapa de

mis labios. Me aferro a las sábanas, arqueo la espalda cuando Irene intensifica el movimiento de su lengua haciendo que llegue al clímax. Mi respiración se escucha en el silencio de la habitación y por primera vez comprendo algo: nunca había sentido el deseo como ahora. No así, no de esta manera que me consume.

Después de darnos placer hasta terminar agotadas, el pánico empieza a crecer en mi interior. ¿Qué he hecho? ¿Qué significa esto? ¿Cómo afectará a mi carrera, a mi reputación, a mi vida?

—Estás pensando demasiado —dice Irene, trazando líneas sobre mi pecho desnudo—. Tienes cara de concentrada.

—Tengo que marcharme —respondo, sentándome en la cama—. Mañana salimos temprano a la isla.

Irene no intenta detenerme, y se lo agradezco. Ella sabe que mañana nos vamos a la isla, que el lunes volveremos a la oficina y que si esto se alarga puede ser incómodo.

Necesito espacio, distancia y tiempo para procesar lo que ha pasado. Lo que sigue pasando dentro de mí.

—Esto fue… —comienza a decir, y no sé si quiero saber.

—Inesperado —completo, ajustándome el vestido—. Tengo que irme. Lo siento.

Salgo de la habitación lo más rápido que puedo. Huyo, sé que lo hago, pero ahora mismo no puedo gestionar todo esto que he sentido y aún siento. Mis piernas tiemblan, me queman los labios, se me eriza la piel solo de pensar en lo que ha pasado.

Pulso el botón del ascensor y aprieto el del piso siete, donde está mi habitación. Al llegar a la planta, voy a la puerta y paso la tarjeta

entrando rápido, me quito la ropa y me meto en la ducha, para ver si puedo quitarme esa sensación que todavía perdura en mi piel.

¿Cómo es posible que a mis treinta y ocho años esté descubriendo esto? ¿He estado ignorando señales durante toda mi vida? ¿O simplemente nunca me permití sentir lo suficiente para notarlo?

Capítulo 2

Irene

El despertador suena a las seis y media, pero llevo despierta desde hace quince minutos. Me pasa desde que duermo sola. Después de tanto tiempo durmiendo con ella, ahora ver el espacio vacío se me hace extraño. Me levanto de un salto y abro las cortinas, dejando que la luz entre en la habitación. La ciudad ya está empezando a despertar.

Vivo en un dúplex por la Minilla, lo compré hace ocho años de forma impulsiva, justo un poco antes de que el mercado inmobiliario se disparara. Uno de mis pocos aciertos financieros, según me dice mi hermano Miguel. Es demasiado grande para una persona sola, pero me enamoré de los techos altos y las vistas. «Típico de ti, Irene, dejarte llevar por un capricho estético», me dijo Nerea cuando lo compré. Quizá tenía razón.

Voy a la cocina para prepararme el café antes de entrar en la ducha y revisar los correos, entre ellos el que me mandó Marta Rivas ayer con la información de Nautilus Ventures. Lo abro, aunque ya lo leí anoche tres veces. Es impecable, como todo lo que hace ella: análisis detallado, previsiones y recomendaciones claras.

—Marta Rivas —murmuro mientras bebo de la taza de café, apoyada en la encimera—. La mujer de hielo con fuego dentro.

Sonrío recordando la noche de Navidad. No fue algo planeado, aunque llevaba un tiempo observándola. Debo reconocer que me fascina esa mujer, es una mezcla entre brillantez y estricto comportamiento. Me fijo en cómo entra a la oficina, siempre lo hace a la misma hora, con sus trajes impecables y su pelo recogido. La observo cuando está concentrada mirando documentos, y me encanta cuando frunce el ceño cuando algo no le cuadra. Cuando la escucho discutir por estrategias financieras, hace que algo dentro de mí se despierte. Es pasión lo que siente por lo que hace, y me moriría de ganas de que sintiera eso por mí.

Aquella noche vi algo en sus ojos, estaba apartada, era como si hubiera una grieta en su armadura. No estaba acostumbrada a beber, y eso me dio la valentía suficiente para acercarme a ella. Cuando estuvimos a solas en la terraza… Sacudo la cabeza, intentando no pensar en aquel momento y lo que pasó después.

Mi teléfono vibra, interrumpiendo mis pensamientos.

Nerea: Necesito que firmes los papeles esta semana. Mi abogado está presionando y Victoria quiere que resolvamos esto antes de irnos de vacaciones a Italia.

Victoria. Su nueva pareja. Una cirujana plástica de Madrid con quien Nerea conectó durante un congreso en Valencia, hace ya un año. No la culpo. Nuestro matrimonio estaba roto mucho antes de que ella apareciera.

Suspiro y me siento en el taburete. Mi matrimonio con Nerea fue un error desde el principio. Nos conocimos en un seminario de economía aplicada. Es una mujer brillante. Yo iba de un trabajo a otro, esta vez había aceptado un puesto en Barcelona. Nos casamos

hace cuatro años cuando ella consiguió una plaza fija en la universidad. Yo acababa de salir de una relación destructiva con Amaya; fue mi pareja durante que cursaba la carrera. Nerea parecía segura, estable, racional. Pensé que era ella. Me equivoqué.

Apenas convivimos un año entero juntas. Las discusiones empezaron pronto. Ella, todo lo debía tener controlado, sus tiempos, espacio, y yo, en cambio, soñaba con vivir. «Somos como agua y aceite», me dijo una noche después de una discusión sobre mis gastos innecesarios. Seis meses después de eso, ella me confesó que había conocido a alguien, me quedé destrozada, aunque una parte de mí sabía que lo que sentíamos no era suficiente. Así que hace seis meses decidí volver a mi isla, a mi casa comprada por impulso y dejar atrás todo lo vivido en la península. Solo me ata a ella un contrato, un acuerdo que no pensé que tuviera fecha de caducidad, pero la tenía.

Ahora hemos mantenido las apariencias por conveniencia: a ella le beneficia para su imagen académica; a mí para evitar preguntas en el entorno laboral y familiar. Un matrimonio de mentira que ninguna de las dos se ha atrevido a romper, hasta ahora.

Yo: Te los envío firmados mañana.

Es hora de acabar con esta farsa, aunque signifique enfrentarme a la decepción de mi familia. Ellos nunca han entendido mi sexualidad, pero vieron en mi matrimonio una señal de «estabilidad».

Termino mi café y me voy a la ducha. Mientras el agua cae por mi cara, pienso en la conversación de ayer con Marta. La invité sin pensar, llevada por un impulso. Su rechazo fue automático, pero

luego se justificó, algo que nunca hace. Normalmente, su «no» es definitivo, sin explicaciones.

—Pequeños avances —digo cuando veo mi reflejo en el espejo del baño.

Me detengo en la cafetería que hay antes de llegar al trabajo para comprar un café, lo pido para llevar. La cafetera de la oficina produce algo que no puede llamarse café.

Diego, uno de los analistas *júnior*, me alcanza antes de llegar al ascensor. Es un chico brillante, aunque demasiado interesado en la vida personal de todos. Trabaja en mi equipo desde hace dos meses y parece que soy su mentora no oficial.

—Buenos días, Irene —saluda con entusiasmo—. ¿Has visto el informe trimestral? Estamos superando las previsiones del 12 %.

—Lo vi anoche —respondo—. Buen trabajo con el análisis sectorial, por cierto. Tus conclusiones sobre el mercado inmobiliario fueron acertadas.

Se sonroja un poco ante el elogio, creo que le gusto y solo espero que no sea así, porque a estas alturas todos saben que me gustan las mujeres. Aparte, un romance entre compañeros de oficina es complicado y más cuando soy su superior.

«Eso no te detuvo con Marta» me dice una vocecita en mi interior.

—¿Qué tal el proyecto Nautilus? —pregunta mientras salimos del ascensor—. ¿Te ha ayudado la temible Rivas?

—No la llames así —respondo con más brusquedad de la que pretendía—. Es profesional, eso es todo.

Diego levanta una ceja, sorprendido.

—Solo bromeaba. Todo el mundo sabe que es brillante, pero tiene fama de ser bastante… intensa con el trabajo.

—Los rumores en la oficina son cosa de instituto. Prefiero juzgar a las personas por su trabajo, no por los cotilleos.

Me observa con curiosidad, como si su mente estuviera intentando descifrar por qué no entro al trapo de juzgar.

—Tienes razón —concede—. ¿Necesitas ayuda con la presentación para la reunión de las once?

—No, gracias. Ya la tengo preparada —respondo—. Pero podrías revisar los datos de Marruecos para la reunión de mañana.

A la diez y media empiezo a preparar la sala de reuniones. Me gusta llegar antes, organizar las presentaciones, asegurarme de que todo está bien. Es una de las pocas áreas en las que soy metódica. La reunión es con el equipo directivo sobre nuevas estrategias de inversión para los clientes.

Siento que alguien entra y me giro, es Marta, y ella no debería estar aquí. Lleva un traje azul marino, su pelo recogido en una coleta baja. Mi respiración comienza a agitarse, no puede ser que esa mujer me haga sentir así. Necesito sacarla de mi cabeza. Pero mi mente divaga en cómo sería apoyarla en la mesa, desabrochar el botón del pantalón y meter mi mano entre sus bragas sin que ella me deje de mirar.

—¿Estás bien? —dice tocando mi hombro haciendo que salga de mis pensamientos.

—Sí, perdona. Estaba pensando…

—¿En qué? —pregunta—. Da igual, solo he venido porque Ramón me ha pedido que asistiera para dar mi opinión sobre el sector energético.

—Perfecto —digo intentando acallar ese fuego que me está quemando.

Nuestras manos se tocan cuando le paso la carpeta. Siento una corriente que recorre mi cuerpo, pero intento mantener mi profesionalidad, aunque no puedo evitar apretar los labios cuando nuestros ojos se encuentran. Ella parece que no está mucho mejor que yo, aunque lo sabe disimular mucho mejor. Se sienta lo más lejos posible y una parte de mí lo agradece.

La reunión transcurre con normalidad. Expongo las nuevas estrategias, respondo preguntas, debato algunos puntos con el director financiero. Marta interviene un par de veces. Evita mirarme directamente, excepto cuando es estrictamente necesario.

A mediodía, cuando la reunión termina, la veo salir rápidamente de la sala. Nuestras miradas se cruzan en el pasillo. Ella desvía la suya primero, como siempre desde aquella noche. Me duele su rechazo, pero entiendo que para alguien que controla cada aspecto de su vida como si fuera una hoja de cálculo, esté confundida.

Recuerdo cuando la vi por primera vez al llegar a la oficina, pregunté quién era. La respuesta fue; «Es hetero y estirada, nadie ha podido acercarse lo suficiente como para saber algo de su vida privada, pero laboralmente es la mejor». Miré a Rafael, que fue la persona que me contrató y sabe que soy lesbiana. Simplemente le sonreí.

Las horas pasan y por fin llega la hora de irme a casa. Antes de hacerlo paso por la playa de Las Canteras, siempre me da paz.

Sentada en la arena, observo el entorno. Pienso en cómo mi vida parece estar siempre en un estado de transición. Nunca me asiento, nunca termino de encontrar mi lugar. A mis cuarenta y siete años, sigo buscando algo, que no sé exactamente lo que es.

Mi teléfono suena y al mirarlo veo que es mi hermano Miguel. Dudo si cogerlo o no, pero sé que va a seguir insistiendo.

—¿Cuándo vas a venir a casa? Mamá pregunta por ti —dice sin saludar.

—Pronto —respondo—. Tengo mucho trabajo.

—Siempre dices lo mismo. El domingo es el cumpleaños de papá, lo sabes, ¿no?

—Claro que lo sé, Miguel —miento, lo había olvidado por completo—. Estaré allí.

—¿Vendrás con Nerea? Hace meses que no la vemos.

Aprieto los labios. Mi familia no sabe que estamos separadas. Otra mentira más a mi colección.

—No lo sé, Miguel. Sabes que ella está en Madrid y el trabajo se le complica a veces —respondo—. Te llamo luego, ¿vale? Estoy con unas gestiones ahora.

—Siempre con algo que hacer. Solo intenta no faltar esta vez. Papá no lo dice, pero le duele tu ausencia.

Cuelgo sintiendo una punzada de culpabilidad. Mi relación con mi familia es complicada. Me quieren, pero nunca han entendido realmente quién soy. Para ellos soy la hija rebelde que se fue a

estudiar a la península y volvió con ideas raras y una vida que no comprenden.

Me dirijo a mi casa, y al llegar lo primero que hago es ir a la cocina y abrir una botella de vino, me sirvo una copa y pienso en ella, Marta Rivas. Hay algo que me llama, aquella noche toda la fachada de Marta se cayó, sus ojos no eran fríos, sus caricias quemaban mi cuerpo, las súplicas pidiendo que no parara las revivo una y otra vez en mi cabeza. Pero después huyó, como si se asustara por todo lo que había pasado.

—Te estás complicando la vida, Irene —me digo en voz alta—. Como siempre.

Saco mi teléfono y abro el correo que me envió. Releo sus palabras, buscando algo entre líneas, cualquier indicio de que también piensa en mí. Es ridículo, lo sé, pero no puedo evitarlo.

Mañana será otro día de fingir que no me afecta su presencia, de mantener la fachada profesional mientras por dentro me pregunto qué habría pasado si ella no hubiera huido aquella noche.

Capítulo 3

Irene

Es jueves y al salir decido que necesito hablar con mi amiga. Hace semanas que no hemos quedado. Así que saco el móvil y le escribo.

Yo: ¿Nos vemos en media hora en Vegueta?

Su respuesta, por suerte, llega pronto.

Lucía: Claro. En la Azotea, como siempre.

Conduzco hacia el casco histórico y meto el coche en un parking. La Azotea es nuestro refugio desde hace dos años, es un sitio tranquilo. Lucía es profesora de Literatura en la Universidad. Descubrimos este sitio de casualidad un día paseando para ir al centro de arte moderno y desde entonces, siempre venimos.

Cuando llego, ella ya me está esperando, levanta la mano al verme y cuando llego a su altura nos saludamos con dos besos. Tomamos asiento y pedimos dos copas de vino blanco. Lucía se queda mirándome fijamente.

—Tienes cara de drama —dice cuando el camarero se marcha—. ¿Nerea otra vez?

—En otras cosas —respondo—. Me ha mandado los papeles del divorcio. Esta vez va en serio.

El camarero nos trae las copas de vino y Lucía, sin pensarlo, alza la copa a modo de brindis.

—Por fin. Ya era hora de que acabaras con esa farsa. Nunca entendí por qué seguías con alguien que vive a dos mil kilómetros y que ya tiene otra relación.

—Era cómodo, no tenía que dar explicaciones, ella hace su vida y yo la mía, lo acordamos así y nos funcionaba. No quiero dar explicaciones, Lucía, no quiero preguntas de por qué esto no funcionó.

—Excusas. La verdadera razón es que, teniendo ese compromiso, no dejabas que nadie se acercara a ti. ¿Quién quiere estar con alguien que está casada con otra persona?

—Nerea ha rehecho su vida —aclaro.

—Ella te fue infiel. Alguien que quiere una relación estable nunca estaría con alguien que dice que está casada. Solo tienes sexo ocasional sin involucrarte sentimentalmente, tu excusa perfecta es estar casada con alguien.

Quiero protestar, pero no puedo. Tiene razón, cuando alguien se acercaba más de la cuenta decía: estoy casada.

—Bueno, eso se acabó —digo—. Seré una mujer divorciada muy pronto.

—Me alegro por ti —sonríe mi amiga—. ¿Y qué son esas «otras cosas» que mencionaste? Suelta lo que me tienes que contar.

Dudo un momento. Hablar de Marta en voz alta hace que todo parezca más real, más complicado. Pero necesito sacarlo.

—Hay alguien —confieso—. En el trabajo.

Lucía entrecierra los ojos, intrigada.

—¿Alguien en el trabajo? ¿No será la mujer de hielo de la que me hablaste una vez?

Asiento. Sabiendo que quizá me había fijado mucho antes en Marta de lo que quiero admitir.

—Marta Rivas —susurro su nombre como si fuera un secreto—. La directora financiera y analista de riesgo.

—Espera, es la mujer que también me dijiste que parecía que tenía un palo metido en el culo, ¿es ella?

—Sí, es ella —confirmo—. Resulta que el palo no es tan rígido como parece.

Lucía se inclina sobre la mesa muy interesada.

—¿En serio? ¿Pasó algo? ¿Cuándo? ¿Cómo? Necesito detalles, Irene Navarro, y los quiero ahora.

Sonrío al ver el interés de mi amiga.

—En la cena de Navidad, en Tenerife —explico—. Estábamos en la terraza del hotel, hablando. Hacía tiempo que me intrigaba, pero esa noche, no sé, vi algo en ella. Era como si por un momento mostrara vulnerabilidad.

—¿Y? —insiste Lucía.

—La besé —el recuerdo hace que sienta cómo el calor sube por mis mejillas—. Y ella me correspondió. Acabamos en mi habitación.

Lucía abre mucho los ojos, no se esperaba que hubiera llegado tan lejos con alguien del trabajo.

—¿Me estás diciendo que Marta Rivas, la mujer que, según tú misma calcula hasta cuántos pasos da al día, tuvo un encuentro de una noche contigo? —dice incrédula.

Asiento mientras vuelvo a beber de la copa de vino.

—¿Y cómo fue? —pregunta.

—Increíble —admito, sintiendo un cosquilleo al recordarlo—. Fue maravilloso. Apasionado, intenso, no era la misma Marta que estoy acostumbrada a ver en la oficina, fue diferente.

—¿Y después?

Cierro los ojos al recordarlo.

—Después huyó. Literalmente. Se vistió y salió de mi habitación como si estuviera escapando de un incendio. Al día siguiente, en el vuelo de regreso, se sentó lo más lejos de mí. Y desde entonces, tengo la sensación de que me evita, es como si tuviera una enfermedad contagiosa.

—¿Sabes su sexualidad? Eso podría explicar por qué salió corriendo de allí.

—No sé nada de su vida, ni yo, ni nadie del equipo. Por cómo fue lo que pasó en esa habitación, quizá sí podría ser su primera vez, pero no lo sé.

Me quedo en silencio recordando las caricias, los besos, no había miedo en sus ojos, solo alguien dejándose llevar por ese momento de pasión entre las dos.

—Hace meses que pasó esto, Irene. ¿Por qué me lo cuentas ahora? Normalmente, nos contamos las cosas, pero ahora, meses después, no lo entiendo.

—Yo tampoco me entiendo, no sé qué me está pasando con ella.

Lucía me observa analizando cada detalle de mi rostro.

—Has jugado con fuego con alguien que es calculadora, fría incluso, según lo que me has contado. Es tu superior y huye de ti. Solo tú podrías complicarte tanto la vida, Irene.

No soy capaz de decir nada, porque tiene razón en que me estoy complicando la vida.

—¿Te has enamorado? —pregunta agarrando mi mano por encima de la mesa.

—No —afirmo–. Solo me intriga.

—Joder, amiga, no me gustaría estar en tu pellejo. Debes aclararte, saber qué quiere ella. Si se siguen evitando, no van a llegar a aclarar nada. Sois dos mujeres adultas.

Me quedo callada, otra vez, porque sé que tiene razón. Marta se ha colado en mí y no puedo explicar lo que está pasándome.

—La invité a salir con los demás compañeros el viernes —confieso—. Dijo que no, como era de esperar, pero luego se justificó. Dijo que tenía un viaje familiar.

—¿Y eso qué significa? —pregunta Lucía, confundida.

—Marta nunca se justifica —explico—. Un «no» suyo es el final de la conversación. Pero esta vez sintió la necesidad de explicarse. Y luego... —me detengo, recordando sus palabras finales.

—¿Y luego qué? —insiste Lucía.

—Le dije que, si cambiaba de opinión, no se arrepentiría. Y ella me respondió que nunca se arrepiente de nada. —sonrío al recordar

ese momento—. Lo dijo mirándome directamente a los ojos, Lucía. Por primera vez en meses.

Lucía me mira abriendo mucho los ojos.

—Estás perdida, amiga, aunque no lo reconozcas. Esa mujer se ha ido colando y no has intentado hacer nada para detenerlo.

—Quizá no quiero que se detenga nada.

Mi amiga se recuesta en la silla mientras suspira. Sabe que es la primera vez que me siento así después de mi relación con Nerea.

—¿Cuántos años tiene?

—Treinta y ocho.

—Bufff, ¿qué piensas hacer?

—No lo sé. Por un lado, quiero darle espacio. Entiendo que si siempre ha sido recta y no ha dejado que pasen sus barreras con alguien del trabajo, esté confusa. Por otro lado… —me detengo cogiendo aire por la nariz para expulsarlo por la boca—. Por otro lado, cuando estuvimos juntas, fue… joder, fue increíble, Lucía. No solo hubo sexo en esa habitación.

—Ten cuidado, Irene. Eso es lo que sentiste tú, pero no sabes qué fue para ella, quizá solo un polvo ocasional con alguien mayor, también pudo ser el alcohol. Esta vez podrías salir muy herida si no intentas saber algo más, incluso ella puede estar confundida.

—Lo sé —admito—. Por eso no he hecho nada. Estoy esperando, observando, dándole tiempo.

—Tú, ¿siendo paciente? —Lucía arquea una ceja—. Eso sí que es nuevo.

—Supongo que las personas cambian —sonrío.

—Estás enganchada —replica ella, terminando su copa de vino—. Solo ten claro qué quieres de esto, Irene. ¿Es curiosidad por la persona que es? ¿Deseo? ¿O realmente quieres algo más?

La pregunta queda flotando entre nosotras mientras el camarero se acerca a preguntar si queremos otra ronda. Ambas asentimos.

—No lo sé —admito cuando volvemos a estar a solas—. Eso es lo que me asusta. Nunca me había liado con alguien del trabajo, los últimos años solo había tenido sexo con otras mujeres, pero con ella, al sentirla vulnerable, al dejar caer esa fachada de mujer estructurada y que lo controla todo… Quiero más, Lucía. Pero tampoco quiero presionarla.

—Entonces, dale tiempo. Si realmente hay algo entre vosotras, imagino que se decidirá a hablar sobre ello. Y mientras tanto, firma esos malditos papeles del divorcio. Por lo menos cierra un frente antes de abrir otro.

Asiento, agradecida por su franqueza. Ella es la única que me va a decir la verdad, por más que duela.

—¿Sabes qué es lo más extraño? —digo después de un rato—. Siempre me han atraído personas como yo: impulsivas, emocionales… Pero Marta es exactamente lo contrario. Es calculadora, metódica, controlada…

—Los opuestos se atraen —dice Lucía, encogiéndose de hombros.

Sus palabras me hacen reflexionar. ¿Es eso? ¿Me atrae Marta porque representa todo lo que yo no soy?

—Sea lo que sea —continúa Lucía—, esto te está afectando y tienes que hacer algo.

—Ya, pero es complicado.

—El amor siempre lo es —asegura Lucía sonriendo—. Especialmente para alguien que los últimos años ha huido como tú, y como creo que ella también lo hace.

Quizá tenga razón y ahora soy yo la que no quiere huir de esto, mientras ella pone distancia. No sabré qué es lo que quiere, si no hablo con Marta.

Pasamos el resto de la noche hablando de otros temas: su trabajo en la universidad, mi próxima visita familiar, incluso hasta lo que haremos en nuestras próximas Navidades. Pero Marta sigue ahí, en el fondo de mi mente, como una presencia constante que no puedo —ni quiero— ignorar.

Cuando ya nos vamos a ir, Lucía me abraza con fuerza.

—No huyas —susurra en mi oído—. Recuerda: algunas cosas valen la espera.

Agradezco sus palabras y voy al coche. En el camino de vuelta, pienso en todo lo que hemos hablado de Nerea de firmar de una vez el divorcio, y Marta. Debo tener paciencia con ella, pero necesito saber qué es lo que quiere, aunque el miedo al rechazo me paralice.

Capítulo 4

Marta

El viernes por la tarde la oficina se empieza a vaciar. Desde mi despacho puedo ver cómo la gente está feliz, llega el fin de semana y con ello desconectar del trabajo semanal. Yo permanezco en mi sitio, revisando las proyecciones del tercer trimestre. Tengo que viajar mañana, ya que le prometí a Clara que le ayudaría con la librería. Aún me queda revisar unas cosas en la oficina antes de irme a casa.

Levanto la vista cuando escucho una risa que me es familiar. Es Irene, de pie junto a Diego. Él se inclina hacia ella mientras le muestra algo en su teléfono. Veo cómo ella ríe de nuevo, tocando su brazo. Me molesta. Diego ahora le dice algo y ella sonríe. Es la misma sonrisa que tenía la noche en la terraza del hotel, esa que me cautivó.

Algo se me retuerce en el estómago. Una sensación desagradable que no logro identificar inmediatamente. ¿Irritación? ¿Incomodidad? No, sé que eso no es.

Son celos.

Reconocerlo me hace negar con la cabeza y cerrar los ojos para evitar mirarlos. Estoy celosa de Diego, de su capacidad para hacer

reír a Irene, de cómo puede tocarla con esa facilidad sin cuestionarse nada.

Bajo la mirada rápidamente cuando Irene se gira en dirección a mi despacho. Finjo estar absorta en mis documentos, pero mi concentración ya no está. Las cifras en la pantalla ahora son símbolos sin sentido. Me levanto y bajo las persianas que dan un poco de intimidad al despacho y así no veo lo que hay en el exterior.

Intento volver a concentrarme, pero mi mente no me lo permite, va una y otra vez al recuerdo de Irene sonriendo a Diego. Me pregunto si él sabe que está casada. Si a ella le importa que él lo sepa, incluso la diferencia de edad tan grande que hay entre ellos. Parece que eso les da igual.

Un suave golpe en la puerta me sobresalta. Levanto la vista y ahí está ella, apoyada en el marco de la puerta.

—Nos vamos a tomar algo a La Terraza —dice—. Un grupo de nosotros, como ya te dije.

—Tengo trabajo pendiente —respondo.

Irene da un paso dentro de mi despacho, cerrando un poco la puerta tras ella. El ambiente cambia, como si se hiciera más pesado respirar.

—Si cambias de opinión y decides unirte... —hace una pausa, sus ojos fijos en los míos—, creo que no te arrepentirás.

Son las mismas palabras que utilizó hace unos días, pero esta vez, hay algo diferente en su mirada. Algo que me desafía.

No respondo. No puedo. La garganta está seca y las palabras parecen atascadas en algún lugar entre mi cerebro y mi boca. Irene

me sostiene la mirada un momento más y luego muerde su labio inferior, eso hace que envíe una corriente eléctrica por mi columna. Trago saliva con dificultad.

—¿Nos vamos ya? —la voz de Diego rompe el momento. Está en la puerta, sonriendo. Coloca una mano en la cintura de Irene, un gesto que hace que quiera levantarme y apartarle la mano de un manotazo, pero me contengo y aprieto el bolígrafo que tengo en la mano haciendo que mis nudillos se pongan blancos.

—Claro —responde ella, sin apartar su mirada de mí—. Buenas noches, Marta. Que tengas buen viaje.

Y así, sin más, se van. Veo cómo caminan juntos hacia el ascensor, la mano de Diego aún en su cintura. Otros compañeros se unen a ellos, todos riendo, relajados, libres de la tensión que me mantiene rígida en mi silla.

Intento volver al trabajo, pero es inútil. La imagen de Irene mordiendo su labio se repite en mi mente. Sus palabras resuenan: «no te arrepentirás».

¿De qué no me arrepentiría exactamente? ¿De salir con compañeros de trabajo? ¿O hay algo más en su invitación?

Cierro el archivo sin terminar de revisarlo, apago el ordenador y recojo mis cosas. Mi cuerpo parece moverse por voluntad propia, guiado por un impulso que mi cerebro analítico intenta reprimir sin éxito.

En el aparcamiento, me siento en mi coche y pongo las manos sobre el volante. Aún puedo irme a casa, seguir mi rutina habitual: cena ligera, comprobar que tengo todo en la maleta, revisar algunos documentos. Lo seguro, lo predecible.

—¿Qué estás haciendo, Marta? —me pregunto mientras arranco el coche. No tengo respuesta.

Cuando entro al local localizo rápido al grupo de la oficina. Están en una zona de sofás junto a la barandilla, con copas en la mano y relajados. Diego está sentado junto a Irene, inclinado hacia ella mientras habla animadamente.

Varios se giran cuando me ven. La sorpresa es evidente. Marta Rivas, la directora financiera, la mujer que nunca socializa, de pie en la entrada de un bar un viernes por la noche.

Irene es la última en verme. Cuando lo hace, su rostro cambia. Una sonrisa lenta, casi depredadora, se dibuja en sus labios. Me mira como si hubiera ganado una apuesta consigo misma.

Me acerco al grupo, aunque mi cabeza sigue diciéndome qué hago allí, que no es mi lugar, que esto no está bien.

—Hola —saludo, intentando sonar casual—. He terminado antes de lo esperado.

—¡Marta! —exclama Diego, sorprendido—. No esperábamos verte aquí.

—Yo sí —dice Irene, sin apartar sus ojos de mí—. Siéntate. Te pediré algo. ¿Vino blanco?

Asiento, impresionada de que recuerde lo que pedía en la cena de Navidad. Me siento en donde me hacen un hueco, un sillón frente a ella. Diego intenta incluirme en la conversación, pero me resulta difícil concentrarme en sus palabras cuando Irene me observa como lo hace.

A medida que va avanzando la noche, noto cómo Irene juega conmigo. La forma en que se inclina hacia adelante, dejando que pueda ver su escote. Cómo humedece sus labios después de cada sorbo de vino. Cómo sus ojos encuentran a los míos en medio de conversaciones.

Está provocándome, y lo peor es que está funcionando. Siento un calor creciente en mi interior, una tensión que se acumula con cada mirada, cada gesto sugerente.

—Debo irme —digo, levantándome.

—¿Tan pronto? —pregunta Diego mientras el resto solo me mira.

—Algunas tenemos responsabilidades —respondo sin poder contener mi malestar.

—Voy al baño antes de la siguiente ronda —dice Irene, poniéndose de pie—. Ahora vuelvo.

La veo alejarse hacia el fondo del local. Su caminar me hipnotiza, es segura de lo que hace y sabe perfectamente que me tiene en sus manos, y lo peor es que no quiero contenerme.

—Yo también voy al baño antes de marcharme —digo al grupo.

El baño está en un pasillo discreto, lejos de la música y las conversaciones. Cuando llego, Irene no está a la vista. Empujo la puerta y accedo a los baños, sorprendiéndome: lavabos de mármol, iluminación tenue, música ambiental diferente a la del bar.

Me dirijo a uno de los cubículos, pero antes de abrir la puerta, siento una presencia detrás de mí. Me giro y ahí está Irene, a centímetros de distancia. Sin decir nada, sujeta mi mano y me lleva al que está en el fondo, y cierra la puerta después de que entremos.

Nuestras respiraciones son lo único que se escucha. Sus ojos brillan de deseo, al igual que los míos. No hay palabras, no son necesarias. Meses de tensión acumulada, de miradas robadas, de fantasías negadas, se encuentran en este momento.

La agarro por la cintura y la atraigo hacia mí con una fuerza que no sabía que poseía. Nuestros labios se encuentran en un beso desesperado, hambriento. Sus manos están en mi pelo, las mías recorren su espalda, memorizando cada curva. Me empuja contra la pared, haciendo que nuestros cuerpos queden completamente juntos. Siento su calor a través de mi ropa. Sus labios dejan los míos para recorrer mi cuello, y tengo que apretar mis labios para que mi gemido no se escuche.

No hay palabras, solo nuestras respiraciones y el sonido ocasional de un gemido que intentamos contener sin mucho éxito. Es puro deseo. Mi mente analítica está completamente silenciada, rendida a las sensaciones que me hace sentir Irene.

Irene desliza una mano bajo mi falda, subiéndola por mi muslo con una lentitud que me tortura. Cuando sus dedos llegan a mi ropa interior, los mete y la escucho gemir al notar mi humedad.

—Te deseo desde hace tanto —susurra contra mi oído.

No respondo, no puedo, el deseo puede más. Bajo mi mano hasta su pantalón y lo desabrocho hasta que puedo deslizar mi mano dentro. Está igual de empapada que yo. Su jadeo al sentir mis dedos me hacen suspirar.

Lo que sigue son nuestras manos moviéndose entre besos desesperados. Nos damos placer mutuamente. Irene me muerde el

hombro para ahogar un gemido cuando llega al clímax, y ese pequeño dolor es lo que me empuja a mi propio orgasmo.

Nos quedamos apoyadas la una contra la otra mientras nuestras respiraciones se tranquilizan. Siento su corazón latir acelerado contra el mío. Por un instante, hay una intimidad en este momento que casi me asusta más que lo que acabamos de hacer. Pero entonces mi mente comienza a analizarlo todo. Estamos en un baño público. Nuestros compañeros están a unos metros de distancia. Y, sobre todo, Irene está casada, y yo estoy contribuyendo a esto. La lista de complicaciones es interminable.

Me separo suavemente, haciendo que ella se retire. Comienzo a colocarme la ropa, mientras Irene me observa.

—Marta… —comienza, pero levanto la mano.

—No puedo hacer esto —susurro—. Lo siento.

Antes de que pueda decir algo, abro la puerta y salgo. Me lavo las manos sin mirarme al espejo, temiendo ver mi reflejo. Observo mi ropa, me arreglo un poco el pelo y huyo de allí.

Salgo del local sin despedirme. Necesito aire, espacio y distancia. Me dirijo al ascensor y, una vez dentro, apoyo mi espalda contra la pared. Mi cuerpo aún vibra por lo que he sentido, mi mente, en un torbellino de contradicciones. Lo que acaba de suceder pone en jaque todo lo que sabía de mí, sobre mis deseos, sobre mis propios límites. Y lo peor es que, a pesar de huir, a pesar de mi miedo, una parte de mí ya está añorando sus manos recorriendo mi cuerpo.

Cuando llego al coche, me siento tras el volante, pero no arranco. Solo intento que mi respiración se normalice y mi cabeza deje de culparme por lo que acabo de hacer.

—¿Qué estoy haciendo? —me pregunto, y esta vez, la respuesta me asusta: estoy perdiendo el control. Y lo que más me asusta es que una parte de mí está disfrutando.

Capítulo 5

Irene

Me quedo paralizada en el baño después de que Marta haya salido corriendo. Todavía siento el sabor de sus labios, el calor de mi cuerpo contra el de ella y ahora solo queda este espacio vacío donde hace unos minutos Marta apagaba sus gemidos contra mi cuerpo.

«Otra vez huyendo», pienso mientras me lavo las manos y compruebo mi aspecto en el espejo. Tengo los labios hinchados, las mejillas rojas y el pelo revuelto, esto evidencia lo que acaba de pasar. De lo que siempre pasa con Marta: pasión seguida de pánico, conexión seguida de huida.

Me arreglo lo mejor que puedo antes de volver con mis compañeros. Diego me mira con curiosidad cuando me siento de nuevo.

—¿Ha pasado algo? Marta se fue como si hubiera visto un fantasma.

—Recordó que tenía que hacer unas cosas urgentes —respondo forzando una sonrisa—. Ya sabes cómo es ella con los horarios.

No parece muy convencido, pero no dice nada más. El resto de la noche transcurre como una película borrosa a mi alrededor. Río en los momentos adecuados, participo en las conversaciones, incluso

acepto otra copa. Pero mi mente está en otra parte. Sigue en ese baño con Marta Rivas.

Cuando la noche se termina, Diego se ofrece a acompañarme a casa.

—No es necesario —le digo amablemente—. Vivo cerca y prefiero caminar —miento, no vivo cerca.

—¿Estás segura? —insiste—. Es tarde y…

—Estoy perfectamente bien —lo corto—. Gracias, Diego, nos vemos el lunes.

Me alejo antes de que pueda protestar más. Necesito estar sola, procesar lo que ha pasado, lo que siento y lo que voy a hacer.

Las calles de la ciudad están tranquilas a esta hora, con solo algunos grupos de jóvenes y parejas disfrutando de la noche. Camino sin prisa, dejando que el aire despeje mi mente. Paso frente a un pequeño bar que aún está abierto y, por impulso, entro y pido una copa de vino.

Me siento en la barra, pensando en lo que ha sucedido esta noche.

—¿Qué estás haciendo, Irene? —me pregunto y lo peor es que no tengo respuesta.

Marta me fascina desde el primer día que la vi. Su precisión, su control, su brillantez. Tan diferente a mí, tan opuesta a mi caos. Pero nunca imaginé que llegaríamos a esto, a tener encuentros furtivos cargados de deseo y secretos.

Lo peor de todo es que quiero más. No solo su cuerpo, aunque me da pavor pensar que la deseo con una intensidad que me asusta.

Quiero conocer a la mujer bajo esa fachada perfecta. Quiero saber qué libros lee, qué música le gusta, qué la hace reír de verdad, no esas sonrisas a medias que ofrece en las reuniones.

Mi teléfono vibra. Por un momento, mi corazón se acelera pensando que puede ser ella. Pero descarto esa opción, Marta no tiene mi número de móvil. Es Nerea, recordándome los papeles del divorcio. La realidad me golpea. Necesito cerrar este capítulo de mi vida.

Yo: Los firmaré mañana. Buenas noches.

Termino mi vino y pago. Es hora de irme, de enfrentarme a la soledad de mi casa y a la cama vacía que me espera.

Mientras camino, decido que ya es suficiente. No puedo seguir así, en este limbo con Marta. La próxima vez que la vea, tendremos una conversación real. No más juegos, no más provocaciones. Es hora de poner las cartas sobre la mesa.

Claro que primero tendrá que dejar de huir de mí.

Me acerco a una parada de taxi y subo a uno, le doy la dirección y en el silencio del taxi mi cabeza no para de repetir mi encuentro con Marta. Suspiro al recordarlo, cansada de tener que vivir con ella esos momentos fugaces.

Cuando abro la puerta de mi casa, la oscuridad me recibe como una vieja amiga. Enciendo la luz de la entrada y me dirijo directamente a la ducha. Necesito quitarme este día de mi piel. Aunque sé que no será tan fácil borrar la sensación de las manos de Marta sobre mi cuerpo.

Bajo el agua caliente, dejo que las lágrimas que he estado conteniendo salgan. No sé exactamente por qué estoy llorando. ¿Por Marta? ¿Por mi matrimonio fallido? ¿Por la sensación de que siento que siempre pierdo en el amor?

Salgo de la ducha, me seco y me pongo una camiseta. Es demasiado tarde para llamar a Lucía, así que salgo a la terraza. Puedo ver las estrellas a pesar de la iluminación. Miro al cielo y no puedo evitar pensar en ella de nuevo.

Me planteo llamarla, pero no tengo su número personal. Solo el de la oficina. Además, ¿qué le diría? ¿Por qué huyes de mí siempre? ¿Qué te asusta tanto de lo que pasa entre nosotras? Son preguntas que necesito ver su cara cuando las haga, no a través de un teléfono.

Me despierta la luz entrando por la ventana de mi habitación; me olvidé de cerrarla. Me desperezo y cierro los ojos intentando calmarme. Hoy me espera firmar los papeles que tengo encima de la mesa del salón, avisar al mensajero, y después quiero quedar con Lucía e ir a comprar el regalo para el cumpleaños de mi padre.

Lo primero que hago es escribirle a mi amiga, necesito comer con ella, después voy a la cocina y me preparo un café para ir al salón y sentarme en el sofá con los papeles delante, ya los he leído cuatro veces, pero una más no estaría mal.

Mi matrimonio con Nerea terminó hace mucho tiempo, esto es solo formalizar algo que hemos ido postergando. Cojo el bolígrafo y firmo todas las hojas, suspiro de alivio al hacerlo. Es la confirmación de pasar página, de seguir con mi vida.

Lucía me espera en nuestro restaurante habitual. Su expresión cambia cuando me ve.

—Vaya cara traes —dice a modo de saludo—. ¿Los papeles o algo más?

—Algo más —admito mientras nos sentamos—. Alguien más, para ser exactos.

—Marta Rivas —adivina.

Le cuento todo lo que sucedió anoche, sin omitir detalles. Lucía escucha con atención, sin interrumpirme.

—Así que dejaste que se fuera. Otra vez —dice cuando termino de hablar.

—No tenía muchas opciones, Lucía. No podía perseguirla por el local.

—Claro que podías —me corrige—. Pero no lo hiciste, porque también te asusta esto.

—¿De qué me hablas? No me asusta.

—Por favor —pone los ojos en blanco—. Te conozco, Irene. Siempre te atraen las personas inalcanzables o complicadas. Juegas a seducir y cuando se acercan para tener algo real, siempre encuentras la manera de sabotearlo. ¿Cuánto tiempo llevas separada de Nerea? Desde hace mucho.

—Eso no es justo —protesto—. Yo no soy quien huye cada vez que nos acercamos.

—Pero tampoco haces nada por detenerla. Físicamente, te sientes bien con ella, pero emocionalmente… —deja la frase en el aire mientras me mira fijamente.

Me quedo callada, considerando sus palabras. ¿Tiene razón? ¿Estoy eligiendo situaciones imposibles para protegerme de una conexión real?

—Es que todo empezó con Sofía —dice Lucía, mencionando a mi ex de la universidad, con quien estuve cuatro años en una relación caótica.

—Esto no se parece en nada a lo que fue Sofía —respondo—. Ella era caótica, impredecible. Marta es todo lo contrario.

—Pero el patrón es el mismo —insiste mi amiga—. Te atraen las personas con las que las relaciones estables parecen imposibles. Con Sofía, ella era inestable y de ahí seguiste, hasta que te casaste con Nerea. Todavía no me explico por qué lo hiciste. Con Marta es igual, ella huye a saber por qué lo hace, pero no eres capaz de retenerla, hablar con ella. Pero te da pavor volver a comprometerte y que salga mal.

—¿Qué sugieres que haga entonces? —pregunto.

—Primero, decide qué es lo que realmente quieres de ella —responde—. ¿Es solo por lo que hacen a escondidas? ¿El reto de conquistar a la mujer inalcanzable? ¿O hay algo mucho más profundo?

—Quiero... —me detengo, suspiro y continúo—. Quiero conocerla. No solo esa versión perfecta que tiene en la oficina, sino a la mujer real que es. Quiero entender por qué me atrae tanto, por qué no puedo sacarla de mi cabeza.

—Eso suena como algo más que simple curiosidad o atracción —dice mi amiga.

—Lo sé —admito en voz baja—. Esto me asusta.

—A ti y a ella —añade Lucía—. La diferencia es que tú al menos lo reconoces.

Pasamos el resto del almuerzo hablando de otros temas, pero Marta sigue presente en mi mente. Cuando nos despedimos, Lucía me abraza con fuerza.

—Ten paciencia —me aconseja—. Pero también ten claro lo que mereces. No te conformes con migajas, Irene.

Sé que tiene razón en que no puedo conformarme con los ratitos que me da Marta, pero realmente quiero arriesgarme y enfrentarla o seguir con estos momentos que me llenan un poquito.

Me dirijo a una joyería y le compro un reloj a mi padre, él ama la puntualidad. Me veo sonreír porque me doy cuenta de que Marta es como él. Somos tan distintas.

Cuando vuelvo a mi casa, intento concentrarme en la presentación del proyecto Nautilus, pero mi mente vuelve a Marta. Me pregunto qué estará haciendo y si está pensando en mí, cómo yo pienso en ella.

Capítulo 6

Marta

No he dormido bien. Las imágenes de lo que pasó en los baños se repiten en mi mente como una película que no puedo detener. Las manos de Irene en mi cuerpo, sus labios en mi cuello, el sabor de su piel… y luego hui. Otra vez.

Me levanto y me meto en la ducha y dejo que el agua fría aclare mis ideas, pero no lo hace. Al menos espero que el viaje pueda aclararme un poco todo esto.

En el taxi al aeropuerto, reviso mi teléfono por décima vez. No hay mensajes de ella, ¿por qué iba a haberlo? No tiene mi número personal. Me sorprende una punzada de decepción, lo que es absurdo. Yo fui quien huyó, quien estableció claramente que no quería... ¿Qué exactamente? ¿Una relación? ¿Una aventura? ¿Un escándalo en la oficina con una mujer casada?

Sí, casada. Ese detalle que mi cerebro intenta convenientemente olvidar cuando sus labios están sobre los míos. Lo sé porque revisé su expediente, algo que está prohibido, pero que hice de todas formas. Una tarde, hace meses, cuando todos se habían ido ya de la oficina. Abrí su archivo y leí cada detalle: su fecha de nacimiento —diez años más que yo—, sus trabajos —incluyendo uno en el que se

tomó un año sabático—, su estado civil —casada con Nerea Mendoza desde 2009—.

Casada. Con una mujer. Lo cual hace todo esto aún más confuso. No es solo que esté teniendo estos sentimientos por una mujer por primera vez en mi vida, sino que además es una mujer que ya tiene un compromiso con otra.

—¿En qué estás pensando? —me digo mientras el avión despega. Cierro los ojos, intentando encontrar esa calma que siempre me ha caracterizado, ese control que siempre he tenido.

—¡Marta! —exclama mi hermana, abrazándome cuando me ve salir por la puerta—. ¿Cómo fue el vuelo?

—Todo bien —digo soltándome del abrazo—. ¿Cómo estás tú?

—Aterrorizada por todos los cambios —admite con una sonrisa—. Pero es un terror bueno. Es como cuando te tiras en paracaídas.

—Nunca me he tirado en paracaídas —respondo encogiéndome de hombros.

Clara ríe mientras nos acercamos al coche para ir a la casa.

—Claro que no. Mi hermana la planificadora. No podrías saltar sin calcular primero la velocidad de caída y el punto exacto de aterrizaje.

—Te olvidas del viento, son importantes esos parámetros.

Mi hermana se ríe mientras niega con la cabeza. De verdad soy, ¿tan predecible? ¿Tan aburrida? Irene probablemente pensaría que sí. Ella, que parece vivir cada momento como si fuera el último, que

toma riesgos sin pestañear, que me besó en la terraza en Navidad sin importar que nos vieran.

—¿Estás bien? —pregunta Clara, interrumpiendo mis pensamientos—. Pareces, no sé, distraída.

—Estoy bien —respondo—. Solo un poco cansada. No dormí bien anoche.

Mi hermana alterna la mirada entre mí y la carretera. Odio a veces que mi rostro refleje mi estado de ánimo, y en eso Clara es una experta, en descifrar si me pasa algo.

—No me lo creo. Hay algo más. ¿Es sobre lo que me contaste?

Yo desvío la mirada para fijarme en ella. Aprieto la mandíbula, sé a lo que se refiere, pero no quiero hablar de eso.

—Lo de las…

—Sé a lo que te refieres —la corto.

—Marta…

—Ahora no, Clara. Vamos a ver cómo has ido dejando la librería.

Mi hermana muerde sus labios y asiente. Sé que ha aceptado cambiar de tema, pero volverá a preguntar. Estos meses, entre el viaje y la compra de la librería, nos hemos acercado mucho más y, aunque me deja mi espacio, ahora me hace hablar de cómo me siento.

—¿Qué te parece? —pregunta Clara, cuando entramos a la librería.

Miro alrededor, no la recordaba así, ha hecho un gran trabajo. Es algo más moderno, pero conservando lo que Helga tenía.

—Es perfecta —digo.

—¿Verdad? —sus ojos brillan con entusiasmo—. Todavía necesita algunas cosas, pero estoy en ello. Va a ser más que una librería, Marta. Quiero un espacio de lectura, talleres, un lugar donde la gente pueda conectar.

Su pasión es contagiosa. Por un momento la envidio. Tener la certeza de saber dónde debe estar, haciendo exactamente lo que debe hacer.

—¿Por dónde empezamos? He traído proyecciones de ventas internacionales, y también —digo abriendo mi maletín—. Mira —le muestro unos papeles—, hay un porcentaje bastante elevado de franceses que viven en la zona, si inviertes en…

—Ya —me corta mi hermana.

La miro entrecerrando los ojos, confundida. Si estoy aquí es para esto. Para ayudarla no solo a seguir organizando la librería, sino para ver la proyección en inversión.

—¿Qué te pasa, Marta? Y no me vale que estás cansada.

Suspiro antes de empezar a hablar.

—¿Cómo sabes que estás sintiendo algo por alguien?

Mi hermana me mira y entrecierra los ojos sin entender.

—¿Estás enamorada de alguien? —pregunta.

—Yo no he dicho eso, solo te he preguntado cómo sabes que estás empezando a sentir algo.

—Pues no sé, Marta, eso se sabe. Sientes cosas.

—Cosas, ¿cómo qué? —insisto.

—Quieres verla todo el tiempo, te gusta estar con ella.

—¿Eso te pasa con Maite? —pregunto.

—Sí, eso me pasa con ella. También siento un hormigueo, una cosa en el pecho.

—Buffff —bufo con desesperación—. Siento eso en el pecho. Pero prefiero que sea un infarto que sentir algo por…

—Joder, Marta —me interrumpe—. Eres una jodida bruta. ¿Hay alguien?

—Hay alguien —confirmo.

—¿Quién es ese alguien? —dice y tira de mí para que me siente en el sofá.

—Una mujer —y por primera vez admito que puede haber algo entre Irene y yo más allá de los encuentros furtivos.

—La mujer que me contaste, ¿la de Navidad? —pregunta con curiosidad.

—Sí, ella. Pero es complicado.

—¿Cómo que complicado? ¿Ella no siente lo mismo? ¿Ya han hablado? —mi hermana me llena de preguntas.

—Trabaja conmigo. Creo que ella también siente algo. Hemos… —me detengo buscando las palabras adecuadas—. Ha habido momentos.

—¿Momentos? —Clara se inclina hacia delante, intrigada—. ¿Qué tipo de momentos?

Siento cómo el calor sube por mis mejillas.

—El tipo de momentos que no deberían de ocurrir entre compañeras de trabajo —admito.

Clara suelta una carcajada.

—¡Dios mío! Mi hermana, la correcta, Marta Rivas, ¿teniendo una aventura en la oficina? Esto es mejor que cualquier película de Netflix.

—No es una aventura —protesto—. Y ese es precisamente el problema. No sé qué es. No sé qué quiero que sea. Además, ella está casada.

La sonrisa de Clara se desvanece.

—Mierda, Marta. Eso sí que complica las cosas. ¿Estás segura de que está casada?

—Completamente —asiento—. Revisé su expediente.

—¿Hiciste qué? —Clara me mira con los ojos muy abiertos—. ¿Desde cuándo espías los expedientes de tus compañeros?

—No es espiar —me defiendo, aunque sé que tiene razón—. Es investigar. Y fue hace meses, muchos antes de que, bueno, antes de que pasara nada.

—Espera, ¿has estado interesada en ella durante meses? —Clara parece cada vez más sorprendida—. ¿Quién eres y qué has hecho con mi hermana?

Suspiro, reconociendo lo absurdo de la situación.

—No lo sé, Clara. Desde que llegó a la empresa, hay algo en ella que me fascina. Es completamente opuesta a mí. Caótica, pero brillante. Impulsiva, pero efectiva. Rompe todas mis reglas y, aun así, consigue resultados increíbles. No la entiendo, y eso me intriga.

—Vaya —Clara, me mira sorprendida—. Estás realmente enganchada.

—No estoy «enganchada» —protesto, aunque sin mucha convicción—. Estoy confundida. Nunca había sentido esto por nadie, y mucho menos por una mujer, que encima está casada. Es inapropiado a tantos niveles.

—El corazón quiere lo que quiere, Marta. No se pueden racionalizar los sentimientos.

—Pues debería poder —respondo, frustrada—. Todo en mi vida tiene sentido, excepto esto. Excepto ella. Mi cabeza me dice que es un error, pero después la veo y solo tengo ganas de… —me detengo por la confesión, es tan inapropiada por mi parte que me siento vulnerable.

—¿De qué, Marta?

—De… No debería sentirme así, necesito controlar esto y no tengo ni idea de cómo se hace. Siento que pierdo el control de todo, y esa sensación es una angustia constante.

—¿Por qué simplemente no te dejas llevar?

—Porque el amor es una farsa y te vuelve gilipollas —admito cabreada.

—Eso no es así. El amor a veces es complicado, pero las cosas se hablan. ¿Qué ha pasado exactamente entre ustedes? —pregunta acariciando mi brazo.

Le cuento lo que ha pasado entre nosotras, omitiendo algunos detalles, pero siendo sincera con todo lo demás: la noche en

Tenerife, mi huida, y lo sucedido ayer en el baño y mi segunda huida.

—Así que te has acostado dos veces con ella, y las dos has salido corriendo después —resume mi hermana—. ¿No crees que empieza a ser un patrón?

—No me he «acostado» con ella —corrijo—. Y sí, es un patrón. El de alguien que sabe que está cometiendo un error, pero no puede evitarlo.

—¿Un error? —Clara levanta una ceja—. ¿O simplemente algo que no encaja en tu visión perfectamente planificada de la vida?

Ese es el punto. Aceptar que perder ese control me está haciendo huir, que lo mejor es que siga mi vida, sin tener esta sensación que me oprime el pecho y no sé cómo aceptar. Pero es mejor siempre buscar excusa que admitir que algo pasa.

—Está casada, Clara —repito, como si eso zanjara la situación de lo que no puede ser.

—Sí, lo has mencionado varias veces —asiente—. Pero ¿has hablado sobre eso?

—No —admito—. No hemos hablado de nada, huyo, ¿recuerdas?

Clara me mira negando con la cabeza, sé que piensa que soy como una niña que necesita tener explicación para todo, incluso para esto que me está pasando.

—Déjame ver si lo entiendo. Te has acostado con esta mujer dos veces, estás obsesionada con ella desde hace meses, pero no han tenido ni una conversación real sobre lo que está pasando entre ustedes.

Cuando la escucho, suena incluso ridículo.

—Ha habido circunstancias —me defiendo—. Y no estoy obsesionada.

—Revisaste su expediente —me recuerda Clara—. Eso es bastante obsesivo, incluso para ti.

Tiene razón, todo esto es tan inapropiado por mi parte, que parece que estamos hablando de otra persona.

—¿Qué debo hacer? —pregunto, porque no sé cómo gestionar esto—. No puedo seguir así. Es insostenible.

—Para empezar, habla con ella —dice Clara como si fuera lo más obvio del mundo—. No en un baño, no después de lo que ha pasado entre vosotras, sino como dos adultas. Averigua qué está pasando con su matrimonio. Dile cómo te sientes. Establece límites claros, o decide conscientemente no tenerlos. Pero haz algo, Marta. No puedes seguir huyendo cada vez que las cosas se ponen intensas.

—No es tan simple —protesto.

—Nunca dije que lo fuera —responde mi hermana—. Dije que es necesario. Hay una diferencia.

Nos quedamos en silencio un momento, hasta que es Clara quien decide romperlo.

—¿Sabes qué es lo que realmente me sorprende de todo esto? —dice—. Que, por primera vez en tu vida, estás permitiéndote sentir algo que no puedes controlar. Y, aunque estás aterrorizada, sigues adelante. Eso es ser valiente, hermana.

—¿Valiente? —repito—. Me siento como una cobarde. Salí corriendo.

—Pero volviste a verla. Y volverás a hacerlo. Porque hay algo ahí que es más fuerte que tu miedo. Tú decides si quieres seguir huyendo y teniendo cosas a medias o arriesgarte a intentarlo.

Tiene razón. A pesar de mi pánico, a pesar de todas las razones lógicas para mantenerme alejada, sigo acercándome hacia Irene como si fuera un imán.

—¿Y si sale mal? —pregunto, verbalizando mi mayor temor—. ¿Si esto me rompe por dentro? ¿Si pongo en peligro mi carrera, mi reputación, por algo que ni siquiera es real?

—¿Y si sale bien? —dice Clara—. ¿Y si descubres una parte de ti misma que nunca supiste que existía? ¿Y si ella es exactamente lo que necesitas para romper esa jaula invisible que has construido a tu alrededor?

No tengo respuesta para eso. La posibilidad de intentarlo es de igual forma tentadora como aterradora.

—A veces necesitas saltar sin estar segura de dónde vas a aterrizar, Marta. No todo en la vida puede calcularse y preverse.

—Lo dice la mujer que acaba de comprarse una librería en plena era digital —bromeo, intentando desviar la conversación.

—Exactamente —asiente Clara—. Pero recuerda que en esto me apoyaste, incluso sacando tus estadísticas, sabemos que hay un riesgo. Podría fracasar, por supuesto, pero también podría ser lo mejor que he hecho nunca. No lo sabré si no lo intento.

—Es diferente —protesto—. Tú no estás arruinando la vida de otra persona.

—¿Estás segura? —pregunta Clara—. ¿Has considerado que tal vez ella está tan confundida como tú? ¿Qué tal vez necesita a alguien que la ayude a ser honesta consigo misma?

No había pensado en ello desde esa perspectiva. ¿Y si Irene está tan perdida como yo en todo esto? Pero ¿por qué sigue casada de ser así? ¿Y si ella quiere algo más que yo no puedo darle?

—No sé si estoy lista para esa responsabilidad —admito.

—Nadie está nunca realmente listo para las cosas importantes de la vida —responde Clara—. No estabas lista para asumir la dirección financiera de una empresa en crisis, y lo hiciste. Yo no estaba lista para comprar una librería, y aquí estoy. A veces, Marta, lo que parece una locura desde fuera es exactamente lo que necesitamos para crecer.

Pienso en lo que dice y sé que tiene razón, pero mi razón se interpone a un quizás. Mi cerebro me dice que esto no es correcto, solo logro silenciarlo cuando la tengo delante, ahí desconecto.

—Ya basta de hablar de mis dramas —digo levantándome—. Aún hay muchas cosas pendientes que organizar. Hay un proyecto muy interesante, para luchar contra esa era digital.

Comenzamos a hablar de proyectos y por un momento mi mente se distrae de ella, de Irene y de qué estará haciendo.

Capítulo 7

Irene

Llego a la oficina con el tiempo justo. El tráfico está imposible esta mañana, y eso que intenté salir antes. Dejo mis cosas en mi escritorio y enciendo el ordenador mientras sorbo el café que compré antes de acceder al edificio. Mi mirada va hacia el despacho de Marta. Llevo una semana sin que ni siquiera nos miremos, sé que nos evitamos.

Sacudo la cabeza para centrarme, no quiero pensar más en ella. Si la cuestión es evitarnos, eso haré. Hoy, por suerte, tengo varias reuniones y la más importante es en media hora. Llevo toda la semana trabajando en la propuesta para reestructurar la estrategia de marketing de Nautilus. Sé que es demasiado ambiciosa, pero estoy convencida de que funcionará si contamos con el presupuesto adecuado. Ese es precisamente el problema: necesito que aprueben un porcentaje mayor del que normalmente se destina a estas campañas.

—¿Lista para la presentación? —pregunta Diego, asomándose a mi cubículo.

—Tan lista como puedo estar —respondo, revisando mis notas una última vez—. Los números son convincentes, pero dependerá de cuánto estén dispuestos a invertir.

En la sala de reuniones ya hay gente cuando llego. Ramón, el director general, está sentado a la cabeza, revisando unos documentos. Varios jefes de departamento ocupan las demás sillas. Noto que Marta no está presente, lo que me sorprende y, al mismo tiempo, me hace sentir alivio de que ella no esté aquí.

La presentación va bien. Explico los objetivos, la estrategia, los resultados esperados. Muestro gráficos, proyecciones, análisis comparativos. Cuando termino, hay algunas preguntas que respondo.

—Es un planteamiento interesante —dice Rafael—. Pero estamos hablando de un incremento considerable en el presupuesto de marketing.

—La inversión inicial es mayor —admito—, pero el retorno también lo será. Los números lo respaldan.

—¿Qué porcentaje exactamente necesitas? —pregunta el director de operaciones mientras intenta mirar los documentos que he dejado, claramente no los ha mirado.

—Un 18 % del presupuesto total —respondo, sabiendo que es una cifra ambiciosa.

Hay murmullos alrededor de la mesa. Ramón me mira fijamente, pero hay algo que me dice que puedo conseguirlo.

—Necesitarás hablarlo con Marta —dice finalmente el director general—. Ella tiene la última palabra en cuanto a la distribución de presupuesto.

—¿No podemos decidirlo ahora? —pregunto, intentando no mostrar mi frustración—. Todos los directivos están presentes.

—Marta está analizando la estructura financiera completa del trimestre —explica Ramón—. Tendrás que presentarle tu propuesta directamente a ella.

Asiento, aceptando lo que me dice. Por supuesto que tendrá que pasar por Marta, ya sabía que no podía evitarla para siempre.

—Envíale los detalles por correo —continúa Ramón—. Seguro que podrá revisarlo esta semana.

Cuando la reunión termina, me dirijo directamente a la oficina de Ramón. Necesito hablar con él a solas.

—¿Tiene un minuto? —pregunto desde la puerta.

—Claro, pasa —responde, señalándome la silla frente a su escritorio—. Gran presentación, por cierto.

—Gracias —respondo, tomando asiento—. Sobre lo del presupuesto… ¿Realmente necesito la aprobación de Marta? Usted podría autorizarlo directamente.

Ramón me mira con curiosidad.

—¿Hay algún problema con que hables con Marta?

—No, no —me apresuro a responder—. Es solo que sé lo ocupada que está y usted es el director general.

—Y precisamente por eso delego en los especialistas —sonríe—. Marta es quien mejor conoce nuestras finanzas. Si ella dice que podemos permitirnos ese 18%, lo aprobaré sin dudar. Si dice que no, tendrá sus razones.

Asiento sabiendo que esto es una batalla perdida, pero no quiero rendirme tan fácil.

—Pensaba que quizá usted, al mostrarle todo el proyecto, podía autorizarlo, sin pasar por ella. Marta es más…

—Metódica —me corta—. Ella no se guía por las emociones, analiza todos los puntos, no se deja llevar por el entusiasmo. Si tiene el puesto que tiene, es porque se lo ha ganado y la realidad es que es en ella en la única en quien confío para los presupuestos, sé que se puede equivocar, pero no perderemos por una ambición desmedida. Marta es… —se detiene un momento—. Extraordinaria en el trabajo que hace.

—Ya. Le enviaré los detalles hoy mismo.

—Estoy seguro de que llegarán a un acuerdo —dice Ramón.

Salgo de la oficina recordando las palabras de mi jefe, metódica, analista, no se deja llevar por entusiasmos. Eso ya lo sé, porque para Marta todo es una jodida probabilidad. Tiene razón en que es extraordinaria en el trabajo, pero en las relaciones con personas, es un jodido muro que no sé quién ha podido derribar.

Una vez en mi escritorio, abro mi correo y comienzo a redactar un mensaje para Marta, intentando mantenerme lo más profesional posible.

Asunto: Solicitud de presupuesto para proyecto Nautilus

Estimada Marta,

Adjunto encontrarás la presentación del proyecto Nautilus junto con las proyecciones financieras detalladas. Como habrás notado en los documentos, estamos solicitando un 18% del presupuesto total para la campaña de marketing.

Sé que es un porcentaje superior al habitual, pero los análisis demuestran que la inversión adicional generará un retorno significativamente mayor en un plazo de seis meses.

Quedo a tu disposición para aclarar cualquier duda o proporcionar información adicional que necesites para tomar una decisión.

Atentamente.
Irene Navarro.
Directora de desarrollo de negocio.

Leo el mensaje tres veces antes de enviarlo, asegurándome de que suene completamente profesional. Presiono «enviar» y me quedo mirando la pantalla unos segundos, como si esperara una respuesta inmediata, aunque sé que eso no pasará.

El resto de la mañana transcurre entre llamadas y más reuniones. Para la hora del almuerzo, decido bajar a la cafetería a comer algo.

Mientras, como mi ensalada, reviso mi correo en el móvil. Acaba de llegar la respuesta de Marta:

Re: Solicitud de presupuesto para proyecto Nautilus

Irene,

He revisado preliminarmente tu propuesta. Necesito analizar en detalle las proyecciones financieras antes de tomar una decisión sobre un porcentaje tan elevado.

Te agradecería que pasaras por mi despacho el lunes a las 12:00 para darte el porcentaje que se destinará.

Saludos,
Marta Rivas.
Directora Financiera y Riesgo.

Leo el mensaje varias veces, buscando algún indicio, alguna pista de que hay algo más que profesionalidad en sus palabras. Pero no hay nada. Es un correo perfectamente formal, como el que enviaría a cualquier otro empleado.

Respondo con un escueto «Allí estaré» y termino mi almuerzo sin mucho apetito.

Antes de salir paso por el baño. Empujo la puerta y me detengo en seco. Marta está allí, frente al espejo, se lava las manos. Nuestras miradas se encuentran en el reflejo. Por un momento, ninguna se mueve. Siento cómo el aire entre nosotras se espesa.

Marta se seca las manos con papel y se gira para salir. Tengo que apartarme para dejarla pasar. Ese breve instante en que nuestros cuerpos casi se rozan, siento como si una corriente eléctrica recorriera mi piel. Su perfume me envuelve, ese aroma que reconocería en cualquier parte.

Pero en ese instante Marta retrocede y tira de mí haciendo que entre en uno de los cubículos. No hay palabras, solo me mira los labios, nuestra respiración se agita. Quiero besarla, pero no puedo dar ese paso. Cuando creo que se va a ir, ella pone una mano en mi nuca y me besa. Todo desaparece a mi alrededor, absolutamente todo. Solo está la mujer que me pone el corazón revolucionado y yo. Nuestras lenguas exploran la boca, mientras mis manos se aferran a su cintura atrayéndola. Quiero más, necesito más. Y entonces, como una bofetada de realidad, Marta se aparta y puedo ver el miedo en sus ojos, sé lo que viene ahora, lo mismo de siempre. Simplemente, aprieto los labios y ella vuelve a huir, sale del baño como si hubiera cometido el mayor error de su vida, como si yo fuera la peste y

tuviera que salir corriendo antes de contagiarse. La atracción entre nosotras es innegable a pesar de su huida, a pesar de mi frustración.

Cuando sale, me apoyo en el lavabo, respirando profundamente. Es absurdo cómo un simple beso puede alterarme tanto. Cómo su presencia hace que mi corazón se acelere y mi piel arda.

Una vez fuera del edificio, me dirijo a mi coche y veo a Marta. Me extraña porque ella es de las últimas en salir, por no decir que a veces sale de noche. Parece frustrada, dudo si acercarme o no. La conversación con mi amiga Lucía resuena en mi mente: «Necesitas establecer límites claros, Irene».

Pero hay algo que me hace acercarme, no puedo controlarlo y me odio por eso.

—¿Problemas con el coche? —pregunto una vez que estoy a su altura.

Marta levanta la mirada, sorprendida de que esté allí. Suspira cuando ya pensaba que me seguiría ignorando.

—No arranca —admite—. Creo que es la batería.

—Puedo ayudarte —ofrezco—. Tengo cables en mi coche.

Muerde sus labios, sé que duda si aceptar mi ayuda. Sé que realmente duda de absolutamente todo.

—No es necesario —dice—. Llamaré a la asistencia que tiene el seguro.

—Tardarán en llegar, mínimo media hora —digo—. Con los cables, está encendido en menos de dos minutos.

Vuelve a apretar los labios, está incómoda lo sé.

—Está bien —cede.

Voy a mi coche, en este momento me alegro de que mi hermano Miguel me dijera de tener unos cables con la batería externa para emergencias. La primera vez que lo vi dije que esto no funcionaría, es como para cargar el móvil, pero la realidad es que siguiendo los pasos funciona, ya lo he utilizado alguna vez.

Cuando regreso, Marta ya tiene el capó abierto, conecto los cables.

—Intenta arrancar ahora —indico.

Marta gira la llave y se enciende inmediatamente. Siento una pequeña satisfacción al ver que mi ayuda ha sido efectiva.

—No apagues el motor, voy a desconectar los cables —le digo.

Marta sale del coche y, mientras esperamos un poco para comprobar que el coche no se apaga y el problema es otro, hay un silencio incómodo entre nosotras.

—Gracias —dice.

—No hay problema —respondo—. A veces pedir ayuda está bien, ¿sabes? No siempre podemos controlarlo todo.

Veo cómo se tensa.

—Siempre he sido independiente. No me gusta depender de nadie.

—No se trata de dependencia —corrijo—. Se trata de reconocer que a veces necesitamos a otros. No es debilidad, es humano.

—Sé mucho sobre control —afirma con un tono que no admite réplica—. Es lo que me ha permitido llegar hasta donde estoy.

Suspiro, reconociendo que este no es el momento ni el lugar para tener esta conversación. Está demasiado a la defensiva, demasiado encerrada en su visión de lo que significa ser fuerte e independiente.

—Vale —digo dándome por vencida—. Pedir ayuda no es ser débil, Marta. Pero entiendo que prefieras hacer las cosas a tu manera.

Por un momento nos quedamos mirándonos, sé que tenemos que hablar.

—Marta… —comienzo a decir—, tenemos que hablar.

Veo cómo se mueve nerviosa, baja el capó rápidamente y va a la puerta del piloto y la abre, va a huir.

—Gracias de nuevo —dice Marta apresurada—. Tengo prisa.

No puedo responder estoy paralizada en la acera, viendo cómo se marcha, sin ni siquiera darme la oportunidad de decirle absolutamente nada. Estoy agotada por esta situación, no sé cuánto más aguantaré antes de estallar.

Durante el trayecto a casa, no puedo evitar pensar en lo que acaba de ocurrir. Hasta una avería del coche, todo tiene que controlarlo. Jamás se mostrará vulnerable, porque eso es debilidad. Me pregunto si alguna vez logrará bajar esas barreras, si alguna vez me permitirá acercarme.

También me pregunto si seguir intentándolo. Si no estoy perdiendo mi tiempo y mi energía en alguien que quizá nunca esté lista para lo que yo busco.

Capítulo 8

Marta

Llego a la oficina más temprano de lo habitual. Necesito tiempo para centrarme, para prepararme para ver de nuevo a Irene. Las palabras de mi hermana siguen resonando en mi cabeza. «Habla con ella. Una conversación real, adulta, honesta».

Suena tan sencillo cuando lo pones así, pero la realidad es mucho más complicada. ¿Cómo ordenar todo esto que siento sin tener ese vértigo de pérdida? La he estado evitando constantemente.

Reviso los documentos del proyecto Nautilus, intentando concentrarme en los números, en los porcentajes de financiación, en las proyecciones a cinco años. Este es mi terreno seguro, el mundo ordenado y predecible de las finanzas, donde cada variable puede ser controlada, donde cada resultado puede ser anticipado.

Cuando entra a mi despacho, todo el aire parece abandonar el espacio. Lleva un vestido verde en el que se nota su silueta y su pelo recogido en una coleta que deja ver el cuello. Ese mismo que besé en los baños hace apenas unos días.

—Buenos días, Marta —dice, sonriendo—. ¿Cómo fue el viaje?

—Productivo —respondo, intentando mantener en calma lo que me hace sentir—. Ayudando a mi hermana con la librería.

Ella sonríe para sentarse y yo me pregunto por qué le he contado algo familiar, cosa que jamás habría respondido a cualquier otra persona de la oficina.

—Suena emocionante —comenta—. ¿Trajiste los números de Nautilus? Necesito saber con qué presupuesto contamos para la campaña de lanzamiento.

Asiento, y agradezco que hable de trabajo. Le entrego la carpeta con las proyecciones financieras.

—He calculado que podemos destinar un 15 % del presupuesto de marketing —explico, señalando las cifras—. Con un margen adicional del 3 % para contingencias.

Irene revisa los números, frunciendo ligeramente el ceño; está conectada. Es maravilloso observarla cómo revisa todo.

—Necesitaríamos al menos un 18 % —dice mirándome fijamente —. El mercado está saturado, Marta. Necesitamos una campaña agresiva si queremos destacar.

—No podemos comprometer la solvencia del proyecto —rebato—. El 15 % es ya generoso considerando los márgenes de ganancia proyectados.

—¿Qué tal un 17 %? —propone, inclinándose ligeramente hacia adelante, mi mirada se va inconscientemente a su escote—. Puedo ajustar algunos aspectos de la campaña, pero necesito ese 2 % adicional.

Es una negociación que hemos tenido docenas de veces antes con otros proyectos. Pero hoy todo es diferente. Cada mirada, cada gesto, cada palabra parece cargada de doble sentido.

—Podemos llegar al 16 % —concedo, echándome para atrás, necesito poner más espacio entre las dos—. Pero necesito ver exactamente cómo piensas distribuir ese presupuesto.

—Por supuesto —sonríe, complacida por la pequeña victoria—. Te traeré un desglose detallado esta tarde.

Hay un momento de silencio. La parte profesional de nuestra reunión ha terminado, pero ninguna de las dos se mueve. Es el momento perfecto para tener esa conversación que Clara me aconsejó, para hablar sobre lo que pasó en el baño, sobre lo que significa esto, lo que queremos. Pero el vértigo me paraliza. Es como estar al borde de un precipicio, sabiendo que necesito saltar, pero incapaz de dar el paso.

Irene, que ve que no digo nada, se levanta y rodea mi escritorio hasta estar a mi lado. Mi corazón se acelera.

—¿Sabes? He pensado mucho en ti este fin de semana —dice en voz baja—. En nosotras. En lo que pasó.

Trago saliva, siento la boca seca.

—Irene, estamos en la oficina —digo, aunque ambas sabemos que es una excusa.

—Lo sé —responde y no retrocede—. ¿Pero cuándo vamos a hablar de ello, Marta? ¿O vas a seguir fingiendo que no pasó nada?

Sé que estoy evitando la conversación, escudándome en la profesionalidad, en el entorno laboral.

—No es el momento ni el lugar —insisto, aunque mi cuerpo traiciona mis palabras y me inclino ligeramente hacia ella.

—Nunca parece ser el momento adecuado contigo —dice con frustración—. Pero bien, como quieras. Te traeré el desglose del presupuesto esta tarde.

Se aleja, y siento alivio y decepción al mismo tiempo. Alivio porque necesito espacio para pensar, para procesar. Decepción porque una parte de mí quería que insistiera, que derribara mis defensas, que me obligara a enfrentar lo que estoy evitando.

—Gracias —digo—. Espero el informe.

Irene asiente y se dirige a la puerta. Antes de salir, se gira.

—Por cierto, esa blusa te queda muy bien. Te hace un buen escote —dice, pasando su lengua por el labio inferior.

Y con eso se va, dejándome con un calor que asciende por todo mi cuerpo y una confusión que amenaza con consumirme.

Me quedo mirando la puerta cerrada, preguntándome qué acaba de pasar. Suspiro intentando calmar todo lo que me hace sentir Irene.

Las horas siguientes pasan entre reuniones y llamadas. Intento concentrarme en mi trabajo, pero mi mente sigue volviendo a Irene, a nuestra breve reunión de esta mañana, a lo que podría haber dicho, a lo que debería haber hecho.

A media tarde, veo a Irene a través de las paredes de cristal de mi despacho. Está en el pasillo, hablando con Diego. Él dice algo que la hace reír, su cabeza echada hacia atrás, dejando su cuello expuesto. Ella coloca una mano en su brazo en un gesto casual, amistoso.

Y entonces lo siento: una punzada en el pecho que me sorprende por su intensidad. Celos. Estoy celosa, otra vez. Yo, Marta Rivas, que siempre he mantenido las emociones bajo estricto control, que he apartado de mi vida a cualquier persona que quería ir más allá de encuentros sexuales, estoy sintiendo celos.

Es un sentimiento extraño, ajeno, incómodo. Y duele, demasiado. Me molesta ver a Irene sonreírle a alguien más con esa misma calidez con la que me sonrió esta mañana. Duele que tal vez le hable a Diego con el mismo tono íntimo, que tal vez coquetee con él de la misma manera que lo hace conmigo.

Sé que todo esto es ridículo, no tengo ningún derecho sobre ella. No somos nada. Dos encuentros físicos y una cantidad indeterminada de tensión sexual no constituyen una relación. Y, sin embargo, aquí estoy, sintiendo que algo me está siendo arrebatado.

No puedo seguir mirando. Me levanto y me dirijo al baño, necesito un momento de privacidad, un espacio donde las paredes no sean de cristal y donde pueda permitirme sentir sin ser observada. Miro mi reflejo en el espejo del baño, sintiendo que todo se me escapa de las manos. «Tienes que sacártela de la cabeza», me digo a mí misma. «Esto es una locura». Es una empleada. Está casada. Es una complicación que no necesitas.

Pero incluso mientras me digo estas palabras, sé que son inútiles. Irene ya está en mi mente, en mis pensamientos, en mis deseos. No estoy segura de cómo o si quiero que se vaya de mi cabeza. Estoy tan absorta en mis pensamientos que no escucho la puerta abrirse. De repente, siento un cuerpo presionándose contra el mío desde atrás, un perfume familiar, unos labios rozando mi oído.

—Te deseo —susurra y siento sus manos pasar por mi cintura—. No puedo dejar de pensar en ti.

Antes de que pueda responder, antes de que pueda procesarlo siquiera, se ha apartado y ha entrado en uno de los cubículos, cerrando la puerta tras ella como si nada hubiera pasado. Me quedo inmóvil, mi corazón latiendo tan fuerte que puedo oírlo. Mis manos se agarran al borde del lavabo. ¿Qué acaba de pasar? ¿Y qué se supone que debo hacer?

Una parte de mí quiere seguirla, abrir esa puerta y continuar con lo que ella ha comenzado. Pero otra parte, la racional que siempre ha dominado mi vida, me dice que esto es exactamente el tipo de comportamiento impulsivo que debo evitar. Estamos en la oficina, por el amor de Dios, cualquiera podría entrar.

Respiro profundamente, intentando recuperar el control. Escucho el sonido del agua en donde está Irene y sé que está a punto de salir. No puedo enfrentarla ahora, no así, en este estado de confusión, deseo y frustración.

Salgo rápido de allí, voy a mi despacho. Necesito espacio, pensar y encontrar la manera de manejar esta situación que se está descontrolando. Cierro la puerta, algo que rara vez hago. Pero necesito una barrera física entre el mundo exterior y el torbellino de emociones que estoy experimentando.

No sé cuánto tiempo paso así, en una especie de limbo emocional, cuando escucho un golpe en la puerta. No necesito alzar la mirada, porque sé quién es. De alguna manera puedo sentir su presencia.

—Adelante —digo.

Irene entra, cerrando la puerta tras ella. Lleva una carpeta que, supongo, contiene el desglose del presupuesto que prometió. Pero su expresión me dice que no está aquí para hablar de porcentajes y proyecciones.

—Tenemos que hablar —dice nada más sentarse.

—No hay nada de qué hablar —respondo.

—¿En serio? —dice incrédula—. ¿Nada? ¿Lo que pasó en Tenerife no significa nada? ¿Lo que pasó en el baño del local el viernes? ¿Lo que acaba de pasar en el baño de aquí tampoco?

Abro la boca para responder, pero no encuentro palabras. Tiene razón, hay mucho de lo que hablar. Hay demasiado por decir, pero el miedo me paraliza. Temor a lo desconocido, a perder el control, a sentir demasiado.

—Estamos en el trabajo —digo, sabiendo que es una mierda de excusa—. Este no es el lugar.

—¿Entonces dónde, Marta? —pregunta, siento cómo una parte entre nosotras se rompe—. ¿Cuándo? Porque parece que siempre tienes la excusa perfecta para evitar hablar.

Sé que estoy evitando, escapando, huyendo. Como lo hice en Tenerife, como lo hice en el local. Es un patrón, como me dijo Clara.

—No sé qué quieres que diga —admito.

—Quiero que seas honesta —responde—. Conmigo y contigo misma. ¿Qué es esto para ti? ¿Un juego? ¿Una aventura? ¿O hay algo más?

—No lo sé —acepto—. Todo esto es nuevo para mí. No sé cómo manejarlo.

—Así que decides no manejarlo. Decides evitarlo, ignorarlo, fingir que no está sucediendo.

—No es tan simple —me defiendo.

—Nunca dije que fuera simple —replica, usando las mismas palabras que mi hermana—. Dije que necesitamos hablar.

Nos miramos en silencio, ella necesita claridad y honestidad, yo necesito tiempo, espacio y certeza.

—Estás casada —digo, como si esto explicara todo mi comportamiento.

—Estoy en proceso de divorcio —corrige—. Algo que sabrías si hubieras preguntado en lugar de asumir algo que te han contado o has investigado.

—No lo sabía —admito.

—Porque no preguntaste —dice—. Porque prefieres huir que enfrentar lo que está pasando entre nosotras.

—Necesito tiempo —digo—, para procesar todo esto que me pasa.

—Tiempo —repite—. ¿Y mientras tanto seguimos con este juego? ¿Coquetear en la oficina, encuentros furtivos en los baños? Claro, pretender que no hay atracción entre nosotras.

—No —niego—. Tienes razón, esto no está funcionando. Necesitamos límites.

—Límites —dice y expulsa el aire por la nariz—. Siempre volvemos a las reglas, a la contención, porque esa es tu zona de confort, ¿verdad? El control, lo predecible.

Sé que no es una pregunta, y no necesita respuesta. Ambas sabemos que lo que dice es verdad.

—No voy a seguir con esto —dice levantándose y poniendo la carpeta encima del escritorio—. Aquí está el desglose del presupuesto que pediste. El 16 % que acordamos.

El cambio me pilla por sorpresa, pero me imagino que es su forma de darme el espacio que pedí, de establecer los límites que mencioné.

—Gracias —digo, cogiendo la carpeta—. Lo revisaré y te daré mi respuesta mañana.

Asiente y se dirige a la puerta. Antes de salir, se gira una última vez.

—Sabes, Marta, a veces me pregunto si realmente quieres esto, o si solo te gusta la idea de quererlo. Si te atrae más el concepto de perder el control que realmente permitirte perderlo.

Me quedo en silencio con un nudo en la garganta, quizá tenga razón: la tentación de perderlo me atrae, pero el miedo a lo desconocido me retiene.

—Y a veces —continúa—, creo que simplemente eres una cobarde.

Me quedo inmóvil, su palabra ocupa mi mente. «Cobarde». Jamás me habían llamado así. Siempre he sido la valiente, la decidida, la que enfrenta los problemas de frente.

Excepto en esto. Excepto con ella.

¿Tiene razón? ¿Estoy siendo cobarde? ¿Estoy dejando que el miedo me impida sentir algo que podría ser increíble?

Las preguntas se agolpan, sin respuestas. Pero una cosa es cierta: no puedo seguir así. No puedo seguir huyendo, evitando, negando. En algún momento, tendré que enfrentar esto, enfrentarla a ella, enfrentarme a mí misma.

Capítulo 9

Irene

Salgo del despacho de Marta con la cara ardiendo y el corazón en la garganta. No puedo creer que la haya llamado cobarde a la cara. A Marta Rivas. Mi superior, aunque no jefa directa. La mujer que podría despedirme con un chasquido de dedos. Pero estoy harta de este juego de miradas y silencios incómodos. De sus huidas constantes, de su incapacidad para enfrentar lo que está pasando entre nosotras.

—¿Todo bien? —pregunta Paola cuando paso como una tromba frente a su escritorio.

—Perfectamente —respondo con una sonrisa.

Voy a mi escritorio y me dejo caer en la silla, soltando un largo suspiro. Quizá me pasé. Quizá debería haberle dado más espacio, más tiempo. Pero ¿cuánto tiempo es suficiente? Han pasado meses desde Tenerife, después las miradas, el coqueteo que teníamos, y hace unos días lo de los baños, y seguimos en el mismo punto: ella huyendo, yo persiguiendo.

Sé que cuando pasó lo de Tenerife, yo simplemente lo dejé estar, no quería presionarla, pero ahora es diferente. Hay algo entre nosotras, eso es innegable. Y aquí estoy persiguiendo a una mujer

que claramente no está lista para lo que sea que haya entre nosotras y que tal vez nunca lo esté.

Cuando me doy cuenta, ya es hora de salir y lo hago lo más rápido que puedo. No quiero coincidir con Marta. Resoplo al recordar que ella jamás sale a su hora. Marta Rivas es la última en abandonar la oficina y la primera en llegar.

Al salir, tengo la tentación de pasar por delante de su despacho, observarla, querer saber qué es lo que piensa realmente, entender por qué esa mujer es tan hermética, tan comedida. Aprieto la mandíbula sabiendo que tengo que tomar distancia por mucho que me cueste. Es lo que tengo que hacer.

En el ascensor veo a Diego, y la realidad es que no tengo ganas de hablar. Solo quiero ir a mi casa e intentar borrar el día que he tenido hoy.

—Hola, Irene —dice sonriendo.

—Hola —respondo intentando ser cortés.

—¿Has conseguido convencer a la jefa para la distribución de presupuesto del proyecto Nautilus?

A Marta no hay que convencerla; ella tiene que ver una viabilidad. Esa mujer no se deja llevar por las emociones, es estricta, analítica. Incluso para sus sentimientos.

—Digamos que hemos llegado a un acuerdo.

—Siempre logras lo que te propones —afirma Diego entrando al ascensor.

—No siempre —susurro.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí, es solo que ha sido un día largo.

—Comprendo. ¿Quieres que vayamos a tomar algo? —pregunta con una sonrisa que no me gusta nada.

Respiro profundamente y miro a Diego fijamente. Tengo que hablar con él.

—Diego… —comienzo.

—Ya lo sé, soy joven y tú mi superior, pero solo digo tomar algo como amigos.

—No somos amigos, somos compañeros. Sé que eres buen muchacho, pero no va a pasar nada entre nosotros. Sabes que soy…

—Ssshhhh —me corta poniendo un dedo en mis labios y siento que quiero arrancarle la mano—. No voy a rendirme —asegura saliendo del ascensor cuando se abren las puertas.

Me quedo paralizada en el ascensor después de que Diego salga. ¿Acaba de tocarme los labios? ¿En serio? El nivel de incomodidad que siento es indescriptible. No solo por el gesto, que es totalmente innecesario, sino porque me doy cuenta de que quizá he estado mandando señales equivocadas. Mi cordialidad ha interpretado por un interés romántico.

Me subo al coche y pienso que el día no puede ser peor. Primero, la expresión de Marta cuando la llamé cobarde. Después está lo que ha pasado con Diego. Siento como si estuviera perdiendo el control de todo.

Quizás fui demasiado dura con Marta, pienso mientras entro en mi casa. Pero estoy cansada de esto, de ser la única que quiere hablar, de saber qué es lo que pasa. Me tiro en el sofá y saco mi

móvil para llamar a Lucía. Necesito hablar con alguien antes de que mi cabeza explote.

—Hola, *drama queen* —responde al segundo tono—. ¿Qué ha pasado? Porque no es normal que me llames a esta hora.

—Acabo de llamar cobarde a la mujer de la que me estoy enamorando —suelto.

Hay un silencio al otro lado de la línea que no entiendo.

—Espera, ¿acabas de decir que te estás enamorando? —pregunta mi amiga.

Me detengo en seco. ¿Acabo de decir eso? ¿Enamorada? La palabra salió de mi boca sin pensarlo, como si hubiera estado ahí esperando.

—Mierda —susurro.

—Irene, ¿estás ahí?

—Estoy aquí —respondo—. Y sí, creo que lo estoy. Jodidamente enamorada de Marta Rivas.

—Bueno, el primer paso es admitirlo —dice Lucía–. Ahora cuéntame por qué la llamaste cobarde.

Le relato toda la conversación con Marta, cada palabra, cada mirada, cada silencio.

—Y entonces le dije que era una cobarde —termino—. Delante de su cara, antes de salir de su despacho.

—Joder, Irene. Eso es intenso.

—¿Intenso? ¿Eso es todo lo que me vas a decir?

—Bueno, también eres valiente —asegura–. Alguien tenía que decirle la verdad. Lleva meses huyendo de ti.

—Sí, pero no hemos hablado hasta ahora. No todo el mundo sabe manejar los sentimientos de la misma manera.

—¿Desde cuándo eres tan comprensiva? —pregunta—. Normalmente, cuando alguien no te corresponde, pasas página, pero con ella…

—Con ella es diferente —admito—. No sé por qué, pero lo es. Desde el primer día que la vi, hay algo que me engancha. Su forma de analizarlo todo, cómo se concentra cuando trabaja, incluso su necesidad obsesiva del control. Todo en ella me fascina.

—Estás muy jodida, amiga.

—Lo sé —suspiro—. Y lo peor es que creo que la he cagado hoy, que tal vez ya no haya ni una posibilidad.

—Tal vez necesitaba escuchar exactamente eso —asegura Lucía —. A veces las personas necesitan que alguien les diga las verdades incómodas para despertar.

—¿Y si no despierta? ¿Y si decide que soy demasiada complicación para su vida perfectamente ordenada?

—Entonces no era la persona adecuada para ti —responde Lucía con esa honestidad que tanto odio—. Irene, escúchame. No puedes seguir esperando eternamente a que alguien decida si te quiere en su vida o no. Tú también mereces claridad, que alguien te ame como tú lo haces.

Tiene razón. He estado tan enfocada en entender a Marta, en darle espacio, en ser paciente, que he olvidado valorar lo que yo

necesito.

—Así que tu día con Marta ha sido una mierda —afirma mi amiga.

—Sí, pero también hubo algo más, aunque no es con ella.

—¿Qué ha pasado? —pregunta, y siento su curiosidad a través del teléfono.

Le cuento lo del ascensor con Diego, el comentario sobre no rendirse, el gesto inapropiado.

—Eso es acoso, Irene —dice Lucía y su voz suena demasiado seria—. No importa si es joven o si cree que estás interesada. Necesitas hablar con Recursos Humanos.

—No quiero un escándalo —protesto—. Tal vez solo malinterpretó…

—¿Malinterpretó qué? ¿Tu profesionalidad? ¿Tu cordialidad? No, Irene. Esto no es culpa tuya. Él necesita entender que no significa no.

La idea de involucrar a Recursos Humanos me agobia. Con todo lo que está pasando con Marta, lo último que necesito es más drama en la oficina.

—Piénsalo al menos —insiste Lucía—. Y mantente alejada de él mientras tanto.

Después de colgar, me preparo algo ligero para cenar. Intento distraerme, pero no lo consigo, Marta está ahí. La expresión de su cara, la forma en que me dijo «necesito tiempo» como si fuera una súplica.

Mi teléfono suena y es un mensaje de mi hermano Miguel.

Miguel: Papá pregunta si vienes el domingo. Puedes traer a Nerea si quieres.

Me quedo mirando el teléfono. Mi familia aún no sabe nada sobre el divorcio. Otra conversación pendiente, otra verdad que tengo que enfrentar.

Yo: Estaré ahí. Nerea no puede venir, tiene trabajo.

No es mentira, Nerea definitivamente estará trabajando... en su vida con Victoria.

Mientras me preparo para irme a la cama, tomo una decisión. Mañana seré profesional con Marta. Nada de provocaciones, nada de comentarios sugerentes, nada de búsqueda de miradas cómplices. Le daré el espacio que necesita, pero también me protegeré a mí misma. En cuanto a Diego, hablaré con él claramente mañana. Si no entiende, entonces consideraré hablar con Recursos Humanos.

Solo el tiempo dirá qué pasará con todo esto que sucede ahora en mi vida.

Capítulo 10

Marta

Me quedo en mi despacho mucho después de que todos en la oficina se hayan ido. Las palabras de Irene siguen resonando en mi mente. «Cobarde». El insulto me quema, pero lo que más me duele es que tiene razón.

Soy una cobarde, y lo peor es que nunca lo había sabido hasta ahora. Siempre me he enfrentado a todo en la vida, nunca me había dado miedo tomar decisiones difíciles, asumir riesgos calculados, de enfrentar las consecuencias de mis actos. Pero con Irene, con lo que siento por ella, todo es tan diferente. Este miedo me paraliza.

Recojo mis cosas y apago las luces. El edificio está en silencio, solo se escuchan mis pasos por el pasillo vacío. En el ascensor, me apoyo contra la pared y cierro los ojos. Estoy agotada, no solo físicamente, sino emocionalmente.

Durante el trayecto a casa, mi cabeza sigue dando vueltas a la misma pregunta: ¿qué es lo que realmente quiero? No es solo deseo físico, aunque eso existe, es algo más íntimo. Quiero conocerla, entenderla, descubrir qué hay detrás de esa mujer impulsiva y apasionada que me desconcierta y me fascina al mismo tiempo.

Pero cada vez que intento acercarme, mi mente me dice que no es lo correcto, que me hará daño, que para qué estar con alguien,

sola siempre he estado bien, que va a querer controlarme. En esos momentos mis pensamientos van por libre, no puedo controlarlos y ninguno es positivo.

No sé cómo se hace para poder controlarlo. Es un miedo irracional, algo como quererlo y después huir por si acaso… Eso me mata, ¿cómo lo controlo? No lo sé, no tengo respuestas para eso, pero sé que Irene me interesa como jamás lo ha hecho otra persona. Necesito que mi cabeza entienda que entregarme a alguien no es malo, pero ahora mismo no tengo las herramientas para hacerlo.

Al llegar a casa, veo que Clara me ha mandado un mensaje.

Clara: ¿Cómo va todo? ¿Has hablado con ella?

Sé que ha pasado tiempo desde que le dije que hablaría, que cada dos días mi hermana me hace la misma pregunta y siempre obtiene la misma respuesta: No. Pero hoy es distinto.

Yo: Ella habló conmigo. Me llamó cobarde.

Clara: Ouch. ¿Y tiene razón?

Yo: Sí.

Clara: ¿Qué vas a hacer al respecto?

No lo sé, no tengo una respuesta para eso. Dejo el teléfono sin responder y me dirijo a la ducha. Necesito despejar mi mente, encontrar algo de claridad en medio de esta confusión.

Han pasado varios días desde que Irene me llamó cobarde. La he estado evitando, o quizás ambas nos evitamos. Las interacciones se limitan a lo estrictamente profesional: correos electrónicos formales,

lo normal como con cualquier otro compañero. Pero cada vez que la veo, siento como si un puño invisible me apretara el pecho.

Todavía tengo encima de la mesa la carpeta con lo que le pedí; hay una nota: «He ajustado las proyecciones, creo que con el 16% podremos lograr los objetivos, manteniendo la solvencia del proyecto». Simplemente, le envié un correo aceptando el presupuesto, nada más.

Ahora la veo a través de los cristales de mi oficina, está hablando con Laura, una de las analistas *júnior*. Se ríe de algo que Laura le dice, se echa el pelo para atrás y puedo ver su cuello. Ese mismo que besé, que mordí con suavidad en los baños.

Un calor familiar se extiende por mi cuerpo, seguido de otra sensación que ya voy conociendo: celos. Algo irracional, intenso, completamente fuera de lugar. Y ahí está mi cabeza diciéndome que no me conviene, que es mejor así. Sé que seguramente estén hablando de trabajo, pero ver a Irene sonreír, verla tan cómoda con todo el mundo mientras conmigo mantiene esa distancia fría y profesional, me enfada.

No debería sentirme así, no tengo ningún derecho sobre ella, pero no puedo evitarlo y lo que es más frustrante es que no puedo controlarlo. Yo, que siempre he mantenido mis emociones perfectamente controladas, me encuentro con que hay sentimientos que no puedo detener.

Está de pie junto al cubículo de Laura, así que, sin pensar realmente lo que hago, tomo el teléfono y marco la extensión de Laura.

—¿Sí? —responde Laura después de tres tonos.

—Pásame a Irene, por favor.

Veo cómo hablan entre ellas y ahora Irene mira directamente hacia mi despacho; nuestras miradas se encuentran.

—Dime —dice.

—Necesito verte en mi despacho —digo, sonando más cortante de lo que pretendía—. Ahora.

No espero su respuesta y cuelgo. La veo fruncir el ceño y decir algo a Laura para después dirigirse a mi despacho.

—¿Querías verme? —pregunta, cerrando la puerta tras ella.

—¿Qué estás haciendo con Laura? —Las palabras salen de mi boca sin poder controlarlas.

Irene parpadea sorprendida. Sigue de pie frente a mi mesa.

—¿Disculpa?

—Laura, Diego el otro día, constantemente hablando y sonriendo con todos —digo sin poder contener todo lo que me quema por dentro—. ¿Planeas liarte con la mitad de la oficina?

Cuando escupo todo lo que llevo dentro, sé que he cruzado una línea. Lo sé por la forma en que se tensa Irene, por cómo sus ojos se entrecierran. Pero después de eso, una sonrisa se dibuja en su rostro. Hay algo desafiante, casi depredador en ella.

—No creo que eso sea de tu incumbencia, Marta —dice con una calma que contrasta con mi agitación—. Mi vida personal no es asunto tuyo.

Sé que no tengo derecho a cuestionar con quién habla, con quién se ríe, con quién hace lo que sea que quiera hacer.

—Lo siento —digo, pasándome la mano por el pelo—. Tienes razón. Esto es inapropiado.

Me recuesto en la silla. No puede ser que yo esté haciendo todo esto.

—No sé qué me pasa —admito, sintiéndome vulnerable–. Siento que estoy perdiendo el control de todo.

Irene me observa en silencio por un momento, luego da un paso para estar más cerca de mi escritorio.

—¿De qué estás perdiendo el control, Marta? —pregunta, calmada.

—De ti —confieso—. Siempre he controlado todo en mi vida. Cada aspecto, cada decisión, cada emoción, pero contigo no puedo.

Irene se muerde el labio inferior, un gesto que me hipnotiza.

Cierro los ojos un momento, tratando de recuperar algo de compostura. Lo único que quiero es cruzar la distancia entre nosotras, besarla, sentir su cuerpo contra el mío. Pero estamos en la oficina, con decenas de personas al otro lado de esas paredes de cristal.

Cuando abro los ojos, Irene se ha movido. Tiene sus manos apoyadas en el borde de mi escritorio, tan cerca que puedo oler su perfume, ese aroma que me persigue en sueños.

—¿Qué quieres de mí, Marta? —pregunta fijando su mirada en la mía.

—A ti —respondo—. Te quiero a ti.

El aire entre nosotras parece cargarse, veo cómo sus pupilas se dilatan, cómo su respiración está tan acelerada como la mía.

Estamos tan cerca que bastaría inclinarme un poco para besarla.

Pero justo en ese momento, un golpe en la puerta rompe todo.

—Marta —la voz de Ramón inunda el despacho—. La reunión con los inversores está a punto de comenzar. Te necesitamos en la sala de conferencias —Veo que no me espera y se va.

Irene se incorpora rápidamente, recuperando su profesionalidad.

—Deberías ir —Su voz suena igual que antes, seca, distante—. No hagas esperar a los inversores.

Me levanto, sintiendo una mezcla de frustración. Este momento, esta conversación, sé que no está terminada, solo se ha pospuesto.

—Tenemos que hablar —digo cuando paso a su lado—. Sin interrupciones, sin excusas.

—Sí, tenemos que hablar —confirma, y por un momento veo algo en sus ojos que me da esperanza.

—¿El fin de semana? —pregunto, sabiendo que con esto no hay marcha atrás.

—El sábado sería perfecto —acepta.

Y con eso salgo de mi despacho y camino hacia la sala de juntas, con la sensación de que, por primera vez en mucho tiempo, estoy tomando una decisión basada no en la lógica o en un análisis de riesgos, sino en lo que realmente quiero.

Capítulo 11

Irene

El viernes pasa entre reuniones y llamadas. No sé ni cómo me he podido concentrar, porque mi mente está en el sábado, en nuestra cita —aunque no sé si llamarla así— con Marta. Después de meses de tensión, de miradas robadas, de huidas y encuentros furtivos, finalmente vamos a hablar.

«Te quiero a ti», sus palabras siguen resonando en mi cabeza. No me esperaba que fuera tan directa, sabiendo que Marta Rivas controla absolutamente todo. Verla así, vulnerable, admitiendo que está perdiendo el control, fue algo que no me esperaba.

Llego a casa temprano como cada viernes. Me sirvo una copa de vino y salgo al balcón. Me relaja mirar las vistas. Pienso en lo que pasará mañana y en que a esta hora sabré qué pasa con Marta. Una parte de mí está aterrada.

Mi teléfono vibra con un mensaje. Por un momento, mi corazón se acelera pensando que podría ser ella, pero es Lucía.

Lucía: ¿Cómo va todo con la mujer de hielo? ¿Ya se derritió?

Sonrío ante la pregunta. Si Lucía hubiera visto a Marta en su despacho ayer, admitiendo sus sentimientos, probablemente no la reconocería.

Yo: Hemos quedado mañana para hablar.

Lucía: ¡Por fin! Ya era hora de que dejaran de jugar al gato y al ratón. ¿Estás nerviosa?

Yo: Aterrada.

Lucía: Eres Irene Navarro, no te asusta nada.

Me río. Si ella supiera lo equivocada que está. Claro que tengo miedo: de que Marta se arrepienta, de que decida que esto es demasiado complicado, demasiado desordenado para su vida perfectamente estructurada.

Yo: Esta vez es diferente. Ella es diferente.

Lucía: Estás enamorada.

Sé que no es una pregunta, es una afirmación que me hace suspirar, porque la realidad es que, sí, estoy enamorada de Marta Rivas. No sé cómo pasó, no tiene lógica ninguna, pero esa mujer misteriosa se ha instalado más dentro de mí de lo que esperaba.

Yo: Lo estoy.

Lucía: Entonces sé valiente. Vale la pena arriesgarse por amor.

Dejo el teléfono y termino de beber mi copa de vino. Lucía tiene razón. Es hora de ser valiente, es hora de sincerarme con Marta y decirle lo que siento, sea cual sea el resultado.

El sábado me despierto con la claridad entrando en mi habitación, siento un nudo en el estómago al recordar que hoy será el día, ese en el que le diré a Marta lo que siento y en el que espero que ella también hable de lo que le está pasando. Hemos quedado en una cafetería, en un centro comercial. Quizá no es el mejor lugar

para hablar, pero no teníamos otro. Se había descartado la casa de una de nosotras por obvias razones.

Me visto con algo casual: vaqueros ajustados, camiseta básica negra y una chaqueta. Quiero verme bien, y no tan formal como en la oficina. Aunque la verdad es que me cambié tres veces de camiseta antes de salir.

Llego diez minutos antes de la hora acordada. El café está medio lleno, pero es normal siendo sábado. Elijo una mesa en un rincón para tener algo más de privacidad. Pido un café solo y espero, intentando mantener la calma. Cada vez que veo que alguien se acerca, levanto la vista del móvil. Cuando la veo, el mundo parece detenerse por un instante.

Marta está preciosa. Lleva unos pantalones negros, una camiseta blanca y, como yo ha elegido de abrigo una chaqueta, lleva el pelo suelto. Busca con la mirada y, cuando me encuentra, hay un momento de duda, como si todavía no creyera que realmente estemos aquí, a punto de tener esta conversación.

Se acerca y se sienta frente a mí. No hay saludos, por un instante ninguna de las dos sabe cómo actuar. Es extraño verla fuera de la oficina, tenerla delante y que el miedo a que vuelva a huir esté siempre presente.

—Has llegado pronto —dice.

—Siempre soy puntual para las cosas importantes —respondo.

Una camarera se acerca y Marta pide un té verde. Cuando volvemos a estar solas, el silencio regresa, pero sé que alguna tiene que hablar.

—En tu despacho… —comienzo a decir, pero me detengo. Estoy nerviosa.

—Lo que dije era verdad —afirma—. Te quiero a ti, Irene. Y eso me aterra.

Su honestidad me desarma. Esta no es la Marta fría y calculadora que todos conocen en la oficina. Esta es una mujer vulnerable, sincera, mostrando una parte de sí misma que pocos han visto.

—¿Por qué te asusta tanto? —pregunto.

—Porque nunca he sentido esto antes —admite—. Porque no puedo controlarlo, no puedo predecirlo ni analizarlo con números o estadísticas —Levanta la vista y me mira fijamente—. Porque me he pasado toda la vida evitando precisamente este tipo de desorden emocional.

—El amor es desordenado —digo, y veo cómo se tensa ante la palabra «amor».

—No he dicho que sea amor —responde.

—¿Y qué es entonces?

Marta suspira. Sé que está nerviosa.

—No lo sé. Solo sé que pienso en ti constantemente. Cuando te veo hablando con otros, sonriendo con otros, siento una incomodidad que no comprendo. Cuando estamos cerca, todo lo demás desaparece. Que cuando te besé… —Se detiene, como si estuviera revelando todos sus secretos guardados.

—¿Cuándo me besaste? —insisto para que continúe.

—Sentí que por fin algo encajaba —completa en un susurro—. Como si toda mi vida hubiera estado esperando este momento sin

saberlo.

Miro a la mujer que ya no es tan fría como hace unos días.

—Yo también lo sentí —confieso—. He estado intentando entender lo que significa todo esto.

—¿Y? ¿Has llegado a alguna conclusión? —pregunta.

—Creo que estoy enamorada de ti, Marta —admito, sintiéndome vulnerable—. Y no es solo deseo físico, aunque eso también está ahí. Es algo más. Quiero conocerte, pero no a la directora financiera perfecta, sino a la mujer que hay detrás de esa fachada.

Veo cómo se humedecen sus ojos, aunque rápidamente lo controla. Típico de Marta, siempre luchando por mantener el control incluso en los momentos más íntimos.

—Estoy divorciándome —le recuerdo—. Realmente llevo mucho tiempo separada de mi exmujer. Incluso ella tiene otra relación, pero entiendo tus miedos. Entiendo el riesgo que hay, sobre todo porque trabajamos juntas.

Marta asiente, tomando un sorbo de su té.

—No quiero arruinar tu carrera —dice—. Ni la mía. Pero tampoco puedo seguir pretendiendo que no siento nada.

—Entonces, ¿qué hacemos? —pregunto—. ¿Dónde nos deja esto?

Marta me observa, como si estuviera tomando la decisión más importante de su vida. Y tal vez lo sea.

—Quiero intentarlo —asegura—. Contigo. Nosotras, lo que sea que esto pueda ser.

Mi corazón se acelera ante sus palabras. No es una declaración de amor eterno, pero viniendo de Marta Rivas, es equivalente a gritar sus sentimientos en medio de una plaza.

—¿Estás segura? —pregunto—. Porque una vez que empecemos esto, no hay vuelta atrás. No para mí. No puedo seguir con estos juegos de acercarnos y alejarnos.

—No estoy jugando, Irene —responde sinceramente—. No soy buena en esto, en expresar lo que siento. Pero quiero estar contigo, quiero ver a dónde nos lleva.

Extiende la mano sobre la mesa. Es un gesto simple, pero muy significativo viniendo de ella. La cojo sin dudar y entrelazamos nuestros dedos.

—Tenemos que ser discretas —dice—. En la oficina.

—Por supuesto. Profesionales durante el día, y después…

Dejo la frase sin completar. Veo cómo sus mejillas se sonrojan. Es adorable verla así, tan seria normalmente y ahora roja como una adolescente.

—¿Quieres dar un paseo? —sugiero—. Hace un día precioso.

Marta asiente. Pagamos nuestras bebidas. Al salir de allí, nuestras manos se rozan, y esta vez, ella no se aparta. Es un pequeño gesto que significa mucho.

Capítulo 12

Marta

Caminamos por el parque. Mientras paseamos, vemos a niños corriendo y parejas paseando de la mano. Como nosotras. Sí, estamos caminando de la mano, nuestros dedos entrelazados, como si fuera lo más natural del mundo. Y lo extraño es que, a pesar de que siempre he evitado todo tipo de contacto físico en público, ahora mismo siento que esto está bien.

—¿En qué piensas? —pregunta Irene, inclinando su cabeza hacia mí—. Tienes cara de concentración.

—¿Concentración? —respondo, entrecerrando los ojos.

—Sí, como si estuvieras analizando una hoja de cálculo —dice, sonriendo, y eso hace que mi estómago dé un vuelco.

—Solo estoy procesando —admito—. Todo esto es nuevo para mí.

Irene aprieta mi mano, un gesto de comprensión que me reconforta más de lo que esperaba.

—Para mí también lo es —dice—. No de la misma manera, quizás, pero… —Se detiene, buscando las palabras—. Nunca había sentido esto. Es diferente. He amado, pero contigo es distinto.

Su honestidad me desconcierta y me conmueve al mismo tiempo. Así es Irene: directa, transparente, sin filtros. Lo opuesto a mí, que

calculo cada palabra, que sopeso cada respuesta.

Nos detenemos junto a un estanque, me apoyo en la barandilla y observo los peces que hay en él. Tengo que ser sincera: mi cabeza es un entresijo de contradicciones.

—Tengo miedo —confieso en voz baja—. No estoy acostumbrada a sentirme así de expuesta.

—Lo sé —dice mientras busca mi mirada—. Y está bien tener miedo. Yo también lo tengo.

—¿Tú? —pregunto—. Siempre pareces tan segura, tan cómoda con tus emociones.

Ella sonríe y me encanta verla así, risueña. Sus ojos brillan y eso me pone contenta.

—Eso es lo que todos ven —dice—. La Irene confiada, impulsiva, que se lanza sin pensar. Pero por dentro, a veces, soy un desastre de inseguridades. Sobre todo, cuando algo me importa de verdad.

Por primera vez veo su vulnerabilidad. Quizá no somos tan diferentes después de todo. Ambas escondemos partes de nosotras, aunque de maneras distintas.

—¿Tienes hambre? —pregunta de repente—. Porque yo sí.

Sonrío ante el giro de la conversación, pero lo agradezco. Ya por hoy he tenido una dosis suficiente de sentimientos, es lo que puedo manejar en un día.

—Un poco —admito.

—¿Te apetece venir a mi casa? —propone—. Podríamos pedir algo de comer, seguir hablando. Sin presiones, solo estar juntas.

Considero su oferta. Ir a su casa es otro nivel de intimidad, otro paso en este camino desconocido que estamos recorriendo. Pero descubro que quiero darlo.

—Me gustaría eso —respondo, y la sonrisa que ilumina su rostro me confirma que he tomado la decisión correcta.

El dúplex de Irene es cálido, desordenado, pero con cierto encanto, lleno de detalles personales. Hay libros apilados en las estanterías, fotografías…

—Este es mi hogar —dice dejando las llaves colgadas en la entrada.

—Me gusta —respondo.

Ella vuelve a sonreír y yo a sentir que el corazón me late más deprisa.

—¿Pizza? —sugiere—. Conozco un sitio que hace las mejores de la ciudad.

—Suena perfecto —asiento.

Mientras Irene hace el pedido, me permito explorar un poco más su espacio. Me acerco a las fotografías: Irene con una mujer mayor que debe de ser su madre, Irene en lo que parece un viaje a algún lugar del norte de España, Irene abrazada a una mujer que no reconozco, pero que le mira con afecto.

—Mi ex —dice ella detrás de mí, haciendo que me sobresalte—. Nerea.

Miro la foto ahora sabiendo quién es. Así que esta es la mujer con la que está casada. Es atractiva.

—Lo siento —digo, sintiéndome como una intrusa—. No debería de estar mirando las…

—No me importa —me corta—. No tengo secretos. No contigo.

Hay algo en sus palabras, en la forma en que me mira, que me hace sentir tanto. ¿Cómo es posible que esta mujer me desarme con tanta facilidad?

—Tengo que quitarlas. No lo he hecho porque soy una cobarde —dice, apretando los labios—. Mi familia no sabe que ya no estamos juntas.

—No tienes por qué justificarte, Irene. Es tu decisión tener lo que quieras en tu casa.

—Lo sé, pero quiero que lo sepas. No hay secretos, recuérdalo.

Asiento y paso una mano por su brazo para transmitirle que todo está bien.

—Las pizzas llegan en treinta minutos —informa—. ¿Quieres algo de beber mientras tanto? Tengo vino, cerveza, refresco, agua…

—Un vino estaría bien —respondo, agradeciendo tener algo que hacer con mis manos.

Irene va a la cocina y regresa con dos copas y una botella de vino tinto. Nos sentamos en su sofá, a una distancia prudente, pero no incómoda. Me sirve una copa y luego se sirve otra para ella.

—Por los nuevos comienzos —propone, levantando su copa.

—Por los nuevos comienzos —repito, y brindamos.

El vino es bueno, con un sabor intenso, pero no abrumador. Como ella, pienso, y la idea me hace sonreír.

—¿Qué es tan divertido? —pregunta.

—Nada —digo, pero me mira entrecerrando los ojos—. Solo estaba pensando que el vino me recuerda a ti. Intenso, pero no abrumador.

Ella ríe, es un sonido que me hace querer escucharlo de nuevo.

—¿Es un cumplido?

—Claro que lo es —confirmo.

Hablamos mientras esperamos la comida. Sobre el trabajo, nuestras vidas fuera de la oficina, sobre libros, películas y música. Descubro que tenemos más en común de lo que había imaginado. A ambas nos gustan los thrillers psicológicos, preferimos la montaña a la playa y tenemos debilidad por el chocolate negro.

Cuando llega la pizza, continuamos nuestra conversación entre bocados. Es la comida más informal que he tenido en años, comiendo directamente de la caja, usando servilletas de papel en lugar de platos; sin embargo, es perfecta. Estoy cómoda en este desorden.

—¿Quieres ver una película? —sugiere Irene cuando terminamos de comer—. Tengo Netflix, o podemos ver otra cosa.

—Película en Netflix está genial —respondo, acomodándome en el sofá.

—¿Qué te apetece ver? —pregunta, acercándose un poco más a mí.

—Tú eliges —digo más interesada en que se haya acercado que en lo que vayamos a ver.

Al final, se decide por un thriller. Terminamos tumbadas en el sofá y yo, sin pensarlo, me pego a su cuerpo; me gusta sentir su calor. Este tipo de cercanía física no es algo que suela permitir. Pero con Irene parece tan natural, como si mi cuerpo supiera lo que quiere antes que mi mente.

El calor de su cuerpo, el ritmo constante de su respiración, la sensación de seguridad que me envuelve... todo se combina para crear una sensación de paz que no recuerdo haber sentido antes. Mis párpados empiezan a pesar, y sin darme cuenta, me dejo llevar por esa tranquilidad.

No sé cuánto tiempo pasa, pero de repente me despierto sobresaltada, consciente de que me he quedado dormida con ella a mi lado. Me incorporo rápidamente, sintiendo el calor subir por mis mejillas.

—Lo siento —digo, pasándome una mano por el pelo.

Irene me mira extrañada por mi reacción.

—¿Qué ha pasado? —pregunta—. ¿Estás bien?

—Estoy bien —aseguro—. No me he quedado dormida, solo estaba descansando los ojos.

Necesito controlar esto que me acaba de pasar. No logro entender por qué me ha pasado. Jamás me he quedado dormida con alguien al lado. Pero con ella es distinto.

—Claro, y esa respiración tan profunda eran efectos especiales de la película —bromea.

—Yo no hago ruidos —protesto.

—Sí que los haces —asegura, riendo—. Son como pequeños suspiros. Eran adorables, en realidad.

Siento que mi cara arde. No puedo creer que me haya quedado dormida así, tan vulnerable, tan expuesta.

—Marta —dice Irene, su voz ahora más seria, cogiendo mi mano —. Está bien. De verdad. No pasa nada por quedarte dormida.

—No estoy acostumbrada —confieso—. A esto, a dormirme con alguien.

—¿Nunca te has quedado dormida con otra persona? —pregunta con curiosidad.

Niego con la cabeza.

—Nunca me he sentido cómoda. Siempre acabo marchándome.

—Bueno, entonces me siento honrada —dice, apretando mi mano —. Que te sientas lo suficientemente cómoda conmigo como para quedarte dormida.

No me está juzgando por mi rareza. No me cuestiona y eso me hace sentir bien.

—Pero si tú dices que no te quedaste dormida —añade—, entonces no te quedaste. ¿Quién soy yo para discutir con la gran Marta Rivas?

Su broma me hace sonreír.

—Está bien —admito—. Tal vez me quedé dormida, pero solo un poco.

Irene ríe, y ese sonido me llena de alegría. No puedo evitar reír con ella.

Pero en el fondo de mi mente, una voz insistente me recuerda lo que esto significa: he bajado la guardia, me he permitido ser vulnerable con ella de una manera que nunca lo he sido con nadie más. Es aterrador.

Con cualquier otra persona, estaría ya buscando excusas para irme, para recuperar mi espacio, mi control. Pero con Irene… quiero quedarme. Quiero seguir descubriendo esta nueva sensación de paz, confianza y conexión.

Al mismo tiempo, el miedo persiste. No puedo acallar del todo mi cabeza. ¿Y si me hiere? ¿Y si esto no funciona? ¿Y si esto no es suficiente?

Intento acallar esos pensamientos, centrándome en este instante, en la suavidad de su mano en la mía, en la forma en que me mira como si fuera algo que vale la pena conocer.

—¿En qué estás pensando? —pregunta Irene—. Te has ido a un lugar muy lejano.

—Solo estoy procesando —respondo—. Esto es nuevo para mí —insisto.

—Lo sé, y está bien. Podemos ir tan despacio como necesites.

Sus palabras me hacen sentir bien. Me anclan a este momento, a esta realidad donde por primera vez no tengo que ser Marta Rivas, la perfecta y controlada. Ahora soy simplemente yo, con mis miedos y mis imperfecciones. Y por ahora esto es suficiente. El futuro, con todas sus incertidumbres, puede esperar. Ahora mismo solo quiero estar aquí con ella.

Capítulo 13

Irene

Después de pasar el sábado con Marta, llego el lunes a la oficina feliz. Por fin hemos hablado, sé que esto no será fácil, que Marta está descubriendo cosas. Sonrío al recordar cuando se quedó dormida viendo la película. En un primer momento, estuve desconcertada. Después entendí que nunca había dejado que nadie la viera así, porque para ella eso es ser vulnerable.

Hemos acordado mantener nuestra relación en privado, al menos por ahora. Lo profesional debe seguir así. Pero no puedo evitar sentir un cosquilleo ante la idea de verla.

Diego me detiene camino a mi escritorio, con esa sonrisa que ahora reconozco como algo más que amistad.

—Buenos días, Irene —dice, demasiado cerca—. ¿Qué tal el fin de semana?

—Tranquilo —respondo—. ¿El tuyo?

—Podría haber sido mejor si hubieras aceptado mi invitación —insinúa, apoyándose en mi escritorio.

Suspiro, cansada. Después de nuestra incómoda interacción en el ascensor, esperaba que hubiera captado el mensaje. Claramente, no ha sido así.

—Diego —digo, asegurándome que el resto no pueda oírme—, creo que necesitamos aclarar algo. No estoy interesada en tener una relación que vaya más allá de lo profesional contigo.

Su expresión cambia: es una mezcla de sorpresa y decepción.

—¿Es por la diferencia de edad? —pregunta—. Porque eso no me importa.

—No es por la edad —respondo—. Simplemente no estoy interesada. Además, estoy viendo a alguien.

No había planeado decir esto último, pero siento que necesito que lo sepa para zanjar la situación.

—Oh —dice, y puedo ver cómo procesa la información—. No sabía que estabas con alguien. Pensé que estabas soltera.

—Lo estoy —confirmo—. Pero eso no significa que esté disponible.

Diego asiente lentamente.

—Lo siento si te he incomodado —dice, y parece arrepentido—. No volverá a ocurrir.

—Gracias —respondo, aliviada de que lo haya entendido—. Valoro tu profesionalidad.

Se aleja, y me permito un momento para respirar antes de encender mi ordenador. Veo a Marta salir del despacho de Ramón y dirigirse al suyo. Lleva un traje gris oscuro que le siente de maravilla, el pelo recogido en un moño bajo. Nuestras miradas se cruzan cuando entra en su despacho y va a cerrar la puerta; es un momento fugaz, y aunque su expresión es profesional, hay un brillo en sus ojos que solo yo puedo reconocer.

A media mañana, recibo un correo electrónico:

Asunto: Revisión del proyecto Nautilus
De: Marta Rivas

Irene,

Necesito revisar contigo algunos aspectos del presupuesto de Nautilus antes de la reunión con el cliente del miércoles. ¿Podrías pasar por mi despacho a las 15:00 horas?

Saludos,
Marta Rivas
Directora Financiera

Sonrío ante la formalidad del mensaje, tan típico de ella. Respondo lo que siempre digo: «Allí estaré» y continúo con mi trabajo, aunque mi mente sigue volviendo al sábado juntas.

A las tres en punto, me dirijo a su despacho. Golpeo suavemente la puerta antes de entrar.

—Adelante —dice, y algo en su voz hace que mi cuerpo arda.

Cierro la puerta tras de mí y me acerco a su escritorio. Marta me mira con esa mezcla de profesionalidad y algo más, algo que solo aflora cuando estamos a solas.

—Sobre el proyecto Nautilus —comienza, pero se detiene cuando ve mi sonrisa—. ¿Qué?

—Nada —respondo, intentando mantener la compostura—. Es solo que… me gusta verte en modo directora financiera.

Veo cómo sus mejillas enrojecen, pero rápidamente recupera su expresión seria.

—Esto es una reunión de trabajo, Irene —me recuerda, aunque puedo ver que está luchando por no sonreír.

—Por supuesto —asiento, adoptando una expresión seria—. Soy toda profesionalidad.

Pasamos la siguiente media hora revisando el presupuesto, discutiendo ajustes y estrategias para la presentación al cliente. Es fascinante verla trabajar, la forma en que su mente analítica descompone cada problema encontrando soluciones, previendo obstáculos.

—Creo que con estos ajustes estaremos preparados para el miércoles —concluye, guardando los documentos—. El cliente debería estar satisfecho con la propuesta.

—Estoy de acuerdo —digo, recogiendo mis notas—. ¿Necesitas algo más?

Hay un momento de silencio, y algo me dice que está teniendo una batalla interna y que no puedo hacer nada.

—¿Cena esta noche? —pregunta en voz baja, como si alguien pudiera escucharnos a pesar de estar solas en su despacho.

—Me encantaría —respondo, sintiendo cómo mi corazón late más deprisa—. ¿En mi casa? Puedo cocinar.

Marta levanta una ceja, sorprendida.

—¿Sabes cocinar?

—No insultes mis habilidades culinarias —bromeo—. Hay muchas cosas que no sabes de mí, Marta Rivas.

—Eso es lo que más me intriga —admite, casi en un susurro.

Siento cómo mi cuerpo tiembla. No entiendo el poder que tiene esa mujer sobre mí, pero tampoco pienso cuestionar absolutamente nada, solo quiero sentir.

Apoyo mis manos en el escritorio y, levantándome, me inclino un poco.

—Si quieres después de la cena, puedes seguir descubriendo un poco más de mí —susurro mientras me mojo los labios.

—Irene —suspira, y veo ese miedo en sus ojos. Sé que no puedo rebasar esta línea, que ella está muerta de miedo.

Me incorporo y respiro profundamente; necesita tiempo, lo sé.

—Disculpa. No pretendía. Es mejor que me vaya.

Antes de salir de la oficina, me giro y la miro, vulnerable en la silla, con el miedo susurrando que quizás esto no es correcto. Sé que lleva una batalla interna, pero quiero intentarlo con esa mujer.

—A las ocho en mi casa, si todavía quieres ir.

Espero unos segundos que son interminables, esperando una respuesta que parece no llegar.

—Quiero —dice y siento cómo mi cuerpo se relaja—. Estaré a esa hora.

Salgo del despacho y me dirijo a mi escritorio. Tengo que mantener la distancia aquí con ella o esto no va a funcionar.

El resto de la tarde pasa entre llamadas y trabajo pendiente. Cuando llega la hora de salir, evito mirar hacia el despacho de Marta. Sé que ella saldrá más tarde, como siempre.

En casa, me dedico a preparar la cena con más esmero del que he puesto jamás. Decido hacer pasta fresca con salsa de setas, una de mis especialidades, junto con una ensalada. Mientras cocino, pongo música.

A las ocho en punto, suena el timbre. Mi corazón da un salto. Abro la puerta y allí está Marta, más relajada que en la oficina, vestida con vaqueros oscuros y una blusa verde militar. Lleva una botella de vino en la mano y un pequeño ramo de flores en la otra.

—Hola —dice, con una timidez que me hace derretirme—. Espero que te gusten las flores.

—Son preciosas —respondo, tomándolas y haciéndome a un lado para que entre—. No tenías que traer nada.

—Mi madre me enseñó a no presentarme nunca con las manos vacías —explica, entregándome la botella de vino—. Y quería traerte algo.

La llevo hasta la cocina, donde pongo las flores en un jarrón.

—Huele de maravilla —comenta—. ¿Realmente has hecho pasta fresca?

—Te dije que sabía cocinar —sonrío, ofreciéndole una copa de vino—. ¿Sorprendida?

—Gratamente —admite, aceptando la copa—. No te hacía del tipo que pasa horas en la cocina.

—Hay muchas contradicciones en mí —digo, y me pongo a preparar la salsa—. Soy impulsiva, pero paciente cuando se trata de cocinar. Desordenada, pero meticulosa en el trabajo. Fuerte, pero…

Me detengo, consciente de que estoy a punto de revelar demasiado.

—¿Pero? —insiste Marta, acercándose a mí.

—Vulnerable —completo en voz baja—. Sobre todo, contigo.

Veo cómo su expresión cambia, cómo da un paso más hacia mí hasta que estamos a centímetros de distancia.

—Me gusta eso —dice—. Me gustan tus contradicciones.

Y entonces me besa, lentamente, como si estuviéramos descubriendo algo nuevo, juntas. Es diferente a los otros besos, que siempre estuvieron cargados de urgencia, de deseo contenido. Este beso es lento, suave, explorador, no hay exigencias, solo disfrutar del momento.

Cuando nos separamos, ambas nos miramos, no hay deseo en los ojos, es algo diferente y me da vértigo.

—La cena se va a quemar —murmuro contra sus labios.

—Sería una lástima —responde, dando un paso atrás, pero sin soltarme la mano—. Después de todo tu esfuerzo.

Terminamos preparando la cena juntas, me ayuda a terminar. Parece tan natural que asusta, es como si hubiésemos llevado años haciendo esto. Con Nerea era tan diferente. Siempre me encargaba yo de la cocina. Con Marta es diferente, y me gusta.

Cenamos en la mesa del comedor. Me cuenta más sobre sus hermanas, de Clara, la que tomó la decisión de pararlo todo e ir a por lo que quería, de Alma y su forma tan alocada de ver la vida. Le hablo de mi hermano Miguel, de nuestra complicada relación con

nuestros padres. Compartimos anécdotas de la universidad, de los primeros trabajos, de viajes que hemos hecho.

Es como si estuviéramos recuperando todo el tiempo que perdimos, todas las conversaciones que no tuvimos mientras jugábamos a acercarnos y alejarnos en la oficina.

Después de la cena, nos trasladamos al sofá con nuestras copas de vino. Marta se sienta más cerca de lo que esperaba, y automáticamente apoyo mi cabeza en su hombro.

—¿Esto es real? —pregunta de repente, su voz apenas es un susurro.

—¿A qué te refieres? —respondo, levantando la cabeza para mirarla.

—A esto. A nosotras —hace un gesto que nos abarca a ambas—. A veces siento que lo he imaginado todo, que voy a despertar y seguiremos siendo solo compañeras de trabajo que se evitan en los pasillos.

Hay tanta vulnerabilidad en su confesión que siento un nudo en la garganta. Tomo su mano y la llevo a mi mejilla.

—Es real —le aseguro—. Yo soy real, lo que siento por ti es real.

—Tengo miedo —admite, y veo en sus ojos esa lucha constante entre su deseo de control y el de dejarse llevar—. No de ti, sino de esto. De lo que me haces sentir.

—Lo sé —digo—. El amor siempre da miedo, Marta. Porque significa que tenemos algo que perder.

Sus ojos se abren al escuchar la palabra «amor», pero no se aparta, no huye como podría haber hecho semanas atrás.

—¿Es eso lo que es? —pregunta en voz baja—. ¿Amor?

—Creo que está en camino de serlo —digo—. Al menos para mí, y eso me asusta tanto como a ti.

Marta asiente, procesando mis palabras. Luego, lentamente, se inclina y me besa, un beso lleno de promesas no dichas, de preguntas sin responder, pero también de esperanza.

No sé dónde nos llevará esto, si estaremos juntas dentro de un mes, un año, una década. No sé cómo manejaremos los problemas que seguramente vendrán, los momentos en que su necesidad de control choque con mi impulsividad, o en que nuestras diferencias parezcan más grandes que lo que nos une.

Pero en este momento, con Marta en mis brazos, con su corazón latiendo contra el mío, sé que vale la pena arriesgarse. Vale la pena ser vulnerable, enfrentar el miedo, la incertidumbre. Porque lo que estamos sintiendo es raro y precioso y merece una oportunidad.

Mientras nuestras conversaciones se vuelven más profundas y nuestros besos más intensos, siento la certeza en mi interior de que… esto es solo el comienzo de nuestra historia, y quiero escribir cada página, cada capítulo con ella.

Capítulo 14

Irene

El domingo llego a casa de mis padres. Es el cumpleaños del patriarca de la familia, como él dice, algo demasiado anticuado para la sociedad en la que vivimos.

Antes venía con Nerea, las dos preparadas para el interrogatorio habitual: los hijos, para cuándo. Pero llevo demasiado tiempo viniendo sola. Hoy es el día de zanjar el tema Nerea, porque Marta ha llegado a mi vida. He pospuesto esto demasiado tiempo.

Mi hermano Miguel se acerca a saludarme.

—Hola, ¿y Nerea? —pregunta mientras me quita la bolsa con el regalo de mi padre de las manos—. ¿Trabajando otra vez?

Respiro hondo, preparándome para la conversación que he estado evitando.

—No, Miguel, Nerea y yo nos hemos separado. De hecho, estamos en proceso de divorcio.

Miguel me mira con sorpresa, pero no tanta como esperaba.

—¿Desde cuándo? ¿Por qué no has dicho nada?

—Desde hace demasiado tiempo —admito—. No dije nada porque, bueno, ya conoces a mamá y papá. No quería tener esta conversación.

—¿Qué conversación? —interrumpe mi madre, apareciendo desde la cocina—. ¿Dónde está Nerea?

Ahí está la misma pregunta de siempre. Resoplo intentando calmarme y comenzar esta conversación que tanto he evitado. Le explico la situación de manera breve, me siento como si estuviera delante de ejecutivos comentando lo que ha pasado. Mi vida lleva siendo una mentira demasiado tiempo y seguir con esta farsa ya no era sostenible.

La reacción es exactamente la que esperaba. Mi madre expresa su decepción con suspiros, eso que dice más que las palabras. Mi padre, siempre más directo, no se guarda nada.

—Siempre tan impulsiva, Irene —dice, sirviéndose más vino—. Diez años de matrimonio y lo tiras todo por la borda. ¿Por qué? ¿Un capricho? ¿Una crisis de mediana edad adelantada?

—No fue un capricho, papá —respondo, intentando mantener la calma—. Las cosas no funcionaban desde hace tiempo. Ambas lo sabíamos, solo que no tuvimos el valor de admitirlo.

—¿Y ahora qué? —pregunta mi madre—. ¿Vas a empezar de cero a los cuarenta y siete años? ¿Buscar otra relación cuando ya todas tus amigas tienen sus familias?

Podría mencionar que muchas de mis amigas también están divorciadas o en segundas relaciones, pero sé que no serviría de nada. Para mis padres, el fracaso de mi matrimonio es solo otra evidencia de mi incapacidad para seguir el camino correcto, el establecido.

—De hecho —digo, porque algo en mí necesita ser honesta hoy —, estoy conociendo a alguien.

El silencio que sigue es aterrador. Mi madre parece haberse quedado sin palabras por primera vez en su vida. Mi padre me mira como si acabara de confesar un crimen, y mi hermano, bueno, él solo me observa.

—¿Ya estás con otra persona? —pregunta mi madre—. ¿Tan pronto?

—No es tan pronto, mamá. Nerea y yo llevamos separadas más de un año, aunque yo no haya dicho nada hasta ahora.

Pienso en que Nerea ya tiene otra pareja desde hace meses, pero no quiero decirlo, porque sería como si me juzgaran de nuevo por no saber elegir.

—¿Y quién es? —ahora pregunta mi padre—. ¿Alguien que conocemos?

—No —respondo—. Es alguien del trabajo. Y es… —dudo por un segundo, pero, ya que estamos, vamos con todo—. Es complicado.

—Complicado —dice mi padre, y hay tanto juicio en esas palabras que sé que viene el golpe—. Por supuesto que lo es. Has dejado la estabilidad, un matrimonio sólido, por algo complicado.

—El matrimonio no era tan sólido como crees, papá —digo, y hay algo que los sorprende: no me he callado, he sido valiente y les estoy rebatiendo—. Y sí, lo que tengo es complicado, pero también es honesto y real.

—Bueno, ya está bien —dice mi hermano—. Irene ha sido sincera y no merece que la cuestionen tanto.

Miro sorprendida a mi hermano y él se encoge de hombros. Mientras tanto mis padres se van cada uno, por su lado.

—Gracias —susurro, abrazándole.

Nunca hemos sido tan cercanos, pero hoy me ha salvado del cuestionamiento continuo.

—Mi matrimonio también está mal —reconoce sin soltar el abrazo.

Me aparto y lo miro a los ojos. No me creo lo que me dice. Miguel el perfecto, el ejemplo, teniendo problemas cuando parecía que lo tenía todo absolutamente controlado.

—Llevo dos meses viviendo en un piso de alquiler. No sé qué pasará con esto. La he cagado, hermanita, y no tengo ni idea de cómo gestionarlo.

—¿Infidelidad? —me atrevo a preguntar.

—No, qué va. Simplemente, me acomodé, me empecé a convertir en papá, y Alejandra dijo basta.

—Lo siento —digo, acariciando su brazo.

—Me lo tengo merecido, ahora tengo que volver a conquistar a la mujer que he dejado escapar por idiota. Uno no sabe lo que tiene hasta que lo pierde.

—Eso dicen —respondo.

En la comida el ambiente es tenso, las conversaciones son superficiales. No sé qué les habrá dicho Miguel, sobre por qué no ha venido Alejandra, pero lo que tengo ahora seguro es que la decepción sigo siendo yo, la que lleva una vida desastrosa. Es agotador tener que aparentar, fingir que todo está bien mientras veo las miradas de mis padres.

Cuando recogemos la mesa, lavo los platos como siempre hago. Miguel se pone a mi lado, él siempre más comprensivo, aunque ahora sé que su vida sentimental es igual de desastrosa que la mía.

—Esa nueva persona —comienza a decir—. ¿Va en serio?

No puedo evitar sonreír al pensar en Marta, en su complejidad, en cómo me desafía y me fascina a partes iguales.

—Es diferente a cualquier persona que haya conocido —digo—. Se llama Marta. Es brillante, complicada, frustrante a veces. Y estoy enamorada de ella, aunque se horrorizaría si me escuchara decirlo.

—Suena interesante —asegura Miguel sonriendo—. Mucho mejor que estable y adecuada, que eran los adjetivos que siempre usabas para describir a Nerea.

—Es más que interesante —admito—. Es increíble, aunque ella no lo sepa. Me hace cuestionarme cosas, ver el mundo de otra manera. Hace que confíe en mí como nunca lo había hecho. Es simplemente maravillosa.

—¿Y ella siente lo mismo?

Ahí está la pregunta del millón. Suspiro.

—Esa es la parte complicada. Creo que sí, pero le cuesta mucho expresarlo, incluso admitirlo. Tiene unos muros gigantes construidos. A veces logro atravesarlos, pero luego se reconstruyen más altos que antes.

—¿Vale la pena? —pregunta Miguel.

—Lo vale —digo, convencida—. Ella sí. Cuando deja caer esas barreras, aunque sea por un momento, es como ver el sol después de meses de invierno.

—Nunca te había visto así por nadie.

—Ahora es distinto. Soy más madura, sé lo que quiero y no en mi vida. Tengo que admitir que esto me asusta, pero es una mujer…

—Increíble, ya me lo has dicho —termina diciendo—. ¿Va a funcionar? ¿Con todas esas complicaciones?

Esa misma pregunta me la he hecho muchas veces.

—No lo sé —respondo siendo honesta—. Pero creo que merece la pena intentarlo. Incluso si al final no funciona, incluso si termina en dolor… habrá valido la pena por los momentos vividos, por esos instantes en que las dos conectamos de una forma que nunca había sentido antes.

Miguel sonríe, le devuelvo el gesto. Me alegra que esté aquí, de que haya sido mi aliado en ocasiones.

—Entonces estoy feliz por ti —dice, dándome un pequeño empujón con el hombro—. Me muero por conocer a la mujer que ha conseguido que Irene Navarro, la impulsiva, ahora hable de paciencia y perseverancia.

—Idiota —digo, devolviendo el empujón.

—Auch —se queja—. Pero es verdad que quiero conocerla. Pero fuera de aquí.

—Algún día —le prometo—. Cuando ella esté lista.

Cuando me marcho de la casa de mis padres, lo hago con una extraña sensación. La desaprobación de ellos, pero también siento que llevaba un peso encima que ya no está. La conversación con mi hermano me ha hecho sentirme libre.

En el camino a casa, pienso en Marta, en los pequeños pasos que vamos dando, en esos momentos en que todo desaparece y solo estamos las dos. Pienso en cómo en mi casa ahora hay un sitio para sus tés, en cómo voy cambiando poco a poco cosas para que ella se sienta a gusto.

Por primera vez, me permito considerar que lo que estamos formando sea algo duradero, algo más que una aventura. Sé que no será fácil. Marta tiene demasiados fantasmas, demasiados miedos, demasiadas barreras. Y yo tengo mi propio bagaje, mis propias inseguridades y mi tendencia a sumergirme demasiado rápido.

Sea lo que sea esto, ella vale la pena, y estoy dispuesta a esperar, a adaptarme, a encontrar nuevas formas de conectar, hasta que por fin esos muros caigan del todo.

Capítulo 15

Marta

Han pasado tres semanas desde que Irene y yo decidimos intentarlo, desde que dejé de huir de lo que siento por ella. Tres semanas de descubrimiento, de ajustes, de momentos que oscilan entre la absoluta felicidad y el pánico ocasional.

En la oficina, somos totalmente profesionales. Nadie sospecharía que la directora de desarrollo de negocios y la directora financiera comparten algo más que proyectos y reuniones. Aunque a veces, cuando nuestras miradas se cruzan en la sala de juntas o cuando nuestras manos se rozan al intercambiar documentos, siento una corriente eléctrica que me cuesta disimular.

Las noches son diferentes para mí. Ahora alterno entre su casa y salidas a cenar, a veces al cine. Nunca en mi casa. Mi apartamento sigue siendo mi refugio, mi espacio privado, el único lugar donde puedo procesar lo que está pasando sin la intensidad de tenerla al lado.

Necesito ese espacio, porque cuando estoy sola, las dudas me asaltan. ¿En qué me estoy metiendo? ¿Cómo he permitido que alguien se acerque tanto, que tenga ese poder sobre mis emociones? Cuando estoy con Irene, todo parece claro, perfecto.

Pero luego, en la soledad de mi apartamento, el miedo regresa, insistente.

Es viernes al mediodía y estoy revisando informes en mi despacho cuando mi teléfono vibra con un mensaje de Clara.

Clara: ¿Cómo va todo? ¿Has estado ocupada? Hace días que no hablamos.

Sonrío al ver su mensaje. Mi hermana mayor siempre ha sido la que mantiene el contacto entre las dos. La pequeña es un caso aparte que contacta cuando necesita algo.

Yo: Todo bien, mucho trabajo. ¿Y tú? ¿Cómo va la librería?

Clara: Pues va genial. Deberías venir algún fin de semana.

Yo: Me encantaría, pero tengo mucho lío. Ya sabes que en Navidades iré.

Clara: Pero todavía falta para eso. Esperaba que pudieras venir antes.

Pienso en qué responder. Una parte de mí quiere contarle sobre Irene, sobre lo que estamos viviendo. Clara fue la primera persona a la que confesé mi atracción por las mujeres, y de ella recibí apoyo incondicional. Pero, aun así, hablar de Irene significaría hacer real lo nuestro de una manera que no estoy segura de estar preparada para enfrentar. Ya fue difícil aceptar mi sexualidad; exponer mis sentimientos, mi vulnerabilidad, es un paso que no me siento lista para dar.

Yo: El trabajo está complicado ahora mismo. Te prometo que iré en cuanto pueda.

Clara: De acuerdo. Te echo de menos.

Yo: Yo también te echo de menos.

Dejo el teléfono en el escritorio y siento una punzada de culpabilidad. No le estoy mintiendo con lo del trabajo, pero tampoco le estoy contando la verdad. Y es que ni siquiera yo sé definir qué es exactamente lo que tengo con Irene. ¿Una relación? ¿Un romance pasajero? ¿Algo destinado a fracasar cuando se dé cuenta de que emocionalmente soy inaccesible?

Ramón aparece en la puerta de mi despacho, interrumpiendo mis pensamientos.

—Marta, necesitamos que vayas a Londres la semana que viene —dice—. Los inversores británicos quieren revisar los números personalmente antes de firmar.

—¿Cuántos días? —pregunto, calculando mentalmente qué proyectos tendré que reorganizar.

—Cuatro días, de lunes a jueves.

Asiento. No es la primera vez que viajo por trabajo, pero por alguna razón, la idea de estar lejos de Irene durante ese tiempo me produce una sensación extraña, algo parecido a la nostalgia.

—De acuerdo —respondo—. Envíame los detalles y prepararé todo.

A las cuatro, cuando ya la mayoría del personal se ha marchado, Irene aparece en la puerta de mi oficina.

—¿Lista para irnos? —pregunta con esa sonrisa que siempre hace que mi estómago se contraiga.

—Dame cinco minutos —respondo, terminando de organizar unos documentos.

Irene entra y cierra la puerta tras ella. Se acerca a mi escritorio y, después de mirar para asegurarse de que nadie pueda vernos, se inclina y me da un beso rápido. En cualquier otro momento jamás hubiera permitido esto, pero con ella no puedo, y eso me desconcierta. Irene me desalma, apaga mi voluntad, y el pánico a perder el control vuelve a mi cabeza.

—Te he echado de menos hoy —dice—. Demasiadas reuniones separadas.

—También te he echado de menos —admito, sorprendiéndome de la facilidad con que mis palabras han salido.

Irene me mira y mi mente vuelve a mandarme señales de que es un peligro, de que o bien tengo el control o me va a hacer daño. Cierro los ojos con fuerza, intento acallar esos pensamientos.

—¿Estás bien? —pregunta Irene, claramente preocupada.

—Sí, es solo que estoy cansada. También que tengo que irme a Londres la semana que viene, de lunes a jueves.

—¿Cuatro días sin verte? ¿Cómo sobreviviré?

—Estoy segura de que encontrarás la manera —digo, sonriendo.

—¿Quieres venir a casa esta noche? —pregunta mientras apago el ordenador—. Puedo preparar esa pasta que te gusta tanto.

Dudo por un momento, pero mis pensamientos vuelven. No vayas, quiere controlarte; si cedes, ella tendrá el poder.

—Necesito ir a mi casa hoy —digo—. Tengo que preparar algunas cosas para el viaje y ponerme al día con unos informes —miento. La realidad es que no quiero ceder ante ella.

Veo la decepción en sus ojos, pero después sonríe.

—Claro, lo entiendo. ¿Mañana entonces? —propone.

—Mañana —confirmo, sintiendo una punzada de culpa que intento ocultar.

En el camino a casa, me detengo a comprar algo para cenar. Mientras espero en la fila para pagar, pienso en lo que acaba de pasar. ¿Por qué sigo manteniendo esta distancia? ¿Por qué, después de este tiempo, todavía no he invitado a Irene a mi apartamento?

La respuesta es simple y aterradora: porque mi hogar es mi último bastión de privacidad, el único lugar donde puedo ser completamente yo misma, donde puedo bajar todas mis defensas. Dejar entrar a Irene significaría no tener dónde esconderme, ningún espacio donde recuperarme de la intensidad de lo que siento por ella.

Esta noche, sola en mi apartamento, reviso los correos sobre el viaje a Londres y luego llamo a Irene. Necesito escuchar su voz, aunque la haya dejado hace apenas unas horas.

—Hola —responde al segundo tono, y puedo escuchar la sonrisa en su voz—. ¿Me echas de menos ya?

—Tal vez —admito, recostándome en el sofá—. ¿Qué estás haciendo?

—Preparando esa pasta que iba a cocinar para ti, pero ahora tendré que comer sola.

—Lo siento —me disculpo—. Es solo que…

—No tienes que explicarlo, Marta —me interrumpe—. Entiendo que necesites tu espacio. De verdad.

Su comprensión solo aumenta mi culpabilidad. ¿Cómo puede ser tan paciente conmigo?

—Hablé con Clara —digo, cambiando de tema—. Me preguntaba si podía ir a verla pronto.

—¿Qué le dijiste? —pregunta.

—Que iría para Navidades —respondo, sintiendo una tensión repentina.

Hay un silencio al otro lado de la línea, uno que habla más fuerte que cualquier palabra.

—¿Le hablaste de mí?

Ahí está la pregunta, esa que siempre hace cuando sabe que he hablado con alguien de mi familia. Esa que muchas veces evito responder.

—No —admito, sabiendo que esto le dolerá—. No todavía.

Otro silencio.

—Irene, no es que no quiera…

—Está bien —me interrumpe, pero puedo sentir que no es así—. Es tu familia, tu decisión.

—No es tan simple —intento explicar—. Clara sabe que me gustan las mujeres. Fue la primera persona que se lo dije, pero ella tampoco pregunta. Y hablar de ti, de nosotras… es diferente.

—¿Por qué?

—Porque entonces sería real —confieso en un susurro—. No solo algo entre nosotras, sino algo que el mundo exterior conocería, juzgaría, tendría opinión sobre ello.

—¿No quieres que esto sea real? —su voz es calmada, pero puedo sentir el dolor en ella.

—No lo sé —respondo—. Cuando estoy contigo, es todo lo que quiero. Pero cuando estoy sola, me asusta la idea de perder el control de mi vida, de mis emociones.

—No se trata de control, Marta —explica Irene—. Se trata de confianza, de permitirte ser vulnerable con alguien.

—Para ti es fácil decirlo —respondo, sintiendo una repentina irritación—. Siempre has sido abierta en tus emociones, sabes cómo manejarlas. Yo no.

—¿Crees que es fácil para mí? —dice, y noto su enfado en la voz —. ¿Crees que no tengo miedo? ¿Que no me asusta estar enamorándome de alguien que ni siquiera puede admitir ante su hermana que estamos juntas?

Sus palabras me golpean como un puñetazo. No sé cómo se gestiona algo que nunca he sentido. Amor, eso es lo que siento por Irene y me cuesta horrores admitirlo.

—Yo no… —comienzo, pero no sé cómo continuar.

—Escucha —comienza, más calmada—. Entiendo que esto es difícil para ti. De verdad lo entiendo. Solo necesito saber que estamos avanzando en la misma dirección, que no estoy invirtiendo mi corazón en algo que nunca llegará a ser real fuera de nuestros momentos a solas.

¿Estamos avanzando en la misma dirección? ¿O estoy simplemente jugando a tener una relación sin realmente comprometerme con ella?

—Necesito tiempo —confieso—. No es que no quiera que esto funcione, Irene. Es que no sé cómo hacerlo.

Hay un largo silencio, y por un momento temo que la conversación haya terminado, que he cruzado alguna línea invisible.

—Tiempo es lo que tenemos —asegura—. Solo no me dejes esperando para siempre, ¿vale?

—Vale.

La conversación deriva hacia otros temas menos intensos, pero hay una tensión que no desaparece. Cuando nos despedimos, me quedo mirando el teléfono, sintiendo un peso en el pecho que no logro identificar. ¿Culpa? ¿Miedo? ¿Arrepentimiento?

El fin de semana es un extraño baile entre cercanía y distancia. Pasamos tiempo juntas, pero hay momentos en que me retraigo, momentos en que el miedo a la vulnerabilidad es más fuerte que el deseo de conexión. Irene lo nota, pero respeta mi espacio, no presiona, aunque puedo ver la pregunta en sus ojos: ¿hasta cuándo?

Londres me recibe con su ya característico cielo gris. El hotel es cómodo, céntrico, perfecto para los negocios que me traen aquí. La primera reunión con los inversores va bien, mejor de lo esperado. Mis proyecciones son sólidas, mis argumentos convincentes. En esto, en el terreno de los números y las estrategias, siento que puedo controlar todo. Pero cuando regreso al hotel por las noches, cuando me quedo sola con mis pensamientos, la sensación de control se desvanece. Echo de menos a Irene de una manera que me asusta por su intensidad. Nunca había dependido emocionalmente de nadie de esta forma.

Hablamos por teléfono cada noche. Conversaciones largas que empiezan hablando del trabajo y del día, pero que inevitablemente derivan hacia lo personal, cuánto nos echamos de menos, hacia lo que haremos cuando regrese.

Es la tercera noche en Londres. Las reuniones terminan antes de lo previsto y estoy en mi habitación de hotel, agotada, pero satisfecha con los resultados. Cuando llamo a Irene, su voz es diferente, hay una tensión en ella que conozco perfectamente.

—Te echo de menos —dice después de llevar hablando un rato—. No solo tus conversaciones o tu compañía. Te echo de menos… físicamente.

Siento un escalofrío recorrerme el cuerpo. Sé hacia dónde se dirige esta conversación, y una parte de mí quiere detenerla, mantenerla en terreno seguro. Pero otra parte, una que cada vez tiene más voz, quiere seguirla.

—Yo también te echo de menos, de ese modo —admito, y mi voz apenas es un susurro.

—¿Qué llevas puesto? —pregunta, y aunque es un cliché, la forma en que lo dice, baja y sugerente, hace que mi pulso se acelere.

—Un pijama de seda —respondo, sorprendiéndome de seguirle el juego—. Azul oscuro.

—Me encanta cómo te queda el azul —dice, y puedo imaginarla sonriendo al otro lado de la línea.

—¿Y tú? — pregunto, sintiendo cómo mi respiración se vuelve más pesada.

—Solo una camiseta —responde—. Y nada más.

La imagen mental es poderosa y devastadora. Cierro los ojos, intentando controlar el calor que invade mi cuerpo.

—Ojalá estuviera ahí —su voz es un susurro ronco—. Ojalá pudiera verte, tocarte.

—Irene… —comienzo, sin saber qué quiero decir.

—¿Quieres que te diga lo que haría si estuviera ahí? —pregunta.

Dudo por un momento. Esto es nuevo para mí, exponerme de esta manera, dejarme llevar por palabras y sensaciones a distancia. Pero el deseo es más fuerte que el miedo.

—Sí —respondo, agitada—. Dímelo.

Y así comienza. Su voz baja y seductora, describiéndome exactamente cómo me tocaría, dónde, con qué intensidad. Sus palabras dibujan imágenes de cosas que hemos vivido, que hacen que mi cuerpo responda como si realmente estuviera aquí conmigo.

Al principio me siento torpe, insegura de cómo responder, qué decir. Pero la voz de Irene me guía, me anima a dejarme llevar, a expresar lo que siento, lo que deseo.

—Tócate —susurra—. Imagina que son mis manos, mis labios.

Lo hago. Cierro los ojos y dejo que sus palabras me guíen, que su voz me envuelva. Le cuento lo que estoy haciendo, lo que estoy sintiendo, con mi voz entrecortada por la respiración cada vez más agitada. Es intenso, íntimo, de una manera que no había experimentado antes. No hay dónde esconderse, no hay forma de mantener el control cuando cada sensación, cada gemido, cada palabra está expuesta.

Cuando finalmente llego al clímax, su nombre escapa de mis labios como una plegaria. Al otro lado de la línea, puedo escucharla jadear, hasta que se deja arrasar por el orgasmo como yo lo he hecho segundos antes.

Nos mantenemos en silencio, solo se escuchan nuestras respiraciones intentando calmarse.

—Eso ha sido… —comienza Irene.

—Intenso —completo, con mi voz todavía temblorosa.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí —respondo automáticamente, pero no estoy segura de que sea verdad.

Hablamos un poco más, pero siento una distancia creciendo dentro de mí, un pánico que intento mantener a raya. Cuando nos despedimos, me quedo mirando el teléfono, sintiendo una mezcla de emociones contradictorias.

Lo que acabamos de compartir ha sido hermoso, placentero, e increíblemente íntimo. Pero también me ha dejado expuesta de una manera que me aterroriza. He perdido el control, me he dejado guiar por ella, por sus palabras, por su voz.

Me levanto y camino hasta la ventana, observando la noche londinense. Un recuerdo, uno que había intentado enterrar profundamente, emerge sin poder controlarlo. Mi padre, gritándole a mi madre que sin él no sería nada, que él controlaba todo, que ella dependía completamente de él. Mi madre, una sombra de la mujer que había sido, aceptando sus palabras como verdad.

Me prometí entonces, siendo apenas una adolescente, que nunca permitiría que nadie tuviera ese tipo de poder sobre mí. Que siempre mantendría el control, que nunca dependería emocionalmente de nadie de esa manera.

Y ahora aquí estoy, completamente vulnerable ante Irene. Ha visto —o más bien escuchado— una parte de mí que nadie más ha conocido. Me ha guiado hacia el placer con solo su voz, me ha hecho perder el control de una manera que siempre había evitado.

¿Qué otras partes de mí logrará controlar? ¿Dónde está el límite? Si he cedido a esto, ¿en qué más cederé? Las preguntas se acumulan en mi mente, alimentando un pánico que va creciendo. Estoy desbordada, perdiendo el control, exactamente lo que me prometí que nunca perdería.

Apenas duermo, reviviendo los momentos de placer mientras mi cabeza me asegura de que estoy perdiendo la cordura por esa mujer. Cuando amanece, tomo una decisión. Necesito establecer límites, por mi bienestar, por mi cordura.

Pero al mirar el móvil, veo un mensaje de Irene:

Irene: Anoche fue maravilloso. Gracias por confiar en mí lo suficiente para compartir eso. Te echo de menos. No puedo esperar a verte esta noche.

Y con esas simples palabras, todas mis resoluciones se tambalean. Pero a pesar del miedo, a pesar del pánico, lo que siento por ella es más fuerte. Y eso, quizás, es lo que más me aterra de todo.

Capítulo 16

Irene

Abro el paquete que me ha llegado y sonrío al ver que es el hervidor que pedí. Espero que a Marta le guste. Lo saco de la caja y lo coloco en la encimera de la cocina, junto a la nueva caja de té que compré ayer.

Ha pasado casi un mes desde que Marta y yo decidimos intentarlo, y aunque nuestra relación va despacio, estoy haciendo pequeños cambios en mi casa para que ella se sienta más cómoda aquí. El hervidor, el té, el café descafeinado en la despensa, (aunque personalmente creo que es un insulto al café) incluso he reorganizado un poco el caos habitual de mi sala de estar, sabiendo lo mucho que valora el orden.

Son detalles pequeños, quizás imperceptibles para cualquier otra persona, pero para mí representan un compromiso, una declaración de intenciones: quiero que esto funcione, quiero que ella tenga un espacio aquí, conmigo.

Antes de llegar a casa, he ido a comprar, y me he visto añadiendo aguacates. Nunca he entendido la fascinación por esa fruta —o verdura, o lo que sea— que para mí no tiene sabor, pero he visto a Marta disfrutarlos en su desayuno más de una vez cuando hemos

salido juntas. Ahora hay dos aguacates perfectamente maduros en mi frutero, esperando por ella.

Una parte de mí se pregunta si no estoy yendo muy rápido, si no estoy invirtiendo mucho en algo que todavía es tan frágil. Marta sigue manteniendo ciertas distancias: nunca me ha invitado a su apartamento, nunca menciona lo nuestro con nadie más, y hay momentos en que puedo ver el pánico en sus ojos cuando nos acercamos emocionalmente demasiado.

Pero después hay otros momentos: la forma en que está relajada cuando estamos a solas, cómo se permite reír, cómo a veces, cuando cree que no la estoy mirando, sus ojos me siguen con una intensidad que me quita el aliento.

El timbre suena, interrumpiendo mis pensamientos. Miro el reloj: las siete de la tarde. No espero a nadie, y Marta está en una reunión hasta tarde, me lo dijo esta mañana cuando nos cruzamos en la cafetería «casualmente» para tomar un café.

Cuando abro la puerta, la sorpresa es evidente porque Marta sonríe, una de esas sonrisas que iluminan su cara y a mí me derriten.

—La reunión terminó antes —explica, aun en la puerta—. Pensé en venir a verte. ¿Estás bien?

—Por supuesto que lo estoy —respondo, haciéndome a un lado para dejarla entrar—. Me encanta que vengas.

Entra en mi casa y la observo mientras se quita el blazer. Lleva un traje de color gris oscuro, que me encanta cómo le queda, y su pelo recogido en una cola perfecta.

—¿Todo bien en la reunión? —pregunto, dirigiéndome a la cocina —. ¿Quieres tomar algo? Me acaba de llegar el hervidor que he pedido.

Se detiene a medio camino en la sala. Me giro al no escuchar sus pasos, me está mirando con una expresión que no logro descifrar.

—¿Compraste un hervidor para mí? —pregunta, y su voz parece casi vulnerable.

—Sí —admito, consciente de que quizá he cruzado algún límite invisible—. Sé que prefieres el té, y no quería que lo calentaras en el microondas como hasta ahora. También he comprado un surtido de té y aguacates por si…

No termino la frase porque Marta cruza la distancia entre nosotras y me besa. No es un beso suave, es de urgencia, casi desesperado, sus manos sujetan mi rostro como si temiera que pudiera alejarme.

Rodeo su cintura con mis brazos y la hago que quedemos pegadas. Hay una intensidad que no había sentido antes, muerde mi labio inferior y eso hace que suelte un gemido. Estoy excitada.

—Marta —murmuro contra sus labios cuando nos separamos para respirar—. ¿Qué…?

—No hables —dice con voz ronca, y sus manos ya están desabrochando mi blusa—. Por favor, solo… no hables.

Entiendo entonces lo que necesita. No palabras, no emociones expuestas, solo esto: dos cuerpos encontrándose, deseo en su forma más pura. Por alguna razón, el detalle de pensar en ella para que se

sintiera cómoda ha desbloqueado algo en Marta, que no sabe otra forma de expresarse que no sea con pasión.

Caminamos hasta el sofá y me dejo caer en él. Marta me mira desde arriba, mi respiración se acelera sabiendo lo que viene. Ella se pone de rodillas sin dejar de mirarme, y tira de mi pantalón junto con mis bragas. Estoy expuesta frente a una mujer que no sabe otra forma de expresar sus emociones que no sea con sexo. Hunde su cara entre mis piernas y se me escapa un suspiro de placer que no puedo controlar. Agarra mis caderas y hace que me ponga más en el borde. Su lengua juega con mi clítoris sin compasión, marca un ritmo que acompasa con mis gemidos, sabe lo que hace. Necesito más, quiero entregarme completamente al placer, así que subo las piernas a los hombros de Marta. Esta se separa un poco y me mira, veo el deseo en sus ojos, y eso no hace más que subir mi excitación. No hay palabras como me pidió, solo gemidos que inundan el salón de mi casa.

—Dedos —logro decir.

Necesito que calme todo esto que siento, el deseo que me produce ver a la mujer más fría de la oficina arrodillada ante mí, dándome placer. Soy consciente de que es ella quien marca el ritmo, quien me mantiene en esa excitación constante. Estoy entregada a ella, a su boca, a sus manos, a su voluntad.

Y así, en el sofá de mi casa, con ella arrodillada ante mí, llego al orgasmo. Mi grito de placer retumba contra las paredes, mis espasmos son controlados por el agarre de Marta, que no deja de mover sus dedos dentro de mí, hasta que suplico que pare.

Marta se incorpora y su mirada de deseo sigue ahí intacta. Se sube a horcajadas y me besa. Respondo al beso sujetando su nuca. Ahora es mi mano la que desabrocha su pantalón e intento colar una mano, pero me resulta difícil hacerlo. Rompo el beso y hago que se retire.

—Quítatelos —la orden hace que Marta se tense.

Ella me mira, sé que tiene un caos de emociones ahora mismo y que le haya ordenado algo, no ayuda. Está confundida, lo sé, así que sujeto su cara entre mis manos y hago que me mire.

—Está todo bien, solo quiero tocarte. Por favor.

Lo hace, se levanta y se quita lo que le he pedido y vuelve a la posición en la que estaba. Pero vuelve a tomar el control por completo, baja una mano y me empieza a tocar de nuevo. Esta vez no estoy dispuesta a ceder como otras veces, así que bajo mi mano y comienzo a tocarla. Somos dos mujeres gimiendo por placer, deseo, lujuria. Cuando sé que está a punto de llegar, dejo de besarla y la aparto con la mano libre.

—Mírame —exijo.

Me ignora y vuelve a besarme ahogando así sus gemidos, pero insisto.

—Mírame.

Lo hace, cede, pero Marta tiene otros planes, me sujeta el cuello y comienza a apretar de forma suave. Sabe que eso me excita todavía mucho más. Que me dificulte la respiración no hace más que hacer que mi orgasmo esté a punto de arrasarme.

—¿De quién eres? —pregunta mientras se mueve contra mi mano.

No digo nada, no puedo.

—Responde —exige.

—Tuya, soy tuya.

Y en ese instante el orgasmo la arrasa, arrastrándome al clímax a mí también con ella. Marta se apoya en mi hombro, nuestras respiraciones son ahora lo único que se escucha en la sala.

Una vez que estamos más calmadas, mi mano acaricia la espalda de Marta por encima de la blusa que no le he quitado. Siento cómo se tensa y se levanta. Comienza a vestirse. La observo mientras lo hace.

—¿Te vas? —pregunto, aunque ya conozco la respuesta.

—Tengo que hacerlo —responde, evitando mi mirada mientras se abrocha el pantalón—. Tengo trabajo pendiente para mañana.

Es una excusa, ambas lo sabemos. Lo que realmente necesita es espacio y distancia para procesar lo que acaba de ocurrir, para reconstruir esas murallas que momentáneamente ha dejado caer.

—El hervidor te espera cuando vuelvas —digo, intentando que me mire—. También hay una selección de té y aguacate.

Me mira, y hay tanto en sus ojos —gratitud, confusión, miedo, deseo— que me deja sin aliento.

—Gracias —dice, y sé que no solo se refiere a lo que he comprado para ella.

Cuando se va, me quedo mirando al techo, pensando en la complejidad de lo que estamos construyendo. Sé que debo tener paciencia, que se siente vulnerable, que ella no es como otra mujer que haya podido conocer, ella es Marta Rivas, una mujer extraordinaria en lo laboral, y un témpano de hielo en lo personal, pero la quiero así, incluso con sus defectos, porque eso es el amor, no intentar cambiarla, simplemente respetar sus espacios, sus miedos, que se sienta segura.

Me doy cuenta de que estoy bien con todo esto, con ser paciente, comprensiva. Lo que acaba de pasar, sexo sin palabras, sin promesas, sin susurros. Solo deseo de nuestros cuerpos hablando, porque en eso se entienden perfectamente. La única duda que tengo es si esto a largo plazo funcionará, pero no quiero pensar en eso ahora. Por ahora es suficiente.

Capítulo 17

Marta

Cierro la puerta de la casa de Irene y me quedo inmóvil por un segundo, respirando profundamente. La calle está desierta, por suerte. No estoy segura de que pudiera mantener la compostura si me cruzara con algún vecino ahora mismo. No en este estado.

Camino hacia mi coche con pasos que pretenden ser firmes, controlados, como todo en mi vida. Evito mirar el reflejo que me devuelve la ventanilla. Sé lo que voy a ver: el pelo revuelto a pesar de mis intentos de arreglarlo con los dedos, las mejillas sonrojadas, los labios hinchados. Toda la evidencia de lo que acaba de suceder.

No debería haber venido. Era un impulso, una debilidad. Vi lo que me había comprado y algo se rompió dentro de mí. Un simple hervidor de agua. ¿Cómo puede un objeto tan trivial tener tanto poder?

Porque no es trivial. Es un símbolo de algo mucho más grande, más aterrador. Es la evidencia de que Irene está pensando en mí, haciendo espacio para mí en su vida. No solo espacio físico en su casa, sino espacio mental y emocional. Está observando, aprendiendo, adaptándose a mí.

Tiro de la manecilla del coche y entro, cerrando la puerta, quizás con más fuerza de la necesaria. Y entonces lo huelo: a ella. Su

perfume se ha impregnado en mi ropa, en mi piel, en mi pelo. Huelo a sexo. A Irene, a nosotras.

Algo dentro de mí se rompe y las lágrimas comienzan a salir sin control. Lloro por lo que acabo de sentir en sus brazos, por la forma en que me rendí a ella después de haberla dominado. Lloro porque no tuve el valor de quedarme, de pasar la noche con ella, de despertarme a su lado. Lloro porque salí huyendo, inventando excusas que ambas sabíamos que eran mentiras.

Ni siquiera fui capaz de pasar al baño antes de irme, de lavarme, de intentar borrar las huellas de lo que pasó. Como si una parte de mí quisiera llevarme esa evidencia.

Irene está haciendo cosas por mí, pequeños gestos de cuidado y atención, mientras yo sigo manteniendo mis barreras, mis distancias. Nunca la he invitado a mi apartamento. Nunca he comprado nada pensando en ella. Nunca he hecho espacio para ella en mi vida de la manera en que ella lo está haciendo para mí. Y lo peor es que quiero hacerlo. Quiero comprarle ese café ridículamente fuerte que le gusta. Quiero hacer espacio en mi armario para su ropa. Quiero ver sus zapatos junto a los míos en la entrada, su cepillo de dientes junto al mío en el baño.

Pero cada vez que intento dar esos pasos, el miedo me paraliza. Uno irracional, arraigado en recuerdos, que me he ocupado de enterrar, pero que salen cuando me siento expuesta.

En el coche, a solas con mis pensamientos, mientras las lágrimas siguen resbalando por mis mejillas sin poder controlarlas, me permito recordar por qué soy así. Mi padre y mi madre, su relación tóxica, la forma en que él la controlaba, la manipulaba. «Sin mí no

eres nada» le decía. Y ella lo creía, se lo había repetido tantas veces que había olvidado quién era fuera de su sombra.

Me prometí a mí misma que nunca sería así. Que nunca permitiría que nadie tuviera ese poder sobre mí. Que siempre mantendría el control, siempre sería autosuficiente, independiente. Esa promesa se convirtió en el pilar de mi existencia, en la roca sobre la que construí mi vida adulta.

Y ahora Irene, con su caos organizado, su risa fácil, su forma de ver a través de mis defensas como si fueran de cristal. Irene, que me mira y ve cosas que he intentado ocultar incluso de mí misma. Irene, que está creando un espacio para mí en su vida mientras yo sigo resistiéndome a hacer lo mismo.

Apoyo la cabeza contra el volante. Pienso en lo que acabo de sentir en ese sofá y en cómo me siento ahora. Allí, me permití perder el control y entregarme. Aquí, estoy luchando por recuperarlo.

Pero el control es una ilusión, ¿no? Eso es lo que Irene me hace ver, lo que me aterroriza y me fascina a partes iguales. No puedo controlar lo que siento por ella, no puedo encasillar estas emociones en comportamientos ordenados como hago con todo lo demás en mi vida.

Me incorporo, limpiándome las lágrimas. Respiro profundamente, intentando calmarme. El olor a Irene sigue en mí, persistente, como ella.

¿Qué estoy haciendo? ¿Por qué estoy aquí, llorando en mi coche, cuando podría estar con ella? ¿Por qué sigo huyendo de lo único que ha hecho que me sienta verdaderamente viva en años?

La respuesta es tan simple que duele: porque tengo miedo de perderme a mí misma, de convertirme en una versión de mi madre dependiente y manipulable. Miedo de que un día Irene me mire y diga «sin mí no eres nada» y yo lo crea.

Enciendo el motor, decidida a ir a casa, a dormir, a recuperar algo de distancia emocional. Mañana la veré en la oficina y fingiré que todo está bien, que no estoy librando esta batalla interna. Volveremos a nuestra rutina de miradas robadas y conversaciones profesionales. Y en algún momento, quizás la próxima semana, la invitaré a mi apartamento. Tal vez compre ese café que le gusta. Tal vez, solo tal vez, pueda empezar a hacer espacio para ella en mi vida, de la manera en que ella lo está haciendo para mí. O tal vez seguiré huyendo, atrapada en este limbo entre el deseo y el miedo, entre lo que quiero y lo que me atrevo a tener.

Mientras conduzco por las calles casi vacías, su olor sigue envolviéndome, un recordatorio constante de lo que acabo de dejar atrás, y me pregunto si algún día tendré el valor de quedarme, de enfrentar lo que siento, de permitirme ser vulnerable no solo en la intimidad, sino en todo lo demás. Pero eso es lo que realmente me asusta, no el sexo, no la pasión. Eso puedo manejarlo, controlarlo. Lo que me aterroriza son las emociones, la vulnerabilidad de permitir que alguien me conozca realmente. Y, sin embargo, una parte de mí anhela eso, la libertad de simplemente ser, sin murallas, sin defensas, sin estar constantemente en alerta.

Cuando llego a mi apartamento, me dirijo directamente al baño. Necesito una ducha, lavar cualquier resto de Irene, pero mientras cae el agua sobre mí, me doy cuenta de que no quiero hacerlo. No quiero borrar su olor, la sensación de sus manos sobre mi piel, los

recuerdos de lo que compartimos. Es un pensamiento que me asusta. Mi cabeza sigue batallando, diciéndome que lo correcto es alejarme, que me va a hacer daño, mientras intento acallarlos con los recuerdos de lo que ha pasado hace apenas unas horas. Irene, diciéndome que es mía. Mía, eso hizo que mi orgasmo se precipitara. Sentí que mi cabeza por un instante no estaba taladrándome, que simplemente éramos las dos, a solas, dejándonos llevar.

Salgo de la ducha y veo cómo mi móvil se enciende. Lo miro y es un mensaje de ella.

Irene: Te has dejado el blazer. Lo tienes aquí para cuando vuelvas. Descansa.

Mi cabeza comienza con mensajes de que quiere controlarme, que por eso no me la lleva a la oficina. Intento acallarlos, pero es inútil, se apoderan de mí sin control, aunque intente pensar que Irene está siendo comprensiva, paciente. Mi cabeza solo grita que siempre es así al principio, que después llegará el control. Que tengo que huir o saldré herida.

Huir. Esa palabra es la que más se repite, y la realidad es que lucho constantemente contra ella, aunque haya veces como hoy en que el miedo me supera, y termino cediendo a estos pensamientos.

Me acuesto en la cama intentando que mi cabeza pare, que me dé una tregua, un silencio que solo llega cuando mis ojos se cierran y el sueño se adueña de mí. Mañana será otro día, uno más para ver a Irene y ver cómo actúa mi cuerpo, mi cabeza y si realmente puedo llegar a domar a mi mente, que parece dueña de todo lo que soy.

Capítulo 18

Irene

Han pasado cinco días desde aquella noche en mi casa, desde que algo cambió entre nosotras. Cinco días desde que la tuve en mis brazos, vulnerable y entregada. Cinco días desde que huyó como si hubiera un incendio.

Y desde entonces solo he tenido ausencia, aunque estemos en el mismo edificio trabajando.

Al principio pensé que necesitaba espacio y tiempo para procesar lo que había ocurrido entre nosotras. Lo entendía. Marta siempre ha necesitado mantener sus emociones bajo estricto control, y lo que compartimos esa noche había sido cualquier cosa menos controlada.

El primer día le di su espacio. Solo envié un mensaje preguntándole si estaba bien. Su respuesta fue breve, distante, pero asumí que era temporal.

El segundo día fue domingo, la invité a almorzar y me rechazó con una excusa que ambas sabíamos que era mentira. En ese momento comencé a preocuparme. No era solo espacio lo que necesitaba; estaba evitándome.

Para el tercer día, ya nos encontraríamos en la oficina y fue ahí cuando la preocupación se convirtió en dolor. La veía por los pasillos,

siempre intentando mantener la distancia, siempre encontrando algún pretexto si coincidíamos en un mismo sitio.

El cuarto día intenté hablar con ella directamente. La esperé junto a su coche, pensando que al menos allí tendríamos algo de privacidad.

—Marta —dije cuando la vi acercarse—. Necesitamos hablar.

En su rostro había pánico. Por un momento pensé que daría media vuelta y huiría, pero en lugar de eso se acercó, manteniendo una distancia segura.

—Irene, no es buen momento —dijo—. Está siendo una semana complicada y estoy agotada.

—Han pasado cuatro días, Marta —respondí—. Cuatro días en los que has hecho todo lo posible por evitarme. Si hice algo mal, si me excedí de alguna manera…

—No es eso —me interrumpió, y por un momento vi un destello de la Marta vulnerable que había estado en mis brazos—. No hiciste nada mal. Soy yo. Necesito tiempo.

—¿Tiempo para qué? —pregunté, dando un paso hacia ella—. ¿Para construir nuevos muros? ¿Para convencerte de que lo que sentimos es un error?

Sus ojos se llenaron de lágrimas, algo tan raro en ella que me dejó sin palabras.

—No lo entiendes —dijo en voz baja—. No puedo hacer esto ahora. Por favor.

Me rodeó y subió al coche, dejándome allí parada, con un millón de preguntas sin respuesta y un dolor en el pecho que no había

sentido desde que Nerea me fue infiel.

Hoy es el quinto día, y he dejado de intentar acercarme. No porque haya dejado de importarme, sino porque cada rechazo, cada excusa, cada mirada evitada duele más que la anterior.

Estoy en mi escritorio revisando unos informes cuando Ramón aparece.

—Irene, ¿tienes un momento? —pregunta.

—Claro —respondo, agradecida por la distracción—. ¿Qué necesitas?

—Hablar contigo, vamos a mi despacho.

Sigo a Ramón y veo cómo mis compañeros me miran. Mi mirada se va al despacho de Marta sin poder controlarlo, pero no está. Por un momento pienso que puede estar en el de Ramón, pero lo descarto una vez que él abre la puerta y no hay nadie.

—Toma asiento, por favor —me pide.

—¿Está todo bien? —pregunto con preocupación.

—Sí, claro. Perdona este hermetismo.

Lo miro expectante mientras él toma asiento y enciende la pantalla de su ordenador.

—Estamos considerando abrir una oficina en Londres —dice—. Necesitaremos enviar a alguien allí por unos meses para supervisar la puesta en marcha. Todavía no hemos decidido quién, pero quería darte un aviso previo, ya que el departamento financiero será clave en esta expansión.

La noticia me toma por sorpresa. Hay una posibilidad de irme a Londres, lejos de aquí, de Marta. Una parte de mí piensa que podría ser exactamente lo que necesito: una oportunidad para recuperar mi equilibrio emocional, para dejar de sentir este dolor constante cada vez que la veo pasar por los pasillos evitando mi mirada.

—Suena interesante —digo—. ¿Cuándo tomarán la decisión?

—En las próximas semanas —responde—. Solo estamos barajando posibilidades por ahora. De todas formas, quería que lo supieras.

Me despido de Ramón y salgo del despacho hasta sentarme en mi mesa. Mi mente se queda barajando esa posibilidad. ¿Sería cobarde huir así? ¿O sería mejor para ambas, darle a Marta el espacio que parece necesitar desesperadamente y darme a mí esa distancia para curar mis heridas?

El día pasa más lento, mis pensamientos van a la posibilidad de alejarme. Miro en dirección a su despacho, tan cerca y a la vez tan distante, no está, ni siquiera sé si ha venido a trabajar.

Cuando el reloj marca la hora de salida, suspiro. Quiero salir de aquí, necesito aire y distancia. Recojo todo lo más rápido que puedo y me voy al ascensor.

Pulso el botón para ir a la planta baja y me apoyo en la pared, cerrando los ojos. ¿Cuánto tiempo puedo seguir así? ¿Cuánto tiempo puedo esperar a que Marta decida que soy digna del riesgo, que lo que podemos tener juntas vale la pena?

Las puertas se abren y salgo sin mirar, chocando con alguien.

—Perdona, no estaba… —comienzo, y entonces la veo. Marta, con expresión sorprendida, sosteniendo una carpeta contra su pecho como si fuera un escudo.

Por un momento, nos quedamos allí, paradas. Tan cerca que puedo oler su perfume, tan lejos que podríamos estar en mundos diferentes.

—Irene —susurra.

—Marta —respondo, odiando cómo suena mi voz, quebrada, vulnerable.

Debería moverme, dejarla pasar, seguir mi camino. Pero mis pies parecen clavados al suelo, mi cuerpo negándose a alejarse de ella una vez más.

—¿Ya te vas? —pregunta, y por primera vez en estos días su voz es más suave.

Nos apartamos un poco para no entorpecer el paso.

—Sí.

Hay un momento de silencio incómodo, y entonces dice algo que me toma completamente por sorpresa.

—¿Has oído lo de Londres?

—Sí —respondo, confundida por el cambio de tema—. Ramón me lo ha mencionado.

—Deberías ser tú quien vaya —dice—. Eres brillante en tu trabajo, Irene. Nadie mejor que tú para poner en marcha la oficina allí.

Me quedo mirándola, sin saber cómo interpretar sus palabras. ¿Es un cumplido o una forma elegante de sugerir que me aleje?

—Gracias. Aunque aún no han decidido quién irá.

—Tendrían que estar ciegos para no elegirte —insiste, y por un momento es como si los últimos cinco días no hubieran existido, como si volviéramos a ser esas mujeres que se apoyaban mutuamente, que se admiraban profesionalmente antes de que todo se complicara—. El análisis de rendimiento muestra que tu departamento ha mejorado un 17 % desde que asumiste la dirección. Y las proyecciones para el próximo trimestre indican un crecimiento del 8 % adicional si se implementan tus estrategias.

No puedo evitar sonreír ante su recital de estadísticas. Es tan Marta, expresar sentimientos a través de números, encontrar seguridad en datos y porcentajes.

—Has estado analizando mi rendimiento —digo, y no es una pregunta.

—Es mi trabajo —responde—. Analizar riesgos, identificar las fortalezas.

—¿Y cuáles son mis riesgos? —pregunto, dando un paso hacia ella, sin poder evitarlo.

Mantiene su postura, sus ojos encontrándose con los míos por primera vez en días.

—Tu impulsividad, a veces —dice—. Tu tendencia a involucrarte emocionalmente en los proyectos. Tu negativa a rendirte incluso cuando los números sugieren que deberías hacerlo.

—Eso suena más a fortalezas que a riesgos —comento.

—Depende de la situación —responde—. A veces, saber cuándo rendirse es tan importante como saber cuándo perseverar.

Y ahí está, el verdadero tema de nuestra conversación, oculto bajo capas de profesionalidad y estadísticas. ¿Debería rendirme con ella? ¿Debería aceptar que sus muros son demasiado altos y sus miedos, insuperables?

—No soy buena rindiéndome —aseguro—. No cuando creo en algo. Cuando creo que vale la pena luchar por ello.

Sus ojos se llenan de lágrimas otra vez, pero ahora una se escapa y rueda por su mejilla.

—Irene… —comienza, pero el ascensor suena de nuevo y sus puertas se abren, el momento se rompe.

Marta retrocede, limpiándose la cara.

—Tengo que irme —dice casi en un susurro—. Tengo una reunión.

Con eso, pasa junto a mí y entra en el ascensor. Las puertas se cierran, y me quedo allí, sintiéndome más confundida que nunca.

Capítulo 19

Marta

Veo el dolor en sus ojos; es imposible de ignorar, incluso para alguien como yo, que he perfeccionado el arte de no ver lo que no quiero ver.

Cinco días evitándola, escondiéndome, construyendo muros cada vez más altos. Todos estos días comportándome como una cobarde, mientras ella seguía ahí, esperando, intentándolo, a pesar de mi silencio, a pesar de mi frialdad.

Siento las lágrimas acumularse en mis ojos. ¿Cómo puede seguir mirándome así después de como la he tratado? ¿Cómo puede seguir creyendo en mí cuando ni yo misma sé si soy capaz de darle lo que se merece?

El ascensor suena. Es mi salvación y mi condena al mismo tiempo. Una excusa para huir, para postergar lo inevitable.

Mientras las puertas se cierran, mientras veo su figura alejarse, algo se rompe dentro de mí. La certeza de que no puedo seguir así. De que le estoy haciendo un daño inmerecido, que ella no merece.

Durante el resto del día, apenas puedo concentrarme. Las cifras en mi pantalla se mezclan, los informes pierden sentido. Solo puedo

pensar en Irene, en el dolor en sus ojos, en la injusticia de mi comportamiento.

Cuando llego a mi apartamento, el silencio me resulta insoportable. Siempre he valorado esta soledad, este orden perfecto donde todo está bajo control. Pero hoy se siente vacío, estéril. Incompleto.

Al día siguiente no la veo en la oficina y la culpa crece. Veo su cara cada vez que cierro los ojos. Escucho su voz en el silencio de mi despacho. Siento su ausencia en cada rincón de mi vida perfectamente organizada.

No he sido capaz de preguntar por qué no ha venido a trabajar. Sé que necesito hablar con ella. No puedo seguir huyendo de lo único bueno que me ha pasado en años. Saco mi móvil ya subida en mi coche y le escribo un mensaje, antes de que el miedo vuelva a paralizarme.

Yo: ¿Podemos hablar?

Su respuesta llega inmediatamente.

Irene: Por supuesto. ¿Dónde y cuándo?

Respiro hondo. Sé que todavía no estoy lista para que venga a mi apartamento. Sé que ir a su espacio es complicado, volver al lugar donde sentí tantas cosas.

Yo: ¿Puedo ir a tu casa? Ahora, si no es muy tarde.

Irene: Claro, te espero.

No paso por mi casa a cambiarme, voy directamente a ver a Irene. El trayecto no es muy largo, pero a mí se me hace interminable. Cada semáforo es una oportunidad para dar la vuelta,

para seguir huyendo. Para que mi cabeza siga gritándome, huye, te va a controlar, pierdes todo cuando estás con ella. Pero esta vez intento acallarla, no pienso huir, no ahora. Sigo adelante, porque se lo debo a ella. Porque me lo debo a mí misma.

Cuando llego a su calle, respiro profundamente antes de bajar del coche. Llamar a su puerta significa enfrentarme a mis miedos más profundos. Significa admitir que no tengo el control, que estoy sintiendo cosas que no puedo ordenar en una tabla de Excel.

Toco el timbre y espero. El corazón late demasiado fuerte mientras intento acallar de nuevo todo el revoltijo de pensamientos en mi cerebro.

La puerta se abre y ahí está ella, nerviosa, sorprendida de que haya venido a su casa. Solo tengo ganas de tirarme a sus brazos, pero no es lo correcto, tenemos que hablar.

—Hola —digo, y mi voz es más seria de lo que pretendía—. Gracias por dejarme venir.

—Claro —responde apartándose a un lado para dejarme entrar—. Pasa.

Entro y siento la presión de lo que pasó la última vez, de cómo salí huyendo. Nos dirigimos a la cocina y ahí sigue todo igual, el estante con té, el hervidor de agua, como si Irene siguiera esperando por mí, por nosotras.

—¿Quieres beber algo? —pregunta, y hay una cautela en su voz que duele. Está siendo cuidadosa conmigo, como quien trata a un animal asustadizo que podría huir en cualquier momento.

Tiene razón en ser cautelosa. Es exactamente lo que he hecho cada vez que me he acercado demasiado a ella: huir.

—Un té estaría bien —respondo, porque necesito algo que hacer con mis manos, algo que me ayude a mantener la compostura mientras encuentro las palabras.

La miro moverse en la cocina, sigo de pie solo observándola. Me encanta, lo sé, pero no sé cómo gestionar todo esto.

—Siéntate, por favor —dice señalando hacia el salón para ir al sofá.

Me dirijo allí, y ella viene con la taza de té. Se sienta en el otro extremo, manteniendo una distancia entre nosotras. Respetando mi espacio, como siempre lo ha hecho.

Por un momento, ninguna de las dos habla. El silencio se hace dueño del lugar, no es incómodo, pero está cargado de todas las cosas que no me atrevo a decir.

—Sobre lo de Londres —digo, mirando la taza en lugar de a ella —. Lo que dije antes lo decía en serio. Serías perfecta para ese puesto.

—¿Estás intentando deshacerte de mí, Marta?

Levanto la mirada y la fijo en sus ojos.

—No —aseguro—. No es eso. Es solo que eres brillante, Irene. Y a veces siento que te estás limitando por esto, por nosotras, por lo que sea que estemos haciendo.

—No me estoy limitando —responde—. Estoy exactamente donde quiero estar.

—Pero Londres sería una gran oportunidad —insisto, porque es más fácil hablar de su carrera que de mis sentimientos—. Un nuevo desafío, un paso adelante.

Me mira, y hay una paciencia en ella que me desarma. Me conoce bien, sabe exactamente lo que estoy haciendo: evadiendo, ocultándome tras lo profesional para no enfrentar lo personal.

—Si quisiera ir a Londres, lo consideraría porque quiero ir, no como una forma de escapar de lo que siento por ti.

Sus palabras me golpean. Lo que siente por mí. Tan directa, tan honesta, mientras yo sigo dando rodeos, escondiéndome.

—Estos últimos días… —comienzo, sabiendo que ha llegado la hora de enfrentar lo que he estado evitando—. No he sido justa contigo.

—¿Por qué, Marta? —pregunta con calma—. ¿Qué pasó? Pensé que estábamos bien, que estábamos construyendo algo.

Dejo la taza en la pequeña mesa, necesitando tener las manos libres para esto. Intento que mi cabeza no siga taladrándome y la miro a los ojos.

—Tengo miedo —admito—. Lo que pasó esa tarde, aquí, fue muy intenso. Más de lo que estaba preparada para manejar.

—¿Te arrepientes? —pregunta, y el miedo en su voz es evidente.

—No —respondo sin dudar, porque si hay algo de lo que estoy segura es de que, a pesar del miedo, a pesar de la confusión, no me arrepiento ni un segundo de haberme entregado a ella—. No me arrepiento, fue hermoso, pero también fue aterrador.

Me levanto, necesitando espacio para poder hablar. Camino hasta la ventana, mirando al exterior. De espaldas a ella, las palabras fluyen más fácilmente.

—Toda mi vida he mantenido el control. De mis emociones, de mis relaciones, de todo. Es necesario para mí. Es como sobrevivo.

Le hablo de esa noche, de cómo, al ver que me estaba incluyendo en su vida, de cómo perdí el control completamente, y de cómo, después, en sus brazos, sentí una libertad que nunca había sentido.

—No sé cómo manejar esto —confieso, girándome para mirarla —. No sé cómo ser esa persona y seguir siendo yo misma. No sé cómo dejarte entrar sin perderme en el proceso.

Se levanta y se acerca a mí, deteniéndose a un paso de distancia.

—No te pido que cambies quién eres, Marta —dice—. No te estoy pidiendo que pierdas el control, que dejes de ser la mujer fuerte, independiente, brillante que me fascina desde el primer día.

—¿Entonces qué estás pidiendo? —pregunto.

—Que me dejes conocerte. La verdadera tú, no solo la versión controlada que muestras al mundo. Quiero que confíes en mí lo suficiente para ser vulnerable a veces, para dejarme ver tus miedos, tus dudas, tus inseguridades. Como estás haciendo ahora.

Esto es lo que estoy haciendo en este momento: ser vulnerable, mostrar mis miedos, confiar. Aunque es aterrador, aunque me siento expuesta como nunca, también hay una extraña sensación de alivio, de libertad.

—No siempre será fácil —continúa—. Habrá momentos en que necesites espacio, momentos en que el miedo sea más fuerte que el deseo de conexión. Y está bien, lo entiendo. Solo te pido que me lo digas, que no huyas sin explicación, que no me dejes preguntándome qué hice mal.

Una lágrima escapa y rueda por mi mejilla. Ella la seca con su pulgar, y no me alejo. No puedo hacerlo.

—No quiero perderte —confieso—. Pero tampoco sé cómo mantenerte.

—No tienes que hacerlo —responde—. No soy algo que tengas que controlar o mantener, Marta. Solo alguien que quiere estar contigo, conocerte, construir algo juntas. A tu ritmo, con tus términos, pero juntas.

Cierro los ojos intentando contener todo lo que siento, cuando los abro, ella me observa, y siento que no quiero que se aleje de mí.

—No quiero que vayas a Londres —digo admitiendo algo que no esperaba—. Sé que es egoísta, sé que debería apoyar tu carrera incondicionalmente, pero la verdad es que no quiero que vayas. No ahora, no cuando estoy intentando encontrar el valor para dejarte entrar en mi vida.

Se acerca más, eliminando el poco espacio entre nosotras, y apoya su frente contra la mía. Siento que mi corazón podría estallar.

—No iré a ninguna parte —asegura.

—Es lo mejor para tu carrera…

—Mi carrera está bien —me interrumpe—. Hay otras formas de avanzar profesionalmente que no implican poner un océano entre

nosotras.

Un pequeño suspiro de alivio sale de mis labios, como si hubiera estado conteniendo la respiración sin darme cuenta. Y entonces, casi sin pensarlo, las palabras salen sin que pueda detenerlas:

—¿Puedo quedarme esta noche? —pregunto en un susurro—. No es para… eso. Solo para estar, para no quedarme a solas con mis pensamientos.

—Puedes —responde sin dudarlo—. Lo que necesites.

Y así, sin más, tomo otra decisión. Me quedo con Irene, en su casa, en su espacio. No para hacer el amor, no esta noche. Solo para estar juntas, para sentir su presencia, para comenzar a construir algo nuevo, algo que no esté basado únicamente en la pasión, sino también en la confianza, en la vulnerabilidad compartida.

Por primera vez me permito abrazarla, sin sentir que estoy perdiendo el control. Quizá, el verdadero control no consiste en mantener a todos a distancia, en no necesitar a nadie, en ser completamente autosuficiente. Quizás el verdadero control está en elegir a quién dejar entrar, en decidir conscientemente ser vulnerable con alguien que ha demostrado que merece esa confianza.

Capítulo 20

Irene

Han pasado dos semanas desde aquella noche en mi apartamento, desde que Marta se quedó a dormir conmigo por primera vez. Dos semanas en las que algo ha cambiado entre nosotras. No es algo dramático, no es una transformación completa, pero es un cambio.

Ya no me evita en la oficina. Ya no inventa excusas para no almorzar juntas. Ya no hay la tensión insoportable que hubo en aquellos cinco días después de que se sintiera vulnerable. Sé que queda todavía, que Marta sigue acallando muchas cosas, pero sé que lo intenta y por ahora es suficiente.

Ahora podemos hablar de trabajo con la misma pasión de siempre, pero ahora hay algo más. Una complicidad, un entendimiento compartido de que somos más que compañeras de trabajo, más que amigas.

Esta mañana, por ejemplo, estamos en una reunión del equipo financiero. Marta está presentando los resultados del trimestre, toda profesionalidad y control, con ese traje gris perfectamente ajustado que me encanta. La observo mientras habla de proyecciones y desviaciones estándar, y no puedo evitar sonreír. Esta es la Marta que todos conocen: brillante, precisa, implacable con los números.

Pero yo conozco también a la otra Marta. La que se ríe a carcajadas cuando vemos comedias en mi sofá. La que suspira cuando le beso el cuello. La que se permite ser vulnerable, al menos a veces, al menos conmigo. Incluso a la Marta que se enfada después de ver una serie y enterarse de que no hay segunda temporada. Esa Marta que en ocasiones es accesible y que me vuelve loca.

Cuando la reunión termina, me quedo rezagada, esperando a que todos salgan. Marta está recogiendo sus documentos, metódica como siempre.

—Estuviste brillante —le digo, acercándome, pero creo que asustaste a Javier con esos gráficos de rentabilidad.

Sonríe, pero es la sonrisa contenida, la profesional, no la que esboza cuando estamos juntas.

—Necesitaba un susto —responde—. Sus últimos informes han sido un desastre.

No puedo resistirme, me acerco más y le coloco un mechón de pelo tras la oreja, un gesto íntimo, cariñoso, completamente inapropiado para el entorno laboral. Siento cómo Marta se tensa de inmediato.

—Irene —dice, con ese tono de advertencia que conozco demasiado bien—. Estamos en la oficina.

—No hay nadie —respondo, pero doy un paso atrás, respetando sus límites—. Solo te estaba arreglando el pelo.

Suspira, relajándose un poco.

—Lo sé, pero debemos ser cuidadosas.

—Siempre lo somos —digo, y es cierto.

Respeto su necesidad de mantener nuestra relación separada del ámbito laboral. Nunca hacemos nada inapropiado en la oficina, nunca damos motivos para rumores o especulaciones, pero a veces, como ahora, no puedo evitar esos pequeños gestos de cariño. No cuando la veo así, en su elemento, tan confiada y capaz.

—¿Cenas en mi casa esta noche? —pregunto, cambiando de tema—. Puedo cocinar ese risotto que te gustó tanto.

—Me encantaría —responde—. Pero tengo que terminar el análisis de riesgo para el proyecto Johnson. Podría llegar tarde.

—No importa la hora —digo—. Cocinaré cuando llegues.

Asiente, y hay una suavidad en sus ojos que pocas personas tienen el privilegio de ver.

—Gracias —dice.

Salimos de la sala de reuniones juntas, pero nos separamos en el pasillo. Ella hacia su despacho, yo hacia mi mesa. Siempre manteniendo las apariencias, siempre profesionales.

Y está bien. Entiendo por qué lo necesita, por qué es importante para ella mantener esa parte de su vida bien definidos y separados. Entiendo que el control es su forma de navegar por el mundo, su manera de sentirse segura.

Lo que me cuesta entender a veces, es porque solo me deja entrar a medias en su vida, por qué me ha permitido estar en algunos aspectos, pero en otros no. Pero soy paciente. Estoy aprendiendo a serlo, por ella. Porque vale la pena.

Esta tarde he quedado con Lucía para tomar algo. Hace semanas que no nos vemos, y tengo ganas de ponerme al día con mi mejor amiga.

La veo en cuanto entro en el café. Está en nuestra mesa de siempre, ella ya tiene su café. Típico de Lucía, siempre puntual.

—¡Por fin! —exclama cuando me ve, levantándose para abrazarme—. Pensé que te había secuestrado esa jefa tuya.

Me río, abrazándola con fuerza.

—No es mi jefa —le recuerdo mientras nos sentamos—. Es mi compañera.

—Tu compañera, tu amante, tu obsesión —dice—. Y por la cara que traes, las cosas van bien.

No puedo evitar sonreír. Lucía siempre ha sido capaz de leerme como un libro abierto, desde que éramos adolescentes.

—Van bien —confirmo—. Realmente bien. Es diferente a cualquier otra relación que haya tenido.

—¿Diferente mejor o peor? —pregunta.

—Mejor —respondo sin dudar—. Es más compleja. Marta es… no es fácil, no siempre. Tiene sus muros, sus defensas. Pero cuando logro traspasar esas barreras, cuando deja ver a la persona que hay detrás de ella… vale la pena cada esfuerzo.

Lucía me observa y ladea la cabeza, sé que me está analizando.

—Pareces feliz —asegura.

—Lo estoy —confirmo—. Las cosas están avanzando. Lentamente, sí, pero avanzando. Está dejándome entrar un poco

más cada día.

—¿Y el sexo? —pregunta sonriendo.

—Increíble —admito, y siento cómo mis mejillas me arden—. Realmente increíble. Cuando estamos a solas, es cuando más libre se siente, es en ese momento cuando todas esas barreras caen completamente.

—Bueno, el sexo es lo más fácil —comenta Lucía, dando un sorbo a su café—. Lo difícil es la intimidad emocional, la confianza de verdad.

—Lo sé —digo—. Y ahí es donde estamos trabajando. Paso a paso. Está aprendiendo a confiar en mí, a ser vulnerable conmigo. No todo el tiempo, no en todos los aspectos, pero más que antes.

—¿Has ido a su casa? —pregunta de pronto mi amiga.

Me toma por sorpresa, pienso en mentir, pero no sería justo.

—No —admito—. Siempre quedamos en mi casa.

—Hmmm —murmura, con ese tono que conozco tan bien, el que indica que está formando una opinión y probablemente no me va a gustar.

—No es un problema —me apresuro a decir—. Entiendo que necesita su espacio. Mi casa está bien. Y me gusta cocinar para ella.

—Claro —dice Lucía, pero hay un escepticismo en su voz que no puede ocultar—. Pero, Irene, piénsalo. Han pasado… ¿Cuánto? ¿Tres meses desde que empezaron lo que tienen?

—Más o menos —confirmo.

—Y en ese tiempo, nunca te ha invitado a su casa. Ni una sola vez. ¿No te parece curioso?

Siento una punzada en el pecho. Por supuesto que lo he notado, claro que me he preguntado por qué nunca me invita, por qué su entorno no sabe de mí, pero hay tanto miedo en esas respuestas que prefiero callarlas. He elegido no presionar, darle tiempo.

—Necesita mantener ciertos aspectos de su vida separados —digo, intentando sonar más convencida de lo que realmente estoy—. No es personal. Es como es ella.

Lucía me mira, veo en sus ojos la desesperación, las ganas de pegarme un guantazo y decirme que espabile, pero se contiene.

—Irene, te quiero. Y por lo que somos, voy a ser muy honesta contigo. Marta solo te está dejando entrar a medias en su vida. Te da acceso a partes de ella, sí. Pero mantiene otras completamente cerradas. Me preocupa que te estés conformando con eso, que te estés convenciendo de que es suficiente cuando mereces más.

Sus palabras me caen como un jarro de agua fría, porque hay una parte de mí que sabe que tiene razón. He notado esos espacios a los que Marta no me permite acceder, esas partes de su vida que mantiene cuidadosamente separadas de lo nuestro. Pero también hay otra parte de mí, la que ha visto el esfuerzo que hace Marta para abrirse, para ser vulnerable, para confiar. La parte que sabe lo difícil que es todo esto para ella, lo mucho que le cuesta.

—No es que me conforme —digo finalmente—. Es que entiendo que esto es un proceso. Que no puedo esperar que cambie de la noche a la mañana. Que, para ella, dejarme entrar, aunque sea parcialmente, ya es un gran paso.

—Está bien ser paciente —concede Lucía—. Pero también es importante ser honesta contigo misma sobre lo que necesitas, sobre lo que mereces. No puedes construir una relación si solo tienes acceso a ciertas partes de la otra persona.

—¿Y qué sugieres? —pregunto, sintiendo cómo la irritación crece —. ¿Qué le dé un ultimátum? ¿Qué la presione para que me deje entrar en todos los aspectos de su vida, cuando sé que eso solo la empujaría más lejos?

Lucía suspira.

—No, por supuesto que no. Solo digo que seas consciente. Que no te convenzas de que todo es perfecto cuando claramente hay aspectos de vuestra relación que no están bien. Que no pierdas de vista tus propias necesidades mientras te adaptas a las suyas.

Sus palabras me dejan pensativa. Y tiene razón, otra vez. Nuestra relación no es perfecta. Hay desequilibrios, hay partes en las que yo doy más, donde estoy más abierta, más accesible. Pero ¿no es así en todas las relaciones? ¿No es siempre un proceso de ajuste y de aprendizaje mutuo?

—Tienes razón —admito—. Hay cosas en las que podríamos mejorar. Pero estamos avanzando. Y por ahora, eso es suficiente para mí.

Lucía asiente, su expresión se suaviza. Sabe que no va a sacar nada si sigue por ese camino.

—Solo quiero que seas feliz, Irene.

—Lo sé. Y lo soy. No es perfecto, no es fácil, pero soy feliz con ella, Lucía. Más feliz de lo que he sido en mucho tiempo.

Parece aceptar eso, al menos por ahora. Cambiamos de tema, hablamos de su trabajo, de sus citas recientes, de la serie que ambas estamos viendo. Es fácil, cómodo, como siempre con Lucía.

Pero cuando nos despedimos, cuando me abraza más fuerte y largo de lo habitual, sé que sigue preocupada. Y una pequeña parte de mí, una parte que intento ignorar, se pregunta si tal vez debería estarlo yo también.

Capítulo 21

Marta

Llego al apartamento de Irene más tarde de lo que había pensado. Una reunión de última hora con el departamento legal se extendió más de lo previsto, y luego el tráfico estaba imposible. Le envié un mensaje disculpándome, pero ella, como siempre, respondió que no me preocupara.

Irene: No hay prisa. Estaré aquí cuando llegues.

Es algo que sigue sorprendiéndome: su paciencia, su disposición a adaptarse a mis horarios, a mis límites autoimpuestos, a mis miedos que ni yo misma entiendo del todo. A veces me pregunto qué he hecho para merecerla, y otras veces me pregunto cuánto tiempo pasará antes de que se canse de esperarme.

Cuando llego a la puerta de su casa, toco el timbre, aunque tengo llave. Irene insistió en dármela hace una semana —para que puedas venir cuando quieras, incluso si estoy dormida o en la ducha —, pero no me acostumbro a usarla. Todavía se siente como un acto de invasión, como traspasar un límite que no estoy segura de tener derecho a cruzar, aunque ella me haya invitado explícitamente a hacerlo.

La puerta se abre casi inmediatamente, y ahí está ella, sonriendo como si mi llegada fuera la mejor parte de su día. Lleva un pantalón

de chándal, una camiseta desgastada y el pelo recogido. Nunca la he visto más hermosa.

—Por fin —dice, haciéndose a un lado para dejarme pasar—. Estaba empezando a pensar que tendría que comer yo sola.

—Lo siento —respondo, entrando y dejando mi bolso junto a la chaqueta en la entrada—. La reunión se alargó y luego el tráfico…

—Estaba bromeando —me interrumpe acercándose para dejar un beso en los labios—. No pasa nada. De hecho, el risotto está en su punto perfecto.

La sigo hasta la cocina. Hay una botella de vino blanco en la encimera junto a dos copas.

—Siéntate —dice señalando un taburete junto a la isla de la cocina—. Pareces agotada.

—Lo estoy —admito—. El departamento legal está preocupado por las cláusulas de confidencialidad del contrato con GlobalTech. Pasamos dos horas revisando cada párrafo.

—Suena fascinante —comenta con ironía, mientras sirve el risotto en los platos—. Apuesto a que no había nada que desearas más que discutir sobre lenguaje contractual durante horas.

Sonrío. Este es uno de sus talentos: hacerme sonreír incluso cuando estoy agotada, incluso cuando mi mente está atrapada en un bucle de preocupaciones.

—Bueno, la compañía de Alberto del departamento legal no es tan agradable como la tuya —respondo, y me sorprendo por estar coqueteando con ella.

Sus ojos brillan con diversión mientras coloca los platos y sirve el vino, para después sentarse.

—Eso espero, no me gusta la competencia.

Cenamos, y me doy cuenta de que este espacio también ha sido cambiado por mí. Ahora hay dos manteles, dos servilletas de tela, dos posavasos. Como si mi presencia fuera esperada, planificada, bienvenida. Como si yo perteneciera aquí.

Es un pensamiento que me inquieta, pero prefiero centrarme en la conversación con Irene e intentar acallar mis pensamientos.

La conversación fluye, como siempre que hablo con ella. Es cómodo, me gusta y, por un momento, me permito imaginar que así podría ser siempre. Que podría tener esto, esta conexión, esta intimidad, sin el miedo constante que me acompaña, sin la voz en mi cabeza que me advierte que estoy dejándola entrar demasiado, que me estoy exponiendo.

Después de cenar, nos vamos al sofá con nuestras copas de vino. Es nuestro ritual, es como cambiar del modo de trabajo a lo que sea que tengamos ahora. Relación parece una palabra demasiado formal, demasiado definida para lo que existe entre nosotras. Pero tampoco es solo una aventura, ni una amistad con beneficios. Es algo más, algo que no sé nombrar, algo que me aterra y me fascina a partes iguales.

—Estás pensativa —comenta Irene—. ¿Algo en particular en tu mente?

La miro, considerando qué decir. La verdad es complicada, desordenada. La verdad es que estoy pensando en ella, en mí, en

nosotras. En lo que quiero y en lo que temo. En lo que puedo dar y en lo que me asusta recibir.

—Nada importante —miento, porque la verdad es demasiado vulnerable para este momento—. Solo estoy cansada.

Asiente, aunque puedo ver que no me cree por completo. Es otra de sus cualidades desconcertantes: su capacidad para verme, incluso cuando intento ocultarme.

—¿Quieres ver algo? —sugiere—. O podemos simplemente ir a la cama. No tenemos que hacer nada, solo dormir.

Observo a esta mujer es increíble, que me ofrece exactamente lo que necesito, incluso cuando no sé pedirlo. Que respeta mis límites sin hacerme sentir que soy difícil o complicada. Que me da espacio y cercanía en la medida que puedo manejar.

Y de repente no quiero solo dormir. Quiero sentirla, conectar con ella de la única manera en que sé hacerlo completamente, sin reservas, sin miedo.

Me acerco y la beso, comienza suave, pero pronto se vuelve más intenso, más urgente. Siento su sorpresa y luego su respuesta inmediata, igualando mi intensidad, adaptándose a mi ritmo como siempre hace.

Se coloca a horcajadas, mis manos se cuelan bajo su camiseta para tocar su piel. Ella suspira en mi boca, un sonido pequeño, pero que envía un escalofrío por todo mi cuerpo.

—Pensé que estabas cansada —murmura contra mis labios, pero sus manos ya están en los botones de mi blusa.

—No para esto —respondo—. Nunca para esto.

Me sorprende y aterra a partes iguales lo fácil que es para mí perderme en ella. Cómo todos mis muros, todas mis defensas tan construidas, parecen no existir cuando estamos así, piel con piel.

—Vamos a la habitación —susurro contra su boca.

Nos dirigimos dejando un reguero de ropa por el camino, su risa inunda el espacio, y por un momento, solo un instante, quiero esto, la quiero a ella, aunque no sea capaz de expresarlo con palabras.

Cuando estamos en la cama, completamente desnudas, vulnerables, siento esa peculiar mezcla de terror y éxtasis que solo ella provoca en mí. Terror porque nunca me he permitido estar tan expuesta. Éxtasis porque, con ella, estar expuesta no se siente como una amenaza, sino como un regalo.

Recorro el cuerpo de Irene, despacio, casi como una tortura, comunicándonos solo con la mirada, controlando cada suspiro, cada gesto. Inconscientemente el control me da tranquilidad.

Me coloco a un lado y sin dejar de mirarla, meto dos dedos y veo cómo arquea su espalda y cierra los ojos del placer. Sujeto con la otra mano su cara para que me mire, no quiero que deje de hacerlo. Hay deseo, súplica en silencio. Cuando me mira así me siento poderosa, capaz, segura.

—Marta —susurra, y mi nombre en sus labios suena a algo maravilloso—. Por favor.

No necesito preguntar qué quiere. Lo sé. Lo siento. La conozco, a ella, a su cuerpo, sus respuestas y sus deseos.

Irene jadea, siento cómo tiembla bajo mis manos, como el deseo sigue creciendo hasta que sujeta mi cara y me besa mientras su

cuerpo comienza a tener espasmos tras llegar al orgasmo. Siento cómo algo dentro de mí se rompe, cómo vuelvo a ser vulnerable frente a ella, como un «te quiero» se quiere escapar de mis labios, pero no lo permito, no ahora.

Ella se gira y su mano baja a mi sexo, estoy empapada. Sé que no necesitaré demasiado para que mi cuerpo arda en placer. Cuando coloca sus dedos alrededor de mi clítoris, un suspiro escapa de mi boca. Me conoce, sabe dónde tocar. Simplemente, cierro los ojos y dejo que Irene me haga llegar al placer más absoluto.

Cuando nuestras respiraciones se han calmado, cuando nuestros cuerpos se han enfriado, ella se pega más a mí, rodeándome entre sus brazos. Me permito esto, esa cercanía que a veces anhelo y tanto temo.

—¿Te quedas? —pregunta.

—Sí —respondo y siento cómo sonríe contra mi pelo.

—Bien. Me gusta despertarme contigo.

Quiero decirle que también me gusta. Que las mañanas con ella son el mejor comienzo del día que he conocido. Que me encanta verla recién despierta, con el pelo revuelto y los ojos entreabiertos. Que me fascina mirarla mientras prepara el desayuno.

Pero las palabras se atascan en mi garganta, como siempre. Así que solo asiento, esperando que entienda lo que no puedo decir.

Y, como siempre, lo hace.

Por la mañana, estamos en el sofá. Ella con su café y yo con mi té antes de prepararnos para ir al trabajo. Es otro de nuestros pequeños rituales: estos minutos robados antes de que el día

comience, antes de que tengamos que volver a ser profesionales, colegas.

—Marta —dice de repente.

—¿Hmm? —respondo, levantando la vista de la taza.

—Hay algo que quiero contarte —continúa, y hay algo en ella que me pone en alerta—. Sobre mi conversación de ayer con Lucía.

Siento cómo mi cuerpo se tensa, un reflejo de que tengo que subir mis defensas.

—¿Qué pasa con eso? —pregunto.

Duda por un momento, y puedo ver cómo duda sobre cómo decírmelo.

—Me preguntó si había estado alguna vez en tu casa —suelta—. Y cuando le dije que no, sugirió que… bueno, que quizá solo me estás dejando entrar a medias en tu vida.

Las palabras me golpean, pero no porque sean injustas o incorrectas, sino porque es verdad, una que intento negarme a mí misma.

—Irene, yo… —comienzo, y me doy cuenta de que no sé qué decir.

Pero ¿cómo explico algo que ni yo misma entiendo? ¿Cómo justifico un miedo tan profundo, tan irracional?

—Mi apartamento no es tan acogedor como el tuyo —digo, sabiendo lo patético que suena esta excusa—. Y tú cocinas mejor, aquí es más céntrico, más…

—Marta —me interrumpe—. Está bien. No necesito que me expliques. Entiendo que tu espacio es importante para ti, que necesitas mantener ciertos aspectos de tu vida separados. Lo entiendo de verdad.

La miro y hay tanta paciencia en sus ojos que me abruma. ¿Cómo puede entenderme cuando ni yo misma lo hago? ¿Cómo puede aceptarme cuando yo misma no sé cómo aceptar lo que siento por ella?

—Quiero que conozcas mi apartamento —aseguro—. De verdad. Es solo que… necesito tiempo. Necesito estar lista.

—Lo respeto —dice, cogiendo mi mano—. No te estoy presionando, Marta. No hay prisa. Cuando estés lista, cuando te sientas cómoda, estaré encantada de conocer tu espacio. Mientras tanto, me encanta tenerte aquí.

Su comprensión, su paciencia, me desarman, y siento una urgencia de explicarle, de hacerle entender que no se trata de ella, que nunca se ha tratado de eso.

—No quiero que pienses que te estoy excluyendo —comienzo a decir—. No se trata de ti, Irene. Se trata de mí, de mis propios problemas, con la intimidad, con la vulnerabilidad

—Lo sé. Y por eso estoy siendo paciente. Porque entiendo que esto es difícil para ti, que cada paso que das había mí requiere valor. Respeto ese proceso, Marta, de verdad.

Me inclino y la beso, es suave y cargado de todas las cosas que no puedo decir.

—Gracias —murmuro contra sus labios—. Por entender, por esperar.

Me devuelve el beso.

—Esperaría mucho más por ti —confiesa.

Sus palabras me conmueven, despertando algo en mí que pensé que había enterrado. Un deseo no solo de contacto físico, sino de una conexión real, de intimidad. Y de pronto, no puedo soportar la poca distancia que hay entre nosotras. Necesito sentirla, necesito perderme en ella una vez más. Tiro de Irene y se sube a horcajadas. Mis manos se enredan en su pelo y la atraigo. Nos besamos, la exigencia junto con la urgencia hace que mi cuerpo arda en deseo.

Irene responde con la misma intensidad, sus manos sujetando mi rostro. Puedo sentir el calor a través de la fina tela de mi ropa interior y su pijama, la única barrera que nos separa.

—Marta —jadea cuando rompe el beso—. Llegaremos tarde al trabajo.

—No me importa —respondo, y me sorprende porque lo digo en serio.

Sus manos se deslizan bajo mi camiseta, acariciando mi pecho, y siento cómo toda mi piel se eriza.

—Fóllame —susurra, con su voz cargada de deseo—. Por favor, Marta, te necesito.

Sus palabras me encienden. Sin dudarlo, deslizo una mano entre nosotras, y bajo el elástico del pantalón, encontrándola ya húmeda, lista.

Gime cuando la toco. Se levanta un poco para que pueda acceder mejor a ella. Yo estoy perdida, completamente perdida en ella, en su respuesta a mis caricias, en la forma en que su cuerpo habla el lenguaje que entiendo perfectamente.

Estamos vestidas aún, excepto por mi mano que está dentro de su ropa interior, tocándola. La observo mientras se acerca al límite, sus ojos me miran, su respiración cada vez más rápida, sus manos aferradas a mis brazos con fuerza. Y cuando se rompe, cuando la siento contraerse alrededor de mis dedos, cuando veo el placer recorrer su rostro, algo se rompe dentro de mí.

—Te quiero —susurro mirando a los ojos.

Las palabras se escapan de mis labios ante de que pueda detenerlas, antes de que el muro protector en mi mente pueda levantarse. Siento su cuerpo tensarse, sus ojos abriéndose de golpe, fijos en los míos.

—¿Qué has dicho? —pregunta.

Por un momento, considero mentir, decir que no he dicho nada. Es lo que habría hecho hace unas semanas, incluso unos días. Negar, retroceder, reconstruir muros. Pero no puedo, no con ella mirándome así.

—Te quiero —repito, y esta vez mi voz es firme.

La veo estremecerse, una pequeña sacudida de su cuerpo. Y por un momento temo que sea demasiado pronto, demasiado intenso. Pero entonces veo las lágrimas en sus ojos, y una sonrisa que ilumina su rostro, y comprendo que es lo contrario. Que mis palabras la han conmovido, le han tocado de una manera que no esperaba.

—Jamás me lo habían dicho así, tan sincero, tan honesto. Yo también te quiero, Marta.

Me besa, es un beso salado por sus lágrimas, uno que transmite todo lo que no está diciendo con palabras. Siento mis propias lágrimas agolparse, presionando detrás de mis ojos, y por primera vez en mucho tiempo, no lucho contra ellas. Las dejo caer, dejo que Irene las vea, que sea testigo de esta vulnerabilidad que me aterra y me libera al mismo tiempo.

Esto es demasiado intenso y real. Mi cabeza me grita que huya, que me proteja, que reconstruya todo de nuevo. Que esto es peligroso, que me estoy exponiendo demasiado, que acabaré herida. Pero mi corazón, ese órgano traicionero que siempre he intentado mantener bajo control, tiene otras ideas. Mi corazón quiere quedarse aquí, en sus brazos.

Y por primera vez, elijo escuchar a mi corazón en lugar de a mi cabeza. Elijo quedarme, aferrarme a ella, permitir que este momento sea exactamente lo que es: aterrador, hermoso, transformador.

Capítulo 22

Irene

El «te quiero» de Marta hace unos días en el sofá, cuando esas palabras escaparon de sus labios mientras estábamos una encima de la otra, fue una sensación maravillosa, que jamás había sentido. Ha seguido diciéndomelo, pero no es banal, es ella realmente sintiéndolo, no es un trámite para Marta decir un «te quiero» es algo más.

Hemos caído en una rutina cómoda. Compartimos cenas, películas, conversaciones, silencios. También hay momentos de pasión. Sé cómo tocarla, dónde besarla, cuándo dejarla tomar el control y cuándo arrebatárselo.

Sin embargo, todavía hay momentos en que la siento tan lejana como si acabáramos de conocernos. Momentos en que sus muros vuelven a levantarse, en que su mirada se vuelve distante, en que siento que está a kilómetros de distancia, aunque esté justo a mi lado.

Esta noche es uno de esos momentos contradictorios. Estamos en mi sofá, su cabeza apoyada en mi regazo mientras paso los dedos por su pelo. Hay una película de fondo, pero es más como ruido ambiental que como algo que estemos viendo.

—¿Ya tienes planes para Navidad? —pregunto, aunque mi corazón late un poco más rápido. Es la primera Navidad que pasaremos desde que estamos juntas, y aunque no hemos hablado de pasarlas juntas, una parte de mí lo ha estado imaginando.

—Voy a Bilbao —responde—. Iremos, mi madre, Alma y yo. No queremos que Clara pase las Navidades allí sola, aunque tiene a Maite y demás, pero queremos estar nosotras también.

Por supuesto que pasará las Navidades con la familia, es lo normal. Intento que no se note mi decepción. No es justo pedirle que cambie sus planes solo porque ahora estemos juntas. No tenemos ese tipo de relación, al menos no oficialmente. Aunque mi familia sabe de su existencia, nadie de su entorno sabe de la mía, tengo que ser paciente, me repito.

—Suena bien —digo —. ¿Cuántos días estarás allí?

—Del veintitrés al veintisiete —responde —. ¿Y tú? ¿Irás a ver a tus padres?

—No. No tengo ganas de tener que lidiar con ellos.

—Oh. Así que estarás…

—Con Lucía y su familia, probablemente —completo la frase por ella—. Ya sabes que me han adoptado. Su madre siempre pone un cubierto extra para mí en Nochebuena.

Asiente, y por un momento creo que va a decir algo más. Que quizá vaya a invitarme a Bilbao, o a sugerir que podríamos vernos antes o después de sus días familiares. Pero el momento pasa, y vuelve a mirar la televisión.

Siento una punzada de tristeza, no por pasar las fiestas separadas, sino por lo que representa: esa línea que Marta todavía mantiene entre nosotras, esa parte de su vida donde aún no me permite entrar.

—Si tuvieras que elegir —digo de repente, queriendo romper el silencio, cambiar el tema, alejar mis pensamientos de la distancia que aún mantiene Marta—, entre tener al amor de tu vida y el dinero, ¿qué elegirías?

Es una pregunta tonta, el tipo de dilema hipotético que solíamos debatir con Lucía durante nuestras noches de vino en la universidad. Pero ahora mismo necesito algo ligero, algo que no toque partes sensibles de nuestra relación.

Marta me mira, incluso se incorpora. Está pensando.

—Dinero —responde y hay mucha seguridad en su voz.

—¿En serio? —pregunto —. ¿Sin dudarlo?

—El dinero te da seguridad e independencia —explica—. ¿Sabías que el 62 % de los matrimonios que terminan en divorcio citan problemas financieros como uno de los principales factores? ¿O qué más del 70 % de las personas permanecen en relaciones que no les aportan nada por dependencia económica?

—Estás sacando estadísticas ahora, ¿en serio? —pregunto, mitad divertida, mitad irritada por su respuesta.

—Los datos son importantes —responde, y tiene ese brillo en los ojos de cuando se siente en terreno seguro—. Según un estudio de la Universidad de Princeton, el bienestar emocional aumenta con el

nivel de ingresos hasta aproximadamente 75.000 dólares anuales. Después de eso, la felicidad adicional es marginal.

—Eso solo demuestra que necesitas cierta seguridad material para ser feliz, no que el dinero sea más importante que el amor.

—En cualquier caso —continúa, ignorando mi comentario—, el 35 % de las parejas que citan amor eterno como razón para casarse termina divorciándose en menos de diez años. Mientras que quienes se casan con expectativas reales y estabilidad financiera tienen tasas de divorcio menos, alrededor del 20 %.

—¿De dónde sacas esas cifras? —pregunto, aunque sé que probablemente son reales. Marta nunca inventa datos.

—Diversos estudios sociológicos —responde—. El punto es que, con suficiente dinero, puedes resolver la mayoría de los problemas prácticos de la vida. El amor es… volátil. Incierto.

Algo en su respuesta me inquieta. No es que esperara que dijera amor sin dudar —Marta es demasiado pragmática para eso—, pero hay algo en la forma en que descarta el valor del amor que me hace sentir incómoda.

—Yo elegiría el amor —afirmo—. Siempre el amor.

—Por supuesto que lo harías. Eres una romántica.

—¿Y eso es malo? —pregunto, sintiendo que mi enfado crece—. ¿Creer que el amor es más valioso que el dinero me hace ingenua?

Se remueve en el sofá. Hay una seriedad que me dice que esta conversación es más seria de lo que yo esperaba cuando la inicié.

—No dije que fuera malo —aclara—. Solo diferente a cómo yo veo las cosas. El dinero es tangible; en cambio, el amor es…

complicado. Dependiente de factores que no siempre puedes controlar.

—Pero eso es lo que lo hace valioso —argumento—. Precisamente porque no puedes controlarlo, porque no es algo que puedas controlar o manipular.

—El amor te hace vulnerable —dice—. Te hace dependiente. Débil. Las estadísticas muestran que el 83 % de las víctimas de abuso permanecen en relaciones tóxicas porque aman a su pareja.

Siento con sus palabras como si me dieran un puñetazo en el estómago. No es solo por lo que dice, sino la forma en que usa esas estadísticas como un escudo, como una forma de distanciarse de la conversación real que estamos teniendo.

—Estás utilizando casos extremos —respondo—. No toda forma de amor conduce al abuso o a la dependencia insana.

—Según un estudio de Harvard…

—¡Basta! —digo y ha sonado más alto de lo que pretendía.

Suspiro intentando relajarme. Marta me mira y sé que sus barreras vuelven a subir, pero no puedo dejar que se cruce este límite que me está afectando.

—No puedo creer que pienses así —digo más para mí que para ella—. En serio crees que amarte me hace débil.

—No estamos hablando de nosotras —intenta aclarar—. Es un escenario hipotético.

—Esto refleja cómo piensas —insisto—. Y si crees que el amor es una debilidad, una vulnerabilidad, entonces ¿qué es lo que tenemos, Marta?

—Estás sacando las cosas de contexto. Solo digo que, en términos prácticos, el dinero ofrece más seguridad, más libertad.

—El dinero compra comodidades, Marta. No la felicidad —respondo claramente irritada—. No compra la conexión que encuentras cuando amas y eres amada de verdad.

—Con suficiente dinero puedes conseguir casi cualquier cosa —insiste—. Incluidas personas que te hacen sentir amada. El 47 % de los millonarios están satisfechos en sus relaciones personales, comparado con el 23 % de las personas con ingresos por debajo de la media.

Y ahí está. Ese comentario frío, que revela más sobre sus heridas internas de lo que probablemente pretendía. Porque solo alguien que ha visto el amor convertido en una transacción podría decir algo así con tanta convicción.

—No puedes hablar en serio —digo frustrada—. El dinero no puede comprar el amor verdadero. Puede comprar compañía, puede comprar lealtad temporal, incluso puede comprar placer físico. Pero esa sensación de seguridad que sientes cuando sabes que alguien te ama por quién eres, no por lo que puedes darle.

—Esa es una visión muy idealizada del amor. El amor romántico está sobrevalorado en nuestra cultura. Es inestable por naturaleza.

—No todo el amor es inestable. No cuando está basado en el respeto mutuo, en la honestidad, en el compromiso.

—Aun así —insiste—, es un riesgo. Depender emocionalmente de otra persona siempre lo es.

Y algo dentro de mí se rompe. Porque después de meses juntas, después de todo lo que hemos compartido, después de haberla visto vulnerable, de haberla sostenido mientras lloraba, de haber escuchado ese «te quiero» que no fue fácil pronunciar para ella… después de todo eso, todavía está aquí, escondiéndose detrás de estadísticas, hablando del amor como si fuera poco más que una debilidad, un riesgo innecesario.

—Voy a ser clara contigo, Marta —digo, y mi voz es tranquila, pero firme—. No estoy interesada en una relación con alguien que ve el amor como una transacción, o como una debilidad, o como algo menos valioso que el dinero. Simplemente, no es compatible con quién soy yo y con lo que quiero en la vida.

Sus ojos se abren, sorprendida que ponga ese límite. Y luego, como tantas otras veces, cuando la conversación se acerca demasiado a sus verdaderos sentimientos, a sus miedos, se cierra completamente.

—Entiendo —dice poniéndose de pie—. Es tarde. Es mejor que me vaya.

Y ahí está otra vez. La retirada, la distancia, la negativa a enfrentar lo que está pasando realmente entre nosotras.

El silencio se extiende, pesado, cargado, mientras veo a Marta recoger sus cosas para marcharse, para huir, porque eso es lo que siempre hace: huir.

Podría dejarlo pasar. Podría cambiar de tema, podría fingir que esta conversación nunca sucedió. Es lo que hago a menudo, lo que ambas hacemos. Bailamos alrededor de las verdades difíciles, de las

diferencias, porque lo que tenemos en los buenos momentos es tan hermoso que asusta pensar en perderlo.

Pero esta noche estoy cansada. Cansada de conformarme con migajas, cansada de celebrar cada pequeño paso como si fuera una gran victoria, cansada de pretender que no me duele cuando Marta se cierra, cuando se aleja, cuando pone sus muros entre nosotras.

Así, sin una despedida, sin un adiós, sin un «hablemos sobre esto» Marta sale de la casa. Siento cómo todo lo construido se desmorona y no puedo hacer nada para retenerla, porque la realidad es que Marta jamás ha sido mía, jamás se ha sentido segura con esto, y hoy lo he comprobado. Me duele, me duele tanto que no sé qué pasará mañana. Lo que sí tengo claro es que la que se tiene que alejar soy yo. No puedo obligar a nadie a que cambie, a que busque esa ayuda que necesita y no quiere aceptar, que tiene un problema. No más mendigar amor, no más justificar lo injustificable, mientras me voy enamorando cada vez más de alguien que no está dispuesta a apostar por lo que tenemos.

Capítulo 23

Marta

Llego a casa intentando poner mi cabeza en orden, pero no lo consigo, no puedo. Ver a Irene decir basta hace que piense que esto está mal. «Te lo dije», me repite mi cabeza como un mantra. Ella es peligrosa, puede hacer contigo lo que quiera, huye. Esa palabra se repite constantemente y no puedo acallarla, no sé cómo se hace.

No duermo, las horas pasan mientras miro al techo. Dos y veintitrés. Tres y cinco. Tres y cuarenta y uno. A las cuatro y diez me rindo, enciendo la luz. Mi reflejo en el espejo me devuelve una visión demasiado cruda: ojos rojos de tanto llorar, pelo revuelto y una sensación en el pecho que duele demasiado.

Huir.

La palabra llega sola, aunque siempre ha estado ahí, pero ahora le hago más caso que en otras ocasiones. Huir es volver a un terreno que sé manejar: márgenes, límites, números. Huir es salvarme.

Camino por mi casa, descalza, mi cabeza no para. Irene puede hacer contigo lo que quiera. Es una repetición constante, un bucle del que no puedo salir. Mis pensamientos vuelven a cuando estoy con ella, cómo me hace sentir con un beso, cuando me toca, cómo dejo que por un momento tenga el control y en ese instante me

siento segura, un solo segundo de las horas del día. Pero en ese maldito momento, en ese instante, estoy en paz, aunque después venga la batalla mental, la guerra interna.

El miedo se instala, es tan familiar que asusta. Aprieto los dientes, necesito un plan.

A las siete y seis estoy en la oficina. Abro el correo y los reviso, no hay ninguno suyo, me aferro a eso. No hay contacto con Irene. Respondo a tres clientes, cierro un informe, ordeno todo lo que tengo pendiente, y me veo poniendo indicaciones. Mi mente ya sabe lo que quiere, mientras mi cuerpo se niega a aceptarlo.

A las siete y cincuenta y dos la veo, mi cuerpo se estremece, ¿cómo puede producirme algo tan intenso?, ¿cómo he permitido que esto suceda? Maldigo mi debilidad, ella me hace ser así.

A las diez estoy frente a la puerta de Ramón y toco. Me hace pasar, y cuando lo hago, me mira por encima de las gafas, ese gesto de que sabe que es extraño que esté allí.

—¿Todo bien? —pregunta, aunque por mi cara sabrá la respuesta.

—Necesito irme —respondo—. Unas semanas. Desconectar. He preparado todo. No afectará al cierre. Lo necesito.

No puedo decir nada más. No miento, esa es la realidad, necesito salir de aquí.

Asiente, mientras no quita la mirada de mí, como intentando buscar algo que ni yo misma sé. Son muchos años trabajando con él, es como un padre, como un amigo, aunque nunca hablamos de lo personal, solo de trabajo, pero me conoce, lo sé.

—Cógelas —dice—. Desde mañana, te las has ganado. Dos, tres, las que necesites.

Agradezco con la cabeza. Él no aparta la mirada.

—Marta —añade mirándome fijamente—. Desconectar no es fallar.

No respondo, no puedo. Salgo con el aprobado en el cuerpo como una tirita puesta de prisa sobre una herida que no he querido mirar.

Regreso a mi despacho, abro la agenda, borro citas, redirijo reuniones, delego. Eso que tanto me cuesta, pero me veo haciéndolo. No la busco, no intento coincidir con ella; si la miro a los ojos, caeré. Huir necesita pasos firmes.

Me veo antes del almuerzo mirando la página de la aerolínea. Bilbao, salida esta misma tarde. Solo pongo la ida, porque la vuelta no tiene fecha. La web me pide confirmación; dudo medio segundo y aprieto. Confirmado. Mi teléfono vibra con el email de la aerolínea, un número de reserva y un pasaje solo de ida.

En Bilbao están Clara y Maite. Estar en la librería con tranquilidad, olor a papel y café recién hecho. Es un lugar seguro que me he inventado porque lo necesito. Allí no estará Irene, nadie pronunciará su nombre, porque yo me he ocupado de que no sepan. Allí, si me preguntan, diré que es por el trabajo, cansancio, incluso porque echo de menos a mi hermana. Y todo eso es verdad, pero falta una parte.

Cojo mi móvil y escribo a mi hermana:

Yo: ¿Mucho trabajo?

Clara: Entretenida. ¿Por?

Yo: Voy hoy.

Clara: ¿Qué ha pasado?

Yo: Nada que no se arregle con el aire del norte.

Clara: Te recojo en el aeropuerto. Envíame la hora a la que llegas.

No hay más, sabe que, aunque pregunte, mis respuestas van a ser evasivas, me conoce. Envío el número de vuelo y la hora estimada y vuelvo a dejar el teléfono en el escritorio.

El bullicio de la oficina me atraviesa como si me hiciera volver a la realidad. Termino de configurar los accesos, envío un correo a Ramón: «Para cualquier urgencia estoy disponible». No hay respuesta, nada. Me marcho y es como si a nadie le importara, pero la realidad es que mirando a mi alrededor ninguno sabe las batallas que lucho con mi mente. No he dejado jamás que descubran mis debilidades, mis defectos, mis fallos. Pero eso te hace ser débil y yo no lo soy.

Salgo antes, no hay justificación para hacerlo. Me voy cuando sé que Irene está en una reunión, miro su escritorio por última vez, no sé cuándo lo volveré a ver, y me dirijo al ascensor, pulso el botón y cuando las puertas se abren, es como si me tragaran. Mi móvil vibra en mi bolso, no lo saco, no hoy.

Dos horas después me bajo del taxi con una maleta de mano con algo de ropa que he metido a toda prisa, nada meticuloso. Solo lo necesario para unos días. Si necesito algo, lo compraré allí, me dije cuando cerraba la cremallera. Al entrar en el aeropuerto empieza la

coreografía de siempre: colas, control de seguridad, comprobar la puerta de embarque.

Cuando el avión despega, cierro los ojos, no pienso en ella. Me miento a mí misma. Pienso en ella cada segundo, pero la cabeza me repite una y otra vez: lejos es seguro. Insiste hasta que me lo creo.

Llego a Bilbao y salgo, allí está mi hermana, me abrazo a ella, como si fuera un salvavidas en medio del océano en el que me veo. Cuando nos apartamos, me mira.

—Tienes cara de noches sin dormir —dice.

—He tenido momentos peores —respondo.

—Mentira.

Muerdo mis labios, no insiste, sabe que no debe hacerlo. Nos dirigimos al coche, mientras ella conduce, no hay palabras; el silencio se ha instalado y en este instante agradezco que me conozca tanto, que no me invada con preguntas, de las que ni yo misma tengo las respuestas.

—Mañana abro la librería a las ocho —dice—. He preparado una habitación para ti. Puedes hacer lo que quieras, nadie te va a preguntar nada. Pero quiero que sepas que estoy aquí, cuando lo necesites, esperándote con una taza de té.

Asiento porque un «gracias» se me queda corto.

Cuando llegamos, accedemos directamente a la casa. No hay paso por la librería, algo que podría quizá ser mi refugio, un lugar seguro, rodeado de libros, donde mi mente se perdería en historias de ficción, de asesinatos, de amores imposibles.

Maite no está, no ha llegado. Clara me sirve un vaso de agua y me mira de reojo.

—¿Autodefensa o huida? —pregunta.

—Gestión de riesgos —respondo.

Sonríe, aunque veo la tristeza en sus ojos, pero ahora no puedo contar lo que me pasa, tampoco sé si podré.

—Ya —dice.

Por la noche me quedo mirando el techo como la noche anterior. He puesto el móvil boca abajo en la mesilla. La tentación de escribir un mensaje: —«me voy, necesito espacio»— me come por dentro, pero el pacto que he hecho conmigo es claro: no busco, no explico, no pido. Esquivo, me voy.

Huir no es una victoria. Es un silencio alargado en el que caben el miedo y el alivio. Esta vez, me digo, no le doy la oportunidad de hacer conmigo lo que quiera. Elijo estar donde su voz no me encuentre, donde no tenga que verla a diario. Opto por el norte, el frío, el ruido de las persianas cuando mi hermana las baja por la noche. Elijo un lugar donde mi cuerpo vuelva a ser mío, aunque no sepa qué hacer con él.

Por la mañana me levanto, apenas he dormido, no sé cómo gestionar esto. Pongo el agua caliente en la taza, y me quedo mirando mientras el vapor sube. «Desconectar no es fallar», dijo Ramón. Lo repito despacio, para creer que hago lo correcto.

No sé cuánto me quedaré. No sé si esto me cura o simplemente alarga algo que tengo que afrontar, pero solo sé que, por primera

vez, no busco su sombra al cruzar una puerta. Y el cuerpo, aunque duele, me lo agradece.

Huir, otra vez. Tengo la certeza de que lejos de Irene lo que siento no desaparece; solo hace menos ruido. A veces, eso es todo lo que puedo gestionar, y por ahora, es suficiente.

Capítulo 24

Irene

Al tercer día sin verla en el despacho, sé que algo va mal. Realmente lo sé desde que se fue de mi casa después de hablar. Marta es una persona que no dialoga, simplemente se va, se cubre con esa capa invisible y se marcha dejando atrás todo, sin importar cómo se sienten los demás, en ese instante es solo ella protegiéndose.

No le escribo, no la llamo, aunque he estado a punto de hacerlo con el móvil en la mano y su nombre reflejado en la pantalla. Una parte de mí entiende su idioma: necesita gestionar, necesita espacio, pero ¿y quién entiende el mío? Ella no.

El lunes su lugar de trabajo está vacío, el martes también y el miércoles más de lo mismo. Hoy es jueves, no sé dónde está, porque no me da una explicación, un «no puedo con esto». Pero no, Marta no es así, no da explicaciones, es una mujer independiente, solitaria, ella no se justifica, no pide perdón, porque es perfecta. Sé que ahora mismo hablo desde el rencor, desde la desesperación por no poder hablar con ella, pero estoy agotada de tener que justificarla, de decir que todo está bien mientras veo que se va alejando poco a poco, y sé que iba a huir, porque no era la primera vez. Pero para Marta es mejor salir corriendo que enfrentar las cosas.

A media mañana recibimos un correo de Ramón con el asunto de cierres y copia a media empresa. Lo abro y la busco, no está, no la menciona en el email. Hago mi trabajo, reviso el proyecto Nautilus, hago modelos de previsión, cierro una presentación. Fingir normalidad me ayuda, me está saliendo bien, o eso creo.

La rutina me está consumiendo. Llegar a casa es sentir presión en el pecho, es ver que no está y que no va a volver.

—¡Cobarde! —grito desesperada en la cocina mientras miro de nuevo el móvil esperando un mensaje que no llega.

Sé que no puedo seguir así, que tengo que avanzar, y algo viene a mi cabeza: Londres. Voy a buscar el portátil y abro la carpeta del proyecto, lo reviso y sé que debo intentarlo. No estaría huyendo, eso ya lo hizo ella. Yo no soy como ella, simplemente también necesito espacio, soltar. Me voy a la cama con ese pensamiento: ir a Londres, nuevos proyectos, estar tan ocupada que en mi cabeza no haya cabida para pensarla, para la pena, para las lamentaciones.

El viernes llego a la oficina decidida. Lo paradójico de todo esto es que la valentía y la confianza me la dio Marta, esa mujer que siempre creyó en mí, más de lo que yo lo hacía. Si lo hubiera hecho con nuestra relación, esto hubiera sido diferente.

A las nueve y veinte me dirijo al despacho de Ramón y toco su puerta; él me da paso y me observa.

—¿Tiene cinco minutos? —pregunto.

—Sí, claro, toma asiento —dice señalando la silla.

Paso, estoy nerviosa, suspiro antes de sentarme mientras Ramón me mira sin saber descifrar la batalla que lucho en mi interior.

—¿En qué te puedo ayudar? —pregunta Ramón.

—Quiero ir a Londres —suelto—. Me gustaría liderar el proyecto.

Ramón me mira con expresión de sorpresa, como si esto no se lo esperara, la realidad es que ni yo misma, pensaba que estaría aquí solicitando irme a Londres.

—¿Tú? —dice, solo eso, esperando que diga algo más.

—Yo —afirmo—. Conozco el proyecto, he trabajado algunas cosas con Marta y he liderado dos implementaciones complejas este año. Puedo asumir toda la responsabilidad, hablar con inversores, el cálculo de riesgo y la coordinación de marketing. Quiero esa oportunidad. Me la merezco.

Ramón se mantiene en silencio. He sido valiente, no le he dado la oportunidad de que yo sea una posible candidata, le he pedido directamente ser yo. Después de unos segundos que me parecen interminables, mi jefe sonríe.

—Me gusta cómo suena —dice—. ¿Por qué ahora?

—Porque estoy lista —respondo—. Porque quiero crecer fuera de mi zona de confort, y porque puedo aportar mucho allí.

Asiente, recostándose en la silla.

—Londres no es un premio, Irene. Es un trabajo duro, muchos frentes abiertos, exposición con clientes, soledad a ratos y decisiones complicadas. Habrá semanas en las que odies la ciudad, el proyecto y a cualquier persona que hable inglés.

—Puedo con eso —digo sin dudar.

—¿Y con la distancia? —añade—. De tu equipo, de tu soporte, de tu… —no termina la frase.

—Sí —contesto—. Puedo con la distancia.

Ramón me sostiene la mirada, como si buscara algo que ni yo misma sé.

—Bien. Te voy a hacer una pregunta de jefe pesado: ¿estás asumiendo esto por el proyecto o por otra cosa?

—Por el proyecto y por mí —respondo—. En ese orden.

—¿Y si sale mal?

—Aprenderé más rápido. Dicen que de los errores siempre aprendemos algo.

Vuelve a sonreír. Sé que siente orgullo de que me haya atrevido a estar ahí, frente a él, defendiendo lo que puedo hacer con esto.

—Perfecto. Te avisaré cuando tome una decisión.

Simplemente asiento, me levanto y extiendo la mano para despedirme y darle las gracias, pero Ramón se queda mirándome.

—Olvida lo que te acabo de decir —dice antes de estrecharme la mano—. Tienes dos días para prepararte. El lunes te vas a Londres.

Y con esa última frase sujeta mi mano, como si estuviéramos cerrando un pacto. Confía en mí, tengo ganas de llorar, ganas de gritar que por fin he apostado por algo y ha salido bien. Siento cómo las lágrimas se agolpan para salir, pero no hay tiempo. Tengo el fin de semana para prepararlo todo, para demostrar lo que valgo, y lo paradójico de todo es que esta valentía me la ha dado Marta, esa mujer que no deja de huir.

—Gracias —es lo único que logro decir.

Me giro y, cuando voy a salir del despacho, siento cómo me llama.

—Irene.

Me giro y lo observo.

—Si necesitas saber de alguien, deberías preguntarle.

Trago saliva. ¿Por qué me dice eso? Quiero preguntarle, pero el miedo a la respuesta me hace simplemente ensanchar mis labios y salir de ahí hasta mi mesa.

Cuando llego a mi mesa, soy consciente de lo que acabo de hacer. Dos días, eso es todo, y estaré en Londres. Comienzo a organizar todo, a hablar con Paola para el billete y reserva de hotel de un principio, y ella me pone al día de todo, tal y como estaba planeado. Hay veces que no la escucho, mi mente está en otro lugar, uno junto a Marta, en el que está feliz por dar este paso, por querer crecer, por querer apostar por mí.

Llego a mi casa tarde, demasiado, pero había que preparar todo. Voy a la cocina, me sirvo una copa de vino blanco y me siento en el sofá, cojo el móvil y mando un mensaje a mi amiga, la única persona a la que quiero contar mis progresos.

Yo: El lunes me voy a Londres. Mañana necesito comida en mi casa.

Lucía: Joder, necesito saber más.

Yo: Mañana.

Insisto y ella simplemente lo respeta, porque eso es lo que hacen las amigas. Sigo con el móvil en la mano, voy al número de Marta y escribo: «Me voy». Dudo en apretar y enviar, pero no lo hago.

Apago el móvil, pero lo vuelvo a encender, lo dejo boca abajo en la mesa. No me entiendo ni yo, quiero gritarle, pero sé que eso solo la alejaría más, si es que eso puede pasar. Decido que es hora de ir a la cama y, después de una ducha que me calma, lo hago. No miro el techo como otras veces, solo me abrazo a la almohada y dejo que el agotamiento se haga presa de mí.

Capítulo 25

Marta

No duermo. El insomnio me ocupa el cuerpo como un inquilino sin contrato. Cierro los ojos y no hay negro: está su boca, el calor de su cuerpo, la forma en que mi nombre suena en sus labios. Abro los ojos y el techo me devuelve una pregunta que no pienso contestar.

Las tres y trece, las cuatro y siete, las cinco y veinte. No puedo seguir en la cama sin dormir, me levanto y, sin hacer ruido, o al menos intentando no hacerlo, salgo de la casa. Camino hasta el puerto. El aire frío me recorre el cuerpo, y por un momento el pecho se afloja lo justo para respirar. Me apoyo en la barandilla, cuento las luces de los barcos, como si estuviera comprobando que son las mismas que estaban ayer, o si hay alguien que falta. Después de un rato vuelvo a la casa con los dedos helados y la cabeza igual.

Clara ya está despierta y me ve. Sé que lo va a intentar, como otras mañanas lo hace.

—¿Quieres un café? —pregunta, como si el café fuera una puerta al diálogo.

—No —respondo, cuando lo que quiero es ahogarme en él para hacer que mi cabeza pare.

—¿Quieres contarme algo?

Ahí está la pregunta, esa que me hace casi cada día.

—No hay nada que contar.

Me mira con ese gesto de hermana mayor que no invade, pero ve que algo está mal. No insiste. Vuelve a su libreta de pedidos.

Me sumerjo en la librería como quien se sumerge en miles de archivos. Ordeno por autor, por colección, por editorial. Reviso albaranes, actualizo inventario, monto una mesa temática con ensayos económicos.

Gestiono, hago, funciono, pero no estoy. La cabeza va por libre, como un algoritmo mal configurado. Entra una cliente y pregunta por poesía contemporánea. La llevo hasta la estantería, hablo de tres libros que no he leído, la dejo escogiendo. Vuelvo al mostrador y no recuerdo su cara. Sé que estoy mal, admitirlo es otra cosa.

Por la tarde aparece Maite con una sonrisa en los labios y veo cómo se ilumina el rostro de mi hermana al verla. Después de saludarse como si llevaran días sin verse, cuando lo han hecho esta misma mañana, me mira.

—¿Cómo estás? —dice, apoyándose en el mostrador con los codos.

—Ocupada —respondo—. ¿Necesitas algo?

—Que respires —dice—. Y que recuerdes que no tienes que poder siempre.

No contesto. Me enderezo un poco, saco una caja de marcadores y los ordeno por colores como si me fuera la vida en ello. Tengo que mantener la mente ocupada, me repito.

—Marta —su voz es casi un susurro—. Estoy aquí, para lo que sea.

—No hace falta.

Maite asiente, acepta la pared sin enfadarse. Me deja un pan de la panadería que me gusta envuelto en un papel. Pone una mano en el mostrador para que la mire, no me invade, solo quiere que levante la vista y, cuando lo hago, veo que me mira con lástima, y maldigo causar ese sentimiento. Vuelve a besar a mi hermana y sube a la casa.

—Tienes que comer, Marta.

—Lo sé —respondo y, para que me deje tranquila, muerdo el pan.

—Marta —dice—. No eres una causa perdida porque necesites a alguien.

—No necesito a nadie —digo, y la frase me sale con tanta facilidad que me asusta. La he repetido tanto en mi interior que parece verdad.

De noche vuelvo al puerto. El sonido del mar me relaja, el frío golpeando en mi cara me estremece. Cuento las luces como he hecho todos estos días, hoy falta una. Alguien no ha llegado, ha sido impuntual, eso es un error. Camino un poco, un ir y venir en mis pasos, una, dos, tres, hasta cuatro veces doy vueltas por el paseo, para después volver a la casa.

La librería me sostiene. Llego, abro, enciendo las luces, paso las manos por las cubiertas, cobro, ordeno, abro cajas. Solo quiero lógica ahora mismo. Mi mente no obedece, yo simulo que sí.

Clara lo intenta otra vez.

—¿Quieres que vayamos a ver el mar por la tarde? —propone—. Solo mirar.

—Ya lo miro por la noche —respondo.

—No es lo mismo.

—Es suficiente.

Me trago la impaciencia, ese temblor que sube cuando alguien se acerca al sitio donde guardo lo que no quiero ver. He de admitir que echo de menos sus manos, su risa, su manera de decir «ven», esa debilidad que siento. Y yo no soy débil. Es el lema que sostengo, aunque me esté hundiendo cada día un poco más.

Al mediodía, estoy en la trastienda, haciendo cosas para que mi cabeza no siga taladrándome de tanto pensar en ella. Ni siquiera puedo pronunciar su nombre porque duele demasiado.

—Voy a almorzar en el bar de la esquina —dice Clara—. ¿Vienes?

—No.

—¿Te traigo algo? —pregunta.

—No.

No me gusta en quién me convierto cuando me protejo. Me doy órdenes hasta para eso. La alternativa es admitir —reconocer en voz alta que la echo de menos, que recuerdo sus manos, sus labios, su sonrisa— que me desarma. No tengo protocolo para eso.

Maite vuelve por la tarde y lleva dos tazas en la mano. Deja una a mi lado sin pedir permiso. No dice nada. Se aleja un poco y mira al exterior. Me regala espacio y silencio.

—Gracias —susurro.

No sé cuánto tiempo más puedo sostener esto. Prefiero no pensarlo. Mañana será otro día, otro sin tomar las riendas de esto, otro huyendo hacia fuera, al puerto, a los paseos de medianoche, porque admitir que tengo que mirar hacia dentro duele. Y me repito como un mantra: no soy débil. No lo soy. Mientras algo dentro de mí, ese resquicio de cordura que me queda, me pide que pare.

Capítulo 26

Irene

La maleta está abierta sobre mi cama. Llevo una hora intentando decidir qué ropa lleva una persona que escapa de un corazón roto hacia un nuevo país. ¿Qué se pone alguien que intenta reinventarse mientras sigue buscando fantasmas en el móvil?

Sostengo el pijama que me puse la primera vez que Marta se quedó a dormir, lo miro un momento antes de dejarlo caer al suelo, junto a la pila de descartes. Hay prendas que tienen demasiada memoria, y Londres debe ser un lugar sin pasado.

Mi móvil vibra y lo miro con la esperanza de un mensaje que no llega, no es ella.

Lucía: Estoy en tu casa en diez minutos.

Sonrío, a pesar de haber quedado a la hora del almuerzo, llega antes. Lucía sabe cuándo necesito que alguien me rescate de mis propios pensamientos.

Dejo la maleta en mi cama y me voy a la cocina, necesito un café. Sin darme cuenta, me veo echando agua en el hervidor que no he quitado. Cuando soy consciente de lo que hago, me enfado, necesito soltar todo esto, avanzar, pero no tengo las herramientas para hacerlo. Solo divago, me dejo llevar. Casi diría que ahora mismo

no me diferencio en nada de Marta, porque la realidad es que estoy huyendo, aunque me niegue a aceptarlo.

Cuando el timbre suena, salgo de la cocina y voy a abrirle. Lucía entra como un torbellino, bolsa en mano.

—Traigo algo para comer ahora, después almorzaremos comida china, tengo antojo —dice dejando la bolsa en la cocina—. Y no me iré de aquí hasta saber qué demonios ha pasado para que te vayas.

Me río, por primera vez en días. Mi amiga tiene ese poder, hacer que incluso los peores momentos tengan un respiro de normalidad.

—¿Por dónde empiezo? —pregunto mientras sirvo el café y veo a Lucía sacar unos dulces de la bolsa.

—Por el principio, obviamente —responde—. ¿Por qué la decisión de marcharte? ¿Y Marta?

Nos dirigimos al salón y tomamos asiento en el sofá. Antes de responder, doy un sorbo al café.

—Hace una semana que no sé nada de ella —comienzo—. Un día estábamos bien, supongo. O eso creía yo y, tras un debate sobre dinero y amor, no supe nada más de ella. Ni siquiera va a la oficina.

—¿Debate sobre dinero y amor? —pregunta queriendo saber más.

—Sí. Le pregunté si, en el caso de que tuviera que elegir entre dinero y amor verdadero, qué escogería —muerdo los labios al recordar su respuesta, todavía duele—. Dijo que el dinero era lo que necesitaba.

—Vaya.

—Sí, vaya —respondo.

—Hay una realidad, y es que el dinero da felicidad, decir que no sería una mentira, pero no da la felicidad. No da el contacto con alguien que sabes que a veces es tu refugio en un mal día, no te hace sentir que todo va a estar bien. Yo elegiría siempre el amor, porque lo que me aporta es mucho más que algo material, porque al final el dinero da eso, comprarte lo que te dé la gana, pero los sentimientos, las sensaciones, eso, amiga, eso no se puede comprar.

—Pienso igual. Pues, después de eso, simplemente desapareció.

—Huyó —dice Lucía y no es una pregunta sino una afirmación.

—Sí —admito, y decirlo en voz alta hace que duela más—. Volvió a huir. Como siempre que las cosas se ponen demasiado reales entre nosotras.

—¿Y entonces decidiste que tú también te ibas?

Niego con la cabeza.

—No fue tan planeado. Estaba en la oficina, intentando asimilar que ella no estaba; ya habían pasado días. Y recordé lo de Londres, me metí en el proyecto y vi que había posibilidades. Es una oportunidad, una que llevaba años esperando.

—Y la agarraste con ambas manos —completa Lucía.

—Más bien, me aferré a ella como un salvavidas —confieso—. Fui a su despacho y le dije que yo iba, que estaba preparada, que me lo merecía. Todo eso que nunca me hubiera atrevido a decir antes, pero que Marta me enseñó que era capaz de cualquier cosa.

—¿Y él aceptó así sin más? —pregunta mirándome sorprendida.

—No del todo, me dijo los contras de salir de aquí, pero al final me dijo que vale, que tenía que viajar el lunes. Así que en dos días

estaré en Londres.

—Vaya, Irene Navarro, dando un golpe sobre la mesa. Quién lo hubiera imaginado.

Sé que está contenta por mi decisión, pero veo la preocupación en sus ojos, la soledad que me puede dar vivir lejos de mi entorno.

—No es solo por ella —digo, aunque ni yo misma estoy segura de si es verdad—. Es una oportunidad profesional increíble. Es lo que siempre he querido.

—¿Lo es? —pregunta mi amiga—. ¿O es lo que siempre has creído que deberías querer?

—No lo sé —admito—. Hace un año hubiera dicho que era mi sueño profesional. Ahora todo se ha mezclado. Londres, la oportunidad de alejarme de aquí, de ella, de lo que siento…

Lucía coge mi mano, mientras las lágrimas pugnan por salir.

—Irene, mírame. Sea cual sea el motivo, si esto es lo que quieres hacer, te apoyo incondicionalmente. Pero necesito saber que esto lo haces por ti, no como una reacción a lo que te hizo Marta.

—¿Y si son ambas cosas? —susurro—. ¿Y si es una oportunidad que quiero y también una forma de protegerme de volver a sufrir cuando ella regrese y actúe como si nada hubiera pasado?

—Entonces sería honesto reconocer que lo haces por las dos cosas —dice Lucía—. Y la honestidad contigo misma es lo único que te pido.

Nos quedamos en silencio un momento, mientras comemos los dulces que trajo. Mi mente está en otra parte, dividida entre Londres y el vacío que Marta ha dejado.

—¿Has pensado qué vas a hacer si ella te contacta? —pregunta mi amiga—. ¿Si te escribe, si te llama…?

—No lo hará —respondo con pesar—. No mientras siga siendo la misma Marta. Así es ella. Se aleja, corta todo contacto, se encierra en sí misma, y cuando decide volver, espera que todo siga igual, como si el tiempo no hubiera pasado. Necesita soltar sus temores, pero no creo que ella esté dispuesta a hacerlo. Ella se va y después pretende que seas tú quien se acerque.

—¿Y si lo hace? —insiste Lucía—. ¿Si rompe el patrón de una vez?

Me quedo en silencio. La imagen de mi teléfono iluminándose con su nombre hace que mi pecho se contraiga.

—No lo sé —confieso—. Una parte de mí quiere ignorarla, hacerla sentir lo mismo que yo siento. Otra parte contestaría en cuanto se encendiera la pantalla con su nombre.

—Por supuesto que lo harías —dice Lucía acariciando mi brazo—. Porque, por mucho que intentes negarlo, sigues enamorada de ella.

—Ese es el problema —respondo, recostándome en el sofá—. No puedo odiarla. Lo he intentado estos días, de verdad que sí. Sería más fácil si pudiera hacerlo, pero no puedo, porque los momentos juntas fueron simplemente increíbles. El único reproche es que no es capaz de gestionar lo que siente, y eso lo sabía desde un principio.

—El ego es el único que quiere odiarla —asegura mi amiga—. Es el ego herido el que busca el odio como analgésico. Porque odiar duele menos que amar a alguien que se va.

—Pues mi ego debe ser inexistente, porque no consigo odiarla ni un poco —digo expulsando el aire por la nariz—. Solo la extraño, y me da rabia extrañarla así.

Lucía hace que me incorpore y me rodea con sus brazos, lo que hace que todo lo que estaba conteniendo salga. Mis ojos no contienen más las lágrimas, no puedo, no debo. Simplemente, dejo salir todo, lloro en los brazos de mi amiga, como en un refugio, como mi único salvavidas. Solo necesito saber que todo esto va a pasar, que lograré sacarme a Marta de mis entrañas, pero lo único que tengo claro es que va a costar muchísimo hacerlo. No sé cuánto tiempo estamos así, pero no habla, ni dice nada hasta que me ve más tranquila.

—No tienes que salvar a nadie, Irene. Ni a Marta de sus miedos, ni a ti misma de tus sentimientos. Marta tiene que decidir qué quiere. Y tú también.

—Lo sé —asiento limpiando mi rostro—. Yo sé lo que quiero, solo estoy asumiendo la decisión de ella. Por eso necesito espacio.

—Debes quedarte con lo bueno, te has atrevido a pedir una oportunidad de crecer profesionalmente.

—Pues sí, Marta me dio la seguridad y la confianza que me faltaba —digo y muerdo los labios intentando no romperme de nuevo.

—No es que ella te haya dado la confianza —comienza a decir—. Es que estar con alguien que te ve realmente, que reconoce tu valía, te hizo empezar a verte a ti misma de otra manera. Y eso es lo que te ha traído hasta aquí. Hasta este momento en que dices: esto es lo que quiero, me lo merezco.

Un nudo se vuelve a formar en mi garganta. Porque tiene razón, claro que la tiene. Marta, con todas sus contradicciones, con sus avances y retrocesos, me ha cambiado. Me ha hecho valiente, más segura de mí misma, y ahora estoy usando esa nueva fuerza para alejarme de ella.

—No sé si reír o llorar, por la ironía de la vida —sigo.

—Puedes hacer ambas cosas, ya has llorado, ahora toca reír un poco.

—Gracias —susurro y la vuelvo a abrazar.

Nos mantenemos así un rato, no sé cuánto. Me siento bien entre sus brazos, puedo respirar, llorar, reír sin ser juzgada. Mi amiga me da paz, esa que necesito ahora mismo.

—¿Has hecho la maleta? —pregunta cuando nos separamos.

Niego con la cabeza, mientras ella se muerde el labio inferior y pone los ojos en blanco.

—¿Me ayudas?

—Para eso estoy aquí —responde, levantándose y tirando de mi mano para que la siga—. Vamos a preparar esa maleta.

Pasamos las siguientes horas organizando y haciendo una lista. Lucía es metódica y práctica, cualidades que agradezco ahora que mi mente parece incapaz de concentrarse en los detalles. Entre prenda y prenda, entre lista y lista, seguimos hablando, de Marta, de Londres, de mis miedos y de mis esperanzas.

—¿Crees que estoy cometiendo un error? —pregunto cuando ya casi hemos terminado.

—Creo que estás tomando decisiones valientes —responde Lucía. Y los valientes también se equivocan a veces, pero al menos lo hacen avanzando, no retrocediendo.

Me gusta mi amiga, porque no me asegura que todo saldrá bien, no me promete un final feliz. Solo me recuerda que avanzar, incluso con miedo, con dudas, es mejor que quedarse paralizada.

—Te voy a extrañar —digo.

—Y yo a ti —responde ella—. Pero estaré a una videollamada de distancia. Iré a visitarte en cuanto pueda. Siempre he querido ver Londres.

Sonrío, Lucía ha sabido qué decir para hacerme sentir que no estoy sola. La abrazo como llevo haciendo todo el día.

—¿Lucía? —murmuro entre sus brazos.

—¿Mmm?

—Gracias por no decirme que la olvide. Por no decirme que me merezco algo mejor.

Lucía se separa y sujeta mi rostro entre sus manos.

—Porque no creo ninguna de esas cosas —responde mirándome directamente a los ojos—. No creo que debas olvidarla, ni creo que merezcas algo mejor. Solo creo que mereces a alguien que se quede. Que elija quedarse, incluso cuando tenga miedo.

Sus palabras me golpean, porque tiene razón. Alguien que elija quedarse. Tan simple y complejo a la vez.

El lunes por la mañana, estoy en el aeropuerto con una maleta y un nuevo proyecto. Lucía me ha acompañado hasta el control de

seguridad, donde nos hemos despedido con un largo abrazo y la promesa de vernos pronto.

Ahora estoy sola, esperando para embarcar con el pasaporte y el billete en la mano. Mi teléfono pesa en el bolsillo trasero de mi pantalón. No ha habido ningún mensaje de Marta, ninguna llamada, ninguna señal. Por un momento pienso en escribirle, pero ¿qué puedo decirle que no sea un reproche o una súplica? ¿Qué palabras pueden transmitir todo lo que siento sin hacerme más vulnerable de lo que ya me siento?

Si Marta ha elegido el silencio, yo no romperé esa elección. No ahora, no cuando finalmente estoy tomando las riendas de mi propia historia.

«Pasajeros con destino a Londres, embarquen por la puerta 13 B». La voz me sobresalta. Es mi vuelo, es mi momento.

Avanzo con mi maleta, escanean mi billete y camino por la pasarela hacia el avión. Cada paso me aleja de Gran Canaria, de la oficina donde Marta y yo nos conocimos, de mi propia casa donde tantas noches nos amamos. No sé qué me espera en Londres. No sé si esta huida es más valiente o más cobarde que la de Marta, no sé si cuando regrese, dentro de meses, ella estará aquí, no sé si querrá verme, si yo querré verla.

Lo único que sé, mientras me abrocho el cinturón y el avión comienza a moverse, es que, por primera vez en mucho tiempo, estoy tomando una decisión por mí. No por miedo, no por amor, no por otros, solo por mí y eso ya es una victoria. Londres me espera y yo, con todas mis dudas y el valor de haber decidido apostar por mí, estoy lista para descubrir de lo que soy capaz.

Capítulo 27

Marta

No duermo. Es un hábito que he perfeccionado esta semana en Bilbao. El reloj marca las cuatro y doce de la madrugada y yo camino por la orilla de la playa como si fuera mediodía. El frío me golpea, pero apenas lo siento. Mi cuerpo parece haberse desconectado de las sensaciones básicas: hambre, frío, sueño. Todo se ha vuelto secundario frente al ruido de mis pensamientos.

Irene. Su nombre no cesa, su recuerdo es una corriente que me arrastra cada vez que bajo la guardia. Intento convencerme de que esta distancia es necesaria, de que el dolor cederá y volveré a ser yo misma, la de antes, la que no necesita a nadie. Y eso es una mentira tan grande que ni yo misma me la creo.

—¿Marta? ¿Eres tú?

La voz me sobresalta. Me giro bruscamente. Y ahí está Leire, con una chaqueta de cuero, las manos en los bolsillos, mirándome fijamente.

—¿Leire? —respondo, tan sorprendida como ella—. ¿Qué haces aquí?

Se acerca sonriendo, esa sonrisa que me pareció en algún momento atractiva, pero que ahora solo me recuerda que no es

Irene.

—Acabo de salir de pinchar, quería despejarme un poco y he venido aquí, este lugar me da paz.

La miro sabiendo que me miente. Nadie se desvía después de trabajar para ir a una playa, y menos a esta hora de la madrugada. Lo único que quieres es llegar a casa y descansar.

—La verdadera pregunta es: ¿qué haces tú aquí, pasadas las cuatro de la madrugada, caminando sola?

Me encojo de hombros, incapaz de encontrar una respuesta que no suene patética.

—No podía dormir —termino diciendo.

Leire asiente, como si esa explicación le bastara.

—¿Quieres compañía? —pregunta—. Puedo caminar un rato contigo. También tengo el sueño imposible después de salir de trabajar.

Debería decir que no, que prefiero estar sola. Es lo que siempre digo, pero algo en esta noche, en el frío, en el cansancio acumulado de algo más de una semana sin dormir bien, me hace asentir.

—Claro, si no tienes prisa.

Caminamos en silencio un rato. Ninguna de las dos dice nada, solo se escucha el ruido del mar. Ese sonido que me arropa cada noche desde que estoy aquí.

—Tu hermana está preocupada por ti —dice rompiendo el silencio —. Maite también, aunque ninguna te lo diga directamente.

Lo que dice me hace sentir una punzada de culpa. He estado viviendo en su casa, comiendo su comida, ocupando su espacio, y apenas he hablado con ellas. Me limito a existir, como un fantasma.

—No quieren invadir ese espacio —continúa Leire—. Ese en el que no dejas que nadie entre, pero se preocupan.

—No tienen por qué estarlo —respondo. Las palabras salen más bruscas de lo que pretendía—. Estoy bien.

Leire suelta una risa, mientras expulsa el aire por la nariz.

—Claro que estás bien. Por eso caminas a las cuatro de la mañana con ojeras hasta el suelo y la mirada perdida.

Me detengo, sintiéndome enfadada.

—Si vas a burlarte…

—No me burlo —me interrumpe, levantando las manos en gesto de paz—. Te reconozco. He estado exactamente donde tú estás ahora.

La miro entrecerrando los ojos, sin entender lo que quiere decirme.

—¿Caminando en Bilbao de madrugada?

—Huyendo del amor —responde, y esas simples palabras me golpean como una bofetada de realidad—. Todo es por amor, ¿no? Siempre lo es.

No respondo, no puedo. Las palabras se acumulan en mi garganta, porque decirlo en voz alta lo haría demasiado real.

—No puedes con todo tú sola —sigue diciendo—. Yo también lo intenté. No funcionó. Tampoco quería arrastrar a alguien a lo que me

estaba pasando. Solo… me di cuenta de que no podía seguir huyendo.

No sé en qué momento salimos de la playa y vamos por el paseo. Ahora nos detenemos frente a un banco. Me siento, de repente estoy demasiado cansada para mantenerme de pie. Leire se sienta a mi lado.

—¿Y lo encontraste? —pregunto —. ¿El amor?

Sonríe, pero es una sonrisa con tristeza, con pesar, de esas que guardan una historia.

—No, pero ahora tengo herramientas para saber gestionarlo cuando llegue. Para no huir de nuevo.

—¿Qué herramientas?

—Terapia —responde—. Sola, no vas a poder, Marta. Créeme que lo intenté.

Una parte de mí quiere reírse, decirle que no necesito a nadie que me arregle, que puedo manejar mis propios problemas. Pero estoy demasiado cansada hasta para eso, y hay algo en su mirada que me desarma.

—Es más fácil huir —continúa Leire—. Es más fácil salir corriendo de todo antes que aceptar que hay alguien que nos mueve por dentro. Alguien que nos hace vulnerables, alguien que, cuando la miramos a los ojos, sentimos que el mundo entero está ahí, en esa mirada.

—Eso es dependencia —respondo rápido, las palabras saliendo como un escudo—. Y yo nunca dependo de nadie.

Leire niega con la cabeza.

—No, eso no es dependencia. Dependencia sería rogar por amor, arrastrarte hasta conseguir lo que quieres, necesitar su validación constantemente para existir. Pero el amor bien construido jamás será depender de alguien. Es elegir estar con esa persona cada día, sabiendo que podrías estar sin ella, pero prefieres mil veces su compañía.

Me quedo en silencio, pensando en esas palabras.

—El amor da miedo —dice—. Da un miedo del demonio, porque es lo único que puede destrozarte por completo. Pero muchas veces salva, de una misma, de nuestros pensamientos, de infinidades de cosas que no teníamos ni idea de que nos producían tanto pavor. Y ahí está esa persona, para sujetarte de la mano y dar el paso juntas.

—Hablas como si supieras mucho de amor —aseguro—. Pero nunca te has enamorado, ¿no? Siempre has sido la que va de flor en flor.

—Porque nunca dejé que alguien se acercara tanto —responde—. Solo mantenía relaciones con gente que estaba de paso, que tenía fecha de caducidad. Era más seguro así.

Hace una pausa, como si estuviera buscando las palabras correctas para continuar.

—Pero hubo una vez, hace muchos años, que sí hubo alguien. Alguien que se fue, alguien a quien herí, alguien que valía la pena, pero no supe verlo. Y ahora me arrepiento, pero ya no puedo hacer nada.

Su confesión me deja sin palabras. Nunca hubiera imaginado que Leire, la que conquista mujeres y hombres, la que siempre tiene una sonrisa y una respuesta fácil, fuera vulnerable.

—Estoy cambiando —afirma después de un rato—. Y tú también puedes hacerlo. Vas a arrepentirte si no haces algo ahora, Marta. Si dejas que ella se vaya.

Ella. No ha dicho su nombre, pero no hace falta. Aunque no sepa cómo se llama, ambas sabemos que existe alguien.

—¿Qué se supone que debo hacer? —pregunto, y hay desesperación en mis palabras—. ¿Volver? ¿Llamarla? ¿Decirle que lo siento por huir? ¿Qué palabras arreglan algo así?

—Primero necesitas arreglarte a ti misma —responde Leire —. O, al menos, empezar a hacerlo. Para entender por qué huyes, por qué te da tanto miedo lo que sientes.

Me pasa una tarjeta que recojo.

—Marina Torres. Es psicóloga, una de las mejores. Me ayudó mucho. Bueno, lo sigue haciendo.

Miro su nombre en la tarjeta. Dar el paso, admitir que necesito ayuda, es algo que jamás pensé que haría.

—No sé si…

—Tienes cita hoy a las cuatro —me interrumpe —. Ya está programada.

La miro entrecerrando los ojos. ¿Cómo se atreve?

—No voy a ir.

—Perfecto —dice poniéndose de pie—. Sigue huyendo. La perderás y cuando quieras arreglarlo será demasiado tarde. Habrás fracasado en enfrentar tus miedos.

Aprieto los labios. Sé que mis miedos son más grandes que cualquier cosa ahora mismo, pero reconocerlo no está en mis planes.

—La sesión está pagada, por si te preocupa eso. Tuve que barajar la posibilidad de que no fueras. Eso sí, hazlo por ti, Marta, no por ella. Hazlo para saber por qué.

Me quedo mirándola sin saber qué decir. Esta versión de Leire, preocupada, vulnerable, planificando a mis espaldas por mi bien, es nueva para mí.

—No la dejes escapar, Marta —susurra—. No cometas mi error.

Me levanto para marchar, para huir de ahí como hago siempre, pero sé que no puedo seguir, que necesito que mi cabeza pare, que necesito saber gestionar todo esto.

—Tengo que irme —dice—. Piensa en lo que te he dicho, ¿vale?

Asiento, incapaz de encontrar las palabras.

—Y pensar que creía que entre tú y yo pasaría algo —indica sonriendo.

Sonrío ante el comentario.

—También lo pensaba —admito.

—En otra vida, quizá —dice guiñándome un ojo—. En esta, creo que ya tienes a alguien esperándote.

La veo alejarse mientras comienza a amanecer. Me siento bien con la conversación que acabamos de tener, a pesar de mi negativa, porque por primera vez siento esperanza, un camino posible, una salida que no sea huir.

Hoy iré a esa cita. Hoy empezaré a enfrentar lo que sea que me ha estado persiguiendo toda la vida, eso por lo que he huido una y otra vez. No sé si esto será suficiente, si Irene estará esperándome cuando tenga el valor de volver, ni si podré reparar lo roto. Pero al menos dejaré de huir, y eso, por ahora, es suficiente.

Capítulo 28

Marta

Estoy frente al pequeño edificio, cuatro plantas de ladrillo visto. Nada que indique que detrás de esas paredes la gente se desmorona y reconstruye su vida.

Llevo diez minutos dando vueltas de un lado a otro de la acera. Es mi forma de ganar tiempo mientras la batalla interna continúa: una parte de mí quiere dar la vuelta y regresar a la librería, fingir que nunca acepté esta cita, que nunca reconocí que necesito ayuda. La otra parte, la que me ha traído hasta aquí, sabe que ya no puedo seguir huyendo.

Marina Torres – 2.º derecha, pone en el directorio del portal. Respiro hondo y pulso el timbre. El zumbido de la puerta me sobresalta, a pesar de estar esperándolo.

He pasado el día analizando esta decisión desde todos los puntos de vista posibles. Después de encontrarme con Leire, mi cabeza no ha dejado de insistir en que estoy bien, que no necesito nada, pero sé que no es así. Regresé a la librería, me preparé un té y me senté frente a la ventana, solo miraba a través de los cristales mientras seguía atrapada en mis pensamientos.

Clara se acercó. No preguntó, solo se limitó a sentarse a mi lado y esperar.

—Me encontré con Leire —dije.

—¿En serio? —respondió, y su voz era de sorpresa—. ¿Dónde?

—En la playa. Estaba caminando, no podía dormir.

Clara asintió, no hacía preguntas, solo estaba ahí, esperando que fuera yo quien hablara.

—Me consiguió una cita con una psicóloga —añadí—. Para esta tarde.

Vi cómo se mordía los labios, estaba controlando su alegría, pero sus ojos la delataban, brillaban con esperanza.

—¿Vas a ir?

—No lo sé —respondí—. Una parte de mí dice que es una estupidez, que puedo manejar esto sola. Que siempre lo he hecho.

—¿Y la otra?

Sonreí mientras expulsaba el aire por la nariz.

—La otra parte está aterrorizada.

Así que después de esa conversación estoy aquí, subiendo las escaleras hacia el segundo piso, con ese mismo terror comiéndome las entrañas. Cuando llego a la planta, estoy frente a una puerta de madera con la placa de «Marina Torres – Psicóloga clínica» colgada en la pared.

Toco el timbre y, casi de inmediato, la puerta se abre. La mujer que aparece no es lo que imaginaba. No sé exactamente qué esperaba —¿alguien con gafas, más mayor y un bloc de notas?— pero no esta mujer, que debe de tener mi edad, con el pelo recogido

en un moño mal hecho, pelo ondulado y castaño claro, vestida como una hippie y que transmite paz con su sonrisa.

—¿Marta? —pregunta.

Asiento, incapaz de poder hablar.

—Adelante. Te estaba esperando.

Su consulta es amplia, hay un escritorio, pero si te adentras un poco más, hay dos butacas y un sofá enfrente, todo de un color mostaza. No hay diván, no hay cuadros de Freud en las paredes. Solo una estantería con libros, unas cuantas plantas de interior y el título colgado en la pared.

—Siéntate donde te sientas cómoda —dice señalando los sillones.

Me siento en el que está más pegado a la puerta. Una ruta de escape, pienso, y casi me río de lo predecible que soy. Ella toma asiento frente a mí, en el sofá. Tiene una carpeta en la mano y un bolígrafo en la otra, apunta algo, no sé qué puede ser y eso me pone nerviosa.

—Leire me ha hablado de ti —comienza Marina, mirándome fijamente—. No mucho, solo lo básico. Que estás pasando por un momento difícil y que has decidido buscar ayuda.

—No estoy segura de haber decidido nada —respondo con brusquedad—. Leire prácticamente me arrastró hasta aquí.

Marina sonríe.

—Sin embargo, aquí estás. Nadie te ha arrastrado hasta aquí, has venido por tu propio pie.

Tiene razón, estoy por voluntad propia. Podría haberme negado, quedarme en la librería o estar caminando por la playa, evitando

enfrentarme a lo que sea que estoy a punto de hacer en la consulta de la psicóloga.

—¿Por qué no me cuentas qué te ha traído hasta aquí? —pregunta Marina.

Trago saliva. ¿Por dónde empezar? ¿Por Irene? ¿Por mi huida? ¿Por los años de mantener a todos a distancia?

—No sé por dónde empezar —admito.

—¿Qué tal por el presente? ¿Qué está pasando en tu vida ahora mismo que te ha llevado a buscar ayuda?

—Hui —afirmo suspirando—. Hui de mi isla, de mi trabajo, de… ella.

—¿Puedes contarme más sobre esa huida? ¿Qué te hizo tomar esa decisión?

—El miedo —respondo—. Tuve miedo.

—¿Miedo de qué?

La pregunta parece sencilla, pero no lo es. Me quedo en silencio, intentando ordenar mis pensamientos, buscando la verdadera razón de por qué me fui.

—De lo que sentía —admito—. De lo que ella me hacía sentir.

—¿Y qué te hacía sentir?

—Vulnerable —la palabra sale sola, no tengo que pensarla demasiado—. Como si tuviera el control sobre mí, como si pudiera destrozarme.

Marina asiente, no me juzga, no se ríe, solo me observa con atención. Aunque las preguntas son incómodas, me hace sentir

segura.

—El miedo a la vulnerabilidad es muy común —dice—. Sobre todo, cuando sentimos que podríamos salir heridos. ¿Has tenido experiencias previas donde confiar en alguien te llevó a salir lastimada?

La pregunta abre una puerta que lleva mucho tiempo cerrada. Las imágenes de mi infancia, de mi adolescencia, de los intentos de relaciones que nunca llegaron a ser importantes porque no permití que lo fueran.

—Mi padre siempre le dijo a mi madre que sin él no sería nada —digo, sorprendiéndome de contar algo tan íntimo—. Día tras día, la hizo una mujer dependiente, la invalidó como mujer, destruyó su autoestima por completo. Se separaron tras muchos años, pero mi madre sigue dependiendo de mi padre en parte y él se lo hace saber a cada rato.

Las palabras salen sin tener que forzarme, como si quisiera exteriorizar esto que siento.

—Juré que nunca sería como ella. Que nunca necesitaría a nadie, que sería autosuficiente, independiente, que nadie tendría el poder de echarme en cara absolutamente nada, jamás.

Marina me mira con atención, esperando que continúe, pero no puedo. Trago saliva intentando no llorar.

—Sin embargo, aquí estás, temiendo exactamente que te hagan lo mismo. Que…

—Irene —completo—. Se llama Irene.

—Háblame de Irene —pide.

Lo hago, le hablo de nuestro primer encuentro, de cómo poco a poco fue entrando en mi vida, en mis pensamientos. De que no fue la primera vez que he huido, que lo he hecho una y otra vez cuando me sentía vulnerable. Hablo de nuestras conversaciones, de nuestra conexión, de cómo, sin darme cuenta, se convirtió en la persona más importante de mi vida.

—Nunca había sentido algo así —admito—. Es como si hubiera estado incompleta toda mi vida sin saberlo, y de repente ella llega y todo encaja, y eso me aterra.

—¿Por qué?

—Porque si ella se va, si decide que no soy suficiente; si se cansa de mis muros y mis miedos, me destrozaría. Y yo no sé si podría recuperarme de eso.

Las lágrimas que he estado controlando al final salen. No es un llanto descontrolado, solo van bajando por mi mejilla y nublando mi visión.

—Así que te adelantaste —dice Marina—. Te fuiste tú primero. Aunque sabes que sois dos mujeres independientes.

Asiento, incapaz de hablar.

—¿Sabes que estás repitiendo exactamente el patrón que tanto temes? —pregunta con suavidad—. Estás haciendo lo mismo que tu padre hizo: amar a alguien, que se enamoren de ti y marcharte, sin explicaciones, sin despedida. Dejando a alguien atrás, preguntándose qué hizo mal.

Sus palabras son como un puñetazo en la boca del estómago. Nunca lo había visto así, jamás había relacionado la dependencia de

mi madre y la huida de mi padre —para que supiera lo que él valía— con mis propias huidas.

—Yo no… —comienzo, pero me detengo. Porque ella tiene razón, claro que la tiene.

—A veces —continúa Marina—, repetimos precisamente aquello que más nos ha herido. Es una forma de intentar controlar lo incontrolable. Si tú eres quien se va, ya no puedes ser controlada. Tomas el control de la situación. Y en las relaciones no se trata de control, aunque lo veas así.

Me quedo en silencio, procesando lo que me acaba de decir.

—¿En qué momento es cuando huyes? ¿Qué pasa exactamente para que decidas irte?

—En el momento en que me cuestiona, en que se abre un debate entre nosotras, en que traspasa mis límites.

—¿Qué límites? —pregunta y veo cómo anota algo.

—Los que pongo cuando no me siento segura.

—Ajá —dice—. ¿Y le dices que está traspasando una línea que no quieres pasar?

Niego con la cabeza.

—Simplemente, me voy —digo encogiéndome de hombros.

—Entiendo. ¿Entonces ella debe adivinar cuáles son los límites?

Otra bofetada sin manos que recibo, porque ella sí pone límites y me los hace saber, en cambio, yo, simplemente me cierro en mí misma y no soy capaz de expresarme. Todo toma sentido en mi

cabeza, una lógica retorcida que explica mi comportamiento a lo largo de los años.

—¿Qué hago ahora? —pregunto sabiendo que la he cagado—. Probablemente, ella me odie y seguro que ya ni siquiera quiere verme.

—No puedes saber eso —responde Marina —. No sin hablar con ella, no sin darle la oportunidad de decidir por ella misma.

—¿Y si decide que no quiere saber nada más de mí?

—Entonces será doloroso —dice con honestidad—. Muy doloroso, pero sobrevivirás, y al menos sabrás que fuiste valiente, que no huiste de nuevo, qué enfrentaste tus miedos.

El resto de la sesión lo pasamos hablando sobre patrones, sobre miedos arraigados, sobre la diferencia entre independencia y aislamiento. Sobre cómo mi decisión de no depender de nadie se ha convertido en una prisión que me impide conectar con alguien. Cuando terminamos, me siento agotada, pero como si hubiera ido soltando algo de lastre poco a poco.

—Esto es solo el principio —dice Marina mientras me acompaña a la puerta—. Si decides continuar, tenemos mucho trabajo por delante.

—Quiero continuar —respondo—. Necesito entender todo esto, quiero dejar de huir.

—Entonces te veré la próxima semana. Mismo día, misma hora.

Asiento, pero antes de irme hay algo que quiero preguntarle.

—¿Crees que debería contactarla? ¿A Irene? ¿Intentar explicarme?

—¿Tú qué crees? —devuelve la pregunta.

—Creo que se lo debo —digo, respirando hondo—. Creo que me lo debo incluso a mí misma, pero no sé si estoy lista.

—No hay un momento perfecto para ser valiente, Marta —dice Marina—. Solo momentos en los que decidimos serlo a pesar del miedo.

Salgo de la consulta con esas palabras resonando en mi cabeza. Camino en silencio hasta llegar de nuevo a la playa que tantas noches ha sido cómplice de mis desvelos, la misma en la que esta mañana he hablado con Leire. Me siento en la arena y saco el móvil. Hace tiempo que no me paro a mirar ningún mensaje, simplemente me limito a mirarlo como si fuera algo peligroso.

Entro en la conversación que tengo con Irene, no he querido borrarla, vuelvo a ella cuando quiero decirme que ella no es la correcta. Cuando intento convencerme de que me quiere controlar, por alguna palabra que yo interpreto así. Cuando mi cabeza me asegura que es mejor estar sola.

Leo lo último que me había escrito: Te quiero, a pesar de todo.

Las lágrimas vuelven a mis ojos. Me quiere a pesar de mis huidas, de mi silencio, de mi incapacidad para enfrentar lo que sentía y de no saber expresar mis límites. Me quiere como soy, sin importar la Marta que huye, que abandona, que se marcha, porque es más seguro huir que tener una conversación incómoda.

Mis dedos se mueven por la pantalla tecleando sin pensarlo demasiado, haciéndolo antes de que mi cabeza se interponga en el deseo.

Yo: Estoy en Bilbao. Necesito que hablemos.

Presiono enviar antes de arrepentirme. El mensaje aparece como enviado, no como leído. Quizás ella también ha silenciado su teléfono. Quizá ya no quiere nada de mí, quizá sea demasiado tarde.

No sé si Irene responderá a mi mensaje, no sé si querrá regresar conmigo cuando regrese a Gran Canaria y le explique todo, no sé si nuestra historia ya terminó o si tendrá la oportunidad de continuar. Pero por primera vez no estoy huyendo. Estoy caminando hacia algo, y no alejándome, y, aunque el miedo siga ahí, quiero ser valiente. Esto es un primer paso para cambiar, uno hacia adelante.

Capítulo 29

Irene

El metro de Londres está abarrotado, como siempre. Me sujeto a la barra mientras veo caras de cansancio y miradas perdidas. Otro día que termina, otro día lejos de Gran Canaria, de mis recuerdos, de ella. Cuando me vine hace tres semanas, lo hice con convicción, necesitando esa distancia, tanto física, como emocional y mental, como si la distancia pudiera poner una barrera suficiente para mantener a Marta fuera de mis pensamientos. Ingenua de mí.

El metro se detiene en *Canary Wharf*. Salgo junto a una marea de personas trajeadas con maletines, ejecutivos con prisa por llegar a ninguna parte, me he convertido en una de ellos. Primera en llegar a la oficina, última en irme, poniendo siempre el trabajo como escudo, como excusa, como anestesia. No funciona.

Camino quince minutos hasta el pequeño apartamento que la empresa ha alquilado para mí. Un estudio funcional y sin personalidad, como me siento últimamente. Abro la puerta y enciendo la luz, el espacio es tan pequeño que con un par de pasos lo recorro entero: una pequeña cocina americana, una cama, un escritorio y un baño minúsculo. No hay nada que diga que el lugar es mío, no hay fotos, nada que diga «Irene» como en mi casa. Esto

no es un hogar, es solo un lugar donde dormir entre jornadas de trabajo.

Dejo caer el maletín en la cama y me quito los zapatos de tacón que llevan torturándome todo el día. Debería comer algo, pero la nevera está prácticamente vacía, solo hay algo de fruta que tuvo mejor vida hace una semana, un trozo de pizza que ni sé desde cuándo está ahí y una botella de vino blanco a medias. Y, como siempre, tomo otra mala decisión: elijo el vino.

Me sirvo una copa de vino y me siento junto a la única ventana que hay, que por suerte da al exterior. Desde aquí puedo ver el *skyline* londinense, las luces parpadean en la distancia. Una ciudad enorme, llena de gente. Sin embargo, me siento completamente sola. Noto la vibración del móvil en el bolsillo de la chaqueta. Lo ignoro, seguramente es Tom, el director del proyecto, con alguna urgencia de última hora que perfectamente puede esperar hasta mañana. Siempre hay urgencias, siempre hay algo más importante que mi descanso, que mi bienestar. Siempre cedo, digo que sí, que estoy disponible, es mucho más fácil sumergirme en el trabajo que enfrentar el vacío que siento.

Pero entonces mi móvil vuelve a vibrar, insistente. Con un suspiro, lo saco y miro la pantalla. Y el tiempo se detiene. No es Tom. Es un nombre que no he visto iluminar mi pantalla en demasiado tiempo, un nombre que he intentado borrar de mi mente sin éxito.

Marta.

El corazón me da un vuelco, y maldigo sentirme así, por no poder odiarla, por seguir temblando con cada mensaje. Lo abro

maldiciendo mi debilidad, que tiene nombre y apellidos.

Marta: Estoy en Bilbao. Necesito que hablemos.

Parpadeo varias veces, incrédula. ¿Esto es una broma? ¿Después de todo este tiempo, después de desaparecer sin explicación, después de que tuve que irme a otro país para intentar olvidarla, todo lo que tiene que decir es «necesito que hablemos»? La rabia crece dentro de mí, tanto que siento que me asfixio. Tiro el teléfono en la cama y me levanto de un salto, incapaz de quedarme quieta. Camino de un lado para otro en el apartamento, cogiendo aire por la nariz y soltándolo por la boca, necesito que esta ansiedad que siento no siga apoderándose de mí.

¿Quién se cree que es? ¿Piensa que puede entrar y salir de mi vida a su antojo, que puede pisotear mis sentimientos y luego solucionarlo con un «necesito que hablemos»? ¿Y dónde queda lo que yo necesito? ¿Dónde?

Vuelvo a coger el móvil, con la intención de responderle, de descargar toda la ira, de hacerle sentir una parte del dolor que yo siento. Pero me detengo, no le daré esa satisfacción de verme débil, no pienso darle nada más. Ya tuvo todo de mí, y nunca fue suficiente. Bloqueo el teléfono y lo dejo sobre la encimera de la cocina. Respiro hondo, intentando calmarme, pero parece imposible lograrlo.

Termino la copa de vino de un trago y me sirvo otra, sé que no debería, pero necesito algo que calme esta sensación de asfixia, este nudo en la garganta que amenaza con convertirse en un llanto descontrolado. El teléfono vuelve a vibrar, por un segundo, pienso que puede ser ella otra vez, pero me obligo a ignorarlo, sea lo que

sea, puede esperar. El mundo entero puede detenerse por mí esta noche.

Voy al baño y abro el grifo de la ducha, dejando que el agua caliente llene el pequeño espacio de vapor. Me quito la ropa evitando mirarme al espejo. Sé lo que veré: mis ojos rojos, llenos de lágrimas que pugnan por salir, ojeras que se marcan y que maquillo para que no sean visibles, una versión desgastada de la mujer que era hace unos meses. Me meto bajo el chorro de agua caliente y en ese momento me permito derrumbarme, dejar que todo lo contenido salga, y lloro, grito de rabia, de cansancio, de desesperación. Mis lágrimas se mezclan con el agua que se va por el desagüe, como desearía que desaparecieran mis recuerdos de ella, de su sonrisa, de sus manos, de la forma en que me miraba como si yo fuera lo único que importaba en el universo.

Mentira. Todo mentira.

Salgo de la ducha y me envuelvo en una toalla, voy al pequeño armario para coger algo de ropa. Miro el teléfono, sigue ahí, como una bomba a punto de explotar. Pero lo cojo pese a lo que mi mente me dice. Hay otro mensaje de ella.

Marta: Tuve miedo, de lo que siento por ti, de lo que me podías hacer sentir, de depender de alguien. Hui antes de que pudieras herirme tú. Lo sé, es cobarde, estoy intentando arreglarme.

La rabia vuelve, mezclada con incredulidad. ¿Miedo? ¿Ella tuvo miedo? ¿Qué hay de mi miedo cuando desapareció sin dejar rastro? ¿Qué hay de mi angustia, de mis noches en vela preguntándome si estaba bien, si había hecho algo mal? Arrojo el teléfono contra la cama con tanta fuerza que rebota y cae al suelo. No me molesto en

recogerlo. No quiero leer más, no quiero saber más. No quiero que sus palabras encuentren un resquicio en mi armadura, que me hagan dudar, que despierten esa parte de mí que, estúpidamente, aún la extraña.

Me pongo el pijama y me siento en el borde de la cama, intentando controlar mi respiración. Mañana será otro día, otro de trabajo intenso, de reuniones interminables, de presentaciones y propuestas. Otro día fingiendo que todo está bien, que Londres es exactamente donde quiero estar, que esto es una oportunidad profesional y no una huida desesperada.

El móvil vuelve a vibrar una vez más desde el suelo. Lo recojo, más por instinto que por deseo.

Marta: Por favor, Irene, dime algo. Te lo debo, una explicación, cara a cara. Solo dime cuándo.

Suelto una sonrisa amarga. ¿Ahora me lo debe? ¿Ahora está dispuesta a hablar, cuando yo tuve que salir de la isla para intentar sacarla de mi corazón?

Dos semanas lleva, solo dos intentando contactar y ya está desesperada.

Escribo una respuesta rápida, sin pensar, dejando que la rabia guíe mis dedos:

Yo: Llegas tarde con tu arrepentimiento, Marta. Muy tarde. No quiero verte, no quiero hablar contigo, no quiero tus explicaciones. Lo que quiero es olvidarte. Así que, por favor, respeta al menos eso y déjame en paz.

Envío el mensaje y apago el teléfono inmediatamente, sin darme la oportunidad de arrepentirme. De mis ojos comienzan a brotar lágrimas de nuevo, creía que ya no quedaban, que las había soltado todas en la ducha, pero estaba equivocada.

Me acuesto y me cubro completamente con la manta, como si pudiera protegerme del mundo, de mis pensamientos, de los recuerdos que se niegan a abandonarme. El sueño tardará en llegar, lo sé, siempre tarda. Mañana me levantaré a las cinco y media, como todos los días. Saldré a correr por el parque, intentando agotar mi cuerpo para que mi mente tenga un respiro. Luego me ducharé, me vestiré impecable como siempre y me maquillaré para ocultar el cansancio. Haré todo como hasta ahora, es un plan perfecto, una rutina que no deja espacio para pensar, para sentir, para recordarla.

Pero mientras el sueño me vence, sé que todo eso es una ilusión. Puedo huir a Londres, puedo trabajar hasta cansarme, puedo intentar borrarla de mi memoria, pero Marta sigue ahí. En cada canción que escucho, en cada libro que leo, en cada rincón de mi mente que me niego a visitar durante el día, pero que se abre camino en mis sueños. Y lo peor es que una parte de mí, una que odio con todas mis fuerzas, quiere saber qué tiene que decirme. Quiere creer que hay una explicación que lo justifique todo, que le dé sentido a este tiempo de ausencia, de silencio, de dolor.

Hay una parte que me traiciona cuando, justo antes de dormirme, pienso: Quizá debería escucharla… Pero no, no lo haré, no puedo, no debo. Mañana será otro día, sin ella y más cerca de olvidarla, o eso quiero convencerme.

Capítulo 30

Marta

El mensaje de Irene llega mientras estoy preparando la cena. El sonido de una notificación hace que mi corazón se detenga por un segundo. Dejo lo que estoy haciendo, me limpio las manos y cojo el móvil.

Yo: Llegas tarde con tu arrepentimiento, Marta. Muy tarde. No quiero verte, no quiero hablar contigo, no quiero tus explicaciones. Lo que quiero es olvidarte. Así que, por favor, respeta al menos eso y déjame en paz.

Las palabras se clavan como astillas bajo mi piel. Tengo que apoyarme en la encimera para no caerme. No esperaba que me recibiera con los brazos abiertos, pero tampoco este rechazo. Quiero llorar, solo tengo ganas de gritar, por lo gilipollas que he sido, por perder a alguien como ella, por mis mierdas.

—¿Marta? ¿Estás bien? —dice mi hermana entrando en la cocina.

No, no lo estoy, pero no soy capaz de decir nada. Las palabras quedan atrapadas en mi garganta sin poder salir, siento una presión en el pecho. Conozco esta sensación. La ansiedad se está apoderando de mi cuerpo mientras mi cabeza comienza a decirme que es mejor así.

Abrazo a mi hermana, me aferro a ella como al último salvavidas en un océano. Clara me devuelve el abrazo, acaricia mi espalda y me asegura que todo va a estar bien, consigo calmarme un poco.

—Me odia —consigo decir sin soltar el abrazo—. Irene me odia.

Clara hace que me separe y sujeta mi rostro entre sus manos.

—Irene, ¿así se llama? —pregunta.

Asiento, porque el nudo sigue en mi garganta.

—¿Por qué te odia?

Cojo mi teléfono y se lo muestro para que sea ella quien lea el mensaje, hacerlo yo sería volver a sentir esa sensación de que algo dentro de mí se rompe.

—Marta, ¿qué esperabas? —dice cuando termina de leer—. Desapareciste sin explicación. La dejaste preguntándose qué había hecho mal, si estabas bien, si alguna vez significó algo para ti. Por supuesto que está enfadada.

—Lo sé —respondo, dejándome caer en la silla de la cocina—. Pero esperaba… no sé qué esperaba.

—Esperabas que te perdonara, que quisiera hablar contigo —dice Clara—. Que entendiera que fue por miedo y no por falta de amor.

Las lágrimas comienzan a bajar por mis mejillas de nuevo.

—Sí —admito—. Soy una egoísta.

—No, Marta, eres humana. Estabas asustada y huiste. Ahora te toca enfrentar las consecuencias de eso. No esperes que te reciba con los brazos abiertos. Tendrás que demostrarle que has cambiado,

o que estás en proceso de ello, que no vas a volver a desaparecer cuando las cosas se pongan difíciles.

—¿Y si no me da la oportunidad de demostrárselo? ¿Y si realmente quiere que la deje en paz?

Clara suspira y se apoya en la encimera.

—Entonces tendrás que respetarlo. Parte de amar es aceptar sus decisiones, incluso cuando nos duelen. Pero no creo que ese mensaje sea el final. Te ha respondido, Marta. Podría haberte bloqueado, ignorado, pero eligió decirte exactamente cómo se siente. Eso es comunicación, aunque sea dolorosa.

Sus palabras me dan un pequeño rayo de esperanza en medio de esta tormenta de culpabilidad y miedo.

—¿Qué hago ahora?

—Dale espacio, tiempo y, mientras tanto, sigue trabajando en ti, sigue con la terapia, demuéstrale, demuéstrate a ti misma que esta vez es diferente.

—Gracias —digo, limpiando las lágrimas—. No sé qué hubiera hecho si no tuviera este refugio.

—Para eso están las hermanas —responde con una sonrisa—. Marta, estoy orgullosa de ti. Por buscar ayuda, por enfrentar tus miedos, por intentar arreglar lo que rompiste. Hay que ser valiente y lo estás siendo.

Clara deja un beso en mi cabeza y me dice que va a la ducha. Vuelvo a coger el teléfono y miro el mensaje, duele, pero Clara tiene razón. Es comunicación y mientras la haya, hay esperanza.

Una semana después del mensaje de Irene estoy sentada de nuevo frente a Marina. Mis manos juegan con el borde de mi jersey. Estoy nerviosa, pero sé que tengo un propósito y un objetivo claro.

—¿Cómo te has sentido esta semana, Marta? —pregunta.

—Ha sido difícil —admito—. Irene me envió un mensaje como respuesta al mío y me afectó más de lo esperado.

—Es normal. Estás enfrentando las consecuencias de tus acciones, eso nunca es fácil.

Asiento, mordiéndome los labios. Otra vez, mis ojos llenos de lágrimas que quieren salir.

—Siento que debería hacer más, que mandarle mensajes desde aquí no es suficiente.

—¿Qué crees que sería suficiente?

—No lo sé —digo, pero en realidad conozco la respuesta a eso —. Tal vez verla en persona, explicarle cara a cara por qué lo hice.

—¿Dónde está ahora Irene?

—En Gran Canaria —respondo—. Trabajamos juntas, sería fácil encontrarla sin invadir su espacio personal. Volvería al trabajo y la vería.

La doctora asiente.

—Marta, ¿recuerdas lo que hablamos sobre la impulsividad y la determinación?

—Que la impulsividad es actuar sin pensar en las consecuencias, mientras que la determinación es perseguir un objetivo siendo

consciente de todos los posibles resultados —recito las palabras que me dijo.

—Exactamente. ¿Cuál es esto? ¿Impulsividad o determinación?

Reflexiono unos segundos antes de responder.

—Creo que es determinación. He pensado mucho en ello, sé que podría rechazarme, sé que podría perderla para siempre, pero también sé que no puedo seguir adelante sin intentarlo una última vez. Sin pedirle perdón cara a cara por todo.

Veo a la psicóloga sonreír.

—Me parece que es determinación, me alegro mucho de que vayas avanzando tanto en estas semanas. Llegaste aquí, paralizada por el miedo, por un patrón que repetías. Ahora estás dispuesta a enfrentarlo.

—Gracias a usted.

—No, esto es cosa tuya. Yo simplemente te doy herramientas, tú decides usarlas.

La veo coger algo que tiene al lado y entregármelo, es una libreta pequeña.

—Quiero que hagas un ejercicio. Cada vez que tengas un pensamiento negativo, cada vez que el miedo intente dominarte, escríbelo. Ponle nombre. El miedo pierde poder cuando lo nombras, cuando lo sacamos de la oscuridad de la mente y lo exponemos a la luz.

Miro la libreta como si ahora fuera mi cómplice.

—Tengo que volver a mi rutina, a mi trabajo. ¿Cómo podemos seguir con las sesiones por videollamada?

Marina asiente.

—Por supuesto. Y si prefieres, puedo derivarte a un colega de allí.

—No —respondo rápidamente—. Prefiero seguir, aunque sea a distancia. Confío en usted.

—En ese caso, programaremos sesiones por videollamada. Pero, Marta, recuerda: esto es volver a tu rutina, enfrentar a Irene, es solo una parte de tu proceso. Tu bienestar no puede depender únicamente del resultado de esa conversación con ella.

—Lo sé —aseguro, aunque una parte de mí sabe que ver a Irene, explicarle, intentar recuperarla, se ha convertido en el centro de mis pensamientos—. Estaré bien, pase lo que pase.

Estoy en el aeropuerto de Bilbao, nerviosa, me muevo con mi maleta entre los otros pasajeros. Anoche apenas dormí. Después de tomar la decisión, todo fue rápido: el billete de avión, notificar a Ramón que volvía y que estaba disponible. Ahora, a punto de embarcar, los nervios me consumen. ¿Estoy haciendo lo correcto? ¿O es otra decisión impulsiva disfrazada de determinación?

Saco la libreta que llevo en el bolso y escribo: «Tengo miedo de que Irene no quiera verme. Tengo miedo de recibir otro rechazo, esta vez cara a cara».

Miro lo que he escrito, nombrar al miedo no lo elimina, pero lo hace más manejable. La voz que anuncia el embarque del vuelo hace que levante la vista. Guardo la libreta y me pongo en la cola que me llevará a mi destino, a intentar hablar con Irene, a recuperar esa parte de mi vida que dejé escapar por miedo.

Cuando llego a Gran Canaria cojo un taxi que me deja en mi piso. Dejo la maleta en el salón y me voy a la terraza, donde contemplo la playa de Las Canteras, el mar, ese remanso de paz que me calma en mis días grises.

Me apoyo en la barandilla y el recuerdo de Irene viene a mi mente. Nunca la he dejado venir a mi espacio, a mi lugar seguro. Me siento tan culpable por haberle hecho tanto daño que no sé cómo manejar el dolor. Cojo una bocanada de aire e intento calmarme, pero los recuerdos llegan a mi mente, su sonrisa, sus caricias. Cierro los ojos con fuerza e intento sacarla de mi cabeza, al menos un instante, porque sé que después viene la cara que puso cuando me fui de su casa, cuando me miraba en la oficina y eso que quema por dentro.

Cojo mi móvil y decido que tengo que hacerlo, ser valiente y volver a escribirle. Necesito que hablemos y sé que suena egoísta, pero la amo y no sé cómo afrontar esto.

Yo: Estoy en Gran Canaria. Sé que dijiste que no querías verme, y lo respeto. Pero necesito que me des la oportunidad de explicarme en persona, antes de encontrarnos mañana en la oficina. Si decides que quieres oírme, podemos quedar esta noche en La Terraza, un local en Vegueta. Si no quieres, lo entenderé.

Pulso enviar y espero mirando la pantalla. No sé el tiempo que estoy absorta mirándola, solo sé que cuando llega el mensaje, siento como si fuera una carrera de fondo donde no hay meta.

Irene: Estoy en Londres, no en Gran Canaria. Si realmente quieres hablar, tendrás que esforzarte más que eso.

Leo el mensaje varias veces, intentando descifrar el tono. La intención detrás de esas palabras no es una invitación, pero tampoco es un rechazo.

Mi cabeza empieza con esos pensamientos intrusivos. «Se fue a Londres a olvidarte, a sacarte de su vida». «No la sigas, no lo intentes, no es lo correcto». «Olvídala, es peligrosa». Me pongo de pie y seco mis lágrimas, sacudo mi cabeza sacando esos pensamientos de mi mente. Y por un instante una idea ronda mi cabeza. Tengo que ir a Londres. Tengo que ir el fin de semana, tengo que intentarlo.

Voy a por la libreta y escribo: «Pase lo que pase, estoy orgullosa de haber llegado hasta aquí, de enfrentar mis miedos en lugar de dejar que vuelvan a invadirme. Eso ya es una victoria».

Tengo que intentarlo, por ella, por mí, por lo que fuimos y por lo que podríamos ser.

Esta vez no huiré.

Capítulo 31

Marta

El vuelo a Londres sale mañana por la tarde. Tengo menos de veinticuatro horas para organizarlo todo: ir al trabajo y avisar de que voy a salir antes, reservar el hotel, preparar lo que voy a decirle. Pero, sobre todo, tengo que prepararme mentalmente para la posibilidad de que me rechace de nuevo, esta vez cara a cara.

El siguiente paso es volver a escribirle, avisarle de que voy. No quiero que se vea obligada a nada, pero tampoco puedo rendirme sin intentarlo.

Escribo y borro el mensaje cuatro veces antes de decidirme:

Yo: Voy a Londres este fin de semana. Llegaré mañana por la noche. No tienes que verme si no quieres, pero estaré allí. Por si cambias de opinión.

Presiono enviar antes de arrepentirme. Esta vez no espero respuesta inmediata. Guardo el teléfono y saco la libreta que me dio Marina.

«Tengo miedo de hacer el ridículo. Tengo miedo de que me mire con indiferencia, como si nunca hubiera significado nada para ella. Tengo miedo de que sea demasiado tarde».

Escribir los miedos no los hace desaparecer, pero sí los hace más pequeños y más manejables.

Al día siguiente por la mañana voy a la oficina más temprano de lo normal. Necesito dejar todo organizado, y hablar con Ramón, ese hombre ha tenido una paciencia conmigo este tiempo que es infinita. Cuando llego al edificio está vacío, como era de esperar. Me gusta así, el silencio, la calma antes de que empiece el bullicio del día.

Estoy revisando unos informes cuando Diego aparece en mi despacho.

—Buenos días, Marta. Has vuelto y llegas temprano.

—Buenos días, Diego. Sí, he vuelto para quedarme. Tengo que dejar unas cosas listas antes de irme esta tarde.

—¿Te vas de nuevo? —pregunta.

—Solo el fin de semana. Un asunto personal.

Lo digo sin pensar. Antes simplemente lo hubiera mirado y le hubiera pedido que me dejara trabajar, ahora me veo hablando con el tipo que veía coquetear con Irene. ¿He sido amable? Sonrío y él me mira ladeando la cabeza. Puedo ver que quiere seguir preguntando, pero por suerte no lo hace.

—Por cierto —dice—, todos echamos de menos a Irene. El ambiente no es el mismo sin ella.

Sus palabras me duelen más de lo que me esperaba. ¿Por qué me habla de ella?

—¿Cómo está? —me atrevo a preguntar—. ¿Has hablado con ella?

—Está bien, según dice, pero suena cansada cuando hablamos. Creo que Londres está siendo más duro de lo que esperaba.

Aprieto los labios, sintiendo una punzada de culpa. Ella está en Londres, lejos de casa, trabajando hasta el agotamiento, y yo soy parte de la razón por la que se fue.

—Gracias por contarme, Diego.

Cuando se va, vuelvo a mi trabajo, pero las palabras resuenan en mi cabeza. Suena cansada, Londres está siendo duro.

Sobre las diez veo a Ramón pasando por delante de mi despacho. Mira al interior y asiente para dirigirse al suyo. Tengo que hablar con él y decirle que salgo a las dos, que tengo que hacer algo pendiente. Me dirijo rápidamente a su oficina, golpeo la puerta y él me hace pasar.

—Marta, me alegra saber que estás de vuelta —dice cuando me ve—. ¿Todo bien?

—Sí, todo bien —digo, tomando asiento—. Necesito pedirte otro favor. Sé que acabo de volver, pero tengo que salir hoy a las dos. Es por algo personal.

Él me observa en un silencio que me pone nerviosa.

—¿Tiene que ver con alguien? —pregunta, y su tono no es de jefe, sino de alguien preocupado.

—¿Cómo…?

—Es una oficina pequeña, hay rumores, comentarios. Nunca te he visto así antes, Marta. Me preocupa tu estado, lo que está pasando en tu vida, porque esto está afectando al trabajo. Has teletrabajado, no es un reclamo, sino que no eres la Marta de antes,

y no hablo de eficiencia, lo sigues siendo, hablo de cómo te veo: cansada, agotada. ¿Qué te pasa realmente?

—Es por Irene —admito, porque mentir a estas alturas no tiene sentido—. Necesito hablar con ella.

—Vete antes. El lunes te espero aquí, y espero que todo esté mejor.

—Gracias, Ramón. De verdad.

Me levanto para salir, para terminar lo que tengo pendiente e ir al aeropuerto.

—Espera —me pide.

Me giro y lo miro fijamente.

—No quiero sonar como una mala persona, pero debes poner tu vida en orden, no va a haber más tiempo libre, más excusas para irte. Ahora no te hablo como un amigo, te hablo como un jefe, y necesito a Marta, la que está aquí y no con la cabeza en otra parte. El lunes se habrán acabado las oportunidades. Arregla lo que tengas que arreglar, pero ya no más tiempo para cosas personales.

Asiento y suspiro. Ramón tiene razón, no puedo joder mi trabajo por cómo me siento o por las cagadas que he hecho.

—No sé si lo voy a arreglar, porque la he cagado demasiado, pero voy a intentarlo. Si no quiere saber nada de mí, lo seguiré intentando, pero prometo que no va a interferir más en mi trabajo.

—Perfecto —dice asintiendo—. Espero que lo que hayas hecho tenga solución.

Hay una pregunta que me quema por dentro: si Ramón pudiera traerla, si le dijera que volviera a Gran Canaria.

—¿Puedes hacer que vuelva? —la hago y me arrepiento de inmediato—. Olvida lo que te acabo de decir.

—No. Es tu mierda, soluciónala. Irene es necesaria en Londres, Tom me mataría si le digo que vuelva. No voy a intervenir en nada entre vosotras. Ahora fuera de mi despacho antes de que me arrepienta de dejarte marchar antes de la hora.

A las dos en punto salgo de la oficina con mi maleta de mano. En el taxi hacia el aeropuerto, reviso mi teléfono, no hay respuesta de Irene. Una parte de mí esperaba que dijera algo, aunque fuera otro rechazo. El silencio es peor, porque deja espacio para la imaginación, para el miedo.

Llego y me dirijo a pasar el control y después a la puerta de embarque. Una vez sentada, saco la libreta.

«Tengo miedo de que el silencio signifique que ya no le importo. Tengo miedo de haberla perdido para siempre».

El vuelo dura algo más de cuatro horas. Intento leer, ver una película, dormir. Nada funciona. Mi mente está en Londres, imaginando cómo será verla de nuevo, qué le diré, cómo reaccionará ella.

Cuando aterrizamos ya es de noche. Tomo un taxi y me dirijo al hotel que reservé en *Canary Wharf,* donde me quedé la vez que fui unos días a Londres. Por suerte sabía dónde están las oficinas allí.

En la habitación del pequeño hotel, dejo la maleta en la cama. Son las nueve de la noche, demasiado tarde para presentarme en su apartamento, demasiado pronto para rendirme.

Saco el teléfono y escribo otro mensaje:

Yo: Estoy aquí, en Londres. Sé que es tarde, pero mañana me gustaría verte, aunque sean cinco minutos, por favor.

Esta vez la respuesta llega rápido:

Irene: No sé qué esperas conseguir viniendo hasta aquí.

Al menos es algo, es comunicación, me recuerdo, aunque sea fría, distante.

Yo: Solo quiero explicarme, y decir las cosas que debí decir hace tiempo.

Pasan varios minutos sin respuesta. Me imagino a Irene leyendo y releyendo mi mensaje, debatiendo consigo misma si darme la oportunidad o no.

Irene: Hay una cafetería cerca de *Canary Wharf. The Silly Grind.* Mañana a las diez.

Mi corazón da un vuelco. Ha aceptado verme.

Yo: Allí estaré. Gracias.

No hay más mensajes después de eso. Dejo el teléfono y me tumbo en la cama, mirando al techo. Mañana la veré, mañana tendré la oportunidad de explicarme, de pedirle perdón, de decirle todo lo que mi miedo me impidió decir antes. Pero también sé que mañana podría perderla definitivamente.

Saco la libreta por última vez antes de ir a la ducha.

«Mañana seré valiente, mañana enfrentaré las consecuencias de mis acciones, mañana le diré que la amo, incluso si ya es demasiado tarde».

Responderé a todas sus preguntas, incluida la que más temo: ¿por qué hui?

Capítulo 32

Irene

No he dormido. Cada vez que cierro los ojos veo su mensaje: «Estoy aquí, en Londres». Como si fuera tan fácil, como si presentarse donde trabajo, en mi refugio de los últimos meses, pudiera arreglar todo lo que rompió.

Son las seis de la mañana y ya estoy despierta, mirando el techo del apartamento. Decido levantarme, no voy a intentar dormir, no puedo. Me levanto y voy a la cocina, preparo mi café, como me gusta, fuerte. Lucía dice que algún día mi estómago se rebelará, pero por ahora es lo único que me mantiene funcionando.

Mientras el café se hace, reviso el teléfono. Tres mensajes de Lucía de anoche que no vi:

Lucía: ¿Cómo estás? Hace días que no hablamos.

Lucía: Irene, responde o iré a Londres a arrastrarte de vuelta.

Lucía: Vale, mañana te llamo. Más te vale contestar.

Sonrío. Mi amiga sigue siendo mi ancla, incluso en la distancia, mi seguridad cuando la pierdo, la que soporta mis lágrimas llorando por Marta, la que me da aliento cuando a mí me falta.

Hay otro mensaje, es de Tom:

Tom: Buen trabajo con la presentación. Los inversores quedaron impresionados. Este fin de semana, descanso para todos, nos lo merecemos.

Debería sentirme orgullosa. He trabajado duro, he demostrado mi valía, he hecho exactamente lo que vine a hacer aquí, pero todo se siente vacío, como si estuviera viviendo mi vida desde fuera, sin realmente vivirla.

Y luego está su mensaje, el que no he dejado de releer desde anoche.

«Solo quiero explicarme, y decir las cosas que debí decir hace tiempo».

¿Qué puede decirme que cambie algo? ¿Qué explicación justifica su desaparición, su silencio, el dolor que me causó? Me digo que acepté verla solo para cerrar este capítulo, para poder seguir adelante sin dudas, pero una parte de mí, esa que odio, sabe que es mentira. Lo hice porque, a pesar de todo, quiero verla. Porque una parte de mí todavía espera que tenga algo que decir que lo cambie todo.

Me meto en la ducha intentando lavar toda la ansiedad que me consume. El agua caliente ayuda un poco, pero cuando salgo y me veo en el espejo, las ojeras siguen ahí, evidentes. Por suerte, el maquillaje ayudará, como siempre.

A las nueve y media salgo del apartamento. La cafetería está solo a cinco minutos, pero necesito un poco de aire, caminar hasta poder calmar mis nervios. Cuando pongo un pie en la calle, todo está más calmado que entre semana: menos ejecutivos corriendo y más

familias paseando. Me gusta este ritmo más pausado, aunque hoy todo parece demasiado lento, necesito llegar y enfrentarme a esto.

Llego a la cafetería quince minutos antes. Es un sitio pequeño, me pongo en la mesa del fondo desde donde puedo ver la entrada, y me pido un capuchino.

Mi móvil vibra y me pongo nerviosa pensando que es ella, que vuelve a huir, que me dirá que no puede venir. Cuando miro la pantalla veo que es Lucía, y suspiro intentando relajarme.

—Por fin —dice cuando descuelgo—. Pensé que me estabas evitando.

—Lo siento, ha sido una semana intensa.

Suspiro mientras aprieto el puente de la nariz.

—¿Qué pasa? ¿Estás trabajando? Joder, Irene, necesito saber que estás bien.

—Marta está en Londres.

El silencio que sigue después dura tanto que pienso que la llamada se ha cortado y tengo que separar el teléfono para confirmar que no es así, sino que simplemente Lucía no se esperaba lo que le acabo de confesar.

—¿Perdona? —dice—. ¿Me estás diciendo que la mujer que te rompió el corazón, que despareció sin explicación, está ahí?

—Sí, voy a verla en unos minutos.

—Irene… —empieza Lucía, y puedo notar la preocupación en su voz—. ¿Estás segura de esto?

—No. Pero necesito hacerlo, necesito escuchar lo que tenga que decir, aunque solo sea para poder pasar página.

—¿O para darle otra oportunidad?

La pregunta me hace ver una realidad que no me atrevo a admitir.

—No lo sé, Lucía. De verdad que no lo sé.

—Mira, te conozco, y sé que todavía una parte de ti la quiere, pero, por favor, no dejes que te vuelva a hacer daño, no permitas que sus palabras te hagan olvidar cómo te sentiste cuando despareció.

—No lo haré —prometo, aunque no estoy segura de poder cumplirlo.

—Llámame después, ¿vale? Necesito saber que estás bien.

—Lo haré, te lo prometo.

Cuelgo justo cuando la veo entrar. Está ahí en la puerta de la cafetería, buscándome con la mirada. Me pregunto qué hago aquí, por qué no huyo como ella hizo, la respuesta es más sencilla de lo que parece: porque no puedo, porque, aunque me cueste admitirlo en voz alta, sigo enamorada de Marta Rivas.

Maldigo el momento en que nuestras miradas se encuentran, el tiempo parece detenerse. Sonríe, y por un segundo solo somos nosotras dos mirándonos en una cafetería llena de gente, con un dolor que parece haber desaparecido y miles de palabras no dichas entre nosotras. Camina hacia mí, lentamente, como si tuviera miedo de que salga corriendo. Se sienta frente a mí sin decir nada, el silencio se extiende, pesado, lleno de todo lo que no hemos dicho.

—Gracias por venir —dice con esa voz que ya no recordaba—. No estaba segura de que lo hicieras.

—Casi no lo hago —respondo con tono frío—. Sigo sin estar segura de por qué estoy aquí.

Veo cómo traga saliva, está nerviosa. Esta Marta insegura es nueva para mí.

—¿Quieres tomar algo? —pregunta.

—Ya tengo —señalo el capuchino que debe de estar frío.

—Claro.

Se levanta y va a la barra a pedir, la observo a la distancia. Me cabreo porque sigo sintiendo exactamente lo mismo por ella, no entiendo por qué sigo anclada a esa mujer, por qué no puedo odiarla. No puedo aceptar lo que me tenga que decir y ya, necesito saber que esta vez no va a irse cuando las cosas se pongan complicadas, que va a saber enfrentar sus miedos, o lo que sea que le pase. Porque no podría soportar otra vez más silencios.

Veo que viene y nuestros ojos vuelven a encontrarse. Tengo la tentación de provocarla, de pasarme la lengua por los labios, pero eso solo complicaría más las cosas, no quiero que me vea solo como deseo.

—No sé por dónde empezar —admite cuando está sentada de nuevo enfrente.

—Por el principio estaría bien —respondo—. ¿Por qué te fuiste sin decir nada? ¿Por qué me dejaste preguntándome qué había hecho mal?

—No hiciste nada mal —se apresura a decir—. Nada, Irene. Esto nunca fue sobre ti, fue sobre mí, sobre mis miedos, sobre…

—Sobre cómo prefieres huir antes que enfrentar lo que sientes —la interrumpo, y el dolor en mi voz es evidente—. Ya lo sé, Marta. No es la primera vez que lo haces.

Veo cómo sus ojos contienen las lágrimas, se muerde el labio inferior intentando calmarse.

—Tienes razón, es un patrón que he repetido toda mi vida. Pero esta vez… —su voz se quiebra y suspira para calmarse—. Esta vez me di cuenta de lo que estaba perdiendo. De lo que perdí.

—¿Y eso cambia algo? —pregunto—. ¿Darte cuenta después de haberme destrozado hace que todo esté bien?

—No —responde, y una lágrima finalmente se escapa—. No cambia nada de lo que hice, pero estoy intentando cambiar.

—¿Intentando? ¿Crees que eso es suficiente? ¿Crees que…?

—Por favor —suplica mientras intenta controlar las lágrimas que siguen resbalando por su mejilla—. Déjame hablar.

Me mantengo en silencio, mi respiración se agita, no quiero verla así tampoco, pero ahora mismo se ha apoderado de mí la rabia, ese ego que me dice que no se lo ponga fácil, que no caiga tan rápido entre sus brazos.

—Estoy en terapia, Irene. Estoy trabajando en entender por qué huyo, por qué me da tanto miedo depender de alguien.

Su confesión me sorprende. Marta, la mujer que siempre tiene todo bajo control, admitiendo que necesita ayuda.

—Me alegro por ti —digo—. De verdad, pero eso no cambia lo que pasó entre nosotras.

—Lo sé. Solo quería pedirte perdón, por todo. Siento tanto haberte hecho daño, siento haber huido, siento no haber sido suficientemente valiente para quedarme y luchar por lo que teníamos afrontando mis miedos.

Un nudo se instala en mi garganta. Escuchar sus disculpas por primera vez debería hacerme sentir mejor, pero solo hace que duela más.

—¿Por qué ahora, Marta? ¿Por qué viniste a Londres? ¿Qué esperas conseguir con esto?

Me mira directamente a los ojos, y en ellos veo algo que hace que mi corazón se acelere: sinceridad, vulnerabilidad sin máscaras.

—Porque te amo —confiesa—. Te amo y no quiero perderte sin haberlo intentado. Sin haberte dicho que entiendo si no puedes perdonarme, pero que necesitaba que supieras que lo que siento es real.

Las lágrimas que he estado conteniendo finalmente caen. Porque escucharla decir eso, después de todo este tiempo, después de todo el dolor, es demasiado.

—Yo también te amaba —susurro—. Tanto que dolía. Y cuando te fuiste, cuando desapareciste sin explicación, sentí que me arrancaban una parte de mí.

—Lo sé, y lo siento tanto, Irene…

—No —la interrumpo, levantando una mano—. Necesito decir esto. Te amaba, Marta. Pasado. Porque el amor no es solo un

sentimiento. Es una elección, una decisión de quedarse incluso cuando es difícil, y tú elegiste irte.

Veo cómo sus lágrimas caen ahora, sin que intente detenerlas. Sé que estoy siendo demasiado dura, que incluso esto que expreso es mentira, pero ahora la que tiene miedo soy yo. Necesito estar segura de que está poniendo remedio a sus huidas.

—Tienes razón —dice—. Elegí irme, y fue la peor decisión de mi vida.

Nos quedamos en silencio, solo nuestras respiraciones entrecortadas llenando el espacio entre nosotras.

—No sé qué quieres que diga —admito—. No sé si puedo darte lo que buscas.

—No busco nada —responde—. Solo quería que supieras la verdad. Que supieras que no fue porque no me importaras, fue porque me importabas demasiado y no sabía cómo manejarlo.

Miro su cara, esa que he visto en mis sueños tantas noches, y una parte de mí, esa que nunca ha dejado de amarla, quiere creerla, quiere perdonarla, quiere darle otra oportunidad. Pero otra parte, la que todavía sangra por las heridas que dejó, sabe que no es tan simple.

—Necesito tiempo —digo—. Necesito pensar en todo esto.

Marta asiente, limpiándose las lágrimas.

—Entiendo. Estaré aquí hasta mañana por la noche. Si decides que quieres hablar más, o si decides que no quieres volver a verme nunca, respetaré cualquier decisión que tomes.

Se levanta para irse, pero antes de hacerlo, dice una última cosa:

—Gracias por escucharme. Irene, eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Lo siento tanto por no haberlo valorado cuando lo tenía.

La veo marcharse de la cafetería. Me quedo aquí sentada, mirando el capuchino frío, sintiendo que mi mundo acaba de volverse del revés otra vez.

Saco mi teléfono y llamo a Lucía.

—¿Y bien? —pregunta sin saludar.

—Me dijo que me ama.

—Mierda.

—Sí —respondo—. Mierda.

Capítulo 33

Marta

Salgo de la cafetería sin mirar atrás, aunque me muera por hacerlo. Mis piernas tiemblan mientras camino sin rumbo por las calles de Londres. La gente pasa a mi lado; todos viven sus vidas mientras la mía parece haberse detenido en esa mesa de *The Daily Grind*.

«Me dijo que me amaba. Pasado».

Sus palabras resuenan en mi cabeza como un eco que no puedo silenciar. No «te amo», sino «te amaba». Un tiempo verbal que marca una distancia, una puerta cerrada, un final.

Camino durante casi una hora sin prestar atención a dónde voy; solo meto las manos en los bolsillos de la chaqueta y sigo en silencio como un autómata, sin un destino, sin un propósito, solo respirando para no ahogarme. Cuando me detengo, estoy frente al Támesis. Saco la libreta que Marina me dio y busco un banco donde sentarme.

«Le dije que la amo y ella respondió en pasado. Tengo miedo de que sea demasiado tarde. Tengo miedo de haberla perdido para siempre. Tengo miedo de que todo este trabajo en mí misma no sirva para recuperarla».

Escribo hasta que me duele la mano, hasta que las lágrimas hacen que la tinta se corra. Una pareja de ancianos que pasa me mira con preocupación, pero no se detiene. Aquí, en esta ciudad enorme, nadie se detiene por una mujer llorando en un banco.

Mi teléfono vibra. Es mi hermana Clara.

Clara: ¿Cómo fue?

No puedo escribir, no sé expresar con palabras escritas lo que estoy sintiendo ahora mismo, así que la llamo.

—Marta —dice al contestar, y solo escuchar su voz hace que me derrumbe de nuevo—. ¿Qué pasó?

—No lo sé —respondo entre sollozos—. Le dije que la amaba y ella… ella me dijo que me amaba, pero en pasado, Clara.

—Marta…

—Cometí un error viniendo aquí. Pensé que, con disculparme, con explicarme, con decirle la verdad, sería suficiente. Pero no lo es. No puedo borrar el daño que le hice.

—No puedes —afirma, y me alegra que no intente consolarme con mentiras—. Pero fuiste, Marta, te enfrentaste a ella, a tus demonios, fuiste valiente y eso ya es algo.

—Siento como que he fracasado. He perdido lo único que he amado en toda mi existencia por gilipollas. He fracasado en la única cosa en la que no debía.

—Marta, escúchame. Hiciste lo correcto, le diste la verdad que le debías. Ahora ella tiene que decidir qué hacer con esa información, y tú tienes que respetar su decisión, sea cual sea.

—¿Y si decide que no me quiere en su vida? —pregunto, y siento cómo las lágrimas brotan sin control.

—Entonces te dolerá mucho, pero sobrevivirás. Lo que importa es que sigas trabajando en ti, no por ella, sino por ti.

Tiene razón, pero saber que la tiene no hace que duela menos.

—¿Cuándo vuelves a la isla? —pregunta.

—Mañana por la noche. Tengo que volver al trabajo desde la oficina; Ramón ha tenido demasiada paciencia conmigo.

—Ese hombre se merece un monumento —dice riendo, y por primera vez en el día me saca una sonrisa al escucharla—. Respecto a Irene, no puedes…

—No voy a presionarla, Clara, ya le he hecho suficiente daño. Si quiere hablar conmigo, sabe dónde encontrarme.

Hablamos un poco más antes de colgar. Clara me hace prometer que comeré algo, que no me quedaré en la habitación del hotel todo el día. Promesas que no estoy segura de poder cumplir.

Regreso caminando de nuevo; esta vez me obligo a contemplar la ciudad. No quiero seguir caminando absorta en mis pensamientos, castigándome por todas las malas decisiones que he tomado antes.

En mi habitación, me tumbo en la cama y miro al techo como tantas veces hago. Son apenas las dos de la tarde, pero estoy agotada, como si hubiera corrido una maratón. Miro mi teléfono, que está en la mesilla, en silencio, burlándose de mí por su falta de notificaciones. Pienso en escribirle otro mensaje, pero ¿qué puedo decir? Ya le dije todo lo importante. Ahora solo queda esperar, y esta espera es algo que no sé cómo manejar.

A las cinco de la tarde, el hambre me obliga a salir de la habitación. Por suerte hay un pequeño restaurante italiano cerca del hotel. Me siento y pido pasta que apenas pruebo.

—¿Todo bien con la comida? —pregunta el camarero cuando viene a recoger mi plato.

—Perfecto —miento—. Solo que no tengo mucho apetito.

De vuelta al hotel, intento leer, ver la televisión, cualquier cosa que distraiga mi mente; nada funciona. Todas las canciones me recuerdan a ella, todos los programas parecen hablar de amores perdidos, de segundas oportunidades que nunca llegan.

A las once de la noche me rindo y tomo una pastilla para dormir. Necesito descansar, apagar mi cerebro, aunque sea por unas horas.

Me despierta la luz entrando por la ventana; cuando miro la hora, me doy cuenta de que son las diez de la mañana. He dormido casi doce horas, pero sigo sintiéndome agotada. Reviso mi teléfono y no hay nada de Irene; sí hay un mensaje de Marina, mi psicóloga:

Marina: Recuerda que este viaje no se trata solo del resultado con Irene. Se trata de que fuiste capaz de enfrentar tus miedos. Eso es un logro. ¿Cómo te sientes?

Pienso en su pregunta. ¿Cómo me siento?

Yo: Triste, pero también orgullosa. Hice algo que me aterraba y sobreviví. Eso tiene que contar para algo.

Su respuesta es rápida:

Marina: Cuenta para mucho. Significa que estás cambiando. El dolor es parte del proceso, pero no es el final. Hablamos en nuestra próxima sesión. Cuídate.

Guardo el móvil y me doy una ducha. Cuando salgo, tomo la decisión de que no voy a pasarme el día encerrada esperando un mensaje que probablemente no llegará. Voy a salir, a conocer la ciudad donde Irene está reconstruyendo su vida. Paso el día recorriendo Londres.

A las cinco de la tarde estoy de vuelta en el hotel, metiendo las cosas en la maleta. Mi teléfono sigue en silencio. Me tienta la idea de escribirle, de rogarle, de decirle que quiero que volvamos, pero eso solo empeoraría las cosas, ella mantuvo la distancia cuando yo la dejé sin ninguna explicación, ahora simplemente estoy recogiendo lo que sembré una vez en ella. La duda.

A las seis, cuando estoy a punto de pedir un taxi al aeropuerto, escribo un último mensaje. Sé que dije que no lo haría, pero rendirme no es una opción, no ahora.

Yo: Me voy esta noche. Quiero que sepas que respeto tu decisión, sea cual sea, y que, pase lo que pase, voy a seguir trabajando en mí misma. No por ti, aunque me gustaría que fuera para volver a intentarlo, sino porque me lo debo a mí misma. Gracias por escucharme ayer. Te quiero, Irene, nunca he dejado de hacerlo.

Presiono enviar y apago el teléfono; no quiero pasarme el vuelo pendiente de la pantalla, esperando una respuesta.

En el aeropuerto, mientras espero en la puerta de embarque, saco la libreta.

«Vine a Londres, le dije la verdad, fui valiente y, aunque no obtuve el resultado que esperaba, hice lo correcto. Eso es lo que importa. Estoy aprendiendo que no puedo controlar cómo se sienten

los demás, solo cómo actúo yo, y ahora he actuado con honestidad y valor. Hoy no hui».

Cierro la libreta cuando anuncian mi vuelo. Camino hacia la puerta de embarque, no miro atrás, no reviso el teléfono, no me permito fantasear con que Irene aparezca corriendo para detenerme como en las películas. Esto es la vida real, y en ella, a veces haces todo lo correcto y aun así no obtienes el final feliz que esperabas.

El avión despega. Cierro los ojos y dejo que las lágrimas caigan en silencio. Hice lo que vine a hacer, le dije la verdad, ahora solo queda seguir adelante, con o sin ella. Y, aunque duela, aunque mi corazón se sienta roto, hay una pequeña parte de mí que sabe que esto también es un tipo de victoria, porque no hui, me quedé, enfrenté mis miedos y eso, por ahora, tendrá que ser suficiente.

Capítulo 34

Irene

Llevo dos días mirando mi teléfono como si fuera a explotar. Desde que Marta salió de la cafetería el sábado, no he podido pensar en otra cosa. Sus palabras siguen resonando en mi cabeza: «Te amo». Presente, no pasado. Mientras yo le dije «te amaba», marcando una distancia que ni siquiera estoy segura de sentir realmente.

Es lunes por la mañana y estoy en la oficina, fingiendo revisar unos informes a los que no les estoy prestando atención. Tom entra en mi despacho, ya que la puerta está abierta. Aquí tengo oficina, un espacio que me da calma en momentos como estos en los que mi cabeza lucha una batalla interna.

—Buen trabajo estas semanas, Irene. Eres impresionante en lo que haces.

—Gracias —respondo, sin levantar la vista.

—¿Estás bien? Pareces distraída.

—Estoy bien, solo un poco cansada.

No es mentira. Apenas he dormido desde el sábado. Cada vez que cierro los ojos, veo a Marta frente a mí en esa cafetería, vulnerable, con las lágrimas cayendo por sus mejillas, diciendo palabras que tanto tiempo esperé escuchar.

Cuando Tom se va, reviso mi móvil de nuevo. El último mensaje de Marta llegó el domingo por la noche:

«Me voy esta noche. Quiero que sepas que respeto tu decisión, sea cual sea, y que, pase lo que pase, voy a seguir trabajando en mí misma. No por ti, aunque me gustaría que fuera para volver a intentarlo, sino porque me lo debo a mí misma. Gracias por escucharme ayer. Te quiero, Irene, nunca he dejado de hacerlo».

Lo he leído al menos cincuenta veces. Cada palabra, cada coma, buscando un significado oculto, una pista de lo que debería hacer.

«Aunque me gustaría que fuera para volver a intentarlo».

Esa frase me persigue, porque una parte de mí, la que nunca dejó de amarla, también quiere intentarlo, pero la otra, la que aún duele, me recuerda el dolor de su ausencia, el silencio, las noches preguntándome qué había hecho mal.

A la hora del almuerzo salgo a caminar, necesito aire, espacio para pensar. Termino en un pequeño parque cerca de la oficina, sentada en un banco, comiéndome un sándwich mientras veo pasar a la gente.

Mi teléfono suena, es Lucía llamando.

—¿Y bien? —dice cuando contesto—. ¿Has tomado una decisión?

—No lo sé, Lucía, sigo dándole vueltas.

—Llevas dos días dándole vueltas, en algún momento tendrás que decidir.

—Lo sé, es solo que… es complicado —digo suspirando.

—¿Qué es lo complicado? ¿La amas todavía? —pregunta, y siento que me desarmo.

—Sí —admito en voz baja—. Nunca he dejado de hacerlo.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—El problema es que el amor no es suficiente. Ella me hizo daño, Lucía, me dejó sin explicaciones, sin siquiera una despedida. ¿Cómo puedo confiar en que no volverá a hacerlo?

Lucía suspira, creo que de desesperación por mi indecisión.

—No puedes. No hay garantías en el amor, Irene, nunca las hay. Ella está en terapia, está trabajando en sus problemas, eso es algo que antes no hizo. Vino hasta Londres para disculparse contigo, eso tiene que contar para algo. Joder, Irene, ojalá alguno de los tíos con los que he estado hubiera hecho la mitad de lo que esa mujer está haciendo para intentar recuperarte.

—¿Y si no es suficiente? ¿Y si vuelvo a entregarme y ella vuelve a irse? —pregunto.

—Entonces te levantarás de nuevo, como lo hiciste esta vez. Pero, Irene, ¿y si no lo hace? ¿Y si esta vez se queda?

La posibilidad de que se quede me emociona tanto, pero la de que huya me aterra.

—No sé si soy lo suficientemente valiente para arriesgarme de nuevo.

—Eres la mujer más valiente que conozco —dice Lucía—. Te fuiste a otro país para empezar de nuevo. Enfrentaste tu dolor en lugar de esconderte. Claro que eres valiente.

Lo más irreal de todo esto es que si me atreví a irme, a pedir una oportunidad en mi trabajo, fue gracias a Marta, a lo que me hizo ver que ni yo misma veía.

—¿Y si me equivoco?

—¿Y si no te equivocas? —rebate, lo hace para que deje de dudar, lo sé.

Nos quedamos en silencio un momento. Lucía me conoce demasiado bien, sabe que necesito procesar las cosas a mi ritmo.

—Escucha —dice—. Sea cual sea tu decisión, la apoyaré. Si decides darle otra oportunidad, estaré aquí para ti, y si decides que es mejor seguir adelante sin ella, también estaré. Pero lo que no puedes hacer es quedarte paralizada por el miedo.

—Gracias, Lucía.

—Para eso están las amigas. Ahora solo te toca decidir qué es lo que quieres hacer con tu vida.

Cuelgo y me quedo mirando al vacío. ¿Qué quiero hacer con mi vida? Es la pregunta más importante de mi vida, la que puede modificar no solo mi presente, sino mi futuro.

Londres ha sido bueno para mí profesionalmente. He demostrado lo que valgo, he aprendido. Pero ¿esto es lo que quiero? ¿Una vida en una ciudad extranjera, trabajando hasta el agotamiento para no pensar en lo que dejé atrás?

Saco mi móvil y abro la conversación que tengo con Marta. Mis dedos se mueven sobre el teclado, escribiendo y borrando mensajes.

«Yo también quiero intentarlo».

Borro.

«Necesito más tiempo».

Borro.

«No puedo hacer esto».

Borro.

Cierro los ojos y pienso en qué es lo que quiero, qué necesito ahora mismo, qué me dice mi corazón y no la cabeza que me hace huir como una vez hizo ella.

Yo: Podemos hablar cuando vuelva a Gran Canaria. Necesito pensarlo más.

Lo releo tres veces antes de enviarlo. No es un sí, pero tampoco un no. Es lo único honesto que puedo darle ahora mismo.

La respuesta no se hace esperar:

Marta: Gracias por responder. Estaré aquí, esperando. Tómate todo el tiempo que necesites.

Me levanto y me dirijo a la oficina. Todavía no he tomado una decisión, pero al menos he dado un paso. He respondido, he dejado una puerta entreabierta.

El resto del día pasa entre reuniones y presentaciones. Cada vez que puedo, mi mente vuelve a Marta, a la forma en que me miraba en la cafetería, a la sinceridad de su voz cuando dijo que me amaba, a las lágrimas que no intentó ocultar.

Vuelvo a mi apartamento y me sirvo una copa de vino. Me siento en la butaca de la cocina, miro a mi alrededor. No es mi espacio, pero lo ha sido durante estos meses. Extraño mi casa, los días con Marta allí, el cómo fui construyendo un espacio para ella también y que no supo ver.

¿Extraño Gran Canaria o lo que podría haber sido con Marta?

Mi teléfono vibra, es un mensaje de Tom:

Tom: Olvidé mencionarlo hoy, pero queremos que te quedes aquí. Vamos a preparar una propuesta formal. Felicidades, te lo has ganado.

Leo el mensaje varias veces: una oferta permanente en Londres. Es lo que vine a buscar, ¿no? Una oportunidad, un nuevo comienzo, un escape. Ahora no estoy segura de que sea lo que quiero.

Yo: Gracias, Tom. Pensaré la propuesta cuando me la hagan.

Dejo el teléfono a un lado mientras bebo de la copa de vino. Hace semanas habría aceptado sin pensarlo, habría visto esto como la validación de mi decisión de venir aquí, como una señal de que hice lo correcto. Pero ahora todo parece más complicado. Porque Marta vino hasta aquí, se disculpó, me dijo que me amaba y está trabajando en sí misma, en sus problemas, en los miedos que la hacían huir.

¿Es suficiente?

Me levanto y voy a la ventana. Veo la ciudad que parece nunca dormir. Es hermosa, vibrante, llena de oportunidades, pero no es mi hogar. Y de repente, con esa claridad que solo llega en los momentos más inesperados, sé lo que quiero hacer.

No voy a tomar esta decisión basándome en Marta, ni en el miedo, ni en el dolor. Voy a tomarla sabiendo lo que realmente quiero para mi vida. Y lo que quiero no está en Londres. Saco mi móvil y abro la conversación con Marta.

Yo: Vuelvo a Gran Canaria en dos semanas, podemos hablar.

Esta vez no borro el mensaje. Lo envío.

Su respuesta llega en segundos:

Marta: Aquí estaré. Gracias por darme esta oportunidad.

Me quedo mirando la pantalla, sonriendo sin darme cuenta. La quiero, lo admito, pero esta vez no es ese miedo aterrador. Sé que tenemos que hablar mucho, poner condiciones y límites que no se deben traspasar, pero veo una esperanza, y tal vez, solo tal vez, eso sea suficiente para empezar.

Capítulo 35

Marta

Han pasado dos semanas desde que volví de Londres, desde que Irene me escribió diciendo que volvería a Gran Canaria. Dos semanas de nervios y de una esperanza que apenas me atrevo a sentir.

Es martes por la mañana y estoy en la oficina, revisando números que apenas logro procesar. Mi mente está en otro lugar, contando los días. Irene podría llegar en cualquier momento; no me dijo el día exacto, solo en dos semanas y esas ya han pasado.

—Marta, ¿tienes los informes del proyecto Hernández? —pregunta Rafael, el vicedirector.

—Sí, claro —respondo, buscando la carpeta—. Aquí están.

—Eres la mejor —dice antes de salir.

Vuelvo a mi pantalla. Rutina, eso es lo que Marina, mi psicóloga, me dijo y me pidió que mantenga. «No dejes que la espera paralice tu vida. Sigue con tus cosas, sigue funcionando». Y eso es lo que hago y sigo haciendo. Me levanto a las seis y media de la mañana, hago algo de ejercicio para obligar a mi mente a no pensar, desayuno y voy al trabajo. Cumplo con mis responsabilidades, aunque a veces tenga que leer el mismo email tres veces para

entenderlo. Me obligo a salir a la hora de comer y también a mi hora; no quiero que el trabajo sea mi refugio como otras tantas veces, es por qué entonces no estaré cambiando, solo dejando que los días pasen sin hacer nada, sin controlar los pensamientos, sino que el trabajo me absorba como hacía antes.

A la hora de comer salgo y, después de hacerlo, voy a la avenida y tomo asiento en el muro que la recorre, saco mi móvil. No hay mensaje de Irene, lo guardo, cierro los ojos, dejando que el sol caliente mi rostro.

«Estás haciendo lo correcto», me digo a mí misma. «Dándole espacio, respetando sus tiempos».

Pero la espera es agotadora. Cada vez que mi teléfono vibra, mi corazón se acelera; cada notificación podría ser ella, pero nunca lo es. Después de unos minutos vuelvo a la oficina. El resto de la tarde sigo con los informes, hasta que llegan las cuatro de la tarde y salgo del edificio.

Sigo con lo planeado: llegar, mirar si hay algo pendiente que tenga que hacer y vuelta al ejercicio. La bicicleta me espera, mientras la hago escuchando música, dejo que las lágrimas corran por mi rostro, dejando salir todo, no me permito reprimirlo, cosa que antes sí hacía, ahora no. Termino agotada y me doy una ducha antes de cenar.

A las ocho y media tengo que salir la ansiedad se quiere apoderar de mí y no lo voy a permitir. Camino por la playa. Marina dice que el movimiento ayuda, que canaliza los nervios, y eso hago. Caminar por la orilla con calma, sin prisa.

Al volver, saco la libreta, esa confidente en los últimos meses.

«Día catorce desde Londres. Todavía no sé nada de Irene. La espera me está matando, pero estoy tratando de mantener la calma. Hoy trabajé, hice bicicleta, caminé por la playa, cumplí mi rutina. Pequeñas victorias. Tengo que recordar que yo no puedo controlar las decisiones de Irene, solo las mías. Y yo he decidido esperar, darle el espacio que necesita, aunque cueste».

El miércoles transcurre igual que el martes. Trabajo, almuerzo, más trabajo, regreso a casa, ejercicio y paseo por la playa. Rutina.

El jueves tengo sesión con Marina. Me conecto en videollamada a las seis de la tarde, como siempre.

—Hola, Marta —me saluda con su sonrisa—. ¿Cómo ha ido la semana?

—Larga —respondo, acomodándome en la silla—. Muy larga.

—¿Has sabido algo de Irene?

—Nada. Ya ha pasado el tiempo que me dijo. No sé si llegará pronto, si cambió de opinión.

—¿Cómo te hace sentir esa incertidumbre? —pregunta mientras anota algo en su libreta.

Pienso en la pregunta. Marina siempre hace eso, me obliga a examinar mis sentimientos en lugar de solo reaccionar a ellos.

—Ansiosa, obviamente. Pero también orgullosa, supongo. Porque no le he escrito, no la he presionado. He respetado su espacio, aunque cada fibra de mi ser quiera mandarle un mensaje preguntándole qué está pasando.

—Eso es un progreso enorme, Marta. Hace unos meses, ante esta situación, ¿qué habrías hecho?

—Habría asumido lo peor, me hubiera convencido de que es mejor así, que no me quiere, que nunca me quiso. Probablemente habría tenido algún ataque de pánico que no hubiera sabido controlar —confieso.

Marina sonríe y yo también lo hago.

—Estás aprendiendo a tolerar la incertidumbre. No es cómoda, nunca lo será, pero estás demostrando que puedes vivir con ella sin que te paralice ni te castigues tanto.

—A veces siento que estoy sobreviviendo —aseguro, y siento cómo un nudo se instala en la garganta.

—Por ahora es suficiente. No tienes que estar perfecta, Marta. Solo tienes que seguir adelante, un día a la vez.

Hablamos durante la siguiente media hora sobre cómo seguir manejando la ansiedad de la espera. Marina me recomienda algunos ejercicios, me recuerda que escriba en la libreta cuando me sienta abrumada.

—Hay algo más que quiero que consideres —dice Marina hacia el final de la sesión—. Independientemente de lo que decida Irene, tú ya has ganado.

—No se siente así.

—Lo sé, pero piénsalo: Fuiste a Londres, te enfrentaste a tus miedos más profundos. Le dijiste lo que sentías, has estado trabajando en ti misma, no solo para recuperarla, sino porque has reconocido que necesitabas cambiar. Eres valiente, Marta, decidiste apostar en lugar de huir como hacías antes —me recuerda.

—¿Y si me rechaza? —pregunto nerviosa.

—Habrás aprendido que puedes sobrevivir al rechazo. Que puedes ser vulnerable y seguir en pie. Que puedes amar a alguien sin perder tu identidad en el proceso.

Salgo de la sesión un poco más centrada, aunque la ansiedad sigue ahí, pulsando bajo la superficie.

Estoy preparando la cena cuando mi móvil vibra. Es un mensaje. Irene leo en la pantalla. Mi corazón se detiene. Dejo el cuchillo que estoy usando para cortar la verdura y cojo el teléfono.

Irene: Llegué hace unas horas. ¿Podemos vernos mañana por la tarde?

Leo el mensaje tres veces para asegurarme de que es real. Llegó, quiere verme mañana.

Me siento en el taburete de la cocina, tratando de controlar mi respiración. Esto es real, va a pasar. Después de dos semanas de espera, vamos a hablar.

Yo: Sí. ¿Dónde?

Los tres puntos aparecen, indicando que está escribiendo, desaparecen y aparecen de nuevo. Hasta que por fin llega su respuesta:

Irene: ¿Dónde me dijiste de quedar cuando volviste a Gran Canaria? ¿A las seis?

La Terraza, pienso. Cuando me enteré de que Irene estaba en Londres.

Yo: Ahí estaré.

Irene: Nos vemos mañana, Marta.

Dejo el teléfono en la mesa y me quedo pensando. Algo menos de veinticuatro horas, ese es el tiempo que tengo para prepararme para la conversación más importante de mi vida.

Me levanto y termino de preparar la cena, aunque ya no tengo hambre, pero como, aunque no saboreo nada. Después me ducho y me meto en la cama, sabiendo que no voy a dormir.

Paso la noche dando vueltas, ensayando lo que voy a decir, imaginando diferentes escenarios. En algunos, Irene me perdona y decidimos intentarlo de nuevo, en otros me dice que no puede confiar en mí, que es mejor seguir adelante sin compartir nada.

El viernes solo quiero que pase rápido, miro el reloj constantemente. Había una posibilidad de que Irene volviera a la oficina, pero esa se fue disipando según iban pasando las horas. Los pensamientos intrusivos vuelven: Irene no va a volver a Gran Canaria, se quedará en Londres porque ahora tiene la vida allí, lejos de mí y mis idas y venidas.

A las cinco y cuarto salgo de mi casa. No necesito tanto tiempo, pero quiero aparcar el coche y despejarme antes de verla. Necesito quemar toda esta energía nerviosa que me consume. Una vez en el lugar, camino despacio, respirando, recordando ejercicios que Marina me enseñó. «Estás preparada para esto», me digo. «Sea cual sea el resultado, puedes manejarlo».

Llego al local a las cinco cincuenta, diez minutos antes. Irene ya está allí, esperando en la entrada. Lleva el pelo suelto, unos vaqueros y una camiseta básica, me encanta verla así, informal, no como va a la oficina.

Nuestros ojos se encuentran y siento que mi estómago se encoge. Está aquí y es real. Respiro hondo y me acerco. Camino y las piernas apenas me sostienen. Cada paso dura una eternidad.

—Hola —saludo al llegar a su altura sin saber si debo o no darle dos besos.

—Hola —responde—. Entremos.

La sigo por el local y tomamos asiento. Una frente a la otra, sin saber qué hacer con mis manos. Las coloco sobre la mesa, luego en mi regazo, después de nuevo sobre la mesa.

—¿Qué quieres beber? —pregunta Irene.

—Una tila.

Irene me mira sonriendo, esa jodida sonrisa que me atrapa, muerdo mis labios sin darme cuenta e Irene aparta la vista de inmediato. Hace una señal al chico y se acerca pidiendo dos tilas, cosa que me sorprende.

Nos quedamos en silencio después de que se vaya el muchacho. Puedo escuchar el sonido de mi corazón.

—Gracias por aceptar verme de nuevo —digo, porque alguien tiene que romper el silencio.

—Gracias por esperarme —responde.

Otro silencio. Ella juega con una servilleta mientras yo no sé qué hacer con mis manos, intento controlar los nervios que siento. Irene levanta la vista y me mira directamente a los ojos.

—He pensado mucho en lo que dijiste en Londres —comienza—. Sobre por qué huiste, sobre todo.

Mi respiración se detiene, este es el momento. Aquí es donde me dirá si hay alguna posibilidad o si esto es el final definitivo.

—Necesito que hablemos sobre qué significa intentarlo de nuevo. Porque no puedo volver a donde estábamos. No podría soportar que vuelvas a huir. Yo he cambiado y tú también, no somos las mismas. ¿Qué es lo que quieres, Marta?

Mi corazón se llena de algo que no me atrevo a llamar esperanza todavía.

—Lo quiero todo, todo contigo, Irene —confieso—. Pero sé que tenemos que hablar y estoy dispuesta a ello y a aceptar lo que sea necesario.

Irene asiente y en sus ojos veo algo que no había visto antes: la posibilidad de un futuro. No una garantía, no una promesa, pero sí una posibilidad.

Capítulo 36

Irene

La miro y veo el miedo en sus ojos. Veo cómo sus manos tiemblan ligeramente sobre la mesa, cómo trata de mantener la compostura, aunque por dentro debe de estar desmoronándose. Conozco esa mirada, yo misma la he tenido durante estas semanas.

Cuando me fui de Gran Canaria —comienzo a decir—, estaba destrozada. Furiosa incluso. Me sentía traicionada, no solo porque te fuiste, sino porque durante todo este tiempo que estuvimos juntas, nunca me dijiste la verdad de lo que sentías.

Marta abre la boca para hablar, pero levanto la mano.

—Déjame terminar, por favor. Necesito decir esto.

Ella asiente y vuelve a mirarme con atención.

—Pasé semanas en Londres tratando de entender qué había pasado. Hablé con mi terapeuta, aunque ya la había dejado. Volví a escribir en mi diario, le di vueltas y vueltas a cada conversación que tuvimos, y me di cuenta de algo importante.

Marta me mira, esperando.

—Me di cuenta de que nunca te pregunté sobre tus relaciones anteriores. Nunca indagué sobre tu familia. Evitabas ciertos temas y yo no decía nada. Acepté la versión de ti que mostrabas sin

cuestionar si era la verdadera o no. La realidad es que yo también estaba asustada.

—¿Asustada de qué? —pregunta.

—De que, si profundizaba demasiado, si hacía demasiadas preguntas, te alejarías. Así que me quedé en la superficie, donde era seguro. Donde no tenía que enfrentarme a nada complicado.

—Nunca pensé que tú…

—¿Que yo también tenía miedo? Por supuesto que lo tenía. Marta, yo había pasado por una ruptura terrible. Me negué incluso a aceptar que se había acabado, incluso con ella teniendo a alguien a su lado. La cosa cambió cuando te conocí, eras como un soplo de aire fresco. Era fácil contigo, fácil quererte, pero quizá porque era tan fácil, nunca cuestioné si era real, si la Marta que me enseñabas era la de verdad.

El silencio se instala entre nosotras. Marta tiene los ojos rojos, pero intenta no desmoronarse.

—Cuando viniste a Londres —digo intentando contener la emoción de la voz—, me dijiste cosas que necesitaba escuchar. Me explicaste por qué huiste y, aunque dolió, también lo entendí.

—¿De verdad?

—Sí. Porque te conozco, Marta. Sé que no eres alguien que huye porque sí. Sé que lo que sentías por mí te asustó tanto que tu instinto fue protegerte, y sé que eso viene de un lugar más profundo, que no tenía nada que ver con nosotras.

Marta se limpia las lágrimas que ruedan por sus mejillas.

—He estado trabajando en eso —dice con voz temblorosa—. En entender de dónde viene ese miedo. Siempre he estado sola, toda mi vida, y siempre decía: Jamás voy a necesitar a nadie. Ese era el problema, tenía tanto miedo de depender de alguien, de que alguien pudiera lastimarme, que huía antes de que eso pudiera pasar.

—Lo sé.

—Pero también me di cuenta de algo —continúa Marta—. Me di cuenta de que la vida es mucho más feliz contigo que sin ti. Vivir con ese miedo que me hacía huir era horrible y me estaba robando la posibilidad de ser feliz.

Trago saliva al escuchar sus palabras, cojo la taza de la infusión que ya está casi fría y bebo un sorbo.

—Este tiempo en Londres fue importante para mí. Necesitaba tiempo para pensar, para procesar, y llegué a algunas conclusiones.

Marta aprieta los labios esperando.

—La primera es que te quiero. A pesar de todo, a pesar del dolor, la rabia y la confusión, sigo sintiendo algo por ti que no se ha ido solo porque quisiera que se fuera.

Veo cómo exhala, como si estuviera conteniendo la respiración.

—La segunda conclusión —continúo—, es que tiene que haber confianza y contarnos lo que nos pasa, nuestros miedos, nuestras inseguridades. Todo, Marta, todo.

—Entiendo —dice—. Estoy dispuesta a enfrentarme a cualquier cosa por ti, Irene. Si necesitas más tiempo, lo voy a entender.

—Y la tercera conclusión es que, si vamos a intentarlo de nuevo, tiene que ser diferente. Completamente diferente. No podemos

simplemente volver a donde estábamos y pretender que nada pasó.

—¿Qué propones? —pregunta, y veo un brillo en sus ojos que antes no estaba.

Me tomo un momento antes de responder. Esta es la parte que he estado ensayando en mi mente docenas de veces.

—Propongo que empecemos de nuevo. No como si fuéramos extrañas, pero tampoco como si pudiéramos retomarlo donde lo dejamos. Quiero conocerte, saber quién eres de verdad. Sin escondernos, sin miedos que nos paralicen, sin pretender ser algo que no somos.

—¿Cómo empezar a salir de nuevo?

—Sí, pero con honestidad total, incluso cuando sea incómoda, y también con paciencia, porque construir la confianza lleva su tiempo.

—Puedo hacer eso. Quiero hacerlo —afirma.

—Y tiene que ser al ritmo que ambas necesitemos —añado—. No quiero que esto sea como antes, que nos callemos las cosas. Sé que habrá momentos en los que dude, en los que tenga miedo de que vuelvas a huir.

—Lo sé —dice—. Y te prometo que cuando eso pase, cuando tengas miedo, hablaremos de ello. No voy a huir de nuevo, Irene.

—Necesito que entiendas que puede que no funcione —me duele decirlo, pero necesito que entienda que hay que ser sinceras—. Podemos hacer todo bien y aun así darnos cuenta de que el daño fue demasiado. Y si eso pasa, tenemos que ser capaces de dejarlo ir con dignidad.

—Ya —dice Marta, y veo que ya no controla las lágrimas, caen por su rostro sin control—. Te amo, Irene. Y estoy dispuesta a aceptar eso si significa que al menos lo intentamos. Porque prefiero intentarlo y fallar que vivir el resto de mi vida preguntándome qué habría pasado si no hubiera tenido tanto miedo.

Me permito llorar también. He estado conteniendo tanto en estas semanas, tratando de ser fuerte, de tomar la decisión correcta. Pero ahora, sentada frente a Marta, puedo ser vulnerable con ella.

—Hay otra cosa —digo después de un momento, limpiándome las mejillas con el dorso de la mano.

—¿Qué?

—Necesito conocer el espacio donde vives, también conocer a tu familia; no quiero estar oculta, Marta. Porque esa fue una de las cosas que más me dolieron: que me mantuvieras alejada de esa parte de tu vida. Si vamos a hacer esto, necesito ser parte de tu vida.

—Tienes razón y quiero que conozcas esa parte de mí también. La parte difícil, la que no es perfecta.

Cojo su mano por encima de la mesa y el contacto hace que una corriente recorra mi cuerpo. Voy a tener un problema para contener las ganas que me han entrado de besarla.

—Quiero conocer todas las partes de ti, Marta. Las fáciles y las difíciles.

Me mira y sonríe.

—Entonces —digo—, ¿estamos de acuerdo? ¿Empezamos de nuevo? ¿Con honestidad, con paciencia y sobre todo exponiendo

nuestros miedos?

—Sí —responde sin dudarlo—. Estoy de acuerdo.

—Bien. Entonces creo que deberíamos empezar con una cita. Una en la que ambas sepamos que es para conocernos, donde podamos hablar de cosas reales.

—¿Cuándo?

—¿El próximo sábado? Podríamos salir a cenar.

—Me parece perfecto.

—En la oficina —comienzo a decir—. Por ahora nos tenemos que mantener discretas, pero después no quiero ocultar absolutamente nada, si tenemos que hablar con Recursos Humanos, lo haremos.

—¿Vuelves ya? ¿Ya te quedas en la isla? —pregunta.

—Sí, tengo que cerrar algunas cosas, pero estoy de vuelta.

Marta se pasa de forma inconsciente, o eso quiero creer, la lengua por los labios.

—Eso —digo señalando su boca—. No puedes hacerlo. No va a pasar nada de contacto físico entre nosotras.

—Estás sujetándome la mano —dice, mirando hacia ellas.

—Sabes a lo que me refiero.

Marta sonríe y sé que va a estar complicado mantener todo lo que siento por ella bajo control, que, si ella quiere, con un susurro podría hacer conmigo lo que le diera la gana, solo espero que respete mi decisión, no quiero que esto empiece de nuevo con sexo. Aunque me muero de ganas de sentirla entre mis manos.

—Tengo que marcharme —me excuso soltando su mano—. Tengo que arreglar unas cosas antes de volver a la oficina.

Me levanto de la mesa y Marta me imita.

—Gracias —dice—. Por darme esta oportunidad. Por estar dispuesta a intentarlo.

—Gracias a ti por haber ido a Londres. Por ser honesta, por no rendirte con nosotras.

Salimos del local juntas. Afuera, las dos estamos nerviosas.

—¿Necesitas que te lleve a algún lado? —pregunto.

—No, quiero caminar.

—Está bien. Te escribo cuando sepa dónde vamos a comer.

—Perfecto.

Nos quedamos paradas en la acera, sin saber muy bien cómo despedirnos. ¿Un abrazo sería apropiado? ¿Demasiado? Doy un paso adelante y la abrazo. Es corto, cuidadoso, pero es un inicio.

—Nos vemos, Marta.

—Nos vemos, Irene.

La veo alejarse por la calle. Siento una mezcla de emociones que no puedo desenredar completamente, pero estoy segura de que hay esperanza.

Camino hacia mi coche pensando en todo lo que ha pasado entre ambas. En el dolor, en el crecimiento, en las lecciones aprendidas, y pienso en el futuro, incierto, pero posible.

Solo quiero algo real, honesto. Algo que valga la pena el riesgo.

Capítulo 37

Marta

«Me dio una oportunidad», me digo mientras camino por las calles de la capital. Muerdo mis labios para contener las lágrimas. Toco mi pecho; todavía puedo sentir el abrazo breve que nos hemos dado. Cómo me gustaría haberme quedado ahí, en la calidez de sus manos, su cuerpo pegado al mío.

Sigo caminando por las calles de Triana, sé que debo coger un taxi, pero no puedo, necesito caminar, quitarme esa sensación entre angustia y euforia, una por no poder tenerla de inmediato y la otra porque quiere intentarlo, a pesar de mis idas y venidas.

Saco el móvil del bolso. Necesito hablar con alguien, compartir esto antes de que piense que todo ha sido producto de mi imaginación. Busco el número de Clara entre los contactos.

—¿Marta? —contesta al segundo tono—. ¿Está todo bien?

Desde mi vuelta de Bilbao tengo mucho más contacto con ella y se ha vuelto casi una confidente, antes eso hubiera sido impensable, pero ahora es distinto.

—Me ha dado una oportunidad —digo, y mi voz se quiebra—. Clara, me ha dado una oportunidad.

—¿De verdad? ¡Marta, eso es increíble! Cuéntamelo todo.

Camino sin detenerme mientras le relato la conversación, cada palabra, cada gesto. Clara me escucha en silencio.

—Tengo una cita con ella —termino diciendo—. Una de verdad. Para empezar de nuevo.

—Me alegro tanto por ti, pero, Marta, ¿estás preparada para esto? Va a ser difícil, reconstruir la confianza no es fácil.

—Lo sé y estoy dispuesta a hacer lo que sea necesario. Clara, cuando estaba sentada frente a ella, cuando la veía llorar… me di cuenta de que no hay nada que no haría por ella. Lo haría todo, absolutamente todo por ella.

—Solo recuerda ir despacio, no trates de arreglar las cosas en una noche.

—No lo haré, lo prometo.

Colgamos después de unos minutos más y decido coger un taxi hasta llegar a mi casa. Una vez en mi apartamento, decido que tengo que hablar con Marina. Sé que la próxima sesión es el jueves, pero necesito hablar con ella ahora.

—Marta —dice Marina cuando contesta—, ¿está todo bien?

—Sí, mejor que bien, en realidad. Vi a Irene hoy.

—¿Cómo te fue?

—Bien, quiere intentarlo de nuevo, vamos a tener una cita —digo sin poder contener la sonrisa.

Hay un silencio al otro lado de la línea.

—¿Cómo te hace sentir eso?

—Aterrada, emocionada, esperanzada, todo al mismo tiempo.

—Es normal sentirse así. Marta, ¿recuerdas lo que hemos estado trabajando estas semanas?

—Sí. No huir cuando las cosas se ponen difíciles. Comunicar lo que siento en lugar de guardármelo, confiar en que no todas las personas quieren hacerme daño.

—Exactamente, y esto va a ser una prueba de todo eso. Habrá momentos en que querrás huir, momentos en que el miedo te diga que te protejas. Necesito que me prometas que cuando eso pase, vas a hablar de ello. Con Irene, conmigo, con tu hermana. Pero no vas a huir.

—Lo prometo —afirmo.

—Bien. Hablamos el jueves en nuestra sesión, pero si necesitas algo antes, ya sabes que puedes escribirme.

—Hasta el jueves —me despido.

—Marta —dice antes de que pueda llegar a colgar.

—Dime.

—Lo estás haciendo bien —dice y siento como un nudo se instala en mi garganta.

No hay más palabras, yo no puedo y ella lo sabe y simplemente cuelga. «Lo estoy haciendo bien», esa frase se repite constantemente. ¿Cuánto tiempo llevo haciendo las cosas mal? Demasiado. Pero ahora es diferente, ahora no voy a volver a huir, quiero esto, lo quiero y es con ella, con la mujer que me enseñó que el amor es bonito, que verla sonreír me hace los días más felices, y aunque no dejé de huir, también me hizo coger las riendas de mi vida para dejar de hacerlo.

Me dejo caer en el sofá y soy consciente de que tengo otra oportunidad con Irene, una que no estaba segura de merecer. Mi teléfono vibra en mi mano y lo miro, es Irene:

Irene: Llegué bien a la casa. Que descanses.

Es un mensaje simple, casi formal, pero sonrío como una idiota mirándolo.

Yo: Yo también he llegado. Tú también descansa. Gracias por lo de hoy.

Los tres puntos aparecen indicando que está escribiendo, luego desaparecen, vuelven de nuevo, hasta que el mensaje llega.

Irene: Buenas noches, Marta.

Yo: Buenas noches, Irene.

Me quedo mirando la conversación durante un largo rato antes de dejar el teléfono. Es extraño, este baile cuidadoso que estamos haciendo. Antes nos escribíamos párrafos largos, emojis, fotos de cualquier cosa que nos pareciera interesante. Ahora, cada palabra parece medida, pensada.

Voy a por la libreta, necesito escribir el día de hoy. Una vez la tengo, me siento de nuevo en el sofá con las piernas encima de él. La abro y comienzo a plasmar todo.

«Hoy vi a Irene. Hablamos. De verdad que hablamos, sin malas palabras, sin reproches, solo honestidad.

Me dio otra oportunidad, diría que segunda, pero la realidad es que he huido muchas veces. No sé qué hice para merecerla, pero no voy a desperdiciarla.

Tengo miedo, tanto. De decepcionarla de nuevo, de que mi instinto de huir vuelva a aparecer, de no ser suficiente para ella.

Tenemos una cita, una primera cita, aunque ya nos conocemos de formas que la mayoría de las primeras citas nunca se conoce, quiero esto. Quiero elegir restaurante para ir a comer, dar un paseo con ella junto al mar, quiero tantas cosas. Necesito que sepa lo importante que es para mí.

También tengo que mostrarle mi casa, ese lugar que es como un templo para mí, en el que nadie ha entrado que no sean mis hermanas o mi madre. También presentarle a mi familia como lo que es, mi pareja. Solo de pensarlo mi estómago se encoge, pero lo haré, porque Irene merece conocer todas las partes de mí, incluso las que prefería mantener escondidas.

Mi psicóloga me dice que cuando sienta el impulso de huir, tengo que hablar de ello. Comunicar. No guardarme los miedos hasta que se vuelvan tan grandes que me abrumen. Puedo hacer esto, tengo que hacerlo. Porque la vida es mucho más bonita con Irene que sin ella. Y esa es la verdad más simple que he aprendido.

Cierro la libreta y me quedo mirando al frente mientras sonrío de felicidad. No sé si ese futuro con ella es posible, pero voy a intentarlo. Quiero un comienzo con ella».

Los días van pasando y no sé nada de Irene, debería venir a la oficina y no está. Tengo ganas de preguntar qué es lo que pasa, por qué ella no ha venido, pero decido no hacerlo, no es prudente.

Hoy es viernes y entro a la oficina, ahora ya no soy la primera en llegar, ese hábito lo he cambiado, llego a mi hora, ya que por las

mañanas hago ejercicio antes de ir a trabajar. Saludo a los que me cruzo por el camino hasta llegar a mi despacho. Estoy revisando mi agenda del día mientras el ordenador se enciende, cuando la veo.

Irene está en el pasillo, hablando con alguien de Recursos Humanos. Lleva un vestido gris oscuro que le llega justo por encima de las rodillas y el pelo recogido en una coleta alta. Se ve profesional, seria, completamente absorta en la conversación.

Mi corazón da un vuelco.

No habíamos hablado de qué hacer si nos encontrábamos en la oficina. ¿La saludo? ¿Actúo como si no la hubiera visto? He deseado verla desde el lunes y ahora que la tengo a unos pasos, no soy capaz de saber cómo actuar.

Antes de que pueda decidir qué hacer, ella mira en mi dirección y nuestros ojos se encuentran a través de los cristales de mi despacho. Por un segundo, veo un destello de algo en su expresión, sorpresa quizá, o nerviosismo. Pero luego simplemente asiente, antes de que vuelva su atención a la persona con la que está hablando.

Después de eso, trato de concentrarme en el trabajo. Tengo una presentación que preparar para la próxima semana y varios informes que revisar, pero mi mente sigue volviendo a Irene, a ese breve intercambio de miradas, a cómo se veía tan serena y profesional mientras yo me siento como si estuviera a punto de deshacerme.

El día pasa con lentitud, busco alguna excusa para levantarme y ver a Irene, pero ahora mismo no está en su sitio y me dirijo a la máquina de café, conociéndola, debe de estar ahí. Y estoy en lo

correcto, la veo de espalda pulsando uno de los botones. Tengo unas ganas tremendas de acercarme y susurrarle, pero no puedo hacerlo, no sería prudente.

—Hola —saludo y me pongo a su lado.

—Hola —responde con una sonrisa—. ¿Cómo va tu día?

—Bien, ocupada. ¿El tuyo?

—Igual. Muchas reuniones.

Es una conversación banal, la podría tener con cualquier compañero de trabajo, pero yo estoy ocultando que no paro de pensar en ella, que el trabajo me da igual y que solo pienso en besarla. No lo hago, me contengo.

—He pensado que mañana podríamos cenar —propone después de unos segundos en silencio.

—¿Una cita? —pregunto ladeando la cabeza.

—Una cita —afirma mordiendo su labio inferior.

Suspiro aguantándome las ganas que tengo de lanzarme a su boca. Qué duro va a ser esto.

—No hagas eso —pido con voz entrecortada.

—¿El qué exactamente? —pregunta pasando su lengua por el labio inferior.

—Te odio —digo antes de salir de ahí huyendo.

La escucho reír y después hablarme:

—Te envío la dirección del sitio donde vamos a cenar.

No me giro, no puedo hacerlo. Simplemente levanto la mano y el pulgar como que es perfecto y voy directamente a mi despacho.

Cierro y pego la espalda a la puerta intentando calmarme.

—Mierda —susurro.

Me tapo la cara con ambas manos mientras sonrío. Estoy feliz, me ha provocado y eso significa que aún me quiere, lo sé. Hay una esperanza en todo esto que antes no sentía que fuera real.

A la hora del almuerzo salgo de la oficina, es algo que hago desde que he empezado a cambiar los hábitos, ya no como en el despacho. Cuando vuelvo de comer, voy corriendo al ascensor, me arrepiento cuando entro y la veo a ella. Irene está ahí con el dedo en el botón de mantener la puerta abierta. Agacho la cabeza y me coloco al fondo. Ya hay gente, están pulsando los botones de la tercera y cuarta planta, después la nuestra, la sexta. Irene se coloca delante de mí, puedo sentir su aroma invadir mis fosas nasales. Aspiro el aroma como si fuera lo único que me mantuviera con vida en ese pequeño espacio.

Van bajando cada uno en su planta y al fin nos quedamos solas, y siento cómo mi pecho se encoge, sobre todo cuando veo que Irene pulsa el botón de parada.

—Esta tensión me está matando —dice sin girarse.

—Somos amigas —digo y pego mi cuerpo al de ella para oler su pelo.

—Amiga —susurra y se gira.

Nos quedamos mirándonos unos segundos, no soy capaz de decir nada, mi respiración está agitada y la de ella no es mucho mejor que la mía.

—Cobarde —dice y pulsa el botón que pone en marcha el ascensor.

Agarro por la nuca a Irene y la beso, no puedo contenerme más. Una de mis manos se enreda en su pelo mientras la otra agarra su culo y hace que se pegue más. Cuando el ascensor se para, nos separamos y las puertas se abren. Ella sale mientras yo me quedo apoyada en el ascensor, siento mis labios hinchados y una felicidad que me inunda por completo.

—¿Sales? —pregunta Diego, que va a entrar.

—Eh, sí —es lo único que puedo pronunciar.

Voy camino de mi despacho, no veo a Irene en su sitio, así que supongo que ha ido al baño. Tengo la tentación de hacerlo, pero sé que es mala idea. Tenemos que ir despacio y ya nos hemos saltado esa regla el primer día que nos hemos visto.

Cuando me siento detrás de mi escritorio, siento una felicidad inmensa de que esto es más real de lo que creía, de que quiero todo con ella y estoy dispuesta a esperar lo que haga falta por tenerla de vuelta conmigo.

Capítulo 38

Irene

Llego al baño con el corazón en la boca. Me apoyo en el lavabo y me miro al espejo: las mejillas rojas, los labios hinchados, el pelo ligeramente despeinado. Parezco exactamente lo que soy: una mujer que acaba de besarse con alguien como una adolescente sin control.

—¿Qué demonios acabo de hacer?

Abro el grifo y me mojo las manos y las pongo en la cara intentando enfriar el calor que desprenden mis mejillas, pero no es solo mi cara la que arde, es todo mi cuerpo. Todavía puedo sentir sus manos en mi nuca, en mi culo, la forma en que me atrajo hacia ella con esa mezcla de desesperación y deseo.

La puerta se abre y entra Paula del departamento de marketing. Me obligo a sonreír.

—Hola, Irene. Bienvenida de vuelta.

—Gracias —respondo, secándome las manos—. Es bueno estar de vuelta.

Cuando se mete en uno de los cubículos, aprovecho para salir. No puedo quedarme ahí, fingiendo normalidad cuando por dentro soy un caos.

Ya en mi escritorio, intento concentrarme en el informe que tengo abierto en la pantalla. Las palabras se mezclan, los números pierden sentido. Lo único en lo que puedo pensar es en ese beso. No debería haber pasado. Fuimos claras: íbamos a ir despacio, a conocernos de nuevo, a construir confianza antes de cualquier contacto físico. Y el primer día que nos vemos en la oficina, terminamos besándonos en un ascensor donde cualquiera podría habernos visto.

«Cobarde», le dije antes de que me besara. Lo hice porque yo me moría de ganas de besarla. Desde el momento en que la vi en el despacho esta mañana, cada parte de mi cuerpo ha estado gritando por sentirla cerca.

Mi teléfono vibra con un mensaje. Es Lucía:

Lucía: ¿Cómo va el primer día de vuelta? ¿Ya viste a Marta?

Miro el móvil leyendo lo que me ha puesto, como si por sí solo pudiera escribir la respuesta. ¿Qué le digo? ¿Que la vi, que acordamos tener una cita mañana, y que hace veinte minutos nos besamos en el ascensor?

Yo: La vi. Tenemos una cita mañana.

Lucía: ¡Eso es genial! ¿Cómo te sientes?

¿Cómo me siento? Aterrada, emocionada, culpable, excitada. Todo al mismo tiempo.

Yo: Nerviosa, pero bien, creo.

Lucía: ¿Creo? ¿Pasó algo?

Suspiro, no puedo mentirle a Lucía, nunca lo he hecho.

Yo: La besé. Bueno, ella me besó. Fue mutuo, en el ascensor de la oficina.

Miro el móvil, su respuesta está tardando en llegar, y me imagino que está asimilando lo que le acabo de contar.

Lucía: Vale. ¿Cómo te sientes con eso?

Yo: No lo sé. Se suponía que íbamos a ir despacio. Que no habría contacto físico hasta que estuviéramos seguras, y el primer día ya rompimos esa regla.

Lucía: ¿Te arrepientes?

Miro hacia el despacho de Marta, la veo a través de las paredes de cristal. Está sentada frente a su ordenador, con esa cara de concentración que pone cuando está revisando números, pero la veo alzar la vista unos segundos, como si también estuviera buscándome.

Yo: No, y eso me asusta. Debería arrepentirme, debería estar enfadada conmigo misma por perder el control, pero no lo estoy.

Lucía: Irene, escúchame. No tienes que ser perfecta en esto. No tienen que seguir un plan al pie de la letra, a veces las cosas pasan, y está bien.

Yo: Pero dijimos que íbamos a ir despacio.

Lucía: Seguro lo harán. Un beso no cambia nada. Solo significa que la atracción sigue ahí, algo que ya sabías. La cuestión es: ¿qué vas a hacer ahora?

Yo: Supongo que tengo que hablar con ella.

Lucía: Exacto. Comunicación, ¿recuerdas? Eso es lo que acordaron.

Dejo el teléfono a un lado e intento volver al trabajo, pero es inútil. Cada vez que miro hacia su despacho, encuentro su mirada, y

cuando nuestros ojos se encuentran, siento esa misma corriente eléctrica del ascensor.

A las cuatro y media de la tarde ya no puedo más y le envío un mensaje:

Yo: ¿Podemos hablar? Después del trabajo.

Marta: Sí. ¿En la cafetería de la esquina?

Yo: Perfecto. A las cinco.

Media hora es el tiempo que queda hasta poder hablar con ella. Lo que nunca pensé es que treinta minutos pudieran pasar tan lentamente como lo hacen.

La hora llega y cierro todo, recojo mis cosas y veo cómo Marta sale del despacho al mismo tiempo que yo voy en dirección al ascensor. Caminamos separadas, como dos desconocidas, pero cuando las puertas se cierran y estamos a solas, el aire entre nosotras se vuelve denso.

—Sobre lo de antes… —comienza Marta.

—Esperemos a llegar a la cafetería —la interrumpo—. No quiero tener esta conversación aquí.

Asiente y estamos en silencio hasta que las puertas se abren y ella me da paso. Nos dirigimos a la cafetería y está medio vacía. Nos sentamos lo más alejadas del ajetreo, como escondiéndonos de las miradas.

—Rompimos la regla —digo sin preámbulos—. El primer día.

—Lo sé —responde Marta, jugando con la servilleta—. Lo siento. No debí haber…

—No —la interrumpo—. No te disculpes. Fui yo quien te provocó, quien te llamó cobarde. Sabía perfectamente lo que estaba haciendo.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

—Porque… —suspiro intentando buscar las palabras correctas—. Porque verte hoy, tan cerca, pero pretendiendo que solo somos compañeras de trabajo, fue más difícil de lo que me esperaba. Y quería… necesitaba…

—¿Qué? —pregunta nerviosa.

—Necesitaba sentir que esto es real —admito—. Que no solo está en mi cabeza, que todavía hay algo entre nosotras más allá de las palabras y promesas.

Marta extiende su mano sobre la mesa, no llega a tocarme, pero me ofrece la posibilidad de hacerlo.

—Esto es real, Irene. Por eso me asusté tanto, por eso hui. Porque nunca había sentido algo tan real, tan intenso por alguien.

—Yo también lo siento —digo tomando su mano.

Nos quedamos así un tiempo, nuestras manos entrelazadas y mirándonos.

—Tenemos que establecer límites de verdad —digo—. No solo decir que vamos a ir despacio, necesitamos reglas claras que podamos seguir.

—Estoy de acuerdo —asiente Marta—. ¿Qué propones?

—Creo que… no deberíamos estar a solas en espacios íntimos. No podemos ir a mi casa, ni a la tuya. Al menos hasta después de algunas citas, hasta que pueda confiar en que no volverás a huir.

—Entiendo —dice Marta y veo cómo baja la mirada.

—Y en la oficina, tenemos que mantener la distancia, profesionalidad, ante todo. No más ascensores a solas, no más provocaciones.

—Eso va a ser difícil —admite sonriendo—. Sobre todo, si llevas vestidos como ese.

—Marta —advierto, pero no puedo evitar sonreír.

—Lo siento, tienes razón, profesionalidad absoluta —dice, poniéndose seria—. ¿Algo más?

—Comunicación constante —añado—. Si sientes el impulso de huir, me lo dices. Si tienes miedo por algo que te he dicho y no lo entiendes, me lo dices. No más desapariciones.

—No voy a desaparecer, Irene. Tengo claro lo que quiero y eres tú. Sé que mis inseguridades están ahí, no se van a ir de la noche a la mañana, pero quiero esto, ya te lo dije y te lo repito. Lo quiero todo contigo. TODO.

Muerdo mi labio, quiero lanzarme a sus brazos y decirle que yo también lo quiero, pero esto no es lo correcto, necesito sentirme más segura.

—Si tienes dudas, si te sientes insegura, me lo dices. No quiero que te guardes nada, Irene. Porque si no, esto no va a funcionar. Diálogo siempre, es una promesa no solo para ti, sino para mí también, no encerrarme en esa oscuridad que me hizo ser alguien que no me gustaba ser.

—Trato hecho —digo extendiendo la mano para sellar el pacto.

—Hay algo más que quiero decir —comienza a decir Marta—. Quiero que conozcas mi casa. Sé que dijimos no estar a solas por ahora en espacios privados, pero tú tenías razón en Londres. Siempre mantuve mi privacidad, no quería que invadieras ese espacio porque sería todavía mucho más real. Ahora es distinto, quiero que veas dónde vivo, cómo vivo. Quiero que compartas conmigo paseos mañaneros por la playa. Ver tanto el amanecer como el atardecer desde mi terraza.

—¿Estás segura? —pregunto.

—Sí —afirma sin dudar—. Tal vez después de la cita de mañana. Solo para que veas dónde vivo. No va a pasar nada.

—Me gustaría mucho.

Nos quedamos hablando un rato más. Me cuenta sobre su terapia, sobre los ejercicios que hace cada mañana, sobre cómo está aprendiendo a reconocer cuándo sus pensamientos la están llevando hacia la huida.

Yo le cuento sobre Londres, sobre lo sola que me sentí a pesar de estar rodeada de gente, sobre cómo cada día pensaba en ella, aunque intentara no hacerlo.

—¿Por qué volviste? —pregunta de repente—. Digo, sé que quedamos en hablar, pero seguro te ofrecieron quedarte en Londres, ¿verdad?

—Sí —confirmo—. Un puesto fijo, mejor sueldo, oportunidad de crecimiento.

—¿Y la rechazaste?

—Todavía no he respondido oficialmente —admito—. Pero sí, voy a rechazarla.

—¿Por mí? —pregunta y veo el terror en sus ojos, ese de no quiero que tomes una decisión de la que puedas arrepentirte.

—Por mí —corrijo—. Porque me di cuenta de que no importa cuán buena sea la oportunidad profesional, si tengo que construir algo en un lugar donde no soy feliz. No era feliz allí, Marta. No sin mi gente, sin mi ciudad, sin… sin ti.

Veo cómo sus ojos se humedecen.

—No quiero que sacrifiques tu carrera por mí.

—No lo estoy haciendo —le aseguro—. Hay oportunidades aquí también. Y prefiero tener algo menos de dinero, ser menos exitosa profesionalmente, pero estar donde quiero estar, con las personas que quiero.

—Gracias —susurra—. Por elegir volver, por elegirme.

—Tú también me elegiste —le recuerdo—. Estás en terapia. Fuiste a Londres, enfrentaste tus miedos, te pusiste vulnerable. Eso también es una elección.

Cuando nos despedimos, ya es de noche. Esta vez el abrazo es un poco más largo, un poco más cercano.

—Nos vemos mañana —dice Marta—. Para nuestra cita.

—Nos vemos mañana —confirmo.

Camino hacia mi coche con una sensación de paz que no había sentido hacía demasiado tiempo. Todavía hay miedo, incertidumbre, pero también esperanza, y por ahora, eso es suficiente.

Una vez en mi casa, llamo a Lucía para contarle.

—Así que establecieron límites claros, van a ir despacio, y ella te va a enseñar su apartamento —resume mi amiga—. Suena bien, Irene. Ambas quieren que esto funcione.

—Sí —respondo—. Pero tengo mucho miedo, Lucía. Miedo de que vuelva a confiar de nuevo y vuelva a irse, de que, si pasa, no sea capaz de recuperarme.

—Es normal tener miedo —dice Lucía—. Pero no dejes que el miedo te impida intentarlo. Esa mujer fue hasta Londres por ti, Irene. Está en terapia, está trabajando en sí misma. Eso no lo hace cualquiera.

—Lo sé —aseguro—. Y es por eso por lo que quiero intentarlo.

Cuando me meto en la cama, mi móvil vibra y al mirar la pantalla veo un mensaje de Marta:

Marta: Gracias por hoy, por hablar, por establecer límites, por darme otra oportunidad. Estoy nerviosa por lo de mañana, pero también emocionada. Buenas noches, Irene.

Yo: Yo también estoy nerviosa, pero es del bueno. Nos vemos mañana. Buenas noches, Marta.

Me acuesto mirando al techo. Mañana será nuestra primera cita oficial. Un nuevo comienzo y, aunque el miedo sigue ahí, bajo la superficie, también hay algo más fuerte: la esperanza de que esta vez podamos hacer que funcione.

Capítulo 39

Marta

Es sábado por la mañana y llevo despierta desde las cinco mirando al techo, pensando en la cita de hoy. Tengo siete horas por delante antes de encontrarme con Irene, y no tengo idea de cómo voy a sobrevivir a la espera.

Me levanto y hago mi rutina de ejercicio, intentando quemar algo de la energía nerviosa. Luego me ducho, desayuno, reviso correos del trabajo que no necesitan revisión. Son apenas las ocho de la mañana.

Cojo mi teléfono y busco el número de mi hermana. Necesito hablar con alguien antes de que mi cabeza me vuelva loca.

—¿Marta? —responde Clara con voz somnolienta—. ¿Sabes qué hora es?

—Para ti, las nueve —respondo—. No es tan temprano.

—Para un sábado sí lo es —protesta—. ¿Estás bien? ¿Ha pasado algo?

—Tengo una cita con Irene hoy.

—Lo sé, me lo dijiste ayer. ¿Y?

—Estoy aterrada —admito, mientras camino por mi apartamento —. No he estado tan nerviosa por una cita en… Nunca he tenido una

cita —confieso.

Escucho la risa de Clara.

—Eso es que te importa. Esta vez estás dejando que te importe, Marta.

—¿Qué pasa si lo arruino? ¿Si digo algo equivocado o hago algo que le haga recordar por qué no debería darme otra oportunidad?

—Marta —dice mi hermana—. Para. Respira. Irene aceptó esta cita sabiendo exactamente quién eres, incluyendo tus errores pasados. No tienes que ser perfecta.

—Pero quiero serlo —confieso—. Por ella.

—Nadie es perfecto —me recuerda—. Y no creo que sea eso lo que quiere Irene. Ella quiere honestidad, vulnerabilidad, quiere a la verdadera Marta, no a una versión editada.

—Pero la verdadera Marta es horrible y huye.

—Ese no es tu verdadero yo. Es solo una versión que se protegía, que decía que no podía con una relación por miedo a perder el control. Una que jamás se había enamorado hasta ahora y creía que el control era eso, no ser vulnerable. Lo que esa Marta tuvo que aprender es que realmente era una niña asustada que huía para que no le hicieran daño, cuando ella era quien lo hacía, pero su cabeza le decía que todo estaba bien. No solo se lo hacía a la otra persona, sino a ti misma, Marta. Esa mujer no eras tú. Cuando necesitábamos algo, siempre has estado, vale que eras cascarrabias, pero estabas. Cualquier cosa que necesitábamos, acudíamos a ti, pero tú, ¿a quién acudías? A nadie, porque Marta Rivas era una mujer fuerte hasta que llegó Irene y te puso los pies en el suelo y te demostró que vivir

huyendo no es vivir. Eres alguien increíble que comienza a entenderse. Irene quiere esa versión tuya, la de ahora, la real, la de antes no eras tú, lo sabes, lo sabemos.

Un nudo en la garganta comienza a formarse con las primeras palabras de mi hermana. Es cierto que nunca pedía ayuda, por vergüenza, por miedo, por lo que fuera, pero ahora es distinto, ahora lloro por casi todo. Ahora soy capaz de simplemente sentir, sin dar tantas vueltas, de reconocer que realmente estoy perdidamente enamorada de Irene y que quiero pasar el resto de mi vida con ella.

—Tengo esto gracias a ti.

—Lo hubieras hecho de todas formas —respondo.

—No, Clara. Yo soy más cobarde, tú me hiciste ver que, si tengo un sueño, hay que cumplirlo, que al menos hay que intentarlo. Eres mucho más valiente de lo que piensas.

—Ya —digo limpiándome los ojos—. Mierda, es que ahora soy sensible y lloro.

La risa de mi hermana se escucha al otro lado y yo al final termino riendo y mis lágrimas siguen cayendo sin control.

—Eres un persona maravillosa, Marta. Simplemente nunca has dejado que alguien vea lo sensible que puedes llegar a ser. Te quiero, hermana.

—Te quiero —logro decir.

Clara me da espacio y se despide de mí. Yo ahora estoy en el sofá sin parar de llorar y maldigo a mi psicóloga por hacerme sentir, aunque en realidad me siento liberada por poder hacerlo. Por sentir

y no reprimirme, eso es lo que tengo que hacer con Irene, no ocultar mis sentimientos.

A las doce yo ya estoy preparada, no paro de mirar el móvil esperando un mensaje que parece no llegar y me digo que por qué no lo hago yo. No doy el paso de hablarle y decirle que ya estoy lista y que quiero verla. Pero ella es más rápida.

Irene: ¿Nos vemos directamente en el restaurante o paso a recogerte?

Pienso en una respuesta rápida. La opción fácil es vernos directamente allí, pero recuerdo la conversación de ayer sobre que viera mi apartamento.

Yo: Ven a mi casa. Te envío la dirección.

Irene: ¿Estás segura?

Yo: Sí. Quiero que veas dónde vivo.

Irene: Perfecto. Mándame la ubicación, no creo que tarde mucho en llegar. Sé que es pronto, pero quiero verte.

Yo: También tengo ganas de verte.

Dejo el móvil en la mesa y miro a mi alrededor con ojo crítico. Está impecable, como siempre. Todo en su lugar, limpio, ordenado, pero de repente me pregunto qué dirá esto sobre mí. ¿Que soy obsesiva? ¿Controladora? ¿Fría?

—Para —susurro para mí—. Clara tiene razón, Irene quiere verte, no una versión editada de ti.

Cuando el timbre suena, mi corazón se acelera. Respiro hondo tres veces antes de abrir la puerta. Irene está ahí, con un vestido de

color verde que realza sus ojos, lleva el pelo suelto y una sonrisa nerviosa.

—Hola —dice.

—Hola —respondo, haciéndome a un lado—. Pasa.

Irene entra y mira alrededor con curiosidad. Veo mi apartamento a través de sus ojos: el sofá gris perfectamente colocado, la mesa de centro, las estanterías organizadas con precisión militar.

—Es muy… tú —dice.

—¿Muy controlado? —pregunto con una sonrisa.

—Iba a decir ordenado —responde—. Pero sí, definitivamente refleja tu necesidad de control.

Camina hacia la terraza que da a la playa de Las Canteras.

—Las vistas son increíbles.

—Es por lo que compré esto —admito, acercándome a ella—. Cuando necesito despejar la mente, miro al mar. Me calma.

Se gira para mirarme y hay algo en sus ojos que hace que mi respiración se entrecorte.

—Gracias —dice—. Por dejarme entrar.

—Debí haberlo hecho hace meses —confieso—. Pero tenía miedo de que si veías cómo vivo realmente, cómo soy cuando estoy sola, te darías cuenta de que soy demasiado rígida, demasiado controlada para ti.

—Marta —dice, dando un paso hacia mí—. Ya sabía todo eso. No me asusta tu necesidad de orden. Lo que me asustaba era que no dejaras ver esta parte de ti.

Nos quedamos ahí, a medio metro de distancia, con la tensión creciendo entre nosotras.

—Deberíamos irnos —digo.

—Sí —acepta, pero ninguna de las dos se mueve.

Es ella quien rompe el momento, girándose hacia la puerta.

—Vamos antes de que rompamos otra regla —dice girándose y recorriendo mi cuerpo mirándome descaradamente.

Siento como un escalofrío me recorre y no es hasta que la veo abrir la puerta que comienzo a caminar.

Caminamos por el paseo de Las Canteras con tranquilidad para hacer tiempo para ir al restaurante elegido por mí. A la una y media entramos y nos indican la mesa reservada, una junto a una ventana desde la que se ve el mar.

—Esto es bonito —dice Irene, mirando alrededor—. ¿Habías venido aquí antes?

—No —admito—. Había oído hablar de él, lo investigué y me gustó.

—Por supuesto que lo investigaste —responde sonriendo.

Pedimos vino para comer, y mientras lo hacemos, la conversación fluye con facilidad. Hablamos del trabajo, de los cambios en la oficina desde que se fue, de los proyectos que vienen.

Pero entre el plato principal y el postre, Irene se pone seria.

—Quiero preguntarte algo —comienza a decir—. Y necesito que seas completamente honesta.

Siento cómo mi estómago se encoge y me muevo en la silla incómoda.

—Vale.

—Ayer en el ascensor —comienza—. ¿Sentiste el impulso de huir después? ¿De arrepentirte?

—Hubo un momento —admito—. Un segundo en el que mi cerebro me dijo que había cometido un error, que había arruinado todo. Pero esta vez pude reconocer que era mi miedo hablando, no la realidad.

—¿Y qué hiciste?

—Saqué mi libreta y escribí sobre ello —respondo—. Mi terapeuta me enseñó a identificar los pensamientos intrusivos, a nombrarlos. Escribí: «Tengo miedo de haber arruinado todo con Irene, pero besarla fue mi decisión, no un error. El miedo no es la verdad».

—Estás trabajando en ello de verdad —dice y veo cómo intenta contener las lágrimas.

—Lo estoy —confirmo—. Porque te lo debo, pero más importante, me lo debo a mí misma.

Coge mi mano y me mira.

—Yo también tengo miedo —confiesa—. Miedo de volver a confiar completamente y que vuelvas a irte. Miedo de que un día despierte y todo esto haya sido un sueño.

—No va a ser un sueño —le aseguro, apretando su mano—. Y sé que no puedo prometerte que nunca tendré miedo o que nunca querré huir, pero puedo prometerte que cuando eso pase, te lo diré. No volveré a desaparecer.

—Eso es todo lo que te pido —dice—. Honestidad, incluso cuando sea difícil.

El resto de la cena, compartimos postre, nos reímos de anécdotas tontas, nos miramos a los ojos más de lo que probablemente es apropiado para una primera cita. Cuando finalmente salimos del restaurante, caminamos por el paseo. Ninguna de las dos quiere que esto termine, pero sé que no puedo apresurar las cosas.

—¿Caminamos hasta mi casa? —pregunto apoyada en la barandilla donde las dos observamos la playa.

—Me gusta eso —acepta.

Seguimos mientras hablamos de mi hermana Clara, de cómo encontró el amor cuando menos lo esperaba.

—Las casualidades muchas veces son maravillosas —asegura Irene.

—Sí.

Quiero agarrar su mano, pasear así, pero no quiero presionarla. Despacio me repito una y otra vez, yo he sido quien ha causado esto, quien huía, y ahora solo quiero darme cabezazos contra la pared por lo gilipollas que he sido.

—Gracias por lo de hoy —dice Irene, cuando llegamos a mi casa —. Por el almuerzo, por dejarme ver tu apartamento, por todo.

—Gracias a ti por darme la oportunidad —respondo.

Nos miramos, la tentación de besarla es casi abrumadora. Puedo ver en sus ojos que ella siente lo mismo. Pero entonces ella sonríe y da un paso atrás.

—Es mejor que me marche antes de…

—Ya —la corto—. Yo también quiero.

—Mierda, Marta…

Corta la distancia y me besa, yo le respondo y mis manos se aferran a su cintura para atraerla más, mientras ella enreda sus manos en mi pelo. Es la gente pasando lo que nos hace separarnos.

—¿Está todo bien? —pregunto sintiendo que quizá se haya arrepentido de lo que ha hecho.

—Sí. Tengo que marcharme —asegura y veo el nerviosismo en su cuerpo.

—Vale.

Abro la puerta del portal mientras ella sigue ahí parada de pie. Quiero invitarla a pasar, pero sé que no nos podremos controlar, así que decido no hacerlo.

—Espera —dice y yo me giro a mirarla—. Podemos besarnos.

—Podemos.

Irene vuelve a acortar la distancia para volver a besarnos, pero es mucho más calmado.

—Adiós, Marta —dice cuando se separa.

—Adiós, Irene.

La veo alejarse antes de que yo suba a mi apartamento. Todo mi cuerpo vibra de un deseo insatisfecho, pero también hay algo más: satisfacción. Orgullo de haber podido controlar el impulso, de haber respetado los límites que establecimos.

Cuando llego a mi casa, busco la libreta y la abro:

«Primera cita con Irene. Fue perfecta. Quise besarla, pero tuve autocontrol, aunque después fue ella quien lo hizo y yo respondí a ese beso. Quiero que esto funcione, realmente quiero que funcione».

Enciendo la televisión y me siento en el sofá a ver alguna película, aunque mi mirada está más al teléfono que a la pantalla de la televisión. ¿Me escribirá diciendo que ha llegado? Esa pregunta se repite y por suerte tiene respuesta rápido.

Irene: Ya estoy en mi casa. Gracias de nuevo por hoy. Fue perfecto.

Yo: Para mí también. ¿Cuándo puedo volver a verte?

Irene: ¿Tan pronto quieres otra cita?

Yo: Sí. Si tú también quieres.

Irene: Quiero. ¿Qué te parece el próximo fin de semana?

Yo: Perfecto. Pero ¿podríamos quedar mañana? Como amigas.

Irene: Me gustaría quedar mañana como amigas, pero tengo un compromiso familiar.

Yo: ¿Entre semana para almorzar?

Irene: Me gusta esa idea. ¿El miércoles?

Yo: Perfecto.

Así termina nuestra conversación: quedar para almorzar, poco a poco, paso a paso.

Capítulo 40

Irene

El miércoles llega más rápido de lo que esperaba. He pasado los últimos días flotando en una nube extraña, entre el trabajo acumulado después de Londres y los mensajes constantes con Marta. Un «buenos días» «buenas noches». Alguna foto de Marta con el té y yo con mi café.

Hoy hemos quedado en almorzar y me acerco a la oficina de Marta, doy dos toques en la puerta y espero que me deje pasar.

—Hola —saludo nada más abrirla.

—Hola. Dame un segundo que termine con esto y ya salimos a comer.

—Si quieres lo podemos dejar para otro momento.

Veo como Marta para lo que está haciendo y levanta la vista, deja todo, coge su bolso y se acerca a mí.

—No quiero otra cosa que no sea almorzar contigo. Quiero esto, Irene. Deseo esto —confiesa y veo como sus mejillas se enrojecen.

Asiento, no puedo decir nada. Caminamos hasta el ascensor y después de salir del edificio. Ponemos rumbo a un pequeño restaurante italiano a dos calles de la oficina, lo suficientemente

lejos para no coincidir con alguien de la oficina, pero cerca para volver rápido.

—¿Qué tal tu mañana? —pregunto mientras revisamos el menú.

—Intensa —responde—. Rafael me pidió que revisara unas proyecciones y hay algunas inconsistencias que estoy tratando de resolver. ¿La tuya?

—Reuniones —digo con un suspiro—. Muchas reuniones. Tom quiere que prepare un informe sobre el proyecto que he iniciado. Él sigue insistiendo en que me vaya allí, pero se trabaja de forma distinta y quiero quedarme aquí.

—¿Hay muchas diferencias?

—Algunas —admito—. Allí todo es más acelerado. Más impersonal también.

—¿Lo extrañas? —pregunta y se nota la vulnerabilidad en su voz —. Londres.

—No, cuando todo lo que quiero está aquí —afirmo y veo como traga saliva.

—Yo… —comienza, pero se detiene cuando el camarero viene con nuestras bebidas.

—¿Tú qué? —insisto cuando volvemos a estar a solas.

—He estado pensando sobre nosotras —dice, jugando con la servilleta—. Sobre cómo cada vez que nos vemos quiero tocarte, besarte, pero nos hemos puesto límites.

—Nos hemos besado —le recuerdo y mi corazón se acelera.

—Ya, es solo que no estoy acostumbrada a querer algo y no poder tenerlo de inmediato.

—Bienvenida al mundo de la anticipación —digo con una sonrisa —. Es frustrante, ¿verdad?

—Mucho —admite, y luego sonríe también—. Marina, mi terapeuta dice que es bueno para mí. Que aprender a tolerar el deseo sin actuar inmediatamente sobre él es parte de mi proceso.

—Muy sabia.

Llega nuestra comida y durante un rato comemos en silencio. Es agradable esto. Estar juntas sin la presión, sin expectativas. Solo almorzando como dos personas que se conocen, que se gustan.

—Hay algo que quiero preguntarte —dice Marta después de un rato—. Pero no sé si es demasiado pronto.

Mi estómago se tensa.

—Pregunta.

—¿Cuándo crees que estarías lista para dar el siguiente paso? —hace una pausa—. No me refiero a lo físico, aunque eso también. Me refiero a llamar a esto lo que es. Una relación.

La pregunta me pilla por sorpresa, no porque no haya pensado en ello, sino porque esperaba que tardara más en plantearlo.

—Parte de mí quiere hacerlo ahora mismo, pero otra parte…

—Tiene miedo —completa por mí.

—Sí —admito—. Todavía teme que en algún momento huyas de nuevo.

—No voy a hacerlo —asegura—. La idea de perderte de nuevo es más aterradora que cualquier miedo que tenga sobre estar contigo.

Sus palabras me desarman, como siempre lo hacen cuando deja caer esa fachada de control.

—Dame un poco más de tiempo —pido—. No mucho, solo necesito estar segura de que ambas estamos en el mismo lugar.

—Todo el tiempo que necesites —acepta—. Pero quiero que sepas que, para mí, ya estamos ahí. Ya eres mi persona, Irene, aunque no tengamos una etiqueta oficial para ello.

Estamos esperando la cuenta cuando Marta me mira de nuevo y a mí el deseo de tenerla entre mis manos me invade, pero no puedo caer tan pronto, sé que es una gilipollez, pero necesito controlar mis deseos.

—Mi hermana quiere que vayamos de visita —dice Marta de repente—. A su casa en Bilbao — digo—. Dice que quiere conocer a la mujer que me tiene así.

—¿Así cómo? —pregunto sonriendo.

—Cito textualmente: «Como una adolescente enamorada» —dice Marta, sonrojándose.

—Me encantaría conocer a Clara y al resto de tu familia.

—¿De verdad? —pregunta sorprendida.

—Por supuesto, son parte de tu vida, ¿no?

—Sí, pero… —hace una pausa—. Mi hermana pequeña es muy especial, por así decirlo, mi madre la consiente demasiado y…

—Marta, me da igual cómo son, solo quiero conocerlas porque son parte de ti, y quiero saber todo. No digo de conocer a tu hermana pequeña o a tu madre ahora, pero cuando estés lista, yo también.

Marta asiente, y veo que hay algo de alivio en su expresión.

Cuando volvemos caminando a la oficina, nuestras manos se rozan accidentalmente. Marta se detiene y me mira.

—¿Puedo? —pregunta, señalando nuestras manos.

—¿Darnos la mano? —pregunto entrecerrando los ojos—. Aquí, donde pueden vernos nuestros compañeros.

—Si no quieres, no —responde rápido—. Solo pensé que estamos a dos calles de la oficina, es poco probable que…

No la dejo terminar, cojo su mano y entrelazo nuestros dedos.

—Vamos —digo—. Antes de que cambies de opinión.

—No voy a cambiar, Irene, quiero esto —afirma apretando mi mano.

Caminamos las dos calles restantes con nuestros dedos entrelazados. Es un gesto pequeño, casi insignificante, pero se siente como un gran paso. Es una declaración, una forma de decir «esto es real, esto importa».

Cuando llegamos al edificio nos soltamos, es un gesto natural. De vuelta al modo profesional.

—Gracias por el almuerzo —dice Marta.

—Gracias a ti por invitarme —respondo—. ¿Misma hora el viernes?

—El viernes tengo una reunión con Ramón y no sé a qué hora saldré. ¿Qué te parece mañana?

—Perfecto. Nos vemos mañana entonces.

—Nos vemos mañana, Irene.

Veo como se aleja hacia los ascensores, no puedo subir con ella, porque no podría controlarme y no quiero eso. Poco después lo hago yo, miro mi mano como si pudiera ver aún su mano entrelazada a la mía. Lucía tiene razón: estoy perdida por esta mujer. Completamente perdida y enamorada.

El resto de los días pasa en una rutina que me gusta: trabajo durante el día, mensajes con Marta durante los descansos, algunas miradas por los pasillos, almorzamos juntas el jueves. Me doy cuenta de que esto es lo que siempre quise con ella: no solo los momentos intensos y apasionados, sino también los tranquilos y cotidianos.

El viernes por la noche ya en mi casa, Lucía me llama.

—Hace una semana que no sé nada de ti —dice a modo de reproche—. ¿Tan ocupada estás con tu novia que te has olvidado de tu mejor amiga?

—No es mi novia —corrijo—. Todavía.

—¿Todavía? —repite—. ¿Vas a hacerlo oficial?

—Creo que sí —admito—. Solo necesito estar segura de que estoy lista.

—Irene, deja de pensar tanto —dice Lucía—. ¿La quieres?

—Sí.

—¿Ella te quiere?

—Sí.

—¿Está haciendo el trabajo necesario para no volver a huir? —pregunta.

—Sí. Está en terapia, me dice cuando tiene miedo, está abriendo una parte de su vida que siempre mantuvo cerrada.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—El problema es que… —suspiro—. Tengo miedo de que esto sea demasiado bueno para ser verdad. De que en cualquier momento vaya a despertar y todo se haya esfumado.

—Eso no es miedo a que ella huya —dice mi amiga—. Es miedo a ser feliz.

Sus palabras me hacen pensar y como siempre tiene razón.

—Después de Nerea, después de todo lo que pasé… creo que me acostumbré a esperar que las cosas salgan mal. Y ahora que están saliendo bien, no sé cómo manejarlo.

—Mereces ser feliz, Irene —afirma Lucía—. Mereces que alguien te quiera de la forma en que Marta claramente te quiere. Deja de sabotearte.

Después de colgar, me quedo pensando en sus palabras. ¿Estoy saboteándome? ¿Estoy buscando problemas donde no los hay porque tengo miedo de confiar en la felicidad?

Cojo el teléfono y abro la conversación con Marta.

Yo: ¿Puedo llamarte?

La respuesta es inmediata:

Marta: Claro.

Busco su nombre en la agenda y pulso el botón de llamada, contesta al primer tono.

—Hola —dice, y puedo escuchar la preocupación en su voz—. ¿Todo bien?

—Sí, todo bien —la tranquilizo—. Solo… quería escuchar tu voz.

—Oh —dice, y puedo imaginar su sonrisa—. Bueno, aquí está mi voz. ¿Qué quieres que diga?

—Cualquier cosa. Cuéntame sobre tu día.

Y lo hace. Me habla de su reunión con Ramón, de un problema que encontró en las proyecciones financieras, de cómo Diego hizo un comentario sobre verme más feliz últimamente.

—¿Y qué le dijiste? —pregunto.

—Que no era asunto suyo —responde—. Pero también sonreí cuando lo dijo, así que probablemente confirmé sus sospechas.

—¿Te molesta que la gente en la oficina empiece a notar que hay algo entre nosotras?

—No —asegura—. Antes me habría aterrado. Pero ahora… no sé, siento que no tengo nada que ocultar. Bueno, todavía no hemos hablado con Recursos Humanos, pero tendremos que hacerlo.

—¿Cuándo crees que deberíamos hacerlo oficial? —pregunto, sorprendiéndome a mí misma.

Hay un silencio al otro lado de la línea.

—¿Estás preguntándome si quiero ser tu novia? —dice Marta muy despacio.

—Tal vez —respondo, y noto como mi corazón se acelera—. O tal vez estoy preguntando cuándo crees que sería el momento para esa conversación.

—Irene —dice en casi un susurro que hace que mi piel se erice por completo—. Yo ya estoy lista. Lo he estado desde que fui a buscarte a Londres, desde que te vi en esa cafetería. Lo quiero todo contigo, todo. Pero entiendo si tú necesitas más tiempo.

—No creo que necesite más tiempo —admito—. Creo que solo tenía miedo. Pero hablé con Lucía hoy y me hizo darme cuenta de algo.

—¿Qué?

—Que merezco ser feliz. Y que tú me haces feliz, Marta. Incluso con todo lo complicado, incluso con tus huidas. Jamás me había sentido tan querida y amada como tú me lo haces sentir. Eres la persona con la que quiero estar.

—Entonces…

—Entonces creo que deberíamos hacerlo oficial —la interrumpo —. No esta noche por teléfono, pero pronto. Tal vez mañana sábado en nuestra cita.

—Nuestra segunda cita oficial —dice.

—La segunda de muchas, espero.

—De infinitas —promete—. Si me dejas.

Hablamos un poco más antes de colgar. Cuando nos despedimos, ya es pasada la medianoche. Me acuesto con una sonrisa en los labios y la certeza en mi corazón de que esto va a funcionar. Por primera vez desde que todo empezó, realmente lo creo.

Capítulo 41

Marta

El sábado me despierto muy temprano, demasiado nerviosa para seguir durmiendo, y paso la mañana eligiendo qué ponerme para la cita de esta noche.

A mediodía hago una videollamada con Clara. Mi hermana está en su casa después de cerrar la librería; puede que Maite esté libre, pero aun así insisto en llamarla.

—Déjame ver qué te vas a poner —exige en cuanto contesta.

—Hola a ti también —digo con sarcasmo, pero giro el teléfono para mostrarle mi habitación: tres conjuntos diferentes encima de la cama, el armario abierto y zapatos por todos lados.

—Dios mío, Marta —dice Clara, riéndose—. Pareces una adolescente antes del baile de graduación.

—No necesito que me pongas más nerviosa, necesito tu ayuda —protesto.

—Enséñame las opciones.

Paso la siguiente media hora enseñándole cada conjunto mientras Clara lo rechaza uno por uno: demasiado formal, pareces que vas a una reunión de negocios. Al final elige unos pantalones

negros y una blusa color vino que compré hace meses y no me he puesto.

—Perfecto —declara.

—¿Y si todo esto es demasiado? —pregunto, dudando hasta de mi existencia en este instante.

—Marta, escúchame —dice Clara, poniéndose seria—. Irene ya te ha visto en tu peor momento y todavía quiere estar contigo. Esa mujer te quiere y tú a ella. Relájate y disfruta de la noche.

Después de colgar, paso el resto de la tarde intentando no pensar demasiado. Leo un poco, veo una serie, intento distraerme con cualquier cosa. A las seis empiezo a arreglarme, dándome tiempo porque mis manos están temblando ligeramente.

Marina, mi terapeuta, me dijo en nuestra última sesión que es normal sentir miedo antes de dar un paso importante. «El miedo no significa que estés haciendo algo malo», había dicho. «Solo significa que te importa el resultado».

Y vaya que me importa.

Irene y yo hemos quedado en el restaurante directamente. Llego quince minutos antes, es costumbre. Ella no ha llegado todavía. Hago tiempo fuera y, cuando quedan apenas dos minutos, decido entrar y esperarla dentro.

Me siento en una mesa cerca de una ventana y reviso mi teléfono. Hay un mensaje de Irene:

Irene: Llego en cinco minutos. Lo siento, se me fue el tiempo arreglándome.

Sonrío ante la imagen de Irene nerviosa, cambiándose de ropa como yo lo hice esta mañana.

Yo: Tómate tu tiempo. Estoy bien aquí.

Pero no estoy bien. Estoy nerviosa, emocionada, aterrada. Mis manos no paran de jugar con la servilleta sobre la mesa.

Diez minutos después la veo entrar. Lleva un vestido azul marino que nunca le había visto, el pelo suelto le cae por los hombros, y cuando me ve, su rostro se ilumina con una sonrisa que hace que todo valga la pena.

—Hola —dice cuando llega a la mesa—. Perdón por el retraso.

—Valió la pena esperar —respondo, y veo cómo sus mejillas se ponen rojas.

Nos sentamos y hay un momento de silencio cómodo mientras revisamos el menú.

—¿Nerviosa? —pregunta Irene después de que el camarero toma nuestra comanda.

—Un poco —admito—. ¿Tú?

—Mucho —dice y se ríe—. Es tonto, ¿no? Ya hemos estado juntas antes. Ya sabemos lo que queremos.

—No es tonto —digo—. Esto es diferente. Esta vez estamos haciéndolo bien.

—Esta vez —repite—. Me gusta cómo suena eso. Como si las veces anteriores fueran solo prácticas.

—Tal vez lo fueron. Tal vez necesitábamos todo lo que pasó para llegar hasta aquí.

Hablamos de todo durante la cena: del trabajo, de mis sesiones con Marina, de mis hermanas. Evitamos el tema que ambas sabemos que tenemos que abordar.

Después del postre, Irene coge mi mano sobre la mesa.

—Marta —dice—. Tenemos que hablar sobre lo que es esto.

—Lo sé —respondo, sintiendo que mi corazón se acelera.

—Yo primero —indica—. He estado pensando mucho sobre nosotras. Sé que te dije que teníamos que tomarnos esto con calma, pero sé lo que siento por ti.

—¿Qué sientes? —susurro.

—Que te quiero —afirma—. Que te he querido desde hace mucho tiempo, incluso cuando intentaba convencerme de lo contrario. Y que quiero intentar esto de verdad, oficialmente, sin reservas.

Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que puede escucharlo.

—Yo también te quiero —digo—. Y sé que tengo un historial de huir cuando las cosas se ponen serias, pero esta vez es diferente. Esta vez tengo herramientas para quedarme, para enfrentar mis miedos en lugar de salir corriendo.

—¿Entonces? —pregunta, sus ojos buscando los míos—. ¿Quieres ser mi novia?

La palabra suena extraña, casi adolescente, pero perfecta para este momento.

—Sí —respondo—. Sí, quiero ser tu novia.

Irene sonríe. Esa sonrisa que ilumina todo su rostro, y yo no puedo evitar sonreír también. Por un momento solo nos quedamos así, mirándonos, con las manos entrelazadas sobre la mesa.

—Tenemos que hablar de logística —digo después de un momento—. Trabajamos en la misma empresa.

—Lo sé —dice Irene—. Deberíamos informar a Recursos Humanos, como ya habíamos dicho. Quiero que seamos transparentes desde el principio.

—¿El lunes?

—El lunes —confirma—. Deberíamos establecer algunas reglas. Como no discutir cosas de trabajo en nuestra vida personal, o viceversa.

—Perfecto. También deberíamos ser discretas en la oficina. No por vergüenza, sino para ser profesionales.

—De acuerdo —dice Irene—. Aunque va a ser difícil no mirarte todo el tiempo.

—Para mí también —bromeo, y ella se ríe.

Salimos del restaurante pasadas las diez. El aire de la noche es fresco, pero agradable.

—¿Quieres caminar un poco? —pregunto.

—Me encantaría.

Empezamos a caminar sin rumbo fijo, pero nuestros pasos nos llevan hacia Las Canteras. Es sábado por la noche y en el paseo hay mucha gente: parejas paseando, grupos de amigos, gente en el agua a pesar de la hora.

Caminamos por la avenida con nuestras manos entrelazadas. Si hace unos meses me hubieran dicho que esto pasaría, diría que jamás me vería así con alguien, y ahora me encanta, deseo tanto pasear con Irene de la mano. No sabía lo que me estaba perdiendo hasta hace unos días, que decidí darle la mano antes de llegar a la oficina.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de esto? —dice Irene después de un rato—. Es como si ya lo hubiéramos hecho mil veces. Es tan natural.

—Se siente como volver a casa —digo, y luego me detengo, sorprendida por mis propias palabras—. Eso sonó muy cursi.

—Me gustas cursi —afirma Irene—. Especialmente viniendo de ti, la reina del control emocional.

—Ey —protesto—. Ya no soy de tener el control en esto. Marina dice que estoy haciendo progresos.

—Lo estás haciendo. Puedo verlo. La forma en que me hablas ahora, cómo compartes lo que sientes, es diferente.

—Tú me haces querer ser diferente —admito—. Mejor.

Irene se apoya en mi brazo y seguimos caminando. Sin darme cuenta, mis pies nos llevan a mi edificio.

—Hemos llegado a mi casa —digo, señalando el portal.

Irene me mira.

—Supongo que aquí es donde nos despedimos, entonces.

La observo, con su vestido azul, el pelo revuelto por el viento, los ojos brillantes bajo la luz de las farolas, y sé lo que quiero.

Tiro de ella y la beso. Al principio es desesperado; las dos ansiábamos tanto esto que ninguna se atrevía a dar el paso, pero después se calma. Poco después, apoyo mi frente contra la suya.

—Sube conmigo —le pido.

—Marta… Si subo, ambas sabemos que no van a ser solo besos.

—Lo sé —digo, separándome y haciendo que me mire—. Tal vez quiera eso, sentirte, besarte, amarte despacio, sin apuros, sin desesperación, solo tú y yo.

—Mierda, Marta —se queja antes de volver a besarme.

Siento cómo Irene tiembla contra mí.

La abrazo antes de abrir el portal y subir hasta mi apartamento. Cuando llego a la puerta, Irene me abraza desde atrás y yo pierdo la capacidad de saber cómo meter la llave en la cerradura.

—¿Nerviosa? —susurra apartando mi pelo del cuello.

—Para o no podré abrir la puerta —pido.

Dentro, enciendo la luz y me giro para mirarla. No la beso, estoy más nerviosa de lo que podría esperar, y no lo entiendo: ya hemos estado juntas muchas veces.

—¿Quieres algo de beber? —pregunto, de repente sintiéndome insegura de todo.

—Solo te quiero a ti —dice y tira de mí.

Nos volvemos a besar y esta vez no hay prisa, no hay urgencia. Sus manos recorren mi cintura y las mías se enredan en su pelo. Muerdo su labio antes de separarme un poco para mirarla.

—Tu habitación —susurra.

La guio hasta llegar a ella, me mira con deseo, se acerca y me sujeta la camiseta para sacarla, quedándome en sujetador. Irene pasa sus dedos entre mis pechos y mi piel se eriza con el simple tacto. Volvemos a besarnos, me separa y la giro, quedando ella de espalda. Mi mano va a la cremallera de su vestido, que comienzo a bajar lentamente mientras que con la otra mano acaricio su espalda. Una vez el vestido cae, pego mi pecho a su espalda, aparto el pelo y beso su cuello, desabrocho el sujetador y vuelvo a pegarla a mí, esta vez apretando sus pechos con mis manos. Un suspiro escapa de su boca, echando su cabeza hacia atrás.

Mis manos recorren su cuerpo hasta llegar a sus bragas. Ella sigue con su espalda en mi pecho. Meto mi mano y la toco mientras que con la otra agarro su cuello para poder besarlo. Comienzo una danza con mis dedos en su sexo mientras ella no para de jadear. Siento mi sexo palpitar. Sigo moviendo mi mano entre sus pliegues, mientras camino hacia atrás, arrastrándola conmigo. Me siento en el borde de la cama, poniéndola entre mis piernas. Tengo un espejo enfrente en el que puedo ver su cara.

—Mírate —exijo, ya que tiene los ojos cerrados.

Irene abre los ojos y nuestra mirada conecta a través del espejo. Sigo moviendo mi mano hasta que Irene se aferra a mis muslos. Sin dejar de mirarme, comienza a gemir hasta que llega al clímax. La abrazo con fuerza mientras ella intenta calmar su respiración.

Cuando está más calmada, Irene se levanta, se gira y me mira apretando sus labios. Apoya las manos en mis muslos y me besa.

—Voy a quitarte el pantalón y las bragas y no quiero que te muevas.

Tiemblo solo de pensar lo que va a hacer. Me echo un poco hacia atrás para que pueda desabrochar mi pantalón y tira de él junto con las bragas. Irene me observa con deseo, el mismo que siento yo. Se pone de rodillas, separa mis piernas y, después de guiñarme un ojo, hunde su cara en mi sexo, escapándose un grito que intento ahogar.

—Joder —jadeo.

Irene sujeta mis caderas y mueve su lengua contra mi clítoris sin piedad. Me abro más de piernas mientras me echo un poco para atrás apoyando mis manos en la cama. Mi cuerpo comienza a temblar, sabiendo que el orgasmo está por llegar, y es cuando mete dos dedos sin permiso y comienza a moverlos cuando llego al clímax, arrasándome y dejándome caer en la cama.

Irene sube hasta mi boca, dándome un suave beso, intento controlar todo lo que me hace sentir, pero sin darme cuenta los ojos se me llenan de lágrimas y simplemente las dejo salir. Ella no dice nada, solo se queda ahí, a mi lado, su cara apoyada en mi pecho, la abrazo con fuerza.

—Gracias —digo cuando estoy algo recuperada.

—A ti por apostar por esto —dice tocando mi nariz.

Nos acostamos bien en la cama, abrazadas. Acaricio su pelo mientras ella sigue apoyada en mi pecho y traza líneas por mi abdomen.

—Quédate —susurro contra su pelo—. Pasa la noche conmigo.

—¿Estás segura? —pregunta levantando la cabeza para mirarme.

—Completamente segura. Quiero despertar contigo mañana.

Irene sonríe y se acomoda de nuevo contra mí.

—Entonces me quedo.

Nos quedamos así, abrazadas, hablando en voz baja hasta que el sueño nos vence. Es la primera vez que duermo con alguien en mi cama, en mi casa, y es perfecto.

Me despierta el sol entrando por la ventana. Irene todavía está dormida a mi lado, su pelo revuelto, su rostro relajado. Me quedo mirándola por un momento, maravillada de que esto sea real.

Su móvil comienza a sonar. Irene comienza a moverse mientras se queja, se mueve buscando el teléfono con los ojos aún cerrados.

—¿Qué hora es? —murmura.

—Las nueve y media —respondo.

Irene encuentra su móvil y mira la pantalla.

—Es Lucía —dice y luego contesta.

Puedo escuchar la voz de su amiga al otro lado, emocionada y hablando rápido. Veo cómo Irene se pone roja.

—Lucía, estoy bien… Sí, todo salió bien… No, no puedo hablar ahora… Porque estoy… —hace una pausa y me mira—. Porque estoy en la cama con ella.

Escucho el grito de su amiga al otro lado de la línea y ambas nos reímos.

—Te llamo luego, ¿vale? Sí, te prometo que te cuento todo.

Cuelga y me mira con una sonrisa avergonzada, la atraigo hasta mí y la abrazo besando su cabeza. Nos quedamos así un rato más, hasta que el hambre nos obliga a levantarnos.

—¿Desayuno? —pregunto—. No tengo mucho, pero puedo hacer tostadas y café.

—Tú teniendo café —dice entrecerrando los ojos.

—Se podría decir que lo compré por si una mujer increíble terminaba en mi casa.

—¿Tengo que ponerme celosa por esa mujer? —pregunta sonriendo.

Niego con la cabeza riendo.

—Me parece perfecto, café y tostadas, pero antes me gustaría darme una ducha.

—Puedo acompañarte si quieres.

—No, peligro. Mejor lo hago sola.

Sale de la cama desnuda y veo cómo se aleja. Me levanto con más energía de la esperada y antes de que se encierre en el baño, me lavo las manos y la cara, le entrego un albornoz y me dirijo a la cocina para preparar el desayuno.

Me muevo en la cocina con tranquilidad, preparando las cosas para las dos, es extraño que yo haga esto para alguien más, pero me gusta, estoy cómoda, ya no tengo esa ansiedad que me invadía. Con Irene me siento segura, sé que me ha costado entenderlo, pero ahora es maravilloso que me haya dado otra oportunidad y no pienso desaprovecharla.

Irene sale del baño con el pelo mojado, con el albornoz puesto, y se ve tan increíble que tengo que besarla de nuevo.

—Buenos días —dice contra mis labios.

—Buenos días —respondo—. Siéntate, el desayuno está listo.

Desayunamos juntas hablando sobre lo que haremos durante el día. Irene se marchará por la tarde, ya que ha quedado con Lucía, y yo, después de eso, haré una videollamada con mi hermana Clara.

—¿Nos vemos mañana? —pregunta Irene mientras termina su tostada.

—En la oficina —digo—. Aunque va a ser raro verte ahí y no poder besarte.

—Tenemos que ser profesionales —dice con una sonrisa traviesa —. Al menos hasta que lleguemos a casa.

—¿A casa? —repito—. ¿A tu casa o a la mía?

—La que esté más cerca —dice, y ambas nos reímos.

Me encanta verla así y, sin poder controlarlo, voy hasta ella, que está sentada en el taburete, la hago girar, quito el lazo que tiene atado en el albornoz y lo abro, dejando a Irene completamente desnuda ante mí.

—Eres preciosa —susurro antes de besarla.

—Marta —suspira contra mi boca.

Me separo y la miro, separo sus piernas y comienzo a tocarla con la mano. Mis dedos recorren su sexo, introduzco dos dedos y me pego a ella.

—Joder. Fóllame hasta que me hagas gritar —pide.

Y eso hago, mis dedos entran y salen de su sexo sin piedad, mientras Irene jadea de puro placer, hasta que a los pocos minutos llega al orgasmo. Como si le hubiera dado más energía, se pone de

pie y comienza a quitarme la ropa hasta que me tiene encima de ella en el sofá y me penetra sujetando mi rostro para que la mire. Cabalgo sobre sus dedos desesperada hasta que me dejo llevar por la ola de calor que me recorre todo el cuerpo y llego al clímax.

Esa mañana nos amamos en silencio, a veces más despacio y otras con desesperación. Cuando estamos agotadas, simplemente nos quedamos acostadas hablando un rato, hasta que el hambre nos llama de nuevo.

Cuando llega la hora de marcharse, la acompaño hasta la puerta. Mis piernas tiemblan todavía del sexo que hemos tenido durante el día. Nos despedimos entre besos.

—Gracias por lo de anoche, por lo de ahora —dice Irene—. Por todo.

—Gracias a ti —respondo—. Por quedarte, por confiar en mí.

—Siempre he confiado en ti.

Después de que se va, me quedo apoyada contra la puerta cerrada, sonriendo como una idiota. Mi apartamento huele a ella, a su perfume.

Me tiro en el sofá y llamo a Clara.

—Cuéntamelo todo —exige en cuanto contesta—, y no te atrevas a omitir detalles.

Y así, mientras el día se termina, le cuento a mi hermana sobre la mejor noche de mi vida.

Epílogo

Seis meses después

Marta

Voy por la autopista con destino a una casa que heredó mi madre de sus padres y que está en el norte de la isla. Estoy concentrada en conducir y no en Irene, que está a mi lado jugando nerviosa con el cinturón de seguridad.

—Vas a romperlo —digo divertida, lanzándole una mirada rápida.

—Lo siento —responde soltando el cinturón—. Es que estoy nerviosa.

—Lo sé. Me lo has dicho como unas quince veces desde que salimos de casa.

—Es tu familia, Marta. Tu madre, tus hermanas. ¿Y si no les caigo bien?

Agarro su mano y la atraigo hacia mis piernas.

—Ya conoces a Clara y sabes que le encantas. El resto es pan comido.

—Clara es diferente —protesta—. Ella es más diplomática. Pero tu hermana pequeña y tu madre son otra cosa.

—Alma es… Alma —admito sonriendo—. Pero te va a adorar y a mi madre le vas a caer bien, ya verás.

La realidad es que yo también estoy un poco nerviosa, aunque intento no demostrarlo. Esta es la primera vez que llevo a alguien a casa para conocer a mi familia de forma oficial, como mi pareja. Es un paso importante, y quiero que salga bien.

—Solo recuérdame otra vez quién estará ahí —me pide Irene.

—Mi madre, Alma, Clara y Maite —enumero con paciencia—. Es solo una comida familiar tranquila, aprovechando que Clara ha venido. Nada del otro mundo.

—Una comida familiar tranquila donde voy a conocer a tu madre por primera vez —murmura Irene.

—Amor —digo, apretando su mano—. Mi madre ya sabe sobre ti, Clara le ha dicho. Debes saber que mi familia solo quiere verme feliz, y tú, Irene, me haces muy feliz.

—Tú también me haces muy feliz —dice dejando un beso en mi hombro.

Estos seis meses han sido los mejores de mi vida. Después de aquella primera cita oficial, de la noche que pasó en mi apartamento, todo fluyó de manera natural. Seguimos tomando las cosas con calma, siendo conscientes de nuestro pasado, pero cada día que pasamos juntas solo confirma lo que ambas sabíamos: esto es real, esto es para siempre.

Marina, mi terapeuta, dice que he hecho un progreso increíble. Aprendí a comunicar mis sentimientos, a no huir cuando las cosas se

ponen difíciles, a confiar. Y todo gracias a Irene, a su paciencia, a su amor.

Llegamos a Arucas diez minutos después. La casa familiar es una construcción de piedra tradicional; está un poco apartada del pueblo, pero es perfecta. Aparco en la calle y antes de salir, miro a Irene.

—¿Lista? —pregunto.

—No —responde—. Pero vamos de todas formas.

Me río y la beso antes de salir del coche. Cojo el vino que se ha empeñado en llevar Irene y caminamos hacia la puerta.

Antes de que pueda tocar el timbre, la puerta se abre de golpe. Alma está ahí, con su juventud, el pelo teñido de azul y una sonrisa traviesa en su rostro.

—¡Por fin! —exclama—. Llevamos esperando toda la mañana para conocer a Irene.

—Llegamos a la hora que dije —protesto.

—Sí, pero yo esperaba que llegaras antes —dice Alma, y después mira a Irene—. Hola, soy Alma, la hermana pequeña y favorita de Marta.

—Encantada —dice Irene, ofreciendo su mano, pero Alma la ignora y la abraza.

—En esta familia nos abrazamos —declara—. Acostúmbrate.

—Alma, déjala respirar —protesto.

Alma se separa y nos hace pasar. La casa huele como siempre: a café y a comida casera. Puedo escuchar voces en la cocina.

—¿Marta? —llama mi madre.

—Sí, mamá. Ya llegamos.

Entramos en la cocina y ahí están: mi madre removiendo algo en una olla, Clara sentada junto a Maite con una copa de vino cada una. Mi hermana nos mira y asiente; se mantiene sentada hasta que yo haga las presentaciones con mi madre. Sabe lo importante que es este momento para mí.

—Mamá, ella es Irene —digo, y mi voz suena nerviosa.

Mi madre se gira, se limpia las manos en el delantal y sonríe.

—Irene, querida, al fin te conozco en persona —dice, acercándose y dándole dos besos—. Bienvenida.

—Señora, es un placer —dice Irene.

—Llámame Blanca, por favor —pide mi madre y después me mira —. Marta, ¿por qué no le has dicho que me llame Blanca?

—Se lo dije —miento.

En ese momento, mi hermana Clara se levanta y abraza a Irene como hizo antes Alma.

—Me alegro mucho de verte de nuevo —dice mi hermana mediana.

—Yo también —responde Irene, más relajada con Clara, a quien conoció hace cuatro meses cuando vino a hacer unas gestiones a la isla.

Maite se acerca y nos saluda a ambas. Irene ya la conoce por las videollamadas que hacemos, aunque ahora es la primera vez que la ve en persona.

—Mamá, este vino lo compró Irene —digo dejando la botella en la encimera.

Seguimos hablando mientras mi madre termina de cocinar y después pasamos a la mesa del salón y tomamos asiento.

—Hay un cactus en la mesa —susurra—. Tiene ojos y sombrero.

Sonrío y niego con la cabeza recordando cuando mi hermana Alma se lo llevó de viaje.

—Es Gustavo —le digo en voz baja.

—¿Gustavo? —pregunta elevando la voz sin darse cuenta.

Alma la mira y sonríe.

—Es el invitado especial —asegura.

—Después te cuento —susurro al ver a Irene, que no entiende nada.

Irene sufre un pequeño interrogatorio de mi madre. Responde a cada una de sus preguntas, también a la de que trabajamos en la misma empresa y que eso no interfiere en nuestro trabajo.

—Almuerzan todos los días juntas —dice Alma con una sonrisa pícara—. Yo tengo contactos y me entero de cosas.

—¿Y qué tiene de malo? —pregunto.

—Nada, hermanita. Es adorable, la mujer calculadora derritiéndose por una compañera de trabajo.

—Ignora a Alma —dice Clara—. Le gusta molestar.

—Es mi derecho como hermana menor saber que mis hermanas tienen buenas parejas —se defiende Alma.

Todas, casi al unísono, negamos con la cabeza. Mi hermana pequeña, ella que no le duran las parejas ni tres meses, quiere interrogar a las nuestras para saber si nos convienen; el chiste se cuenta solo.

Seguimos comiendo con tranquilidad. En ese momento, le contamos a Irene la historia de Gustavo y los percances del viaje que tuvimos las tres. Sabía cosas, pero no todas. Irene y mi madre no paran de reír, mientras Alma intenta defenderse y justificar cualquier locura que hizo, incluyendo cómo se enamoraba en cada puerto.

—Supe que Marta le gustaban las mujeres la vez que se quedó mirando a una policía en el País Vasco, se le caía la baba —asegura Alma.

Doy un codazo a mi hermana pequeña y el resto ríe.

—Ah, ¿sí? —pregunta Irene mirándome—. Pensaba que yo había sido la primera y la única —dice casi como advertencia.

—Bufff, hermanita, está marcando territorio —asegura Alma.

—Que marque lo que quiera —aseguro sin pensarlo.

—Estás perdida —asegura Clara mientras toma un poco de su copa de vino.

Yo simplemente asiento con la cabeza, porque la realidad es que sí, que estoy perdidamente enamorada de Irene.

—Qué lindo —asegura Alma—. Gustavo las bendice.

Ahí está mi hermana con sus tonterías, pero eso hace que nos relajemos un poco.

—Me gusta ella —declara Alma—. Es divertida. Puedes quedártela, Marta.

—Qué generosa —digo con sarcasmo, pero estoy sonriendo.

—Es en serio —continúa Alma—. Nunca había visto a Marta tan feliz. Normalmente es toda seriedad y control, pero desde que están juntas, sonríe más. Hasta hace chistes malos.

—Siempre he hecho chistes —protesto.

—Chistes malos —repite Alma—. Esa es la diferencia.

—Es verdad —concuerda Clara—. Estás más relajada, Marta. Se nota.

Miro a Irene y veo que tiene las mejillas rojas. Agarro su mano por debajo de la mesa y la aprieto.

—Tienen razón —admito—. Irene me hace mejor persona.

—Eso es mutuo —afirma Irene.

—Ay, por favor, van a hacer que llore —dice Alma, pero está sonriendo—. Y yo que pensaba que Clara y Maite eran las empalagosas.

—¿Qué hay de malo en eso? —pregunta Clara directamente a Alma.

Esta levanta las manos en son de paz y todas reímos.

Cuando llega la hora de marcharnos, nos despedimos. Mi madre le hace prometer a Irene que vendremos más seguido, que no deje que pase tanto tiempo. Cuando yo abrazo a Alma, esta me susurra:

—No la cagues, hermanita, esa mujer te ama de verdad.

—No lo haré —aseguro.

Conduzco de vuelta a la casa. No le pregunto a Irene si tengo que llevarla a la suya, hay un pacto silencioso en el que ella los fines de semana se queda en mi apartamento y yo paso la mayor parte de los días entre semana en la suya. Siempre decimos que por comunidad y porque está más cerca, pero la realidad es que nos gusta estar juntas.

Llegamos y decidimos acostarnos en el sofá y ver una peli. Después daremos un paseo por la playa, algo que se ha convertido en nuestra rutina.

—¿En qué piensas? —pregunta Irene acariciando mi pelo.

—En lo afortunada que soy —respondo—. En cómo algo que empezó tan complicado se convirtió en esto, en nosotras.

—El camino no fue fácil —dice Irene.

—No —concuerdo—. Pero valió la pena cada momento difícil para llegar aquí.

—¿Y dónde es aquí exactamente? —pregunta con una sonrisa.

—Aquí es casa —digo—. Donde sea que estés tú, es mi hogar.

Irene se acurruca más cerca de mí, su cabeza en mi pecho, mi brazo alrededor de ella. Así es como quiero pasar el resto de mi vida: con ella, construyendo momentos, creando recuerdos, amándonos sin reservas.

Amo mi libertad, pero sé que también necesito ternura, una cómplice en la vida y alguien que me haga sentir jodidamente enamorada.

Irene llegó con fuerza, con un abrazo que no pedí, pero que necesitaba. No vino a curarme, eso era cosa mía. Vino a quedarse, a

sostenerme cuando todo pesa, a poner una tirita en el sitio que me dolía. No me prometió el cielo, me bajó a la tierra y se sentó conmigo a mirar la luna. Y yo que dudaba de mí, me recordó que valgo la pena.